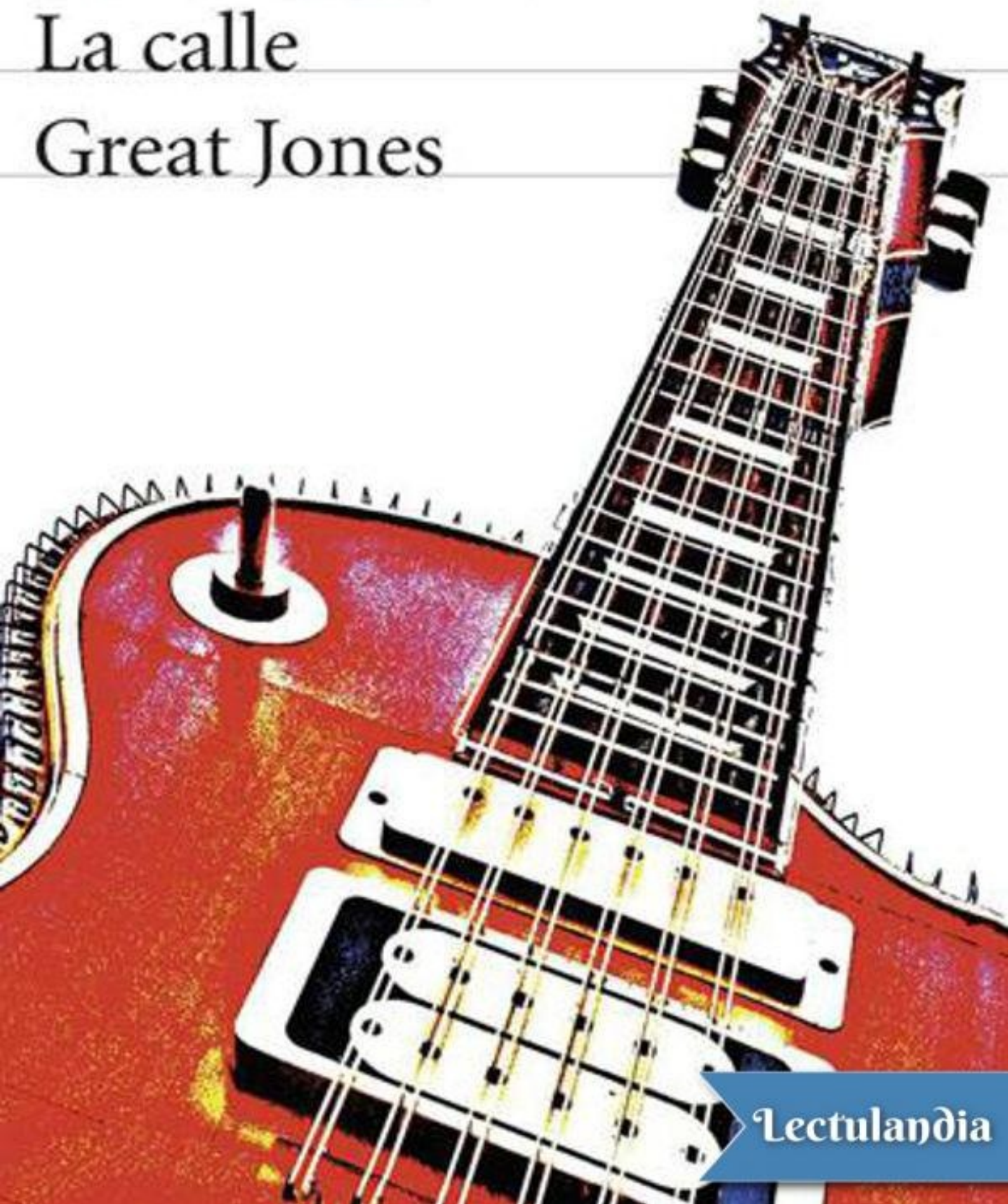


se

Don DeLillo

La calle

Great Jones



Lectulandia

Mediados de los sesenta. Bucy Wunderlick, la joven estrella del rock, se encuentra insatisfecho con el tipo de vida que le ha dado riqueza y fama. En mitad de una gira, decide separarse de su banda para alojarse en un decrepito apartamento de la calle Great Jones, en Manhattan. A partir de ese momento, sus incondicionales fans especularán sobre esta desaparición creyéndolo incluso muerto. Su estancia en la calle Great Jones no será lo que esperaba: su privacidad se verá continuamente entorpecida por variadas y enigmáticas visitas.

Lectulandia

Don DeLillo

La calle Great Jones

ePub r1.0

Titivillus 14.05.2019

Don DeLillo, 1973
Traducción: Javier Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

1

La fama requiere toda clase de excesos. Me refiero a la fama de verdad, a un neón que te devora, no a ese renombre sombrío de los estadistas en declive o de los reyes timoratos. Me refiero a los largos viajes por el espacio gris. Me refiero al peligro, al borde mismo del vacío, a la circunstancia de un hombre que les infunde un terror erótico a los sueños de la república. Entiendan al hombre obligado a habitar esas regiones extremas, monstruoso y vulvar, humedecido por los recuerdos de la violación. Por mucho que esté medio loco, lo absorberá la locura total del público; por mucho que sea plenamente racional, un burócrata en el infierno, un genio secreto de la supervivencia, está claro que lo destruirá el desprecio que el público siente hacia los supervivientes. La fama, al menos esta modalidad especial, se alimenta del escándalo, de lo que los asesores de hombres de menos valía considerarían publicidad negativa: histeria a bordo de limusinas, peleas a navajazos entre el público, litigios grotescos, traiciones, pandemonio y drogas. Tal vez la única ley natural que se aplica a la fama verdadera es que el famoso se acaba viendo forzado a suicidarse.

(¿Queda claro que yo era un héroe del *rock and roll*?).

Hacia el final de la última gira fue evidente que nuestro público quería algo más que música, algo más incluso que su propio ruido reduplicado. Es posible que la cultura haya alcanzado su límite, un punto de tensión elevada. Durante aquellas últimas semanas se notaba un grado menor de abandono visceral. Pocos casos de incendios premeditados y vandalismo. Y todavía menos de violaciones. No había bombas de humo ni amenazas de explosivos peores. A nuestros seguidores, aislados como estaban, ya no les importaban los precedentes. Se habían liberado de los viejos santos y mártires, pero lo habían hecho con miedo y se habían quedado con su propia carne sin etiquetar. Aquellos que no tenían entradas ya no asaltaban las vallas, y durante las actuaciones, los chicos y chicas que estaban justo debajo de nosotros mostraban un amor menos asesino hacia mí, como si se dieran cuenta por fin de que mi muerte, para ser auténtica, tenía que ser autoinfligida, una lección a tener en cuenta únicamente si se producía por mi

propia mano y preferiblemente en una ciudad extranjera. Empecé a pensar que su educación no se vería completa hasta que me rebasaran como maestro, hasta que un día se limitaran a hacer una pantomima de la clase de respuesta masiva que el grupo estaba acostumbrado a recibir. Mientras nosotros tocábamos, ellos saltaban, bailaban, se desplomaban, se agarraban entre ellos y agitaban los brazos, y todo lo hacían sin emitir ruido alguno. Nosotros estábamos en el foso incandescente de un estadio gigantesco lleno de oleadas salvajes de cuerpos, todos en silencio total. Nuestra música reciente, despojada de los gritos de la gente, carecía prácticamente de significado, y no nos habría quedado más opción que dejar de tocar. Habría sido una broma de lo más profunda. Una lección de alguna cosa u otra.

En Houston dejé al grupo, sin decir palabra, y me subí en un avión rumbo a Nueva York, ese templo contaminado, el lugar donde nací. Sabía que Azarian asumiría el liderazgo de la banda, puesto que era el que tenía el cuerpo más hermoso. En cuanto al resto, los dejé con sus tumultos respectivos: equipos informativos, encargados de promoción, agentes, contables y miembros diversos de la nobleza del mundo de los mánagers. El público sería el que más se acercaría a entender mi desaparición. No era tan completa como el acto que ellos necesitaban y nadie podía estar seguro de si me había marchado para siempre. Para mis seguidores más cercanos, lo único que presagiaba era un periodo de espera. O bien yo volvería con un idioma nuevo para que ellos lo hablaran o bien ellos buscarían un silencio divino que acompañara al mío.

Tomé un taxi que me llevó entre los cementerios en dirección a Manhattan, donde las mareas de luz cenicienta rompían contra las cimas de las torres. Nueva York parecía más antigua que las ciudades de Europa, un regalo sádico del siglo XVI, siempre al borde de la peste. El taxista era joven, sin embargo, un chaval pecoso con un peinado afro de color rojizo no demasiado extremo. Le dije que cogiera el túnel.

—¿Hay un túnel? —me dijo.

La noche anterior, en el Astrodome, el grupo había salido a tocar sin mí. Azarian tenía una estatura enorme, pero en aquella primera noche nada podría haber mitigado el humor sombrío de la gente. Se volvieron contra la estructura en sí, destrozando todo lo que se podía destrozar, intentando arrancar el césped artificial, atacando las tuberías mismas. Se abrieron las puertas y entró la policía, con caras inexpresivas, escondiendo el festín que tenían en mente detrás de unas miradas rigurosamente controladas. Llevaron a cabo sus cargas patentadas, rompiendo brazos y piernas para impedir que se

descontrolara la temperatura del evento. En una de las peores declaraciones públicas hechas nunca por nadie, mi mánager, Globke, se refirió a la operación policial como un ejemplo de minigenocidio.

—El túnel pasa por debajo del río. Es un túnel agradable, con las paredes de azulejos blancos y hombres metidos en cabinas de cristal que cuentan los coches que pasan. Un dos tres cuatro. Un dos tres.

Me interesaban los finales, cómo se sobrevive a una idea muerta. Lo que les esperaba a continuación a los heridos de Houston podía muy bien depender de lo que yo fuera capaz de aprender más allá de ciertos límites personales, en fin-landia, lejos de los trópicos de la fama.

2

Fui a la habitación de la calle Great Jones, un cuarto pequeño y de paredes torcidas, frío como un centavo, desde el cual se divisaba un paisaje de almacenes, camiones y escombros. En la cornisa de la ventana había nieve. Unos cuantos trapos y una camisa mía de volantes que no me gustaba estaban remetidos allí donde el marco de la ventana se había combado y dejaba entrar el aire frío. La nevera estaba desenchufada, llena de álbumes de música, cintas y revistas viejas. Fui al fregadero y abrí ambos grifos al máximo, obteniendo un hilillo intermitente de agua. Cuanto menos, mejor. Probé la radio y solamente encontré señal de AM en la parte alta del dial; de FM, nada. Luego me puse a afeitarme y me hice un corte bastante feo. Fue raro ver aparecer aquel largo pliegue de sangre en mi garganta, acumulándose a lo largo de la herida y luego empezando a fluir siguiendo un patrón irregular. El color no estaba mal. Al cuarto no le iría mal una mano de pintura de aquel color. Me tapé el corte con papel higiénico y traté sin éxito de dormir un rato. Luego me eché el abrigo de Opel sobre los hombros y salí a buscar comida.

La calle estaba oscura, volvía a nevar y había un hombre con abrigo largo plantado en el callejón que va de Lafayette a Broadway. Di la vuelta a una pila de contenedores de transporte marítimo. Los edificios de naves industriales que flanqueaban Great Jones se veían desproporcionados: unas estructuras anchas y la mitad de altas de lo que deberían haber sido, como si los privaran de luz las enormes cordilleras de rascacielos que se elevaban al norte y al sur. Encontré una tienda de comestibles a unas tres manzanas de distancia. Uno de los clientes le dio un codazo a la mujer que tenía al lado y señaló con la cabeza en mi dirección. Un silencio familiar se adueñó de la tienda. Yo cogí en brazos al gato castaño y pequeño del propietario y le dejé que se me enroscara sobre el pecho. El hombre que me había reconocido se me acercó de forma gradual, fingiendo que leía etiquetas por el camino, y por fin se colocó con sigilo a mi lado frente al mostrador, la viva imagen de un contable o un abogado tributario, irradiando su propia modalidad de esperpento, la de los hombres normales que llevan vidas normales.

Al volver me encontré a Globke con la mano metida en la taza del retrete.

—Se me han caído diez centavos dentro —dijo.

—El suelo no está muy limpio. Te vas a estropear los pantalones nuevos. ¿De qué son...? ¿De vinilo?

—De polivinilo.

—Y la camisa —le dije—. ¿Qué es esa camisa?

Se levantó del suelo con esfuerzo, luego metió barriga y se recolocó la ropa. Me siguió a la habitación principal, que no era exactamente una sala de estar porque en ella había una bañera y una nevera. Globke vivía en un dúplex de un bloque de pisos situado en las alturas del otro lado del Hudson. Su apartamento era una morada modélica de muebles aerodinámicos y supergráficos, un desafío aparente a la indolencia cultivada de Riverside Drive. Su segunda mujer era joven, vaporosa, y estudiaba religiones orientales, mientras que la hija de su primer matrimonio tocaba el violonchelo.

—Esta camisa tiene su historia —dijo—. Esta camisa era parte de un paño bordado de altar. Plenamente consagrado. Hecho por monjas ciegas al pie del Himalaya.

—¿De qué color es? Nunca he visto una camisa exactamente de ese color.

—Vómito de llama —me dijo—. O eso me dijeron cuando la compré. Se rumorea que estás muerto, Bucky.

—¿Y tú te lo crees?

—He venido aquí expresamente para comunicarte, bromas aparte, que da igual qué intenciones tengas; estamos decididos a ayudarte con esto, sin importar el tema de los ingresos, las sumas y tal..., los ingresos brutos, ya sabes. Tus intenciones son lo primero.

—No tengo intenciones.

—Las cuestiones contractuales. Las fechas de estudio. Los compromisos de grabación. Los acuerdos de gira. Nos pondremos en marcha cuando tú lo digas. Hasta entonces nos quedaremos sentados con las piernas cruzadas. Qué carajo, un artista es un artista. Reservas. Entrevistas. Fiestas para la prensa. Fechas de publicación.

—¿Cómo has entrado aquí?

—No costaba mucho imaginar que estarías aquí. Yo lo sabía, vamos. En cuanto te seguimos la pista hasta Nueva York, supimos que estarías aquí. Pero mira qué demacrado estás. Pareces un fantasma. No tenía ni idea de que estabas así. ¿Quién lo sabía? No me lo había contado nadie.

—Pero ¿cómo has entrado? —le dije.

—He recogido la llave de camino del aeropuerto. Me he pasado los dos últimos días en Chicago. Primero me dicen que has desaparecido, de manera que hago todas las pesquisas de costumbre. Después me dicen que hay un disturbio en el Astrodome, de manera que hago todas las declaraciones públicas de costumbre. Luego he cogido un avión a Nueva York y he recogido la llave de camino aquí.

—¿Dónde has recogido la llave?

—En nuestras lujosas oficinas del mundialmente famoso Rockefeller Center.

—¿Y qué hacía la llave ahí?

—Transparanoia es propietaria de este edificio —dijo.

—No sabía que estuviéramos en el negocio inmobiliario. ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos o tres meses. De forma modesta. Estamos metidos de forma muy modesta. Lepp es un hombre muy cauteloso. Va comprando inmuebles aquí y allá. La mayoría relacionados con el negocio. Un antiguo salón de baile o teatro. Propiedades clausuradas. Nada grande.

—¿Y qué estamos haciendo con un edificio como éste?

—Lepp se queda fuera de mi esfera de influencia y yo no me meto en la de él. No puedo decir que me encante tu aspecto, Bucky. Eres una efigie macabra. Una película de terror hecha hombre. ¿Dónde está Opel?

—No lo sé.

—Pensé que estaría aquí. Con el tiempo que hace que no la veo me imagino que estará en ese apartamento tan raro que tiene chutándose Dios sabe qué clase de droga espantosa entre los dedos de los pies, que debe de ser el único sitio donde le queda piel.

—Hace tiempo que no la veo. Puede que esté en Marruecos o puede que no. Aunque puede que sí.

—¿Tienes planeado ir a ver si está?

—No me muevo de aquí —le dije.

—Es tu derecho y tu privilegio, Bucky, da igual que tengas o no una casa equipada con estudio de grabación en las montañas. Los primeros rumores de tu muerte han salido en el periódico de la tarde. Podría ponerles punto y final ahora mismo.

—No creo que pudieras. Pero, en cualquier caso, no te metas. Quiero ver cuánto duran.

—Lo que tú digas.

—No te he preguntado por tu mujer. ¿Cómo está tu mujer, cómo se llamaba, esa mujer tan encantadora que tienes?

—Mujer, compañera, amante —dijo Globke—. Es todo eso y más. Madre, hija, maestra, consejera, amiga. Pero os mantengo separados. Si no lo hiciera, karma sexual instantáneo. Tiene un alma hermosa pero no me fío de su cuerpo. Fíjate en lo que tiene ser viejo y gordo. Me vuelve mala persona.

—¿Y qué hace ella todo el día, abandonada en lo alto de ese acantilado?

—Se repanchinga a leer los *Upanishads*. Lleva los últimos tres años leyendo los *Upanishads* en edición de bolsillo. Está convencida de que toda la verdad está en Oriente, lo que ella llama el pétalo de todas las energías. El desapego la excita.

—¿Y la chica? —le digo.

—Sigue con el violonchelo. Gracias por preguntar. Quién habría pensado que mis genes podrían producir un talento clásico así. El año que viene la harán concertista. Con catorce años.

—¿Le dolerá?

—Atacas incluso las cosas más queridas para mí, Bucky, pero yo te perdono porque sé que estás en el umbral de algo extraextraordinario o no estarías metido en este cuarto frío y oscuro lejos del mundanal ruido. ¿O me equivoco?

—Del todo.

—Por lo menos podrías darme las cintas de la montaña. Si me dieras las cintas de la montaña, por lo menos tendría algo con lo que jugar.

—¿Cómo está mi banda? —le dije.

—Los muchachos están confundidos. ¿Qué puedo decir? Los muchachos están confundidos, dolidos y desconsolados.

—Azarian no está desconsolado. Está al frente de todos haciendo sus contoneos de caderas.

—Con él todo está en la superficie. No le da ese nivel extra que le das tú. Creo que se van a separar.

—Todavía tardarán.

—¿Quién los necesita? —dijo él.

—Son valiosos como artefactos.

—Bucky Wunderlick. Eso es lo que la gente quiere. En carne y hueso.

—Tengo que descansar un rato.

—Me estás echando. Y bueno, ¿por qué no? Han sido veinticuatro horas cargadas de emociones y estás desesperado por dormir. Tiene lógica.

—Dile a Lepp que se deshaga de este edificio.

—Es un asunto de negocios —me dijo—. Diversificación, expansión, maximizar el potencial de crecimiento. Algún día entenderás esas cosas.

Abrirás la mente a esas cosas. Algún día tendrás treinta años y tendrás que salir a la calle a ganarte la vida de forma honrada, ja, igual que el resto de nosotros.

—Nunca —dije yo.

—Ja, el prodigio eterno. Pero lo que me gustaría que hicieras, hablando del paso del tiempo, es que volvieras a escribir letras, letras de verdad, como las que solías escribir y cantar. Eso asombraría y deleitaría al mundo entero, Bucky. Un retorno sorprendente a quien eras antes.

—¿Cuándo te marchas, Glob?

—Me echa delante de mis narices. Un desprecio espontáneo. Es famoso por esta clase de cosas, pero yo me quedo aquí y lo acepto porque hemos tenido veinticuatro horas cargadas de emociones y porque él es una estrella del firmamento, mientras que yo no soy más que su mánager personal que lo sacó de debajo de la lluvia cuando él era un chaval esmirriado y lo convirtió en lo que es hoy, un chaval todavía más esmirriado. Pero para que no creas que no aprecio las cosas que has estado haciendo en los últimos tiempos, con o sin letras normales, quiero que sepas que hace una semana estaba perdido en medio del enorme sur y sintonicé la HBQ de Memphis con la radio del coche y estaban poniendo *Pipimomo*, las dos caras, sin cortar para poner anuncios. No es que sea tan inusual. Simplemente quiero que sepas que no soy todo venta al por mayor. Sintonizo con tu sonido. No es mi sonido. No es el sonido que quiero que haga mi hija. Pero es un sonido válido y sintonizo con él.

—Recuerdos a todos —le dije.

Me quedé mirando cómo se alejaba por la estrecha escalera, con su anchura prodigiosa, meciendo las ancas con ese estilo firme y eterno de las bestias de carga. Me lo imaginé al cabo de unos minutos, plantado en la calle Bowery, intentando parar un taxi que lo llevara hasta su coche, un vehículo personalizado que relucía en lo alto de la rampa circular de algún aparcamiento del Midtown. Globke estaba acostumbrado a ser impulsado balísticamente entre los distintos nodos del comercio, de manera que su rudimentario descenso por aquellas escaleras resultaba un espectáculo agradablemente sereno, y hasta bíblico.

Puse el dial de la radio entre dos emisoras locales y capté el crepitar de una guitarra de delta blues que sonaba en la lejanía de la noche. Al cabo de un rato tomé algo de sopa y me fui a la cama, con el abrigo de Opel puesto. Sabía que haría calor donde ella estuviera, con toda probabilidad alguna ciudad atestada de una de aquellas tierras ancestrales que a ella le encantaban. Le

gustaban los climas cálidos y las calles abarrotadas. Yo siempre me la imaginaba saliendo de hoteles en tierras ancestrales y buscando con la mirada algún indicio de calle atestada. Le gustaba ver escupir a los árabes y la entretenían los equivalentes despliegues locales en países no islámicos. El padre de Opel era un americano con estudios, presidente de un pequeño banco tejano, miembro del consejo de una empresa de servicios y socio de un concesionario de venta de automóviles. Ella había huido de todo aquello para llevar una vida de *rock and roll*. Quería ser cantante solista de una banda de rock cocainómana, pero estaba dispuesta a conformarse con tocar la pandereta en las fiestas de los estudios de grabación. Tenía una mente excepcional, pero prefería pasar por alto este hecho. Lo único que deseaba era la electricidad desatada de aquel sonido. Hacerlo con los hombres que lo hacían. No parar nunca. Olvidarse de todo. *Ser* el sonido. Era la única corriente que seguía. Quería existir igual que existe la música, en ninguna parte, más allá de los mapas del lenguaje. Opel conocía a casi todas las figuras importantes de la industria musical, de la cultura y de las distintas subculturas. Pero no tenía talento como intérprete, ni el más mínimo, de manera que se limitaba a flotar en las estelas de los motores ajenos, de una banda a la siguiente, manteniendo vivas las fiebres de su amor, aquel sonido que lo aplastaba todo, hasta que nos conocimos en México, en la cama de la hermana de no sé quién, donde la minúscula sorpresa de su nombre, repicando como un guijarro sobre metal, le dio una conclusión adecuada a la incoherencia de nuestra noche, la primera de todas las que vendrían, transacciones de turismo recíproco.

Era hermosa de una forma neutral, sin emitir luz alguna, y se definía a sí misma en términos de atrición, una criatura flaca, casi rubia, ya completamente echada a perder por los ritmos brutales de su vida, una mujer del sudoeste, difícil tanto de recordar como de olvidar. Se iba de gira con la banda y vivíamos los dos juntos en casas, hoteles y apartamentos, Bucky y Opel, casi nunca desprovistos de séquito, con las camas atiborradas de escombros andróginos. Jamás ha habido un momento entre nosotros que no mostrara la medida de nuestra conexión verdadera. Ir más duro, tomar más y morir el primero. Pero antes de que pudiera suceder, Opel inició sus viajes a tierras ancestrales.

3

No sé exactamente cuándo fui consciente de oír pasos en la habitación de encima de la mía. Eran unos pasos medidos, que pisaban con suavidad pero siguiendo unos patrones obvios, sugiriendo una meditación depredadora, como de pigmeos que ensayaran una muerte ritual.

Las mañanas eran frías y oscuras. Calle abajo, las puertas redondeadas del cuartel de bomberos permanecieron cerradas salvo un día al amanecer en que un camión asomó lentamente el morro y fundió sus luces con la niebla baja, cargado de hombres silenciosos agarrados a sus costados, con unos impermeables negros que les daban aspecto de apariciones. Había vagabundos por todas partes, a menudo demasiado hechos polvo para mendigar. Muchos de ellos llevaban brazos o piernas escayolados, y los que tenían botellas se congregaban huraños en los portales, sin romper jamás los cascos vacíos, dejándolos atrás mientras ellos se alejaban en sus incursiones al norte o bien se limitaban a desaparecer. Dos hombres débiles forcejeaban en silencio, musitándose entre ellos maldiciones no verbales, y una anciana apareció cojeando en escena, envuelta en varios kilos de harapos, convertida por los rayos de luz en imagen de la larga retirada de Moscú. Abrí la ventana y toqué la frágil corteza de nieve que cubría la cornisa. El camión de bomberos se alejó acelerando por Broadway, convertido en puro sonido, en un viento estridente, en una voz procedente de los sueños más malignos.

Una tarde vino a verme un muchacho llamado Hanes, el más apuesto de los ayudantes de Globke. Me trajo el correo, la prensa, contratos y algo de dinero en metálico.

—Te han visto en el *drive-in* de un restaurante de Ocala, Florida —dijo.

Hanes apenas llegaba a los veinte años, tenía un aspecto poéticamente delicado y costaba imaginárselo trabajando en las oficinas de Transparanoia, un lugar lleno de hombres achaparrados, transpirando los efectos del aire acondicionado y dispuestos a cortarse lonchas de su propia grasa corporal para venderlas a peso por medio de conexiones telefónicas transatlánticas.

—También te han visto en el aeropuerto de Benton Harbor, Michigan. Según el artículo del periódico, la persona que te vio se te acercó y te dijo:

«Eh, Bucky, ¿adónde vas?». Y tú le contestaste: «A por comida china». Luego se acercó rodando un bimotor y tú te subiste a él.

Hanes se sentó en el borde de la cama deshecha. No me quitó la vista de encima. Me acordé de una noche de hacía unos meses en la costa Oeste. El país tenía la sangre caliente, por tal o cual atrocidad, aquí o en el extranjero, y ya antes de que subiéramos al escenario el lugar entero estaba temblando. Éramos el único grupo del que la gente dependía para validar sus emociones, y aquella noche reinaba una furia superior a la media. En nuestro contexto especial desafiamos la autenticidad de la pasión y la cólera de la multitud, sumergiendo nuestros cuerpos en coqueta luz azul, limitándonos a cortejar a nuestros instrumentos durante la primera hora aproximadamente. Luego les aplastamos la cabeza con unos veinte mil vatios de sonido congelado. La presión de su respuesta fue inmensa, nos arrolló con la fuerza de un desastre natural, y luego creció todavía más, se volvió más amenazadora físicamente, mientras ellos la empujaban en torno al escenario, apelonándose para el holocausto, hasta que por fin la cosa estalló, y el único recuerdo lúcido que me quedaría más tarde fue la imagen de alguien ligeramente familiar que avanzaba por el escenario, con la cara brillándole de dolor, buscándome claramente con la mirada a través de todas las capas de caos, y era Hanes, deteniéndose ahora para darle un puñetazo a la batería, o bien para girar sobre sí mismo con su camisa rota, una de cuyas mangas le colgaba vacía, Hanes en persona, cayéndose de espaldas encima de una torre de amplis.

—Tengo un tocadiscos automático Garrard nuevo —me dijo.

—Me alegro.

—La configuración del brazo es de una precisión perfecta.

—Hazme un favor, anda —le dije—. Llévate estos contratos.

Aquella noche incendiaron un bidón de petróleo en la calle, debajo de mi ventana. Alrededor del bidón había cuatro personas, que de vez en cuando tiraban madera y basura a las llamas. Intenté leer uno de los periódicos que me había dejado Hanes. No pude entender las palabras. Miré la portada de una revista y no conseguí descifrar las enormes mayúsculas. Al cabo de un rato me quedé dormido en un sillón y al despertarme seguí allí. Alguien llamó a la puerta. Fui a la ventana y me asomé a la calle, donde continuaban congregados tres de los individuos, meciéndose sobre las puntas de los pies para quitarse el frío. El cuarto estaba en la puerta, una chica sin edad vestida con pieles mojadas de derrota, parpadeando para regresar al reino de los acontecimientos. Tenía la cara alargada de druida apoyada en un paquete que llevaba sobre la parte superior del pecho.

—Bucky, soy Skippy. Solamente quiero darte una cosa de parte de alguien y no me quedaré a molestarte, te lo prometo de verdad. ¿Puedo entrar un momento nada más?

—Sí, pero tus amigos no —dije.

—En el vestíbulo de abajo hay un cuerpo.

—Debe de ser mío.

—Antes de nada, un chaval de Nuevo México que conozco, Bobby, de Nuevo México, me ha hecho prometerle que te diría que sabe dónde conseguir un hachís increíble que te puedes quedar gratis y ni siquiera tienes que hablar con él. Creo que era eso... Hachís y gratis, increíble.

—Ahora me coloco a ratos con la radio.

—No pasa nada, de todas maneras no es eso lo que tengo que darte.

Me entregó el paquete.

—¿Qué es? —le dije.

—Quieren que te lo quedes tú porque confían en ti y no hay otro sitio donde ponerlo a salvo. Vendrá alguien a recogerlo cuando sea el momento.

—¿Quién quiere que me lo quede?

—La Comuna Agrícola del Valle Feliz.

—¿Y eso qué es?

—Es una nueva familia de hijos de la tierra que hay en el Lower East Side y que tiene todo el piso de arriba de una casa de vecinos. Algunos de ellos estaban antes con los Surfistas del Desierto.

—No confían los unos en los otros, pero confían en mí.

—Supongo —dijo ella—. Hay tres de ellos ahí fuera. Pero no quieren subir. Quieren demostrarte que respetan la privacidad. Quieren devolverle la idea de privacidad a la vida de América. Tienen escopetas, tienen pistolas, tienen cuchillos, tienen sopletes, tienen explosivos del ejército y tienen rifles de caza. Lo que sea que hay en ese paquete lo robaron. Me han encargado que te diga que el doctor Pepper analizará el contenido en cuanto consigan averiguar dónde está. De manera que en cuanto lo encuentren, y se lo lleven a la calle Essex o bien vayan a donde está él, alguien vendrá aquí a por el paquete. Me han encargado que te diga eso: doctor Pepper, analizar, calle Essex, buscar el paquete. Creo que era eso.

—Tus amigos no están muy bien organizados, ¿verdad que no?

—Están organizándose. Supongo que requiere tiempo. Acaban de llegar a la ciudad y todo eso. Pero creen que lo que estás haciendo ahora mola mucho.

—¿Y qué estoy haciendo?

—Devolverle la idea de privacidad a la vida americana.

—Encantado de verte —le dije—. Siempre me gusta ver a gente simpática. Si alguna vez quieres el paquete y estoy inconsciente o muerto o no estoy aquí, les dices a tus amigos que echen la puerta abajo. Dejaré el paquete en un sitio bien a la vista.

—Me llamo Skippy.

—Ya lo sé.

—Si quieres puedo volver más tarde. Lo que tú quieras, Bucky. Puedo traer a mi amiga Maeve. O bien puedo venir sola. O mandar solamente a Maeve.

—Nada de todo eso —le dije.

—Vale, me alegro mucho de haber subido y tal. Yo estaba en Atlantic City cuando tocaste aquellas cuatro horas seguidas. Bobby de Nuevo México estaba en Houston la noche en que no estuviste tú. Me dijo que fue tremendo. Se rompió la muñeca izquierda saltando de una tapia. Una noche de locura total. Bueno, me tengo que ir. Lástima que no hayamos tenido mucho tiempo para hablar. Pero no pasa nada, Bucky. Yo no soy nada verbal, igual que tú.

Desde la ventana la vi hablar con los tres hombres y a continuación todos se alejaron bajo la suave nevada. Volví a oír los pasos: alguien caminaba trazando un itinerario complicado. El paquete medía unos treinta centímetros cuadrados, no era pesado y venía envuelto en papel marrón sellado con cinta adhesiva marrón y corriente. Lo guardé en un baúl pequeño que había en un rincón de la habitación. El fuego del bidón de petróleo tardó mucho en apagarse. Me puse el abrigo de Opel y esperé a las primeras luces del día.

Las señales del comercio fueron apareciendo lentamente por la calle Great Jones, los envíos y las recepciones, el empaquetado de exportaciones, los curtidos por encargo. Era una calle antigua. De hecho, sus materiales eran su esencia, lo cual explicaba la fealdad de hasta el último centímetro. Pero no era una miseria terminal. Hay calles que en plena decadencia poseen una especie de tono redentor, cierta sugerencia de formas nuevas que están a punto de evolucionar, y Great Jones era una de aquellas calles, siempre suspendida al borde de la revelación. Papel, hilo, cueros, herramientas, hebillas, monturas y artículos de regalo. Alguien abrió la puerta de la empresa de pulidos. Por los adoquines de la calle Lafayette llegaban camiones viejos retumbando. Los camiones se turnaban para subirse a la acera, donde varios de ellos se pasaban el día entero, ligeramente escorados, y a su alrededor caminaban hombres barrigudos con sujetapapeles en las manos, con facturas, con recibos de carga entregada, unos hombres que jamás paraban de tirarse de los pantalones para arriba. Una mujer negra emergió de la mancha de un coche abandonado,

recitando entrecortadamente una canción. De la bahía llegaba un viento cortante.

Yo tenía la puerta entreabierta, estaba saliendo a buscar comida, cuando alguien me llamó por mi nombre desde el rellano de arriba. Era un hombre de unos cincuenta años que llevaba una sudadera con capucha. Estaba sentado en el peldaño superior, mirándome.

—Te he estado esperando —dijo—. Soy tu vecino de arriba. Eddie Fenig. Ed Fenig. Tal vez hayas oído hablar de mí. Soy escritor, o sea que algo tenemos en común, por lo menos de forma retroactiva. Firmo con mi nombre completo: Edward B. Fenig. Eres el mejor en lo tuyo, Bucky, a juzgar por tus letras de antes, a tus conciertos no he ido nunca. De manera que cuando ayer te vi desde mi ventana cruzar la calle hacia aquí, me quedé encantado, naturalmente. Encantado de verdad, no te exagero. Tal vez hayas oído hablar de mí. Soy poeta. Soy novelista. Escribo libros de misterio. Escribo ciencia ficción. Escribo pornografía. Escribo series dramáticas matinales. Escribo obras teatrales de un solo acto. Mi trabajo ha sido publicado o producido en todos estos formatos. Pero no me conoce ni Dios.

Los americanos buscan la soledad de maneras distintas. Para mí, la calle Great Jones fue una época de fatiga llena de oraciones. Me convertí en medio santo, practiqué mis visiones, informado por un sentido de la economía corporal pero deficiente en materia de dolor verdadero. Estaba concentrado en protegerme de alguna dificultad grave que se avecinaba y no me esforzaba en relacionarme mediante el diálogo ni dar más que el número mínimo de pasos para ir de un sitio a otro, u orinar de forma innecesaria.

4

Volví a tener visita, después de cuatro días de soledad ininterrumpida. Esta vez un periodista, aparatosamente calvo y con pinta de enano, vestido con unos pantalones militares caídos y con la montura de sus gafas de cristales plateados engalanada con las volutas de pelo de los confines remotos de su cabeza. En la manga de su chaqueta militar llevaba un emblema: «agencia de noticias running dog».

—¿Dónde se quiere sentar?

—Tu mánager nos ha dicho que eras accesible —dijo él—. Hace setenta y dos horas que sabemos dónde estás, pero no queríamos hacer nada hasta contactar con Globke. Nosotros no vamos avasallando como hacen los medios grandes. Queríamos consultarle a Globke cuál era tu disposición, en el sentido de si eras accesible o no. Voy a coger esta silla y podemos poner la grabadora aquí.

—Nada de grabar —dije yo.

—Ya nos lo esperábamos.

—Ni tomar notas.

—¿Notas tampoco?

—Nada de notas.

—Querrás que seamos precisos, ¿no?

—No —le dije.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Que se lo invente todo. Vaya a casa y escriba lo que quiera y luego mándelo. Invénteselo. Cualquier cosa que escriba será verdad.

—Sabemos que una entrevista es mucho pedir, aunque sea corta, y te aseguramos que eso es lo que queremos, aunque tal vez tengamos que conformarnos con una declaración. ¿Querías hacernos una declaración?

—¿Una declaración sobre qué?

—Sobre lo que sea —dijo él—. Lo que tú quieras. Por ejemplo, los rumores. ¿Qué me dices de los rumores?

—Todos ciertos.

—Vale, pero ¿qué me dices de lo de las autoridades belgas?

—¿Globke tiene contrato con Bélgica? Si Globke no la tiene contratada, da igual de qué hablemos: si lo comento en público estaré cometiendo una infracción.

—Las autoridades de Bélgica quieren interrogarte por tu supuesta relación financiera con un avión cargado de armas que se ha confiscado en Bruselas y que supuestamente iba de camino a un país en conflicto o a otro, dependiendo de qué rumores se crea uno.

—¿Sabe usted qué significa la palabra infracción? Es una palabra que tiene mucho peso en los tribunales. Mucho más peso que fracción o refracción.

—Vale, pero ¿qué me dices de las lesiones que te ha causado en las cuerdas vocales el esfuerzo continuo o de esa historia de que no vas a volver a actuar nunca en público?

—Usted decide —le dije—. Lo que quiera escribir usted será cierto. Yo se lo confirmaré todo.

—Vale, pero ¿qué me dices de Azarian? Azarian dice que está reorganizando al grupo a partir de una línea musical menos radical. ¿Quieres hacer una declaración al respecto?

—Sí —le dije yo.

—¿Qué declaras?

—Que Azarian ha quedado espantosamente desfigurado por un accidente terrible. Le están reconstruyendo la cara con piel y hueso sacados de las caras de donantes voluntarios. Su voz no es la suya. Es de un donante. Lo que parece que esté diciendo Azarian en realidad lo están diciendo las cuerdas vocales de otra persona.

—Ése es otro rumor. El del accidente. Que has sufrido un accidente y estás escondido en una clínica privada para ricos del centro del sur de Maryland. Lo del accidente nos ha resultado interesante, ideológicamente hablando. Un accidente para alguien como tú es el equivalente de la cárcel para un revolucionario. Nosotros teníamos ganas de que fuera verdad lo del accidente. Lo cual es, caray, muy raro. Pero es lo que pasa. Que uno se mete en ideologías de guerrilla y termina intentando lidiar con unos pensamientos bastante malsanos.

—No existe una región que se llame el centro del sur de Maryland.

—Vale, pero escucha una cosa sobre el tema de los accidentes. Una fuente que no te voy a revelar nos ha chivado que tu mánager estaba a punto de filtrar el rumor de un accidente. Nos imaginamos que quería adelantarse a todos los demás accidentes. Quería los derechos exclusivos de tu accidente.

En todo caso, según esta historia, tú estabas entre la vida y la muerte al estrellarse tu goleta contra unas rocas durante una tormenta, frente a la costa del Perú. Primero desapareces y se te considera ahogado. Después apareces medio muerto a bordo de una embarcación de rescate. Y el Perú sí que tiene costa, porque yo estuve allí hace dos Navidades. Pero por alguna razón tu mánager ha descartado la idea. Todo esto es un rollo bastante sofisticado, Bucky. O sea, hay rumores, hay contrarrumores, hay manipulaciones y hay, ya sabes, esa actividad promocional ultramórbida. ¿Qué quiere decir todo eso?

—Que el hombre de negocios sencillo ha desaparecido de la faz de la Tierra.

—Antes de que me olvide —dijo él—. Me gustaría añadir tu nombre a una lista de patrocinadores que usamos en toda la correspondencia perteneciente al fondo de insurrección de los cautivos negros. Los demás nombres están en esta página. ¿Quieres que te la deje y ya nos contestarás o quieres echarle un vistazo ahora? Es cosa tuya, yo hago con ella lo que tú me digas.

—Rómpala en cuatro trozos iguales —le dije.

—Vale, ¿nos puedes hacer más declaraciones?

—No, creo que no.

—Nos gustaría que nos hicieras una breve declaración sobre tu paradero actual.

—Estoy donde usted quiera que esté.

—Ya sabemos dónde estás ahora mismo. Queremos saber qué haces aquí.

—Nada.

—Pero ¿por qué aquí? —dijo él—. ¿Quieres hacer una declaración sobre eso?

—En Nueva York uno sabe dónde está. Está en Nueva York. Es Nueva York. Ese hecho es ineludible. En otros lugares yo no siempre sabía dónde estaba. ¿Qué es esto, Ohio o Japón? Quería estar en un solo sitio. En un sitio identificable.

—Vale, pero es que tienes una casa equipada con estudio en las montañas y es casi inaccesible para alguien que no tenga mapa. Seguimos sin saber por qué estás aquí y no allí. Allí ya has vivido. Debe de ser un sitio identificable.

—¿Cuánto mide usted? —le dije.

—Metro ochenta y tres.

—Increíble.

—Es porque voy encorvado.

—Es usted un enano de metro ochenta y tres.

—Voy encorvado. No lo puedo evitar. Siempre he ido así.

—En realidad es una montaña equipada con un estudio —le dije—. No hay casa propiamente dicha. Hay el facsímil de una casa. Hay el modo pictórico de una casa. El aspecto exacto que tendría mi casa de las montañas si yo tuviera una casa y hubiera montañas. Mi estado de ánimo actual no permite la existencia de montañas. Estoy de humor para llanuras.

—¿Podemos hablar de tu vida personal?

—Pues claro. Yo no estaré aquí mientras lo discutimos porque estoy a punto de salir. Pero usted puede hacerlo. Todo lo que escriba será verdad. Yo responderé personalmente de hasta la última sílaba.

—Tu mánager nos ha dicho que eras accesible.

—Es que no han hablado ustedes con Globke. Era el facsímil de Globke. Transparanoia vende facsímiles. Todo el mundo al que tienen contratado tiene su facsímil. Es uno de los términos del contrato estándar. En cuanto firma uno el contrato, está obligado a cumplir los términos. Es lo básico en una relación contractual sana. En este preciso momento del tiempo duplicado, a Bucky Wunderlick le están cortando las uñas en las Waldorf Towers. Usted ha estado haciéndole una entrevista a su facsímil.

Me vi a mí mismo reflejado en sus gafas mientras me levantaba de mi sillón en forma de taza y caminaba lentamente hasta la puerta. Él levantó un brazo a modo de cortesía desaliñada.

—Paz.

—Guerra.

5

Las tensiones de la habitación eran adecuadas a pocas empresas aparte de la mía, la empresa de sondear las profundidades del silencio. O bien la voluntad de guardar silencio.

La nieve de la cornisa se puso marrón. Cuando la vieja cocina funcionaba había sopa para comer. Unas cosas funcionaban de forma esporádica; otras cosas funcionaban todo el tiempo pero nunca del todo. De noche me pasaba muchos ratos largos sentado con el abrigo de Opel sobre los hombros. La pequeña radio emitía sus ruidos, feroz como un bebé, sin escucharse nunca a ella misma. Era la voz mecánica de América, su voz de muñeca, espetándole eslóganes al amanecer, poniéndose a prueba por si se presentaba una emergencia, emisora tras emisora desvaneciéndose bajo el aliento sufriente del himno nacional. Los bomberos no se movían del cuartel.

Oí un ruido en el pasillo y asomé la cabeza por la puerta. Volvía a estar allí, sentado en el peldaño superior, otra vez Fenig, contemplándome desde el otro lado de la penumbra.

—No podía escribir —me dijo—. Empecé una cosa de ciencia ficción pero se me ha empantanado a las primeras de cambio. He intentado pasear un poco a ver qué pasaba. Ya sabes, caminar un poco. A veces ayuda, algo tan sencillo como pasear por la habitación. Cuando la inspiración se agota, yo lo que hago es ponerme las pilas y echar a andar. La manera de caminar depende de la situación. Esta vez he estado caminando cinco pasos al norte, ocho al sudeste, de vuelta al punto de partida y otra vez cinco pasos al norte. Parece una idiotez pero funciona. Haz algo una y otra vez y pronto empezarán a aparecer pequeñas irregularidades en la rutina. Inconscientes, espontáneas. Y ésa es la señal de que vuelves a estar por la labor. Pero sube, hombre. Te enseño mi apartamento.

Su habitación apenas tenía muebles. Estaba dominada por un baúl enorme, pulido por el paso del tiempo, provisto de unas enormes hebillas oxidadas y de otros accesorios metálicos. Había una alfombra enrollada y apoyada en una pared. Fenig tenía la máquina de escribir en una mesilla

metálica con ruedas. Cerca de ella había una lámpara con dibujos de tazas y platillos en la pantalla.

—Aquí es donde vivo y trabajo —dijo.

Era la primera vez que le echaba un buen vistazo a Fenig. Por culpa quizá de la capucha, su nariz parecía más grande de lo que era en realidad, y como la gente que tiene la nariz grande lleva asociada cierta sensación de destino trágico, Fenig con su sudadera me recordaba a un profesor de gimnasia plantado en un patio bajo la lluvia mientras los chavales, entre risas, le rajan los brazos con cuchillos improvisados. Nos sentamos en sendas sillas viejas de madera; en ambas se podían distinguir fácilmente los estratos geológicos de las sucesivas capas de pintura. A Fenig se lo veía atildado, llevaba la ropa pulcra y lavada recientemente.

—No me conoce ni Dios —dijo—, pero tengo dos nominaciones al Premio de Novela de Misterio y Crimen Laszlo Piatakoff. Mis obras de un solo acto se estrenan sin excepción en una universidad agrícola muy a la última de Arkansas. Estoy en la mediana edad pero voy más fuerte que nunca. He participado en antologías de tapa dura, de bolsillo y hasta de papel vitela, joder. Conozco el mercado de la literatura como pocos. El mercado es algo extraño, casi un organismo vivo. Cambia, palpita, crece y excreta. Absorbe cosas y luego las escupe. Es una rueda viva que gira y crepita. El mercado acepta y rechaza. Ama y mata.

La luz entraba con timidez: el único tributo que los inviernos del norte le pagan a la moderación. Una esquina de la habitación empezó a reverberar, el sol se puso a levantar polvo en forma de columnas titubeantes y yo me di cuenta de que todavía llevaba puesto el abrigo de Opel. Fenig llevaba su capucha de algodón con acrílico. Yo la camisa metida por dentro, las muñecas huesudas al descubierto.

—Abajo vive una mujer —dijo—. En la primera planta. Micklewhite, se llama. Tiene un chaval de unos veinte años, deforme y retrasado. Nació con algún problema en el cráneo. Por alguna razón lo tiene blando. Tiene la cabeza llena de abolladuras y formas extrañas. Su familia tuvo vergüenza y por eso nunca hizo nada. Se limitaron a esconderlo en la habitación. Ahora el padre ha muerto y la madre está chiflada y el chaval sigue en la habitación con esa cabeza maleable suya. No puede ni hablar ni vestirse ni nada. Ni siquiera sé si puede gatear. Yo nunca lo he visto. Ella no lo enseña. Pero me lo ha contado todo. Micklewhite y su típico chaval americano. Los he puesto en cuatro historias, sin que ellos lo sepan.

El radiador se parecía al de la habitación de abajo: un objeto alto, encorvado y situado en el rincón, completamente reconciliable con su entorno o ausencia del mismo, agradable a la vista e incluso al oído, uno de esos radiadores que tienen un recipiente de metal enganchado a la parte de atrás para poner agua dentro y humedecer el aire. Nuestros radiadores a juego. Algo que regar de vez en cuando.

—La fama —dijo—. No me llegará nunca. Pero si me llega... Pero no me llegará. Pero si llega... Pero no llegará.

El edificio fue golpeado por la onda expansiva de una explosión provocada en una obra cercana. Vi cómo a Fenig le temblaban un poco los carrillos: el temblor le agitó toda la piel sobrante de la cara, un trastorno en el centro de su pulcritud y su calma. No había ni rastro de radio, teléfono ni televisor.

—Conocí a Laszlo Piatakoff en una cena que celebró la Sociedad Baskerville en el Hilton.

—¿Quién es? —dije.

—Laszlo Piatakoff es la Marjorie Pace Kimball del género policiaco. No te exagero.

En la calle alguien estaba usando un martillo. Emitía un ruido vibrante, acompañado de unos ecos líquidos, y pronto se le unió el ruido de otro martillo, tal vez a una manzana de distancia, provisto de una vibración densa en cada uno de sus golpes pulverizadores, probablemente en la calle Bond. El más pesado de los dos ruidos era el más lejano, y entre los dos formaban una estela que se iba expandiendo lentamente, una estela de tiempo, silencio y reverberación, que reblandecía el aire petrificado, hasta que por fin uno de los martillos descansó y el otro se volvió brutal.

—Todo el mundo se sabe lo de la cantidad infinita de monos —dijo Fenig—. Se pone a trabajar a una cantidad infinita de monos con una cantidad infinita de máquinas de escribir y al final uno de ellos reproduce una gran obra literaria. No sé en qué idioma. Pero ¿qué me dices de una cantidad infinita de escritores metidos en una cantidad infinita de jaulas? ¿Acaso emitirían un ruido de mono? ¿Un ruido auténtico de chimpancé? ¿Acaso terminarían colgados por los dedos de los pies de una cantidad infinita de trapecios? ¿Acaso cagarían mierda de mono? Es una cosa académica, dirás tú. Y puede que tengas razón. Yo no lo sé. Pero una cosa sí sé. Todo se basa en estar en el sitio correcto y en el momento adecuado. En conocer el mercado. En adivinar sus fluctuaciones. En medirle el temperamento. Yo he escrito millones de palabras. Y hasta la última de ellas está en ese baúl.

Cuando bajé las escaleras me tuve que contentar con llevar a cabo una imitación del sueño, a base de ojos cerrados, el cuerpo laxo y una respiración estudiadamente regular. Esto al final se volvió cansino, de manera que comí algo y fui a sentarme a la ventana. El aire traía un hedor terrible, una especie de gas subterráneo liberado por las detonaciones. Volví a cerrar los ojos. Cuando los abrí ya era de noche. La habitación estaba oscura detrás de mí. Se me ocurrió abrir la ventana y gritar:

—¡Fuego! ¡Eh, fuego!

Los portones del cuartel de bomberos se abrirían lentamente. Yo podría vislumbrar el camión enorme, de color rojo camión de bomberos y atiborrado de accesorios relucientes. A continuación aparecerían unos hombrecillos diminutos con botitas negras, que saldrían poquito a poco a la acera y levantarían los ojillos hasta mi ventana.

—¡Fuego! —les gritaría yo—. ¡Fuego, fuego!

Uno de los hombrecillos daría varios pasos y se adentraría en el resplandor de una farola. Se daría un tirón breve de las botitas. Y por fin volvería a levantar la vista hacia mi ventana.

—Agua —diría él, con una vocecilla apenas audible.

Pasaría un momento y luego sus pequeños camaradas, todos de pie alrededor de él, se pondrían a cuchichear, como si siguieran una señal preestablecida.

—Agua, agua, agua, agua, agua.

Al final todos los hombrecillos regresarían al cuartel de bomberos y los portones abovedados se cerrarían lentamente detrás de ellos.

6

Un teléfono que está desconectado, separado de sus fuentes, se convierte con el paso del tiempo en una intrigante escultura. El objeto habitual de la transacción no queda únicamente silenciado dentro de los ganglios laxos del teléfono; se vuelve eternamente irrelevante. Situado más allá del alcance de las necesidades estridentes, el teléfono muerto desentierra otra fuente de poder. El hecho de que se niegue a hablar (aunque está hecho para hablar y por ninguna otra razón) nos permite verlo de una forma nueva, más como objeto que como instrumento, como objeto poseedor de una especie de misterio histórico. El teléfono ha descendido a la falta completa de voz y de ese modo se ha vuelto hermoso.

A Opel no le funcionaba el teléfono y Azarian se presentó sin llamar y me lo encontré esperándome en el pasillo, entumecido por el frío, cuando llegué de la calle Trece, adonde había ido a comprar ropa. Estaba apoyado en los buzones, con los brazos enfundados en lo que parecía una camisa de fuerza de tupido terciopelo. Se las apañó para infundirle al mero acto de sorberse la nariz un elemento de acusación severa. Hice que me siguiera por las escaleras. Sin separar del pecho los brazos cruzados, se dejó caer en una silla.

—La entropierna apocalíptica en persona.

—No te hagas el gracioso —me dijo—. Hazme ese único favor, Bucky. Evita las gracietas. Tengo frío y estoy cansado. Necesito que me hables en serio. *Jet lag*, miedo, ansiedad, depresión. Ya conoces mi historial.

—¿Quieres chocolate a la taza? Bien caliente.

—Ah, vale, sí.

—Pues no tengo.

—Pensé que estabas en Marruecos con Opel Hampson.

—¿Ella está en Marruecos? —le dije.

—Y por fin Globke me ha dicho que estabas aquí.

—¿Y un té caliente? Un té Lipton bien humeante. Recién traído de la tienda.

—¿Tienes?

—No.

—Francamente, no me quedé precisamente devastado cuando te fuiste, Bucky. Pero me equivocaba. Te necesitamos. Me he pasado casi todo el último año sumido en un estado de miedo profundo casi el cien por cien del tiempo. Miedos de todas las clases y colores. Sobre todo miedos inexplicables. Cuando te fuiste del grupo, francamente, yo esperaba que las ansiedades se disiparan como una niebla. Pero me equivocaba. Tengo más miedo que nunca. Todas las tensiones tremendas que creaste con tu presencia se han agravado todavía más al marcharte. Tengo miedo todo el tiempo.

—¿Miedo de qué?

—Ya conoces mi historial —dijo Azarian—. Miedos, ansiedades, aprensiones, temores, terrores, espantos y pánicos. No me preguntes de qué tengo miedo. Supongo que tengo miedo de todo. De todo, de algo, de cualquier cosa, de nada. He venido al este por una razón. Bueno, por dos razones. Las dos dan bastante miedo.

—Cuéntame.

—En primer lugar quiero conocer tus intenciones. Me da la impresión de que tengo derecho. La banda está en pleno flujo. Antes de poder emprender ninguna acción concreta y aliviar mi mente de una parte del miedo, necesito saber si tienes intención o no de volver. En este momento me ayudaría mucho tener una idea de lo que piensas. Ellos creían que te habían asesinado. Dodge se lo creía de verdad. De manera que hablamos con Globke para aclararnos. Primero hablamos con él todos juntos. Y luego fuimos hablando con él uno por uno, en fases distintas. Él no nos dijo nada concreto hasta anoche. De manera que me he venido de Phoenix. Un vuelo de mierda. La madre de Dodge ha estado intentando ponerse en contacto contigo. Es una especie de, no sé cómo se llaman. Más allá de la tumba. Y claro, como Dodge le dijo que estabas muerto, ha intentado ponerse en contacto contigo.

—¿Y ha habido suerte?

—Dice que ha encontrado a tu hermano. Pero ¿tú has tenido alguna vez hermano?

—No.

—Es lo que le dijo Dodge. La mujer es rara de cojones.

—Estoy bastante ocupado —le dije—. ¿Me puedes decir para qué has venido?

—¿Ocupado haciendo qué? ¿Qué puedes estar haciendo en un sitio como éste para estar ocupado?

—Dime qué es lo que quieres —le dije.

—Quiero conocer tus intenciones. Quiero saber si vas a volver, y cuándo, y exactamente en qué rol. Afrontémoslo, llevas mucho tiempo sin hacer nada nuevo y eso está provocando que se acumule presión, y entretanto yo estoy listo para entrar en el estudio con un material en el que me he pasado trabajando los dos últimos años y que no hemos grabado nunca. Estoy listo para un montón de cosas. Pero no puedo tirar adelante sin más. Estoy atado por preacuerdos, por cláusulas, por letra pequeña, por acuerdos y contraacuerdos múltiples. Todo está cerrado a cal y canto. De manera que éste es el primer paso necesario. Averiguar tus intenciones.

—No tengo intenciones.

—Pues claro que tienes intenciones. Todo el mundo tiene intenciones. Parece que yo tenía razón sobre ti.

—¿En qué sentido?

—Les dije que te habías venido abajo —dijo él—. Dodge le iba a todo el mundo con el cuento del asesinato. Y todos le creían. Yo les dije que simplemente te habías escapado a esconderte. Que te habías venido abajo. Que ya no lo aguantabas más y te habías ido a esconderte a Marruecos. Eso les dije.

—Pues te equivocabas.

—Dodge dijo que Bucky no era de éstos. Que el último en venirse abajo sería Bucky. Que nos derrumbaríamos todos menos él. Pues mira, un carajo, se equivocaban ellos. Yo vi lo que pasó en aquella sala de espera de aquel aeropuerto, donde fuera que estuviéramos, en Denver, justo antes del disturbio del Astrodome.

—¿Y qué pasó?

—Yo vi lo que pasó.

—¿Qué pasó?

—No se lo conté a nadie porque pensé que era asunto tuyo y de nadie más. No lo conté ni siquiera después de que desaparecieras y todos acabaran convencidos de que te habían asesinado. Te viniste abajo, así de simple. Eso sí que se lo conté, pero nada más.

—¿Qué pasó?

—Me llamó la atención en medio de todo aquel tumulto de antes del embarque. Tú estabas de rodillas haciéndole muecas a una vieja que iba en silla de ruedas. Yo me di cuenta de que no era broma. Era demasiado irreal. Tú estabas sudando y farfullando y haciéndole unas muecas increíbles a la vieja. Yo jamás había visto a nadie sudar tanto como estabas sudando tú. Riendo y farfullando y de rodillas. Riendo-llorando. No me olvidaré nunca.

Lo vio más gente pero nadie supo cómo reaccionar. Era demasiado irreal. Y además, estabas llorando. De manera que nadie supo qué estaba pasando. No había realidad. No había forma de saber qué hacer. Luego alguien se llevó la silla de ruedas de la señora y tú te levantaste y se acabó.

—Qué raro.

—Llevabas una semana y media sin decir más que cinco palabras, Bucky. O sea, toda la locura aplastante de la gira. O sea, los aspectos increíblemente enfermizos que tiene eso. Toda la fantasía mórbida de la situación. Eso puede hacer pedazos a cualquiera. Y siendo quien eres, claro. Todo ese mito. Siendo quien eras y representando lo que representabas. Esa presión inhumana en particular. Cuando te vi así en el suelo, no me pareció tan fuera de lo normal. Supe que no era broma pero tampoco pensé que fuera grave. O sea, la gira es así. En las giras pasan esas cosas.

—Qué raro —dije yo.

La tristeza de Azarian llenó el espacio que nos separaba. Él se inclinó hacia delante en su silla, examinándome los ojos, intentando obligarme con su intensidad a recordar, intentando hacerme ver mi propia cara, como si aquel recuerdo pudiera ser una brisa fresca que atravesara su tristeza. Apretó los dos puños, se los puso sobre los labios y soltó un soplo de calor y de energía al interior del túnel resultante.

—Eso nos lleva a la segunda razón de que haya venido —dijo—. La Comuna Agrícola del Valle Feliz tiene en su poder algo en lo que yo estoy dispuesto a invertir. Represento a ciertos intereses. Y resulta que esos intereses saben que estás en contacto con el Valle Feliz. De manera que te están haciendo la oferta a ti a través de mí.

—Hazles tus ofertas a la gente que esté directamente involucrada. Yo no quiero saber nada del tema.

—Son un campamento armado. No quiero ni acercarme a ellos.

—Problema tuyo, no mío.

—Escucha, Bucky, tú y yo nos conocemos desde hace mucho. Por eso esos intereses que te he dicho quieren que los represente yo. Tiene lógica que en esta situación concreta seamos tú y yo quienes hagamos los tratos. Yo no me quiero acercar para nada al Valle Feliz. Solamente quiero pujar por el producto que ellos tienen. Yo te hago la oferta. Y tú sigues a partir de ahí.

—No sé absolutamente nada de esa gente.

—¿De la tuya o de la mía? —dijo él.

—De mi supuesta gente. No sé nada de ellos.

—Muy bien, pues era un grupo rural que se fusionó con otros grupos, o con facciones escindidas, y como allí donde fueran los echaban se dedicaron a ir de un sitio a otro y al final, con los años, han terminado en la ciudad, en esta ciudad, aquí al lado; se puede ir andando desde aquí. En otras palabras, son un grupo rural que vino a la ciudad en busca de paz y satisfacción.

—¿Y qué es eso que tienen en su poder?

—La cuestión es que tengo el dinero suficiente para hacer una oferta importante —dijo—. Gente de la costa. Amigos míos a los que conocí en Detroit hace un tiempo. Tienen sus orígenes en Detroit y también en Cleveland. Pero ahora están en la costa. Siempre que me junto con ellos me paso hasta el último minuto sumido en un estado de miedo. Pero esa gente representa una parte importante de mi desarrollo. Con o sin miedo, estoy metido en esto hasta el final.

—No sabes cuál es el producto, ¿verdad?

—No cuesta tanto imaginárselo —dijo él—. Lo importante es que tenemos respaldo. Tenemos recursos.

—Dile a tu gente que yo no sé nada. Que es más o menos la verdad. No soy más que una figura cansada y vieja del mundo del espectáculo. Ya lo sabes. La industria musical me ha quemado.

—Se lo diré, Bucky, pero no me harán caso. Y entretanto, ¿hay algo en esa bolsa que puedas poner a calentar en la cocina para quitarme el frío del cuerpo?

—Un chaquetón de leñador —le dije.

—¿Uno de esos viejos que tienen cuadros rojos y negros?

—Lo he comprado en una tienda de excedentes del Ejército y la Marina.

—No me importaría acercarme a comprar uno igual. Lo que pasa es que tengo que estar en el Uptown dentro de una media hora para hablar con la gente de una discográfica. Nombres de peso. Monstruos de la industria. Luego me voy zumbando al aeropuerto. Pero volviendo al principio de la conversación: me gustaría que me dieras alguna clase de respuesta antes de marcharme de aquí. ¿Qué va a pasar ahora, Bucky? ¿Vas a volver pronto? ¿O bien reservo horas de estudio y me llevo a la banda a grabar?

—Todas las preguntas se las mandas por escrito a mi mánager personal, a la dirección de Transparanoia, S. A., Rockefeller Center, Nueva York, Nueva York, Nueva York, Nueva York, Nueva York.

Las pertenencias de Opel estaban por todas partes, los objetos de una vida anterior vivida en lugares reales, de su paso por tierras solitarias. Las suyas eran unas posesiones en las que resonaba el tiempo, una sensación de años reunidos, cuentas de cristal, correas de guitarra, cajas de palisandro para guardar drogas, catálogos de ferreterías, velas mexicanas, las cosas más simples, cada una de ellas imbuida del poder de su propia ausencia, una yogurtera eléctrica, una bufanda de tres metros tejida a mano. Moví la cama al centro de la habitación. Parecía más posible dormir allí.

Fenig vino a visitarme y me dijo que tenía ganas de beber café. Examiné la habitación en busca de café. Miré por todos lados sin resultado. Luego me puse a buscar tazas. No había tazas limpias. Todas las tazas estaban en el fregadero, sentadas las unas dentro de las otras. Me puse a buscar azúcar. Intenté encontrar una cuchara limpia en el cajón del armarito. El cajón estaba lleno de cordeles, botones y sellos de un centavo. Me puse a sudar y un olor animal desagradable me impregnó la ropa. Me puse a buscar un platillo pero no había ninguno por ningún lado, ni limpio ni sucio. A Fenig le gustaba el café solo, o sea que no hacía falta buscar nata, leche ni nata con leche. Alguien gritó en el pasillo de abajo. Abrí la puerta y salimos a asomarnos a la baranda: un hombre sentado a horcajadas sobre una maleta de muestras, blandiendo un cepillo en nuestra dirección.

—Veteranos sin brazos de las fuerzas expedicionarias de la Segunda Guerra Mundial. Una suma total de tres dólares les garantiza cepillos selectos fabricados por excombatientes minusválidos. Cepillos para el hogar, industriales, para el coche y para el retrete. ¿Trabajan ustedes por su cuenta? Cepillos para el trabajador por cuenta propia. Escucho ofertas, de cualquiera en el edificio, precio de entrada dos con cincuenta y no se van a creer lo que puede comprar esa suma de dinero en forma de cepillo industrial selecto. Hombres que han perdido los brazos en los teatros de operaciones europeo y japonés de la Segunda Guerra Mundial. Fueron y combatieron. Se llamaban Ryan, Bandini, Hogan, Ryan. Desembarcaron en tierras extrañas donde no conocían a nadie en absoluto. Esta mercancía no es robada. Esta mercancía

está fabricada y garantizada por los supervivientes lisiados de nuestro país. Iwo Jima, Corregidor, Salerno, Tobruk, Belleau Wood, Bataan, otra vez Bataan, Iwo Jima, París, Noruega.

—¿Cuántas guerras vendes? —dijo Fenig.

—Acepto un dólar setenta y cinco. Cepillo selecto para coche. Te mantiene el salpicadero limpio de materias extrañas. Cabe en cualquier guantera, grande o pequeña, y, si no, te devolvemos el dinero. Saliendo aguerridamente de los aviones de transporte de tropas. Codo con codo en las trincheras. En boca cerrada no entran moscas. Licenciados por la academia de los artilleros de cola. Sin brazos y sin piernas. Ni siquiera pueden cuadrarse ante la bandera por la que lucharon. Noventa y cinco centavos, yo subo y ustedes lo cogen. Un cuarto de dólar, tírenlo rodando por las escaleras. Guadalcanal, Birmania, espionaje, ra-ta-ta-ta-tá. Combatieron por mar, en aviones y trenes, en motocicletas con sidecar, bajo el agua con armamento submarino. Un cepillo de tres dólares hecho por un veterano por cincuenta centavos clavados, impuestos incluidos. En siete colores patrióticos. No soy un embaucador. Esto no es una estafa con cepillos. Partieron de sitios como Pittsburgh, Grand Rapids, San Diego, Alabama. Fueron a combatir y resultaron heridos; algunos, muy malheridos. Kansas City la de Kansas y Kansas City la de Missouri. Era la guerra, era la guerra.

Volvimos adentro. Me puse de rodillas y rebusqué en el armarito de debajo del fregadero en busca de algún rastro de latas de café. Pero ¿qué rastro iba a haber? O la lata de café estaba allí o no estaba. No había rastro ninguno. Seguí buscando, decidido a llevar a cabo un registro inteligente. La idea del café era superior a todo lo demás. Encontrarlo y prepararlo. Sentir cómo el líquido espeso me bajaba por la garganta y se dividía en afluentes y descendientes atenuados. Si pudiera encontrar una cuchara limpia, era posible que el café apareciera después. Notaba la camisa pesada y mojada, pegada a mi espalda. Quedaba la esperanza de localizar un rastro de azúcar en algún lugar de la habitación: un terrón pegado al fondo de la caja, algún fósil marrón que se pudiera raspar de los costados del cuenco del azúcar, eso suponiendo que la caja y el cuenco de azúcar existieran. Si se daba esta situación, o incluso una parte de ella, era posible que a continuación encontrara café o por lo menos un platillo que pudiera llevarme al café. Las señales que no tienen propósito alguno carecen de sentido lógico, de acuerdo con algo que había leído una vez y que ahora intenté recordar. No lo recordaba con exactitud pero tampoco importaba. Yo era devoto y víctima de la superstición. Si pudiera encontrar la caja del azúcar, eso me llevaría a una

cuchara limpia. Con la cuchara asegurada, nombrada y acordada, continuaríamos con el mismo concepto formal hasta su fin inevitable, que era el café. El viajante apareció en la puerta.

—Marcos, dracmas, rublos, libras, chelines o yenes. Acepto cualquier cosa y todo. El franco suizo, el franco francés, los stotinki búlgaros. Tengan, acepten un cepillo para probarlo en casa de forma gratuita durante diez días. Al final de ese periodo, me pagan ustedes como quieran. Con piastras, pesos, kopeks, bolívares, rupias o dongos. Llevo mucho tiempo estudiando las monedas del mundo y las tasas de cambio. Apuesto a que no saben ustedes cuántos puls hay en el afgani afgano. Apuesto a que no tienen ni idea de cuál es el origen del kwacha.

—Estás hablando de hace treinta años —dijo Fenig—. ¿Y esos tipos siguen haciendo cepillos?

No hace falta buscar nata, leche, ni nata con leche (me repetí a mí mismo). A Fenig le gusta el café solo. No hace falta buscar nata, leche, ni nata con leche.

8

Hanes regresó un día, con algunos bucles dorados menos y vestido de forma un poco menos espléndida que de costumbre. Como mensajero tenía pocas virtudes, pero yo estaba convencido de que el uso que Globke hacía de él iba más lejos. Un especie de refuerzo de imagen. Tal vez Hanes era la imagen de mi público. O bien era un Wunderlick exiliado. Ahora se apoyaba en el borde de la bañera con patas y dio unos golpecitos con el tacón de la bota en el vetusto esmalte.

—¿Qué quieren? —le dije.

—Aquí hay unos datos de la séptima planta. Han pensado que te los tenían que enseñar de inmediato.

—¿Qué son?

—Las últimas valoraciones y proyecciones.

—¿De qué?

—No lo sé —dijo—. Solamente sé que se supone que tienes que mirar esta columna de aquí, esa de ahí y la otra. Las proyecciones están en el dorso. Quieren que estés al corriente del estado actual de las cosas. Luego tienes que firmar o bien poner tus iniciales en el memorando y yo tengo que llevármelo todo de vuelta a la séptima planta.

—Deja de darle patadas a la bañera.

—Se cuenta por ahí que o vas a dar un concierto en Inglaterra con Watney o vas a aparecer por sorpresa en uno de los conciertos de Watney en América.

—Pero si estoy muerto. Muerto, lisiado o en Filadelfia.

—Esas cosas no se excluyen mutuamente.

—¿Has estado reflexionando sobre esas cosas?

—Creo en la muerte en vida —dijo Hanes—. La una fluye por la otra. O sea, ¿qué otra cosa significa un vuelo largo en avión que abarca más de un continente? ¿Qué es un viaje de cinco o seis mil kilómetros a bordo de un 747 más que un ejemplo de muerte en vida? Ése es el viaje que tú estás haciendo por nosotros. O sea, es elección tuya y lo has elegido tú. Estarás muerto cuando te queramos muerto. Luego aterrizas y das un concierto de mentira. Nosotros te subimos y nosotros te bajamos. Pero es elección tuya y lo has

elegido tú. Te podrías haber quedado donde estabas. Las cosas no mejoran solamente porque se simplifiquen.

—Yo pensaba que tú te dedicabas a llevar firmas de un lado a otro. Se supone que ésa es tu área de competencia.

—Yo no me dedico a nada —dijo él—. Simplemente estoy aquí..., o allí. La gente me usa para lo que le da la gana. Es una forma de existir. Todo el mundo tiene su forma y ésta es la mía. No es ni mejor ni peor que la de nadie.

Su voz era leche malteada, agradable y soporífera, con un acento arrastrado del este, pero estaba decidida a mezclar certidumbre con derrota, como si la primera no pudiera llevar más que a la segunda. Hanes parecía impaciente con el mundo por no saber las cosas que sabía él. La belleza de la rendición. La lógica de la nostalgia. La ancianidad de la juventud. Mientras lo escuchaba, me pareció que un hombre desmañado y sin rasgos me golpeaba a cámara lenta con una piedra bien pulida. Me trasladé a una silla, más flexible y más cercana a la ventana. Unos operarios colocaron una valla de seguridad alrededor de una boca abierta de alcantarilla; uno de ellos le adjuntó una bandera de peligro y otro inició el descenso por el pozo. Era media mañana. Hanes me entregó un papel y se volvió a apoyar en la bañera.

—Es el memorando de intenciones —dijo—. Lo tienes que firmar o poner tus iniciales.

—¿De las intenciones de quién?

—La gente de la séptima planta quiere que lo leas y lo firmes.

—Diles que no pienso molestarte.

—¿No lo quieres leer?

—No —le dije.

—¿Y lo vas a firmar?

—No.

—¿Y poner tus iniciales? ¿Quieres ponerlas? Así me lo puedo llevar de vuelta a la séptima y ellos lo pueden procesar. O lo que sea que hacen. No voy muy a menudo a la séptima.

—Esta vez no me has traído dinero. ¿Por qué, Hanes?

—Dicen que te lo has gastado todo.

—Qué gracia. Eso es casi gracioso.

—Te lo has gastado todo, dicen.

—Para gastar todo el dinero que he ganado harían falta ocho hombres viviendo ocho vidas cada uno.

—Lo que no te has gastado está retenido. Y te has gastado mucho.

—¿Qué quiere decir retenido?

—Que está trabajando. Lo han puesto a trabajar.

—¿Quién exactamente?

—La sexta planta.

—Pues yo no quiero que trabaje —dijo—. Aquí el que trabaja soy yo. Quiero que mi dinero esté quietecito. Así veo yo el valor del dinero. Mientras yo trabajo y sudo, quiero pensar que mi dinero está descansando en una habitación bien fresca con paneles de acero. Recogido en fajos verdes, bien plácido y fresco, descansando. Soy consciente de que nadie más tiene esta perspectiva del dinero, pero es la mía, y me gusta. Una habitación de acero inoxidable. Con cientos de fajos verdes. No me gusta pensar que el dinero trabaja. El que trabaja soy yo.

—Pues no parece que estés trabajando —dijo Hanes.

Creo que entonces me fui a dormir, con un sueño poco profundo, a un nivel por debajo. Un ruido pareció llegar a mí, criminalmente bien regulado, como de hojas de papel saliendo de una máquina de plexiglás. Abrí los ojos y Hanes seguía allí, mirándome, hablando mientras yo dormía, con su voz hastiada de televisor suspendida en una modulación perfecta.

—Me gusta masturbarme en el lavabo de hombres de la seis —dijo—. La mejor hora es la primera de la tarde. Todo el mundo está grogui por el almuerzo. Todos sentados en sus despachos de colores pastel. Hablando con voz monótona por el teléfono. Sé que yo no llegaré nunca a ese punto. A su punto. Prefiero que me usen a mí antes que usar yo a los demás. Que te usen es fácil. No hay ni pasión ni moralidad. Eres libre de no ser nada. Yo leo su correo. Les miro todos los expedientes confidenciales. Cuando entrego notas personales de una planta a otra, las leo en la escalera. Me siento libre de hacer todas esas cosas; lo único que me quita la libertad es la música. El lavabo de hombres de la seis. En la siete ni lo intentaría. A la siete no voy casi nunca. La semana que viene Glob se traslada allí. Lo más seguro es que me lleve con él, pero tal vez no. Tal vez me deje como estoy. Eso es lo que pasará seguramente. El submundo está todo revuelto por una superdroga. ¿Has oído hablar de ella? Francamente, la noticia me deja frío. La música es el hipnótico supremo. La música consigue sacarme de todo. Me transporta más allá de cualquier referencia que indique quién soy o cómo me comporto. Me transporta del todo. La música es peligrosa de muchísimas maneras. Es lo más peligroso que hay en el mundo.

Aquel mismo día nevó. A los tipos de la radio se les fue la cabeza con las noticias de la nevada. Parecían incapaces de dejar de hablar, emisora tras emisora, bien entrada la noche, boletines, anuncios, especiales informativos.

Todas las emisoras estaban en alerta en espera de más noticias de la nevada. Los programas se interrumpían. Los locutores parecían al borde de la locura e iban subiendo el tono de voz. Alerta de nevadas. Quitanieves. Nevadas fuertes. Tormenta de nieve. Metros de nieve. Una nevada enorme. Aquellos hombres no habían dado informaciones tan documentadas en su vida. Estaba nevando en este sitio y en aquél. La nieve se estaba acumulando. Estaba azotando las carreteras de circunvalación y los intercambiadores. Casi les temblaban las voces por culpa del lirismo desenfrenado y la falta de precedentes mientras desgranaban sus informes de experto. Era nieve de verdad y estaba cayendo ahora, en aquel momento identificable de la Historia. Conductores, peatones, tráfico, calles de zonas residenciales, rutas de emergencia forzadas por la nevada, equipamiento quitanieves, equipos de limpieza, máquinas de echar sal, retenciones, puentes, túneles y aeropuertos. La nieve bajaba del cielo. Caía sobre la ciudad y sobre el campo. Una nevada enorme.

Y luego se detuvo. En todas partes dejó de caer la nieve. Los locutores intentaron tranquilizarse. No era fácil ocultar su decepción. El desastre y sus muchos placeres les habían dejado la voz ronca, los habían llevado al borde de las lágrimas y ahora tenían que arrancarse a ellos mismos de aquel gigantesco éxtasis. Era un jarro de agua fría para todo el mundo. Ocupó las ondas un servicio religioso pregrabado y alguien llamó a la puerta y Fenig apareció en el umbral, encapuchado, trayendo dos tazas de plástico por las asas endebles de cartón, con la cara enmarcada por el vapor que se elevaba de ellas. Debía de ser medianoche. Apagué la radio. La casa estaba en silencio y por la calle no había tráfico alguno. Yo me estaba empezando a sentir completamente despierto. A Fenig se lo veía cansado, encorvado hacia delante en su silla, entrechocando las rodillas.

—Está bueno, este café —dije yo.

—No es instantáneo. Yo nunca lo bebo instantáneo.

—No sé si tienes hambre pero creo que no tengo nada de comer en casa.

—No es el hambre lo que me roe, Bucky. Es una fatiga extraña. Es el no trabajar lo que me pone así. No consigo avanzar nada. Pero no es realmente fatiga. Es no fatiga, que es peor en todos los sentidos. He tenido ocho horas improductivas ante la máquina de escribir y llevo dos semanas sin vender nada. No hay sensación peor que la que provoca el ser improductivo. Me he pasado el día entero aporreando esa máquina y no he conseguido nada. Las mismas tres o cuatro frases. ¿Dónde tienes el azúcar?

—No lo sé. Tal vez en ese armario. Pero lo dudo.

—Da igual, lo beberé amargo. Mi azúcar lo he tirado porque dentro había un pequeño cadáver encogido. Algo de la familia de la cucaracha. ¿Tienes bichos aquí abajo?

—No he visto ninguno.

—He escrito millones de palabras —dijo él—. Hasta la última de ellas está en ese baúl que tengo arriba. Tengo copias de todo lo que he escrito desde el principio. ¿Quieres saber cuándo fue el principio? Pues antes de que tú nacieras. El primer relato me lo publicaron antes de que tú nacieras. ¿Cuándo naciste tú, solamente por curiosidad?

—Faltan unas semanas para que haga veintiséis años.

—Pues el primer relato me lo publicaron antes de que tú nacieras.

—Pero últimamente nada.

—Pero últimamente nada, y lo que cuenta es eso. Es realmente fatigoso. Todo el día delante de la máquina de escribir para escribir las mismas tres o cuatro frases. ¿Son frases mediocres? La verdad es que no sé contestar a esa pregunta. Mi respuesta es que, con toda sinceridad, no lo sé. Tal vez lo sabré mañana. O tal vez nunca.

—No has estado caminando —le dije.

—No he estado caminando.

—Por lo menos yo no te he oído.

—No he estado caminando y es porque últimamente no me ha funcionado. Tengo que cambiar de rutina. Tengo que introducir cambios en mi formato. Esas cosas son complicadas. El mercado está ahí fuera girando como una gran rueda, llena de luces y colores y aromas. No me está esperando a mí. No le importo yo. Ingiere brazos y piernas humanos y excreta pus de buitre. Pero yo entiendo eso. Estoy sintonizado con eso.

—¿Oyes algo?

—No —dijo él.

—¿Oyes eso?

—No es más que el chaval. El de abajo. El chaval retrasado. El de Micklewhite. Su chaval deforme.

—¿Qué está haciendo?

—Sueña.

—Nunca he oído nada parecido.

—Así es como ella dice que sueña. Ése es el ruido que le sale cuando está soñando. Menos mal que no es demasiado fuerte.

—Me estabas diciendo algo... —le dije.

—La gran rueda.

—De eso no me acuerdo.

—La gran rueda que gira ahí fuera, llena de luces y colores vivos y ruidos descabellados.

—Ah, sí, el mercado.

—La fama —dijo él—. No me llegará nunca. Pero si me llega... Pero no me llegará. Pero si llega... Pero no llegará.

—Nunca se sabe.

—No me llegará. Pero si me llega...

—Si te llega, ¿qué? ¿Qué pasará?

—Que la llevaré con elegancia. Seré juicioso. Me adaptaré a ella con cautela. No dejaré que me destruya. La fama: el nombre perfecto para el fenómeno que describe. Amaf. Afam. Mafa.

—¿Tú cuándo duermes? —le dije.

—Duermo cuando dormir es factible. Cuando escribir ya no es productivo. Estoy trabajando en un género completamente nuevo. Supongo que por eso me sale tan despacio. La literatura infantil pornográfica. No te hablo de porno blando ni en la vena humorística. Te hablo de un rollo serio. Sexo inmundo, obsceno y brutal entre niños pequeños.

—¿Hay mercado para eso?

—Creo que tal vez sea el único mercado sin explotar de toda la literatura. Aunque nunca se sabe con seguridad. Tal vez haya alguien trabajándolo en estos mismos momentos, tratando de ocupar el vacío del mercado. Si consigues llegar el primero, ya lo tienes todo resuelto durante años. Da igual que les mandes cagadas de pájaro envueltas en celofán, te las compran. O sea, que tal vez llego tarde. Hay gente escribiendo en todas partes, intentando encajarse en cada pequeño nicho de mercado. Pero volviendo a tu pregunta, la respuesta es que sí. No hay nada que no se pueda vender. Si en el momento presente no existe mercado para un material determinado, entonces se genera automáticamente un mercado nuevo en torno a ese mismo material. Mi modalidad de porno infantil es bastante específica. No incluye a adultos. Es brutal-sexy de una forma nueva. Gratifica los instintos más bajos. Está llena de excitación chabacana. Tiene elementos de miedo y terror atávicos. Tiene a niñitas sin tetas diciendo palabrotas. Tiene un sustrato aristotélico.

—Si lo tienes tan claro, ¿cómo es que no puedes arrancar?

—Porque lo tengo demasiado claro.

—No hay espacio para descubrimientos.

—No hay espacio para descubrimientos, y además me he pasado demasiado tiempo tomando notas. He gastado casi toda la energía. Pero el

motivo sigue vivo en mi mente. La fuerza motriz principal está ahí. El impulso es un impulso genuino. Niños chupando y siendo chupados, follando y siendo follados. Sin un solo adulto a la vista. Niños obsesionados con sus capacidades y apetitos mágicos. Niños y nada más que niños. Al no haber adultos, yo le noto cierta pureza. Todo se mantiene puro. Se hace evidente un sadismo tremendo. Es un rollo muy salvaje. Todo narrado a partir de las formas clásicas de la inversión de papeles, el reconocimiento y la experiencia trágica. Pero te voy a decir qué es lo más acojonante.

—Vale.

—Que sus órganos son extremadamente sensibles. Tal vez pequeños, pero mucho más desarrollados que nuestros grifos y desagües adultos. Tengo planeado insinuar que esa sensibilidad está presente en todos los niños. Cierta frescura. Cierta inocencia. Órganos sexuales calidoscópicos. Capaces de un placer salvaje y feroz. Del que todos seríamos capaces si fuéramos tan puros y estuviéramos tan obsesionados con el sexo como esos niños míos. Están obsesionados hasta un extremo increíble. Me muero de ganas de empezar a escribir. Lo acojonante de verdad va en una dirección distinta.

—¿Qué dirección?

—Estoy intentando acordarme —dijo él—. Todo el café que he estado bebiendo empieza a afectarme ya a la concentración. Todos somos yonquis de una forma u otra. De eso estoy firmemente convencido. Yo lo soy de la cafeína. Pero café instantáneo no bebo. Eso nunca. No lo bebo para nada. Antes bebería té, y mira que odio el té. Pero lo acojonante es el estilo literario en sí. Eso mismo, eso mismo. Lo estoy escribiendo como si fuera un libro de lectura para segundo de primaria. Con el estilo más simple imaginable. Para que lo entienda con facilidad cualquier niño de siete años. En otras palabras, no solamente estoy escribiendo pornografía sobre niños. Estoy escribiendo pornografía para niños. Que en mi opinión es un concepto fantástico. Estoy seguro de que hay la bastante gente marginalmente extraña como para comprarles libros así a sus niños. La mayor parte de la gente se comprará los libros para ellos mismos, para sus mujeres catalépticas y esas cosas. Pero luego está esa minoría de compradores de libros que es lo bastante rara como para comprarles pornografía a sus hijos por Navidad. No me cabe duda. Creo que el muy cabrón de este libro va a vender. Es mi género, y lo único que necesito hacer es plasmarlo en el papel y ser el primero en ocupar un espacio de mercado. Para empezar quiero escribir muy rápidamente cinco relatos de género breves y ponerlos en el mercado de inmediato. Luego me pondré a trabajar en una novela corta. Después de eso tengo una obra de un solo acto

que quiero escribir sobre un corredor de bolsa que por las noches trabaja de proxeneta. Soy un hombre de números.

—El chaval está soñando otra vez.

En cuanto me quedé a solas, me puse a escuchar el ruido que venía de abajo. Esta vez duró más de un momento, hasta volverse parte del ruido ambiental de la habitación, de la microvida que zumbaba en las rendijas del suelo, en el aire mismo. Tal vez allí la naturaleza se había imbecilizado, obligando a su dolor a encontrar voz, a emplear aquel gemido de gestación interrumpida. Nunca había oído un sonido tan primitivo. Transmitía la amenaza feculenta secreta de un bosque o una ciénaga, o bien de una planta sencilla que se arquea bajo la luz del sol de la cocina. Parece haber un terror fundamental dentro de las cosas que crecen, de las cosas que intercambian sustancias químicas con el aire, y eso fue lo que los sueños opresivos del chico trajeron apestando a la superficie: la belleza y el horror de las cosas no verbales. Yo casi podía sentir el ruido bajo mis pies. En medio de aquella quietud se sentía extremadamente cercano, parecía estar dentro de la habitación, como si fuera la carne musgosa de un espolón que me tocaba el tobillo. Me puse el chaquetón de leñador (símbolo de todo lo que es viejo y saludable) e hice correr el agua del grifo, la poca que salía, solamente para oír un ruido más. Finalmente todo quedó en silencio y me fui a la cama. Entonces Fenig se puso a caminar, tres pasos hacia el este, tres hacia el oeste, de río a río. Dormí un rato, con un sueño muy ligero, en el que mi entorno se convirtió en parte del sueño y le daba forma de montículos y cuadrados. Con los ojos abiertos me concentré en diversos objetos de mi campo de visión. Apenas podía distinguir las dos velas que se levantaban sobre el fregadero. Lo indistinto de aquellos objetos los hacía parecer más densos; estaban presentes con más energía en la oscuridad cercana. A continuación dormí profundamente, captándome únicamente a mí mismo como objeto. La oscuridad ya había remitido un poco cuando me desperté, sobre las cuatro de la mañana, y la habitación parecía temblar bajo la luz de malaria de aquella hora. Ya no se oían pasos. Me giré sobre el costado. Opel estaba de pie en un rincón de la habitación, descalza, quitándose la ropa. Estuve un rato tumbado mirándola, componiéndola mentalmente mientras ella llevaba a cabo las pequeñas acciones que mis ojos únicamente podían captar en serie. Casi me hizo reír la forma en que ella iba perdiendo interés por cada prenda de ropa a medida que se las quitaba, tirándolas al suelo o contra las patas de una silla, sin mirarlas caer, con las manos ya ocupadas en el siguiente despojamiento experto. Ya tenía el pelo largo, desparramado sobre un hombro y desviado

por la punta de un seno. Estaba bronceada de forma desigual y su piel era un mapa de bordes ruborizados y estaciones del año superpuestas. Ninguno de sus movimientos parecía nada menos que perfecto ni parecía ser más que el único movimiento posible, y yo me maravillé ante las mujeres y su desnudez, ante lo poco que les preocupa, mientras que los hombres o bien se encogen de vergüenza, o bien barritan como elefantes. Se sorbió la nariz, cogió un puñado de pañuelos de papel de una maleta y se acercó de puntillas por el suelo frío. Yo me aparté en la cama diminuta para hacerle sitio y levanté mucho las mantas para que entrara.

—Dramático —dijo ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vivo aquí, atontado.

—Pero hace frío, Opel. Estamos en pleno invierno. Estaba seguro de que esperarías a que pasara el invierno en alguna tierra ancestral.

—Tengo asuntos entre manos —dijo ella.

9

—No hay nada más aburrido que una persona muy viajada.

La vieja bañera se apoyaba en las zarpas magulladas de una criatura ambigua, posiblemente un león imperialista. Opel se apartó de un manotazo unas cuantas burbujas de jabón de la nariz. Se dedicaba a deleitarse en aquella espuma de hacía una hora, añadiendo agua caliente de vez en cuando, sumergiéndose rápidamente hasta el cuello cada vez que notaba frío en la habitación.

—O sea que no tienes nada que contarme —dije yo.

—Es aburrido. ¿A quién le importa? La gente que viaja mucho acaba perdiendo el alma en algún punto. Todas sus almas perdidas están ahí arriba en la capa de ozono. Salen despedidas de los motores a reacción de los aviones, junto con las bien conocidas sustancias químicas nocivas. Allí arriba hay un cinturón de almas. La gente que viaja no habla de nada que no sea viajar. Antes del viaje, durante y después. Éste es el peor jabón del mundo, Bucky. Joder, te vienes a mi apartamento y te pones a vivir aquí y sales a comprar y me traes unos artículos de higiene corporal que son una mierda total. ¿Cómo va una a ponerse guapa? Lo menos que puedes hacer es venir a frotarme la espalda. Hay que tener un espíritu destructivo interior tremendo para ponerse a hablar de viajes en pleno viaje. Además, el exceso de viajes simplemente aísla a la gente. Los estrecha. Los vuelve aburridos.

Decidí meterme en la bañera, sin molestarme en quitarme la ropa. Nos pasamos un rato chapoteando. La diversión de esas cosas no dura mucho. Opel salió de la bañera, se secó y se metió en la cama. Yo me cambié de ropa y la seguí. Debía de ser media tarde. Cuando estaba con ella nunca sabía qué hora era. Cuando estaba solo vivía en la emergencia de los minutos, sumido en fases de oscura obediencia a la manecilla de la mente. La habitación tenía estaciones y yo reaccionaba a ellas; era la única manera de evadirse del caos. Yo conocía las fases. No tenía miedo a esa crisis inherente al tiempo porque me prestaba un orden, me movía al compás de la luz sistemática, sentado inmóvil en la oscuridad. Pero nada de todo esto importaba. Ahora había otra mente además de la mía que se cernía sobre la habitación. Toda necesidad de

fases se había esfumado rápidamente, junto con toda esperanza de orden. Pasábamos mucho tiempo en la cama y únicamente nos levantábamos cuando era necesario. La cama se convirtió en un refugio dentro de la habitación. No veíamos razón alguna para desnudarnos cuando nos metíamos en ella ni tampoco para vestirnos cuando salíamos. Nada nos retenía allí. Permanecíamos sumergidos en amor y en conversaciones, con preferencia por estas últimas, dispuestos a resignarnos con los colores pastel del sexo, aquellos placeres más tibios que eran lo único que podíamos esperar conocer en nuestra quiescencia combinada. Vivíamos en la cama igual que las parejas ancianas se mecen en los porches, sin prisa ni necesidad alguna, contentos de fundirnos con materiales benévolos, de convertirnos, por ejemplo, en madera. Hasta el clima parecía remoto, aquel duro invierno presionaba con menos insistencia desde la ventana. Opel hablaba mucho, despojándose de observaciones, presunciones y verdades. Sus monólogos más complejos eran escaleras de caracol que carecían de peldaño último, simples pedazos atrayentes de cielo surrealista. Otras veces ella moraba en humores sombríos que no tenían fin. Yo hablaba bastante poco, y lo que decía venía a ser básicamente ruido de fondo. Los días transcurrían desprendidos del tiempo, sin conexión con ningún nexo de causalidad, accidentes de la forma y la consolidación. La habitación estaba veteada por la luz de transición. A través de los tonos polares de la mañana nos acurrucábamos bajo las mantas, abriendo nuestros cuerpos únicamente a la oscuridad, balbuceando todo el tiempo, comiendo bocadillos mustios y bebiendo té. La cama creció en esplendor y empezó a parecer imperativo que nos quedáramos dentro de ella. Yo elegí aquel momento para salir.

—Trae algo de helado, ¿quieres, Bucky?

—He estado viviendo sin nevera. Pero si quieres salgo a comprarte uno.

—¿Qué haces en esa silla?

—Cambiar de escenario.

—No es que no lo agradezca. Esta cama no está hecha para más de una persona, a menos que hablemos de duendecillos, y aun así se tendrían que quedar bien quietos.

—¿Necesitas un médico? —le dije.

—¿Para qué?

—Náuseas y vómitos. Calambres. Dolores de espalda. Temblores. Fiebres. Dolores de cabeza. Ataques de tos. Depresión grave.

—Todo eso te pega más a ti que a mí. Eres tú el que parece al borde del colapso. Yo tomo medicación para mis órganos internos, para enseñarles que

me importa el hecho de que funcionen o no. Yo me medico, Bucky. ¿Tú en cambio, qué tomas? Tienes pinta de estar al borde absoluto del colapso. Funcionas día a día a base de restos de energía nerviosa. Yo me medico. Menos cuando me olvido.

—¿Quieres que te lo vaya a buscar?

—¿El qué? —dijo ella.

—El helado.

—Un poco de hierba para fumar sería un detalle.

—Para eso tendría que contactar con Hanes. Lo más seguro es que tenga acceso a cualquier cosa.

—De momento, Hanes no. La ambigüedad sexual ya no tiene ni puñetera gracia. De todas maneras, Hanes nunca fue una de mis personas favoritas. ¿Te acuerdas de que siempre nos tropezábamos con él? Un chaval muy serpentino. Pura serpiente. Ojos de reptil con los párpados caídos. Pero la razón verdadera de que no me caiga bien es que cuesta olvidarlo. De vez en cuando me sorprende a mí misma pensando en Hanes. Odio a la gente que no me cae bien y que cuesta olvidar.

—Y estás celosa de sus párpados caídos.

—Cierto.

—Siempre quisiste tener los párpados caídos.

—Completamente cierto.

—¿Por qué has vuelto? ¿Qué clase de asuntos tienes entre manos? Aquí hace frío, Opel. Cuando hace frío nunca eres feliz.

—Necesito dinero, Bucky. Una gente me ha ofrecido un asunto. Y lo voy a aceptar.

—Tal vez yo podría arreglar las cosas para que tuvieras dinero. El que te hiciera falta de momento.

—No, esto es trabajo. Estoy aquí para comerciar. Lo que gane será para mí. Aquí dentro hay un paquete, ¿verdad?

—En ese baúl.

—¿Lo has abierto?

—Doy por sentado que será droga.

—El paquete contiene una muestra en bruto de algo que me han descrito como la droga suprema —dijo ella—. La Comuna Agrícola del Valle Feliz la robó de unas instalaciones de investigación de Long Island. Es una sustancia nueva, se acaba de desarrollar, no tiene ni nombre comercial. Se cree que es una especie de producto de potencia gigantesca. Completamente gigantesca. Un colocón colosal. Lo sabrán seguro en cuanto lo sometán a pruebas. El

Valle Feliz está ansioso por comercializarlo, pero es su primera operación con drogas a gran escala y quieren asegurarse de no cagarla. Y tampoco quieren operar dando la cara. Prefieren trabajar a través de intermediarios, gente que haga de tapadera y esas cosas. No quiero parecer una columnista de cotilleos del submundo, pero la gente ya lleva semanas hablando en voz baja de este acontecimiento. La droga fue robada de una instalación supersecreta. Del Gobierno americano. De manera que la gente sospecha que es algo chungo, algo malo y brutal. Algo que el Gobierno americano ha estado fabricando para lavarles el cerebro a los amarillos o a los radicales. La gente está ansiosa por probarlo, a ver qué tal. La gente está que se muere de curiosidad. Se están congregando en sitios apartados y cuchichean entre ellos. Parando coches por la calle y pasando la voz. Todo el mundo está ansioso por colocarse con esa cosa. Si anda metido el Gobierno americano, es que la cosa tiene que ser aplastante de verdad. O por lo menos eso dice todo el mundo. La gente se muere de curiosidad. Es el amanecer de la era de Dios sabe qué.

—Y tu trabajo es meterlo todo dentro de conejos huecos de chocolate y llevártelo a Miami.

—He ascendido —dijo ella—. Soy agente negociadora del Valle Feliz. Tengo potestad de negociación. Viajo y negocio. No me limito a rondar en torno a los que mandan y tratar de ganar puntos de chica *scout*. Es verdad que habrá un correo, pero no seré yo. Lo que va a pasar es que llevaremos la sustancia a donde sea que ande ahora mismo el doctor Pepper. Los últimos rumores son que el doctor Pepper ya no viaja. Acudir a un laboratorio legal presenta sus riesgos evidentes, de manera que vamos a recurrir a Pepper. Luego yo regatearé para conseguir sus servicios. Él me dirá cuáles son las propiedades químicas del producto, si puede fabricarlo en cantidades suficientes y cuánto valor tiene en la calle. Y tal y tal y cual. Al final lo que quiere el Valle Feliz es establecer una red de vendedores al por mayor, detallistas y distribuidores. Pero de momento lo que necesitan es un asesor técnico.

—Llevo años oyendo hablar del doctor Pepper —le dije—. Pero jamás lo he visto.

—Hay hombres que son leyendas en su propia época. El doctor Pepper no es más que un rumor. No hay duda de que es el genio científico del submundo. Pero también es muy esquivo y está muy loco y hasta lleva disfraces de todo tipo. En el Valle Feliz están casi seguros de saber dónde está. En cuanto se verifique la localización, me asignarán a alguien y ese alguien subirá estas escaleras para llamar a esta misma puerta. Yo le daré el

producto y entonces nos iremos a la casa de la abuela. Cuando el trabajo esté hecho, les haré una factura por un montón de dinero y se la mandaré. Lo que se conoce como finalizar los detalles de la remuneración. Y para que no creas que todo es tan fácil, te puedo mencionar que dentro del Valle Feliz hay dos facciones distintas. Cierta grado de disensión. Es una de las razones de que el producto haya acabado aquí. En lo único que están de acuerdo es en tu integridad. En el ejemplo genuino que son tu vida y tu trabajo, ja, ja. Se niegan a ponerse en contacto directo contigo. Lo consideran una infracción de la peor clase. Créetelo o no, pero les sabe muy mal involucrarte en esto y solamente lo han hecho como gesto de homenaje. Tienen un sentido pintoresco de la teatralidad, como todos los bárbaros.

—Y de momento lo que haces es sentarte a esperar, ¿verdad?

—No hablo a menos que se dirijan a mí —dijo ella—. Me limito a despatarrarme en la cama y esperar a que los acontecimientos cobren forma.

—En otras palabras, tú no inicias nada.

—Yo mantengo.

—Tú mantienes mientras que otros inician.

—El que inicia es el operativo.

—El operativo es el que inicia.

—Y al final habrá una transacción.

—Depende del operativo. El operativo también es el intermediario. A los dos les da instrucciones el interventor. Yo me limito a sentarme ahí hasta que alguien se presente en la puerta. Un hombre alto y lacónico con una cicatriz. No, un hombre de negocios negro y sofisticado, eso quiero yo. Uno de esos excéntricos que tienen un Cadillac morado. Colocado y conduciendo una limusina antibalas con asientos tapizados con brocado plateado y dorado. Un velocista ralentizado, eso quiero yo, pulcramente colocado con las mejores sustancias euforizantes del mercado. Quiero llevar un maletín de Mark Cross y viajar en un Caddy morado.

—¿Tú crees que el Valle Feliz daría trabajo a negros?

—Los límites se están desdibujando. Nunca se sabe. Allí donde hay ocasión de beneficio las posibilidades son ilimitadas. Pero en otros sentidos las líneas se están volviendo más gruesas y rectas. De manera que nunca se sabe.

—Ese asunto de la privacidad. ¿Qué sabes de eso?

Opel respiró hondo, obviamente aburrída por la perspectiva de ofrecer una interpretación.

—El Valle Feliz cree que la privacidad es la libertad esencial que esta nación, país o república ofreció de entrada. Ellos creen que tú ejemplificas alguna antigua idea de hombre a solas con la tierra. Te has salido de tu leyenda para buscar la libertad personal. Según ellos, no hay libertad sin privacidad. El regreso del hombre privado, según ellos, es la única forma de destruir la idea del hombre masa. El hombre masa nos estropeó las libertades. Volvemos hacia dentro nos las devolverá. La soledad revolucionaria. Volverse todos hacia dentro. Aislarse mental, espiritual y físicamente, más y más, un mundo sin fin. Mantener tu privacidad a base de autodefensa agresiva.

—Brutal —dije yo—. Ideas brutales. Más contundentes que el algodón de azúcar. Me dan ganas de leer algo. Ya es hora de que lea algo. ¿Qué tienes en casa que yo pueda leer?

—¿De qué quieres leer? ¿De gente, sitios o cosas?

—De cosas.

—¿Y por qué no de gente, atontado?

—No me interesan mucho las relaciones humanas.

—Métete coca, Bucky. Joder, si lo que te interesa es leer sobre *cosas*, tendrías que esnifar un poco de vez en cuando. A largo plazo es ahí donde se encuentran las cosas. En Dakar conocí a una estrella del atletismo. Un australiano. Estaba allí para competir en los juegos. No sé a qué juegos se refería. No paraba de hablar de los juegos. He venido para los juegos. Voy a competir en los juegos. Me dio una droga de mierda. Lo que sea que usan los atletas. Efecto cero. Cortada unas cuarenta veces. Esto es gracioso. Déjame que te lo cuente. Estoy sentada en su habitación esperando y esperando. Los juegos. He venido para los juegos. Voy a competir en los juegos. Afuera las calles están llenas de leprosos. Y yo esperando y esperando y esperando.

Ella continuó con su historia. Dio la impresión de que duraba horas. Yo estaba sentado en mi sofá y Fenig se dedicaba a andar por su cuarto. Era un entorno sónico perfectamente aceptable. Era como si una serie de cintas de sonidos remezclados hubieran sido pasadas por un ordenador para ampliar su espectro de frecuencia. El sonido ahora tenía una lejanía reconfortante. Bañaba la habitación de bandas con forma de olas. Lo que se decía existía en un plano situado detrás de las palabras mismas. Opel era un trozo de carne en la cama. Yo deambulaba por la habitación, regresando de vez en cuando a la butaca circular, feliz de morar en la cúpula sintónica de las voces bien construidas.

—Supongo que no querrás oír hablar del tanque galvanizado que hay debajo de la galería del coro. Te hablo de mi ciudad, de hecho.

—Háblame de África Occidental —le dije—. ¿Cómo la puntuarías en términos de falta de melodías? Usando, por ejemplo, al Yemen como norma. Démosle al Yemen una puntuación media de diez justos. ¿Dónde pone eso a África Occidental, pues?

—Es demasiado tedioso para hablar de ello. Solamente lo he mencionado para que se me entienda mejor. Lo de las cosas. Si lo que te interesan son las cosas, toma droga o bien viaja a un país muy antiguo. ¿Cuándo fue la última vez que consumiste algo?

—Lo último que consumí fue un tranquilizante para animales. Debe de hacer unas once semanas, cinco o seis semanas arriba o abajo.

—¿Y cómo fue? —me dijo ella.

—La verdad es que no me acuerdo. Estaba con Dodge. Estábamos en la azotea de un hotel. Estábamos contemplando los tejados de la ciudad. De la ciudad que fuera. Y yo estaba intentando urdir una teoría sobre cómo se puede determinar el estado psíquico de una sociedad determinada a partir de la contemplación de sus tejados. Entretanto Dodge estaba riéndose como una cotorra mirando aquella cajita de plástico que tenía en la mano.

—Esto está muy silencioso, ¿no?

—Sí —dije yo.

—¿Qué nos va a pasar a todos?

—¿A todos, quiénes?

—Me pareció mejor cambiar completamente de sitio. Todo se había acabado. Ya nadie sabía ni qué ropa ponerse. La música ya no significaba lo mismo. Antes yo desaparecía del todo dentro de aquel sonido. Pero luego se acabó. ¿Y qué hace uno cuando una cosa se acaba? Me pareció mejor marcharme.

—Claro.

—¿De qué te ríes? —me dijo.

—No lo sé. De verdad.

—Pues para.

—Lo estoy intentando, en serio.

—Adelante, ríete. Cabrón. Ríete de nada. Ayuda a pasar el rato.

—Estoy intentando parar —le dije.

—No, ríete. Quiero que te rías.

—¿Me tengo que reír o no? Estoy intentando parar. Pero ahora tú me estás diciendo que me ría. No puedo hablar. Para un momento. Duele. ¿Tengo que

reírme o que callarme? Duele de verdad.

—Ríete, idiota.

—Vale, ya he terminado. Del todo. Espera un momento. No he terminado. Vuelve a empezar. Me sube del apéndice. Está empezando a doler más.

—Te estabas riendo de lo que yo decía. Cabrón. Yo solamente decía que todo se había acabado.

—Hiciste bien en irte —le dije yo—. Mucho mejor que quedarte.

—¿Ya has terminado del todo? ¿Ya se ha acabado tu jolgorio privado?

—Creo que sí.

—¿Cuándo piensas volver con ellos? —dijo ella.

—¿Volver con quiénes?

—Ya estamos otra vez. Cinco minutos más. Ahogo, ahogo y carcajada. Que alguien le dé una cuña para que expectore.

—Que no, que ya paro. Solamente ha sido una ráfaga que me quedaba de la otra vez. ¿Cuándo pienso volver con ellos? Sé muy bien a quién te refieres. A la gente. A la multitud. Al público. A los fans. A los seguidores.

—A la audiencia —dijo ella.

—Cuando tenga algo con lo que volver. Algo o nada. Tener nada requiere más tiempo.

Ella se había incorporado hasta sentarse. Yo estiré el brazo por encima del costado del sillón y saqué varios pañuelos de papel que había en la caja del suelo. Hice una bola con ellos y decidí tirársela a Opel porque sabía que ella daría una palmadita suave en cuanto viera mi intención y quería presenciar aquel pequeño gesto suyo, el simple prefijo al juego de atrapar la pelota, la más suave de las palmadas transformada en un acto radiante de gracia por la belleza de la criatura que renacía con aquel gesto. Después de que yo lanzara y ella atrapara, descansamos un rato, permitiendo que se descompusiera nuestra breve simetría.

—Supongo que no querrás oír hablar del cielo bíblico de mi profesor de piano. Esto es un material de la región de mi pueblo que no se consigue en ningún otro lado.

—Apenas te oigo.

—Es que vuelvo a estar bajo las mantas.

—Ah, ¿eras tú? —le dije—. Pensaba que era yo. Llevo aquí un buen rato sentado pensando que ese montículo era yo. O que ese montículo me tenía a mí debajo.

—¿Y cómo podías pensar eso? Tú estás ahí y yo estoy aquí. Tú eres la butaca. La cama soy yo.

—Sabía que tú estabas ahí pero me olvidé. Lo sabía hace un rato. Opel Hampson, he pensado. Es ella y está ahí. Pero luego me he olvidado, no sé cómo.

—Tal vez tendrías que volver aquí. O bien yo tendría que destaparme.

—Yo antes era un chaval muy normal.

—Eso fue antes de que yo te conociera. Mucho antes de que yo posara la vista sobre tu célebre cuerpo.

—¿Y tú eras una niña normal?

—Cuando era una niña baptista muy pequeñita mi padre me llevó a una congregación de renacimiento espiritual y yo decidí seguir a como-se-llame. Debe de ser lo más normal que hice nunca.

—¿Y fuiste salvada?

—Fui ahogada.

—Te refieres al célebre ritual de inmersión.

—Inmersión es una palabra agradable —dijo ella—. Lo que me hicieron a mí fue agarrarme del cuello y tirarme al agua. Pero no fue entonces cuando tomé la decisión. Cuando la tomé era pequeña *de verdad*.

—¿Cuántos años tenías cuando te sumergieron?

—Unos cinco o seis —dijo ella—. Me pusieron de pie junto al tanque galvanizado de debajo de la galería del coro. Mi profesor de piano había pintado el río Jordán y un cielo de aspecto bíblico sobre una lona gigante desplegada en un marco casero detrás del tanque galvanizado. Muy bonito. Una stampa preciosa. Luego me agarraron del cuello y me sumergieron de golpe. Cuando me volvieron a poner de pie, me di cuenta de que el vestido se me había subido hasta quedar flotando alrededor del cuello, exponiendo más o menos todo mi cuerpo de mocosa doncella de seis años a la vista de todos los mirones baptistas sureños de las inmediaciones. Aquel momento marcó mi verdadero nacimiento como mujer.

—Eran tiempos de autenticidad, realidad y honradez.

—Los sábados por la noche todos los chavales se subían al puente del ferrocarril y meaban sobre los trenes que pasaban.

—Escucha a Fenig —le dije—. Ha diseñado un patrón nuevo.

—Pero ¿qué hace ahí arriba? —dijo ella—. Ni siquiera suena a pasos. Suena como si estuviera corriendo en círculos. Creo que no me gusta tenerlo ahí arriba. Un hombre que se pasa las noches corriendo en círculos. Pero te voy a decir algo que no me gusta de verdad. No me gusta que no me caiga bien. Yo antes no era así. Antes tenía matices. Ahora soy un bloque.

Opel se había pasado un año en el Missouri State Women's College de Delaware, Texas. Este hecho era lo único que yo sabía de aquel año. Había llevado una vida dispersa y no veía razón alguna para dar explicaciones de su contenido. Tal como ella lo veía, bastaba con presentar titulares, encabezamientos y prefacios selectos. Tal como era su pasado, aquello ya cumplía el expediente. Cuando yo la conocí, en México, ella venía de pasar dos años en Nueva York. Lo único que averigüé de aquellos años fue lo que le había pasado el primer día. Se trataba de uno de los prefacios selectos. Durante su primer día en Nueva York estaba cruzando el parque Bryant para ir a su hotel. Era diciembre, y en un banco estaba sentado un hombre vestido de Papá Noel comiéndose un bocadillo. Un vagabundo cruzaba el parque cantando a voz en grito *God Rest Ye Merry, Gentlemen*. Parecía ir directo hacia el Papá Noel. El Papá Noel se lo quedó mirando un momento, se puso de pie y echó a correr, dando mordiscos a su bocadillo mientras corría. Nada más cruzar la calle Cuarenta y dos, miró hacia atrás para ver cuánto se había alejado del vagabundo. Por fin echó a correr a través del tráfico de la Sexta Avenida y desapareció. Opel le dio una moneda de diez centavos al vagabundo y él se exhibió solícitamente.

10

Ella escribió postales a diez personas y yo salí para echarlas al correo. Las postales habían sido compradas en diversas tierras ancestrales. Palmeras, mezquitas y selva. Bajé por Bowery intentando encontrar un buzón. Me metí las manos en los bolsillos y avancé de lado con el viento en contra, intentando penetrarlo de costado, a fin de minimizar.

(Una palabra corporativa pero perfecta para nuestra época).

Tal vez aquella fuera la respuesta que yo necesitaba, la única ruta de regreso. Qué sencillo. Tomar la decisión de amar mi época. Estamparme a mí mismo en su exiguo diseño. A través de las ráfagas de nieve divisé un buzón. Fue agradable dejar caer las postalitas, añadir diez nombres al enorme proceso circulatorio del retraso. Qué sencillo. Podría entregarme a las seducciones del vacío, llevarme a una generación conmigo a climas vacíos, mucho más allá de cualquier sitio en el que hayamos estado antes, arriesgándome a infligirles un dolor interminable a nuestros hijos, aborto y afasia, todos dormidos entre babas. No tenía ni idea de cómo empezar. Sabía que era importante no tenerle nunca miedo al final de ninguna trayectoria que me aventurara a trazar. Era importante no alterar nunca los niveles de propósito. No satirizar nunca ni tampoco perseguir pequeñas ironías ni hacerle reverencia alguna al aplauso con una sola mano de lo elegante y lo humanitario. Tendría que entregarme a las estructuras que definían el tiempo. Flotar en su aceite coagulado. Dejar que el poder y el desprecio hacia mí mismo me volvieran obeso. De qué otra manera iba a rehacerme, a dejar atrás el punto que había encontrado, esa proporción tan necesitada y temida: nada frente a nada. Opel me esperaba en la cama, enredada entre las sábanas, con el cuerpo sumido en un laberinto de mortajas y remansos de ropa de cama desordenada. Era un planteamiento malvado, aliarme con las partes más desnudas de la conciencia de la masa, esa tierra vigilada por los lingüistas del rey, por los técnicos en controles de sistemas de muerte, los asesores de enfermedades corporativas, los parásitos de la industria fetal. Me pregunté si me harían falta seguidores nuevos o si los antiguos se limitarían a reajustarse para acomodarse a mi segunda venida. Éste era posiblemente el aspecto más

interesante del problema. Pero de cualquier manera yo sería el héroe estéril de la época, un hombre que conocía la forma más segura de minimizar.

—Me ha sabido fatal deshacerme de esas postales —dijo Opel—. Eran hermosamente feas.

—¿Qué decían?

—Decían que dentro de cuatro días es tu cumpleaños y que tal y cual está invitado a venir a tomar éter y moscatel.

—Gracias por comunicármelo.

—Pensé que las leerías.

—He mirado las fotos.

—Pues mira, pensaba que las habrías leído y que no decías nada porque las aprobabas de forma tácita. Eso es lo que pensaba con total sinceridad y franqueza, fíjate. En todo caso, vendrán dentro de cuatro días. Será la última fiesta. Eso suponiendo que todo el mundo siga viviendo en las direcciones a las que he enviado las postales.

—Dentro de cuatro días no vendrá nadie —le dije.

—¿Por qué no?

—Porque no he enviado las postales.

—Mentira —dijo ella—. Te he pillado. No has leído las postales, así que no tenías razón para no mandarlas.

—He mentado al decirte que no las había leído. Pero ahora te estoy diciendo la verdad. Las he leído. Pero no las he mandado.

—Estás demasiado hecho polvo para leer.

—Vale, es verdad que no las he leído, pero he sospechado lo que ponía. Así que no las he mandado.

—No estás siendo ni remotamente convincente.

—Las he regalado. Había un mendigo cerca de la calle Stanton. Le he regalado las postales para que las vendiera y se comprara pan negro y sopa. Luego el mendigo ha revelado que en realidad era un santo inglés del siglo XVI: Nigel de Chelsea. Me ha dado su tarjeta de crédito para que la use durante treinta días sin miedo a que me interpongan una acción judicial.

—Siempre sé cuándo estás mintiendo, da igual lo que salga de tu boca. Te quedas muy quieto. Y se te endurece la mirada. Intentas ser más poderoso que la persona a la que estás mintiendo. Cuando yo miento intento escurrirme como un arroyuelo. Pero tú, tú te pones como la isla de Pascua.

—Dime quién va a venir a la última fiesta.

—Pues todo el mundo.

—¿Me puedes poner un ejemplo?

- Pues ya sabes, todo el mundo.
- Las luminarias del pasado. ¿Verdad?
- Los colgados del neón.
- Mierda, Opel.
- No es más que gente, Bucky.

Dormí con la cabeza metida debajo de su brazo. Cuando me desperté ya casi era oscuro. Opel nunca parecía estar en paz cuando dormía. Otras veces, en ciertas expresiones que ponía, yo podía ver exactamente el aspecto que había tenido a los diez años; aquella criatura tan graciosa me sonreía desde el centro de su cara. Pero cuando dormía estaba un poco enfadada, su edad verdadera se multiplicaba por dos, mientras luchaba para abrirse paso entre los sueños y el pánico, con una arruga de menopausia bajándole por la mandíbula. El sueño la despojaba de su impulsividad y no conseguía reemplazarla con ninguna aproximación de su opuesto, la serenidad, o bien la resignación. Opel no descansaba fácilmente. Era una luchadora de la cama, siempre estaba pataleando, meneándose para encontrar la postura y haciendo ruidos carnívoros. Para ella, el trance era un estado más amable. En el pasado nos habíamos aventurado juntos en diversos modos de distorsión y ella siempre había conseguido extraer la seguridad de los suburbios interminables de una sustancia química. Ella pertenecía con exactitud a aquella calma feroz; la estabilizaba mucho más que el sueño. Ahora la desperté e hice el amor con toda la fuerza que pude, con la resolución maltrecha que pude, con un brío renovado en el cuerpo y la mente, extraído de aquel paseo en medio del viento, provisto de una nueva potencia, acuciado por la sensación de que pronto podría regresar al sonido de fuera. Su cuerpo me devolvió el calor del sueño, reaccionando lentamente, ya sin codicia en sus libertades, un cuerpo que subía como el pan, con las entrañas en pose, la lengua en mi oído, y lo que buscábamos era dar forma al arte, una forma moral de dominar el comercio, los cuerpos que éramos y el peligro que necesitábamos, el peligro de dragar las insuficiencias del otro, yendo de gira por los agujeros más profundos. Cabalgamos ahora un momento extraño, con risas yendo y viniendo, con la mirada de ella alerta a los deleites del amor, solamente un instante, y luego de vuelta a los asuntos pélvicos, a la cremallera y el piñón, a la palabra del poeta cayendo de la página. Opel se pasó el resto del día en la cama, descansando (decía) de cara a su encuentro mercantil. Yo me dediqué a marcar números en el teléfono muerto.

- ¿Por qué la ecología es un tema de lectura tan aburrido? —me dijo.
- Por la misma razón que la destrucción es tan divertida.

—Las revistas viejas son bonitas. ¿No te parece?

—Claro, por qué no.

—Ésta dice que España es una tierra de contrastes. Voy a tener que ir pronto.

—Puede que no sea una tierra lo bastante ancestral para ti.

—Ahora mismo necesito contrastes. Los ojos se me cansan como demonios de ver siempre el mismo sitio. De hecho, ésa es la segunda y última justificación para viajar. Mantener la vista interesada.

—¿Cuál es la primera?

—Convertirse en cosa. Ya te lo dije.

—¿Pero hay alguna tierra que no sea una tierra de contrastes?

—No lo sé. Pero España afirma serlo de forma explícita. Si fueras a algún sitio que no lo reivindicara directamente, te estarías arriesgando mucho. Podrías llegar allí y no encontrarte ningún contraste. No, lo de España lo veo claro. Me voy a España.

—España —dije por teléfono—. Póngame con la España que los turistas no ven.

—¿Cuándo piensas salir de aquí, Bucky? ¿Es que no quieres crear más sonidos? No has compuesto nada, no has tocado, ni siquiera has tarareado. Qué coño, colega.

—Qué coño, colega.

—Tendrías que estar tocando.

—Y tú deberías estar traficando —le dije—. ¿Dónde está tu contacto? Si tu contacto no se presenta, ¿qué pasa contigo? Te tendrás que volver a Texas a dirigir el imperio de tu padre. Si lo que quieres es traficar, eso sí que es traficar. Pero ¿por qué te fuiste? Te vienes aquí a esta nieve sucia, gris y helada. Te quedas en esa camita esperando a que un viejo burócrata extravagante aparque su coche de proxeneta y llame a tu puerta. No tiene ni pies ni cabeza.

—Puede que tengas razón. Pero de una cosa estoy segura. Mi mirada necesita contrastes.

—España —dije por el teléfono.

Varios días más tarde apareció en la habitación gente de distintas clases. A algunos los conocía y otros no sabía quiénes eran. Me senté en la butaca de lona con forma de cuenco. Opel guió a los invitados a mi alrededor. Yo asentía con la cabeza, parpadeaba y de vez en cuando le estrechaba la mano

extendida a alguno. No tenía gran cosa que decir pero estaba seguro de que no le importaría a nadie. Ya conocían mi voz. Era mi presencia lo que estaban ansiosos por registrar, la simple imagen del hombre en la silla, una impresión en la memoria que pudieran canjear por el tiempo de otra gente. Lentamente la habitación se empezó a llenar. Se hizo evidente que los diez invitados originales tenían intención de triplicarse. La gente hablaba de dónde vivía, del caos de habitaciones o las calles postatómicas donde se alojaban. O bien de su salud, que no paraba de empeorar. De las bandas de chavales aullantes que había en NoHo. De la lejana primavera en las orillas del East River, de la gente que iba allí a hacer pícnicos y contemplaba con estoicismo los cadáveres que salían flotando a la superficie, envueltos en trenzas de algas y mordisqueados por los peces aburridos. Alguien mencionó el *loft* al que acababa de mudarse, un sitio enorme y con constante corriente de aire, con los suelos deformados y llenos de baches y desprovisto de luz a menos que uno hiciera volar una cometa con una llave. Hablaron de comunas de vagabundos borrachos adolescentes. Tia Maria trabajaba de modelo (tapada) para los alumnos de arte de la Cooper Union. Chester Greenlee pedía limosna en la calle Ocho con una máscara de Mickey Mouse puesta. La señorita Mott vivía sola en Mott, de la misma manera que cuando se llamaba señorita Rivington vivía en la calle Rivington y también en la calle Canal bajo el nombre de señorita Canal. Tenía sesenta y muchos años (o eso se especulaba), coleccionaba botellas de refresco de raíces Dad's y ejemplares del *Wall Street Journal*. Yo respiré y luego volví a respirar. Un hombre fumaba en pipa, sentado con las piernas desenfadadamente cruzadas y vestido con ropa de pana llena de parches. Los colgados del neón charlaban y lloraban, con los dientes en mal estado y en posturas todavía peores.

—Ésta es la última fiesta.

—Mira, llevo puesto mi Luv Glove de chinchilla de cuarenta dólares. Es un gesto. Hoy necesitamos gestos. La gente tiene la barriga encogida de miedo. Necesitamos llevar la ropa interior de los demás. Yo emito este edicto: llevar la ropa interior de los demás. Como gesto de fe en los demás. Será el fin del miedo.

—Oh, Dios, mi cabeza. Oh, mi mente entera. Mis miembros y extremidades. Oh, Dios, mi pelo, mis uñas, mis poros.

—Me atormenta soñar con películas. En mis sueños no paran de aparecer y desaparecer caras glamurosas. Todos los grandes nombres. Por alguna razón eso me atormenta. Me despierto lleno de miedo e inquietud. Las caras están tristes. Tal vez sea eso. La tristeza de la fama enorme. Los famosos muertos

del cine. Muertos pero no muertos. Quizá por eso es por lo que estoy angustiado. El concepto mismo de las películas me parece tremendamente egipcio. Las películas son sueños. Pirámides. Enormes ríos de sueño. Esos seres enormes y glamurosos con sus legendarios perfiles de esfinge. Me despierto temblando.

—Ésta es la última fiesta.

—Yo estaba decidida a ponerme mi camisón de muñeca con lentejuelas del Frederick's de Hollywood y salir de golpe de un pastel de cumpleaños enorme y grotesco. Pero me he conformado con el Luv Glove. Hoy en día nadie hace gestos. Estamos todos encogidos como cerditos al nacer. Opel, mándame por correo algo de ropa interior para que pueda sentirme mejor. Tuya y de Bucky. Lycra, mándale a Bucky tu ropa interior por correo, aunque sea un par de piezas. Es un gesto de fe. La gente se necesita entre sí. Yo emito este edicto: una cadena de cartas con ropa interior dentro. Todo el mundo que reciba la carta tiene que mandar una pieza de ropa interior al siguiente nombre de la lista. Si nadie rompe la cadena, todos acabaremos con sesenta y cuatro piezas de ropa interior. De la gente y para la gente. Yo estoy a favor de la gente. Éste es un rollo a favor de la gente.

—Por supuesto que actúo como una criatura. Por supuesto que tengo regresiones. Por supuesto que vuelvo a la fase anal.

—Para la piel quemada, Opel, usa jabón de aceite de visón. Y si tu pelo tiene pinta de que te lo ha estado mordiendo un árabe, usas peine para darle forma, cepillo para acondicionarlo y te lo enjuagas con gelatina, amor.

Seguí respirando, consciente como nunca en la vida del esfuerzo que se requería para generar este acto. La gente pasaba de forma sobrenatural por la habitación, dejando estelas de humo y ceniza aromática. Otros se acomodaban a mi alrededor, moviendo los labios. Todos respiraban, bombeando sangre con hosquedad, embarcados juntos en un milagro perverso. Nuestras partes móviles nos llevaban más allá del límite de toda metafísica sepulcral. Nuestros órganos, separados de nuestros cuerpos, extraídos con pinzas de plata y colocados funcionando sobre relucientes bandejas de Tiffany, constituían las mejores pruebas de nuestra capacidad para perdurar. A continuación nos llevarían en camilla entre ellos, eufóricos por la morfina, fijándonos en las proporciones y en los contornos, admirando la belleza de lo que éramos. Muertos ya, con los vientres abiertos y goteando, nos meterían en ascensores refrigerados y nos mandarían en silencio a las profundidades de la Tierra. Arriba, nuestros órganos serían etiquetados y almacenados. O bien, si les encontraban defectos, se los darían a los pobres para comer.

—Es un hecho axiomático que la Historia es un registro de acontecimientos. Pero ¿qué me dices de la historia latente? Todos creemos saber lo que ha sucedido. ¿Pero acaso ha sucedido de verdad? ¿O acaso ha sucedido otra cosa? ¿O no ha sucedido nada?

El fumador en pipa cruzó y descruzó las piernas, con cierto elemento de vodevil en la genealogía de sus movimientos. Golpeó con su pipa en un cenicero, examinó la cazoleta, sopló en la boquilla y le introdujo una escobilla mugrienta. A su alrededor, una gente aturdida de nacimiento se pasaba bombones de chocolate de mano en mano. El fumador en pipa se puso a rellenar la pipa, tratando el instrumento con un cariño apropiadamente viril.

—Soy catedrático Morehouse de Historia Latente en el Instituto Osmond. Pero no ocupo la cátedra Morehouse. Ocupo la cátedra Houseman. Es una cátedra que se ocupa de los acontecimientos que casi ocurrieron, de los acontecimientos que está claro que ocurrieron pero que nadie ha visto ni ha comentado, como por ejemplo la acción de las bacterias o la elevación y hundimiento de las cordilleras montañosas, y de los acontecimientos que probablemente ocurrieron pero de los que no existe crónica alguna. A menudo los acontecimientos potenciales son más importantes que los acontecimientos reales. A menudo los acontecimientos reales que no son registrados son más importantes que los que sí son registrados, ya sean reales o potenciales. En un momento dado, el sesenta por ciento de la población del África negra eran blancos. Hemos encontrado herramientas y fémures suyos. Pero no estamos seguros de qué le pasó a esa raza de gente de ojos azules. ¿Los aniquilaron las guerras y las enfermedades? ¿Acaso se marcharon por mar a bordo de alargadas embarcaciones de madera? En el ala Memorial Homer Richmond Blount del Instituto todavía estamos inspeccionando los materiales y confiamos en tener respuestas muy pronto. Una de las principales tendencias de la historia latente es evitar la estrechez de miras. En la actualidad estamos reuniendo pruebas relacionadas con la Revolución francesa, según las cuales una facción disidente de los *sans-culottes* solía reunirse en secreto al amparo de la oscuridad con el único propósito de llevar *culottes*. Se paseaban toda la noche con aquellos bombachos de petimetre hasta la rodilla. Una orgía de pavonearse y hacer posturitas. Al alba se volvían a enfundar sus pantalones ajustados y regresaban a sus actividades revolucionarias. La Historia nunca es algo limpio. En algunos casos sucedió menos de lo que sospechamos. Es un hecho axiomático que en la Edad Media la gente se iba a la cama temprano. Estamos estudiando esto para averiguar qué efecto tuvo sobre el hecho de que la Guerra de los Cien Años durara tanto. La historia latente nunca nos dice en

qué parte de la marea de los acontecimientos estamos, sino más bien cómo podemos salir de ella. Yo, por ejemplo, estoy escribiendo ahora mismo un ensayo que demuestra que la Reforma, como tal, nunca tuvo lugar. La Contrarreforma fue una reacción a algo que no sucedió como tal. Hubo un tiempo en que el Nilo era afluente del Amazonas. Tenemos sedimentos que lo demuestran. ¿Qué sueños transportaba? ¿Cuánto transportaba de la sangre y el impulso poético de todos nosotros? Éstas son algunas de las preocupaciones centrales de nuestro instituto.

Lloyd Boyd se quedó plantado en la puerta, a continuación me vio y se me acercó. Lloyd era un actor que había estado hacía poco en la cárcel por imprudencia temeraria. Llevaba desde que lo habían soltado viviendo en la estación Grand Central, durmiendo en los bancos o en las puertas de las marisquerías. Me contó que intentaba ver la estación Grand Central como su apartamento. Con una sola habitación pero bastante grande. Techos altos. Ventanales amplios. Suelos de mármol. Y muy céntrica, lo cual siempre es importante para que un actor salga a buscar trabajo. Un poco ruidosa, eso sí, y podría haber más calefacción. Pero la altura del techo lo compensaba todo.

—Como me deprimí, me tomé un antidepresivo.

—¿Y quién no lo haría?

Lycra Spandex vivía con su madre y su hermana en los apartamentos Lefrak City. No sé dónde vivía Vegemato. Lynn Forney vivía con Notorious Nora y con la Séptima Flota en la avenida B. Jerry Dane, vivía dentro de un abrigo de la policía popular de la RDA. Tia Maria antes vivía en un autobús urbano abandonado debajo de la autopista del West Side, pero los camioneros de camino a las terminales cárnicas solían embestir su autobús para divertirse y a veces se paraban el tiempo justo para violarla, más o menos, hasta que por fin se mudó al local comercial de una iglesia presidida por un hombre que llevaba polainas y aseguraba ser descendiente directo de Mahoma. Cerré los ojos un momento, consciente de que una voz de mujer me estaba depositando nombres a los pies.

—Bucky, éste es Zenko Alataki, que es cuñado de Axel Gregg, el documentalista, y yo soy la hermana de Axel, Lillian, la mujer de Zenko, Lillian Alataki. Mi marido acaba de volver del noroeste de México para recaudar fondos para el terremoto en el que ha estado trabajando allí. Tú simplemente acuérdate de no llamarlo arte. No es arte. Es un regreso a lo que había antes del arte. A encender fogatas y manosearse los testículos. El prodigio de la era previa a la información consistía en que los hombres percibían la tierra y se percibían a ellos mismos en pleno proceso de cambio.

Zenko ha estado intentando crear presión sobre una falla geológica por medio de una serie de detonaciones muy precisas de TNT. En cuanto provoque unas cuantas más en los sitios adecuados, ya tendrá su pequeño terremoto. La obra de arte más grande que habrá habido nunca. Lo que pasa es que no hay que llamarlo arte.

—¿Eso es verdad?

—¿Por qué no? —dijo Zenko—. Los continentes están apoyados en placas. La corteza se mueve y eso causa fracturas o fallas. La belleza de una fractura hecha por el hombre es que se puede fotografiar la superficie adyacente. Se pueden colocar objetos en la superficie y hacer fotografías aéreas de los objetos al desplomarse. Yo lo llamo temblor cinético. Los objetos que se desploman. Los objetos tragados por la tierra. Si la sociedad no estuviera tan obsesionada con los valores falsos, se me permitiría usar animales vivos para mis temblores. Ovejas, cabras, hasta conejos. La tecnología de los terremotos permite al hombre devolverle cosas a la tierra. Un montón de cabras tragadas por la tierra darían un temblor perfecto. Es un acto de amor sacrificial. Devolvemos cosas. La tierra las acepta y se vuelve más verde. ¿Tú cuánto pesas?

—¿Y éste es el primer temblor en el que trabajas?

—Es el primer temblor del mundo —dijo él—. Estoy siendo prudente pero atrevido. La destrucción al servicio de la vida siempre es un atrevimiento. ¿Tú cuánto pesas? ¿Te has dado cuenta de lo demacrado que está todo este grupo de gente? Parece que os estéis consumiendo todos delante de mis narices.

Aquella noche, Opel se retiró a la cama bastante temprano. La gente siguió pululando a su alrededor, y unos cuantos de los más afligidos se limitaron a quedarse a su lado envueltos en pequeñas cintas de tristeza. Diane Bowie se llevó un osito de peluche al cuarto de baño. Las voces parecían arder un poco. La gente arrancaba con los dientes la punta de los bombones de chocolate, con los dientes en mal estado, con los dedos manchados, con unas posturas terribles. Winona Barry contó que se había anunciado como costurera en un periódico del West Village. Un hombre la había llamado pidiéndole un hábito de monja y unos pantalones de montar sin entrepierna. A continuación habían regateado con frases escuetas: «La perversión tiene recargo». «El dinero no es problema». «La ropa interior de satén tiene recargo». «Hágalo con sensatez». «El agujero de los pantalones de montar tiene recargo». «Yo le mandaré muchos más clientes». La señorita Mott intentó marcar el número de la hora con el teléfono de Opel.

—Mi hermana tiene novio nuevo —dijo Lycra Spandex—. Es detective de la Brigada de Grandes Robos. El tío me echó un vistazo y casi se atraganta. ¿Cómo le cuento yo a un tipo así que me pasé la infancia entera soñando con rizadoros de pestañas, rímel, sombra clara de ojos y loción tonificante? ¿Acaso le puedo hablar a un policía de paisano de blusas de gasa, faldas largas acampanadas, ropa interior de superzorra, gargantillas, pendientes, alfileres y clips para el pelo? Es un policía de paisano. No me entendería, ¿verdad que no? ¿Acaso me atrevo a contarle lo que significa llevar sombra de ojos y tener una piel rosada como un pétalo de rosa? Llevo toda la vida queriendo ser dos personas: Marge y Gower Champion. Alternándolas, un día uno y un día otro. ¿Acaso puedo confiar en ese detective? ¿Le puedo explicar todo lo de la era de los Movietone de la Fox y lo de aquellas chicas con tutú que saltaban por encima de los caballetes? Ese detective se pasó toda la adolescencia pegando a otros chavales con cadenas de bicicleta. ¿Y se supone que yo le tengo que hablar de mis medias ultrafinas que evitan la tela sobrante en la entropierna? Lo siento, pero a eso no pienso jugar. Yo sé qué le conviene a Lycra Spandex. A Lycra Spandex no le hace falta rendirles pleitesía a las figuras de la autoridad, ni aunque trabajen para el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, ni aunque trabajen para la Brigada de Grandes Robos. Si el cabrón es tan maravilloso, ¿por qué no puede conseguirme un *loft* decente para vivir, o una caja fuerte para meter mis joyas cochambrosas, o un puto camión para que me pueda tirar por un barranco?

Cerca de mi silla había una chica pálida plantada de pie. Llevaba el pelo rojo recogido en coletas, unos vaqueros manchados de pintura y una camiseta con un agujero en el medio. Me incliné hacia ella y le toqué el brazo. Luego existo. Ella se volvió y yo le puse la boca sobre el ombligo. Eso la hizo reír y retorcerse un poco. Ella me hurgó suavemente con los pulgares en torno a las orejas. Su ombligo no tenía pelusa y era anormalmente grande, como una luna interior de circunvoluciones y reposo. No había razón alguna para preguntarse ni quién era ni cómo sus manos redondeaban aquel momento de equilibrio.

—Me llamo James —dijo alguien—. He oído tu música y me gusta. El tercer álbum es todo un hito. Un álbum magnífico. Ruido y gritos y balbuceos. He oído todos tus álbumes y todos tus *singles* y me gustan todos, y te lo dice alguien que también es famoso aunque nadie lo sepa. Mylon y yo. Soy amigo de Mylon. Vivimos en el mismo edificio roñoso. Tengo entendido que te has retirado. Es comprensible. No hay nada que pintar ni nada que escribir ni nada que filmar ni nada sobre lo que cantar ni nada a lo que hacerle el amor. Pero tu sonido sigue saliendo todo el tiempo de la radio. Y es un

sonido magnífico. Si lo piensas, es asombroso que tu sonido sea tan popular incluso en la tierra de palurdos de donde yo vengo originalmente, tierra de palurdos total, el culo del mundo, nada que ver con una ciudad grande, donde la gente puede absorber esa clase de sonido. Tu segundo álbum también es tremendo, pero yo creo que el más grande de todos es el tercero.

Mylon Ware estaba en un rincón sin hablar con nadie. Era un cantante folk del oeste de Canadá, un hombre esbelto y lúgubre con una mirada extraña. Durante su segundo invierno en Nueva York había matado a su perro y se lo había comido para no morir de hambre. La gente le había ofrecido comida y le había insistido para que acudiera a la beneficencia, pero él no había querido aceptar nada ni hacer caso a nadie, y tampoco había dicho ni una palabra. El perro era un pastor alemán que se había comprado para defenderse, y le había costado mucho matarlo. Mylon había empezado usando la palanca larga que formaba parte de su cerrojo de seguridad. El primer golpe no había sido lo bastante fuerte ni directo, y la palanca resultó ser un arma demasiado larga para la clase de pelea cuerpo a cuerpo que vino después. Pese a todo, a Mylon le resultó de utilidad para mantener al perro a cierta distancia mientras él maniobraba con su cuchillo de caza, que también había comprado para defenderse. Tardó quince minutos en matar al animal. Cuando terminó, no quedaba casi nada en el apartamento diminuto que no hubiera quedado movido o manchado de sangre. Mylon descuartizó al perro y durante un periodo de cuatro días lo estuvo cocinando y comiéndose todo lo que fuera comestible.

—Ésta es la última fiesta.

—El primer acto es mejor en la producción de Nueva York. Y el segundo es mejor en la de Londres.

—Bésame.

—Ésta es mi visión: que el mundo entero lleve ropa interior ajena. Países enteros intercambiándose la ropa interior. Que China le haga la colada a Egipto. Que los turcos, con lo grandes y fuertes que son, lleven braguitas de Scarsdale. Es un rollo a favor de la gente. Yo estoy completamente a favor de la gente. Nos ayudaría muchísimo. Lo visualizo perfectamente. Tarifas postales especiales para la ropa interior. Mercantes llenos de ropa interior surcando las rutas del comercio marítimo. Ésta es mi visión: cadenas postales de ropa interior. La paz mundial por medio de la ropa interior.

—Admito que soy un llorica. Admito que la mayor parte del tiempo soy de un infantilismo fabuloso. Admito que me quiero sentar en el suelo y decir mamá, dadá, naná.

—Para ser filipina es prácticamente escultural.

—El bebé de Winona es el bebé más cagón que he visto en la vida. Ese bebé debería tener agente. Ese bebé tiene un talento al que no se acerca ningún otro bebé. Le dije a Winona que llamara a William Morris. Ese bebé necesita un agente.

—Ésta es la última fiesta. Pásalo.

—Te voy a decir cómo voy a hacer esa foto. La voy a hacer preciosa. Así es como la voy a hacer.

—Ésta es la última fiesta.

—Me dedico a vender tebeos en la Cuarta Avenida. Es una forma de ganarse la vida, ¿no? Vienen los chavales. Los chavales universitarios con los pelos esos, la ropa esa y la piel esa. Y yo les vendo tebeos antiguos. Les vendo tebeos satinados de Bonita Granville y de King Kong. Si lo llaman ganarse la vida será por algo. Es una forma de ganarse la vida. Y yo me gano la vida. Hay cosas peores. Yo por lo menos me gano la vida. Es una forma de ganarse la vida. Y yo me gano la vida.

—Ésta es la última fiesta. Pásalo.

—El Yo está dentro del Otro. El movimiento es la mente que guía a la comunidad solar.

—Ahora el Valle Feliz se dedica a la violencia.

—Bésame.

Pensé en todos los órganos internos de la habitación, considerándolos aparte de la gente a la que pertenecían. Durante aquel momento de reflexión todos parecimos una congregación de mártires, visibles por debajo de nuestra piel. La habitación era la celda de una pintura mística, llena de riñones divinos, de pulmones flotando en el humo, de entrañas resplandecientes, de vejigas cociéndose a fuego lento y sin dolor. Era la verdad de un loco aquello de pintarnos como si fuéramos bolsas y cordeles en llamas, casi divinos bajo nuestra luz, perecederos pero interminables. Miré cómo la chica pálida se tocaba el ombligo voluptuoso. Uno a uno, devueltos a nuestros envases cetrinos, reanudamos nuestras respiraciones.

11

Mientras dormía abrí una puerta sin número y me encontré el mar. Era ancho y estaba en calma, recubierto de un delirante enchapado en plata. Alguien a quien yo conocía iba caminando por un camino que bajaba una colina en dirección a unas casas. El calor era resplandeciente. Una luz vengativa achicharraba la piedra de todas las casitas trazadas con tiza junto al mar. Oí voces y me pareció ver gente en la puerta.

Opel hizo salchichas con bollos tostados para desayunar, o como se llamara aquello. Sostuvo los bollos con un tenedor encima del fogón, tostando por dentro los bollos que eran para mí y por fuera los que eran para ella. Los dos pensábamos que la preferencia del otro era extraña. Untó los bollos de mermelada de fresa y se lo trajo todo a la cama.

—Ojalá tuviéramos fresas de verdad —dijo—. Fresas grandes y enteras que pudiéramos mirar y hasta comérmolas.

—Fresas en directo en lugar de fresas grabadas.

—Me acuerdo de que una vez viajé unos diez mil kilómetros en cuatro vuelos consecutivos y por fin llegué a casa de unos conocidos y me encontré con que estaban comiendo fresas; me acuerdo de que me quedé allí sentada mirando aquellas fresas en azúcar que había en medio de la mesa y que me resultó inconcebible: era como regresar del país de los muertos. Estaban vivas, las fresas estaban vivas. Yo podía mirarlas por dentro. Entendí lo que son en realidad las fresas, aunque no sería capaz de explicarlo. Eran inconcebiblemente hermosas, eran gordas y ricas y vivas, resplandecían desde dentro. Por supuesto, lo más seguro es que estuviera drogada o algo así.

—¿Con quién estabas hablando en la puerta?

—Creía que estabas dormido.

—Estaba dormido pero no muy dormido. Había alguien en la puerta y los dos estabais hablando de algo. Fenig no era porque a Fenig le conozco la voz. Tampoco era la mujer de abajo porque era una voz de hombre. De ahí mi sospecha. Sospecho que era el hombre al que has estado esperando. El correo. ¿Era él?

—Era él —dijo ella.

—¿Buenas o malas noticias?

—El doctor Pepper no está donde se suponía que estaba. Pero esperan encontrarlo en cuarenta y ocho horas. No sé por qué en cuarenta y ocho horas. ¿Por qué no en cuarenta y siete o en cincuenta y tres? Sea como sea, estoy lista para irme en cualquier momento a partir de mañana por la noche. Le he dicho que llevo días lista. Él ha expresado su esperanza en que podamos trabajar bien juntos.

—¿Te alegras de que el tema esté por fin en marcha?

—Solamente me molesta una cosa. El tipo no era lo que yo estaba esperando que me llegara. Tenía pinta de empleaducho del departamento de contratación de alguna discográfica tipo Motown. Gafas ahumadas, barbita rala, esos andares encorvados estilo *funk*. Yo me esperaba *funk* puro, ¿sabes? Alguien que llevara toda la vida vendiendo mercancía de una clase u otra.

—¿Y qué es lo que te ha llegado?

—Me ha llegado Hanes —dijo ella.

—Mierda, esa voz que he oído... Hanes. De alguna manera he sabido que era él. No me habías contado que Globke estaba metido en esto.

—No lo está, Bucky. Hanes está trabajando por cuenta propia. En realidad no es sorprendente que sea él. Tenemos muchos conocidos en común. Si pones todos los nombres por escrito y trazas líneas para un lado y para el otro, lo más seguro es que tenga mucha lógica que sea Hanes quien se ha presentado en mi casa. En todo caso, al verlo he tenido una idea. La idea incluye una sorpresa para ti. Tu regalo de cumpleaños, de hecho. Con retraso, quizá, pero es un puto toque de genialidad.

—No puedo esperar.

—Un regalo cargado de algo que no sé qué es.

—Hanes es un secante humano —le dije—. No me gusta cuando gente así se involucra en esta clase de negocios. No tiene sangre. Lo puedes agarrar, usarlo de secante y tirarlo. Sumisión y paradoja. El tío estaría dispuesto a hacer negocios con la policía.

—Yo me he quedado bien —me dijo ella—. Ve a tostar más pan.

Estaba oscureciendo. Dejé los cuatro fogones encendidos. Nos acabamos los bollos, y Opel se tumbó en la cama comiendo mermelada con el borde romo del cuchillo. El poder de su inmovilidad se estaba empezando a disipar. Ahora todo lo que hacía tenía implícita su partida. Hasta que Hanes había aparecido en su puerta, la presencia de Opel había sido inmensa; había reinado en aquella cama como una abotargada reina criolla de las ciénagas, aturdida de tanta magia, regodeándose en la preeminencia sensual de su mal

olor. Opel me había robado mi inmovilidad. Antes estaba tan inmóvil como si fuera de sal. La gente se arremolinaba en torno a mí y yo me dedicaba a tramar cambios de clima, gradaciones de la luz y del silencio. Me había centrado a mí mismo, había descubierto la existencia de un movimiento interior, de un cambio de los niveles: del aislamiento a la soledad, luego a la ausencia de palabra y por fin a la inmovilidad. Pero al ocupar Opel aquel centro, me había convertido en lo que se arremolinaba.

—Tal vez debería volver ahí fuera —dije yo.

—¿De gira? ¿Con qué?

—Todavía no estoy seguro. De hecho, no tengo ni idea. Pero me estoy planteando volver ahí fuera. Eso es lo importante. Es hora de dejar de mirar la pared. Tenías razón. Es hora de salir.

—¿Por qué no trabajas en material nuevo y lo dejas en eso? ¿Para qué ir de gira?

—También tiene que haber gira. No estoy seguro de por qué. Tal vez lo único que quiero es el contacto. No se pueden alcanzar extremos trabajando en un estudio. Y yo quiero alcanzar extremos. Es como pasar del suicidio al asesinato. He estado agotado y jodido y atrapado. El suicidio me era más cercano que mi dedo gordo del pie. Era el final natural. Quiero decir que estaba ahí. Nadie se habría sorprendido ni escandalizado. De verdad creo que es lo que se esperaba de mí. Si no hubiera abandonado la gira, habría acabado sucediendo de una manera u otra. Un colapso blando, como de papel. Hasta después de abandonar la gira seguía estando ahí, mirándome a la cara. Pero ahora creo que lo he dejado atrás. Quiero regresar pero de forma distinta. Extremidades nuevas. Es como pasar del suicidio al asesinato.

—No estoy segura de entenderlo, Bucky.

—Es algo demasiado maligno para una traficante como tú.

—Quieres volver con algo completamente nuevo. Pero ¿qué? Puedes gritar letras desagradables y tirarle serpientes de cascabel a la gente. ¿Ésa es la idea general? Puedes cantar canciones de amor al Pentágono.

—Nada político —dije yo.

—Ahí fuera sólo hay una especie de horror apagado. No puedes limitarte a integrarlo en tu propia mezcla nueva. Siendo el héroe, el pícaro y el símbolo que eres.

—Tal vez no quiero integrarlo. Tal vez lo que quiero es volverlo todavía más apagado y más horroroso. No sé. Una cosa está clara: no puedo salir ahí y ponerme a cantar letras bonitas o letras espectaculares, y tampoco puedo salir y hacer sonidos nuevos ni más estridentes ni más controvertidos. Todo eso ya

lo he hecho. Más de eso sería justamente lo que parece: más de lo menos. Tal vez lo que quiero es menos. Ser cuanto menos posible de lo que era.

—Claro, la bestia anda suelta, menos es más. Pero ¿quién es la bestia en este caso? Ten cuidado de no deformar esa letra tuya tan bien escrita. Aunque claro, es posible que tu intención sea ésa. Si es así, voy a seguir todo esto con interés. De hecho, estoy dispuesta a ofrecer toda la ayuda y el consuelo que siento que necesitas. Joder, tío, somos viejos amigos.

—Viejos y leales.

—Viejos, leales y duraderos.

—De eso no hay duda.

—Ninguna.

—Más claro que el agua, joder.

Apagué los fogones y fui junto a la ventana. El vapor silbaba a lo lejos en las tuberías. Yo no me sentía infeliz de estar donde estaba. Las cosas allí no andaban faltas de emanaciones. Las distancias eran correctas; el ruido no estaba disfrazado; al aire se le permitía fluir sin recircularlo. Pero aquella compleción ya no parecía suficiente para mantenerme. Encendí una cerilla de madera y acerqué la llama a una de las velas de encima del fregadero. Opel fingió que eludía aquella luz poco profunda y se hundió más en la cama.

—La gente está empezando a ser un bloque —dijo ella—. Mírame a mí, por ejemplo. Antes tenía matices. Ahora soy un bloque. Civilización por puro reflejo. Si hubiera vivido en la época de Pavlov, él se podría haber ahorrado un montón de dinero en comida para perros. Y ahora mírate a ti. Si quieres volver ahí fuera como una versión estilo Las Vegas de lo que fuiste, a mí me parece bien, siempre y cuando seas consciente de lo que estás haciendo. Perderás la perspectiva y se te acabará ese toque amenazador y te convertirás realmente en lo otro. Tal vez sea una evolución natural. A fin de cuentas te estabas volviendo coherente, de álbum en álbum, cada vez más. Al final estabas haciendo unas cantidades increíbles de ruido y no comunicabas nada de nada. La banda entera estaba arrugada como un papel que se quema. ¿Y sabes qué hiciste tú? Asumiste la locura de la que nos estabas hablando. O sea que tal vez sea una evolución natural. Estabas demasiado enamorado del horror que estaba teniendo lugar porque le daba forma a tu sonido y también te fascinaba como temática. El siguiente paso natural podría ser perfectamente que salieras arrastrándote al escenario del Sands y te quedaras ahí sentado gruñendo con un suspensorio. Llevas desde que te conozco rodeado de codicia y de conversaciones sobre dinero y de gente que negocia y opera, pero ésa era la última cosa que podía corromperte, el dinero, por mucho que te

estuvieras muriendo literalmente de hambre. Es contigo mismo con quien has de tener cuidado, con ese toquecito de anticristo que tienes. Resulta que es lo que más me gusta de ti, y por supuesto es lo que explica tu fama y tu gloria, de manera que tal vez no debería ni estar sacando el tema. Pero el mal es el desplazamiento hacia el vacío, y los dos estamos de acuerdo en que es ahí adonde te encaminas. Es tu viaje. Yo te ayudaría a llegar ahí si estuviera segura de que es adonde quieres ir. A mi manera genial e hija de puta, creo que ya he puesto ciertos estímulos en circulación, que pronto acabarán frente a esa misma puerta. Has estado escuchando una tertulia en la que todavía nadie se ha puesto de acuerdo en cuál es el tema. Ahora nuestros tertulianos se quitan la ropa y se pintan entre ellos los cuerpos de pigmentos indígenas de colores vivos.

La quietud de Opel estaba perdiendo su tono esencial. Se estaba contaminando de motores pesados, convirtiéndose ya en una mera vigilia, la de una mujer sola plantada en la tranquilidad de las horas sin tránsito de un túnel fluorescente que llevaba a una puerta de embarque. A la luz de las velas casi parecía una impresión retinal, poco quedaba de su supremacía. Volvía a verse reducida a un punto en medio del cielo. Sobre el papel, uno podía encontrarla con ayuda de una brújula y un semicírculo graduado. Susurraba en tono civilizado, sentada entre un banquero de inversiones y un travestido campechano, pensando ya en la zona de equipajes y en la aduana. Había supercolgados por todas partes, contrabandistas y traficantes locales contaminando los corredores aéreos, con nitroglicerina escondida en los dientes, con vainas verdes de opio cosidas quirúrgicamente debajo de los globos oculares. Barrios marginales y revolución a bordo del 747. Ella ya estaba ensayando para su partida. Desde lo de Hanes. Hanes había irrumpido en la puerta de mi sueño mediterráneo.

—Los sitios siempre son lo que uno espera —dijo ella—. Ése es el problema que tienen los sitios y al mismo tiempo el rasgo que los redime. Estoy segura de que en el pasado no era así. Pero está claro que ahora sí. Hay unos cuantos sitios que todavía son distintos entre ellos, pero ya no se encuentra ninguno que sea distinto a lo que esperas de él. Mira a los fabricantes de postales. Cogen un lago cochambroso para turistas y tratan de convertirlo en el lugar donde los dioses van en canoa. Pero lo hacen con tanta elegancia que echas un solo vistazo a la postal y ya te das cuenta de que es un lago lleno de mierda y de que todos los turistas que lo frecuentan son o bien criminales, o bien gente que escupe cuando se ríe. Y no es que esa clase de sitio no tenga su belleza. Ahí está la cosa. Porque el mundo entero se está

convirtiendo en la calle Lafayette, la calle más fea-bonita de Nueva York. En cierta manera es agradable encontrarte con lo que te esperas. Es como si los sitios pudieran ser pasivos, igual que la gente. Se limitan a desplegarse, con sus catedrales y sus desiertos. La pasividad también es hermosa. Hoy en día coges lo que te dan, y si todo se está volviendo feo, lo único que puedes hacer es intentar aleccionarte a ti mismo para pensar que es hermoso, hermoso. Y al final tal vez lo acaba siendo. Pero mira por ejemplo la pasividad de Hanes. No le falta cierta belleza hastiada de sexo. Tienes que admitirlo, ¿verdad? O las tierras ancestrales. Mira las tierras ancestrales. ¿Por qué paso tanto tiempo en ellas? Supongo que porque en ellas no reina el tiempo. Porque uno deja de evolucionar. Porque los vientos cálidos te pulen como si fueras de piedra. Aquí, como hace frío, me desarrollo, me vuelvo angulosa y envejezco deprisa. Great Jones, la calle Bond, Bowery. Estos sitios también son desiertos, igual de hermosos y temibles, de hecho, aunque demasiado fríos para según quién. Los sitios donde noto más el frío son los ojos y las rodillas. ¿No te parece raro? Las soluciones obvias son orejeras para ojos y guantes para rodillas. Transparanoia podría estar interesada en entrar en ese negocio: habla con Globke a primera hora de la mañana.

Di un rodeo a la cama y terminé una vez más junto a la ventana. Opel se cubrió hasta la barbilla. Yo nunca había sabido exactamente qué era lo que necesitábamos el uno del otro. Tal vez nos bastara con ir y venir; los dos éramos el movimiento y el reposo del otro. El teléfono estaba encima de cuatro libros amontonados en el suelo. Una vela estaba encendida y la otra no. Exhalé sobre la ventana. De las tuberías vino un ruido fuerte, el vaciamiento del hierro frío y húmedo. La colección de moneditas de un centavo de Opel llenaba dos bandejas de hielo de la nevera. La bañera estaba llena de agua usada. Lo más seguro es que citar estas cosas para mis adentros fuera un intento de agrupar los componentes de un regreso al orden.

—Las cosas evolucionan igual que la gente y los lugares —dijo ella—. O para explicarlo de otra forma: la gente y los lugares son mucho más estáticos de lo que les gustaría creer. Mírame a mí. ¿En qué me he convertido dentro del plan de la evolución humana? En equipaje. Soy equipaje. Por elección, inclinación y ocupación propias. ¿Qué soy yo más que equipaje? Me abro a mí misma, introduzco algunos artículos muy caros y luego me vuelvo a cerrar y me hago transportar hasta una tierra ancestral. ¿Quieres saber quién sabe que soy un objeto? Lo saben las aduanas. Las aduanas saben mucho más de lo que les queremos reconocer. Las aduanas entienden la metodología. Saben cómo funcionan las cosas. Soy equipaje. No cabe duda. Una maleta de piel de

chica. Pero la palabra no me gusta demasiado. E-qui-pa-je. Una palabra demasiado pesada y tosca para designar algo tan delicado como yo.

El cuchillo estaba dentro del frasco vacío, con la hoja hacia arriba. El reloj sin cuerda estaba tumbado de espaldas en el fondo del armario, impotente como un insecto, con las patas en el aire y la llave de darle cuerda medio desencajada. Observé cómo caía la nieve, confinado bajo la luz precisa de las farolas. No había viento. La nieve caía en vertical, muy despacio, afirmándose a ella misma con esa dignidad de la nieve del campo, ese idioma del crédito y los árboles desnudos, leche sobre las laderas de las colinas, ancianos convertidos en gigantes por las pisadas de sus botas. El cuartel de bomberos tenía las puertas cerradas. Pasó un coche pequeño, amarillo, rosado, anaranjado y verde, sin matrícula visible. Cuando aparté la vista de la ventana, Opel estaba muerta. El cambio en la habitación era inconfundible. Fui a su lado y la toqué una vez. Tenía la boca un poco abierta. La manta se le había escurrido hasta el cuello. Muy quieta. Con una quietud particular que no admitía desafíos. Su cara carecía de expresión. Aquí estoy, muerta. Era lo único que yo podía imaginar que ella podía estar intentando decir con la boca abierta de aquella manera.

Y esto es lo que hice: volví a la ventana y crucé los brazos sobre el pecho, metiéndome las manos en los sobacos. Para darme calor. Me habían criado para ver la muerte como un estado irrevocable. Ahora intenté replantearme esta proposición, deshacer los pasos uno por uno, y mientras lo hacía no quería tener frío.

Al final le quité el tapón a la bañera, vaciándola de aquel agua gris. Cogí la escoba y me pasé unos diez minutos barriendo de forma descuidada. Mi pánico tenía una profundidad tal que parecía fijado en el hecho de ser él mismo, de ser mío, un temor a olvidar cómo me llamaba o en qué idioma hablaba. Guardé las cosas de Opel, los pocos artículos que colgaban de sillas o bien se enroscaban sobre este pomo de puerta o aquél. Los guardé todos en el armario. Después me pasé un rato en el cuarto de baño, raspando para quitar el jabón de los platos.

Y esto es lo que hice a continuación: busqué monedas por todos lados y salí a por un teléfono. Me puse a repetir en voz alta tres sonidos: *wun der lick*. Me alejé hacia el sur por Broadway (hacia el sur, siempre bajando), repitiendo esos sonidos una y otra vez, intentando penetrar en el vapor, llegar más allá de los sonidos para alcanzar lo que fuera que designaban, dejando que el sueño guiara al cuerpo a través de la nieve, *wun-der-lick*, el objeto de la investigación. El aire era áspero y dejaba una ligera quemazón en la parte alta

de las fosas nasales. Entré en una cabina telefónica. A diez metros de distancia había un hombre orinando contra una pared, plantado felizmente en medio de su propia catarata y su propia nubecilla.

Hablé con alguien en el sur, con una voz de funcionario aburrida, en los edificios apiñados del sur, los sectores de archivos, muertes e impuestos, los impresos de solicitudes, los agentes novatos de policía que escuchaban todas las emergencias, en el sur, donde están todos los registros, enormes, pasivos, siempre distendiéndose, hablé con la idea de una voz, sin nadie al control.

Pensé en llamar a Bellevue pero al final me decidí por Saint Vincent's, amable, humanitario y dedicado, Saint Vincent's, lleno de piedad y compasión. Insistí en que me pusieran con alguna monja. Quería a alguien que creyera en el mismo san Vicente, en sus ideales, en sus sacrificios, daba igual cuáles hubieran sido. Ellos me pidieron una dirección, un número de teléfono y el sexo de la persona fallecida. Yo insistí en que me pusieran con una monja. Quería una monja, una persona gordezuela y de baja estatura, tal vez de ascendencia alemana, alguien que creyera que morir era sagrado y en la veneración a los muertos. Si no había monja, no había trato. Eso les dije.

El hombre estaba de pie frente a la cabina telefónica. Llevaba puesto el forro de cuadros de un gabán. En las manos tenía un botellín de cuarto de litro de *whisky*, que me ofreció. Dejé el teléfono y cogí el botellín. La nieve caía con perfección. Debajo de la barba mal afeitada del hombre se veían marcas de quemaduras. Bebí, le di las gracias y le devolví la botella. Por fin llamé a Globke, que me dijo que se haría cargo de todo.

KIT MULTIMEDIA
SUPERCURRADO
Y FLIPANTE

«LA HISTORIA DE BUCKY
WUNDERLICK»

Contada a través de noticias, letras de canciones
y entrevistas disfuncionales

Preparado por

ESME TAYLOR ASOCIADOS
UNA DIVISIÓN DE TRANSPARANOIA

LONDRES, 17 de abril (UPI). La policía local ha detenido a Bucky Wunderlick, la estrella del rock americana, para interrogarlo después de que supuestamente haya intentado quemar viva a una azafata a bordo de un 747 de la TWA que estaba recibiendo autorización para el despegue en el aeropuerto de Londres.

De acuerdo con varios testigos presenciales, Wunderlick, de veinticuatro años, ha empezado a quejarse de que el movimiento del avión lo estaba mareando, a pesar de que el avión todavía no había despegado, y al parecer ha empezado a armar mucho ruido y a alborotar. Cuando Patti Stepney, de veintidós años, natural de Falls Church, Virginia, una de las doce asistentes de cabina que iban a bordo del vuelo de Londres a Nueva York, ha intentado calmar al controvertido artista, presuntamente éste le ha incendiado el uniforme con un encendedor que un colaborador suyo ha revelado que era un regalo de un miembro sin identificar de la familia real británica.

El vuelo se ha visto retrasado mientras que los pasajeros usaban mantas para apagar las llamas y se ha permitido que la señorita Stepney fuera acompañada por personal del aeropuerto al exterior de la aeronave de pasajeros de 355 toneladas. Un portavoz de la TWA ha comunicado más tarde que estaba siendo llevada a toda prisa a un centro médico para su observación y posible tratamiento. Simultáneamente, la policía de Londres ha emitido una declaración afirmando que tiene retenido al señor Wunderlick, tras extraerlo del avión después de un breve forcejeo, según testigos presenciales.

«Los amantes de la paz del mundo entero deploran la tendencia de los ingleses a la violencia», ha dicho la figura internacional de acuerdo con un acompañante suyo, tras otro breve altercado dentro de un vehículo policial, momentos después de ser sacado de la aeronave de veintidós millones de dólares, presuntamente sangrando por un corte encima del ojo izquierdo y supuestamente vestido con una camiseta de fútbol que llevaba la inscripción Tottenham Hotspur.

Dos temas de
AMERIKAN WAR SUTRA

Grabados en Beeswax Records
LP 7178342

Bzzz: marca registrada exclusiva de Beeswax Records
Patente pendiente

Novia vietcong

Nacido en un coche fúnebre
Con el pie izquierdo por delante
Amamantado con un pezón de segunda mano

Licenciado en asesinato
Por el I. T. T.
Le pegué tres tiros a un lisiado

A los altos me mandaron
A los altos
Sonaba música de flautas
Están contando cadáveres
Suena música de flauta en los altos

¿Quién es esa de ahí
Que se acerca al banquete de mi miedo mudo?
Ojos rasgados ardiendo en ese matorral bíblico

Chati vietcong
Con sus rizos y sus zapatos de claqué
Novia vietcong con bastón de majorette

Tenía oído de superperro
Y unos ojos que escrutaban
Me encantaban todas sus formas de hacer el amor

Doce años
Alma de tigre
Sabía qué hacer con un hombre

Por los altos nos fuimos
Por los altos
Sonaba música blues
Están contando cadáveres
Suena música blues en los altos

Ella llevaba pijama negro
Y un cuchillo en la cadera
Qué suave, fresca y dulce

Doce años
Alma de tigre
Sabía hacer trampas y repetir

Le canté con mi voz verdadera
Una canción folk de flores y paz:
¿Qué otro sentido tiene vivir
Más que para el otro?
¿Qué otro sentido tiene morir
Más que por nuestro amor?

Al este las montañas desaparecidas
Al oeste los campos yermos

Bodhisattvas que juegan al fútbol
Fluyen por la hierba

Ella me cantó con su voz verdadera
Una canción folk de la gente y la tierra:

Eres extranjero alto y delgado
Eres palabra
Eres árbol de Navidad de Pascua
Pájaro resplandeciente

Eres cazador profeta
Eres pata de león
Eres vengador ángel
Ven a mi puerta

Un pequeño destello engañoso
En sus ojos aquella noche
Hice el amor como una bestia con pellejo

Doce años
Alma de tigre
Sabía dar lo menos de todo

En los altos descansamos
En los altos
Sonaba música jazz
Están contando cadáveres
Suenan música jazz en los altos

Un sueño largo y profundo
En un camastro duro de paja
Soñé con el amor de mi vida

Doce años
Alma de tigre
Sabía qué hacer con un cuchillo

¿Quién es esa de ahí
Que se acerca al banquete de mi miedo mudo?
Ojos rasgados ardiendo en ese matorral bíblico

Chati vietcong
Con sus rizos y sus zapatos de claqué
Novia vietcong con bastón de majorette

A los altos me mandaron
A los altos
Sonaba música rock
Están contando cadáveres
Suenan música rock en los altos

Nacido en un coche fúnebre
Con el pie izquierdo por delante
Amamantado con un pezón de segunda mano

Volví a casa
Con menos cromo
Las mujeres me llaman lisiado

Nada vuelve

Nuestros sentidos no los retienen
Nada vuelve tanto de la muerte como la carne
Oh, nada vuelve

Nada vuelve de la muerte tanto como la carne
Sin haber envejecido

Ser más joven
Que los niños a los que matas

El general de diez estrellas sentado
Está ahí sentado
Retirado del vodevil
Afinando su tamborileo en una clínica oncológica

La duquesa pies de queso sentada
Está ahí sentada
Mujer sin útero
Recortando muñecas de papel de bebés en llamas

Nada vuelve de la muerte tanto como la carne
Sin haber envejecido

Nada vuelve

Ser más joven que la gente a la que matas
Y seguir siendo un niño de terciopelo
Demasiado tarde se descontrolan sus células
El general y su señora

Has perdido la guerra
Qué aburrimiento

Has perdido la guerra
Has perdido la guerra

Novia vietcong

Letra y música Wunderlick-Azarian
Copyright © 1968 Stanwash Music
Todos los derechos administrados por Arkmaker Music
Usado con permiso

Nada vuelve

Letra y música Bucky Wunderlick
Copyright © 1968 Stanwash Music
Todos los derechos administrados por Arkmaker Music

Usado con permiso

Extractos del seminario llevado a cabo de forma conjunta por el consejo editorial superior de Chance Mainway Publications y el Comité de Problemas del Simposio Permanente para la Restauración de las Opciones Democráticas.

Comité

Robert Fielder

Turner Bakey

Grace Hall

Lester E. B. Niles

Walter Jencks Olmstead

Clarence B. Washington

CM Publications

Sam L. Bradley

Ross Holroyd

Aline Olmstead

George Porter

Invitado especial

Bucky Wunderlick

Sr. Fielder: Vamos ahora con nuestro invitado de la mesa redonda de esta mañana, y me gustaría aprovechar esta oportunidad para darle la bienvenida, si le parece bien, a nuestro complejo de Chula Vista.

B. W.: Me parece bien.

Sr. Fielder: Ésta es una discusión que se sale un poco de nuestro nivel o radio habitual, que suele incluir cosas como las libertades, o bien las prioridades del Congreso y el Senado, o la emisión de emergencia de alegatos y ordenanzas. Sin embargo, ningún fenómeno en los años recientes, ni tal vez en lo que podemos llamar la historia entera de la cultura popular americana, ha provocado una avalancha tal de opiniones en un sentido u otro entre hombres y mujeres, y yo me cuento entre ellos, y también, estoy seguro, la mayoría de los individuos que están en la mesa redonda de esta mañana, si no todos, acerca de la cuestión de si podemos o no emprender un diálogo provechoso con la clase de gente joven que se encuentra en el centro mismo de tanto ruido, y confío en que nadie ponga objeción alguna a esta palabra. Yo te invito a que respondas a esta pregunta con tus propias palabras, porque

aunque te lo pueda parecer no somos gente de esa que no se entera de nada, en absoluto, y tampoco somos los estirados que te puede parecer que somos, y hemos oído esa clase de jerga subfamiliar, y me aventuro a incluir a las encantadoras señoras que están presentes en la sesión de esta mañana.

B. W.: Ruido, sí. Es el sonido. Hercio y megahercio. Les aplastamos el cráneo con una tonelada de vatios. Electricidad, sí. Es una fuerza natural. Estamos procesando una fuerza natural. La electricidad es naturaleza en la misma medida en que lo es el sexo. Y cuando digo sexo me refiero a follar y esas cosas. La corriente eléctrica está en todas partes. La hacemos pasar por un sistema de cables, micrófonos, amplis y demás. No es más que naturaleza. A veces le ponemos letra. Nadie puede oír la letra porque el ruido la tapa, naturalmente. Nuestro último álbum lo grabamos en directo para que se oyeran los gritos de la gente y para tapar todavía más las letras, que en cualquier caso eran un galimatías. Ahora mismo gritar es esencial para nuestro sonido. Todo lo que hacemos es naturaleza procesada a través de instrumentos y controles de sonido. Procesamos la naturaleza, que es algo que yo personalmente considero una asquerosidad chirriante y tremenda, debido a que soy de ciudad.

Srta. Hall: Sí, el ruido. Extraordinario. ¿Cómo exactamente, me pregunto, hacéis con él lo que hacéis con él? Confieso libremente que me entra una especie de migraña global cada vez que me acerco a uno de vuestros discos. O sea, sin entrar ya en la cuestión de los decibelios, tienen esa mezcla de instrumentos o algo que le hace trizas la compostura a uno, por no decir algo peor.

B. W.: Por eso somos tan magníficos. Porque hacemos ruido. Lo hacemos más fuerte que nadie y también mejor. Cualquier chaval con ricitos puede escribir baladas con el viento en la frente. Pero hay que aplastarle la cabeza a la gente. Es la única forma de hacerles escuchar a esos cabrones.

Sr. Porter: Pero a lo que yo iba en realidad, creo, es a la cuestión más básica de los valores humanos, de las preocupaciones humanas.

Sr. Holroyd: Creo que de lo que George habla en realidad es del efecto de este tipo de cosas...

Sr. Porter: No, no, no, no, no.

Sr. Bakey: El almuerzo.

Sra. Olmstead: ¿Te consideras a ti mismo artista?

B. W.: El artista verdadero hace moverse a la gente. Cuando la gente lee un libro o mira un cuadro, están ahí sentados o de pie, pero quietos. Eso estaba bien hace mucho tiempo, molaba, era arte. Ahora todo es distinto. Yo hago moverse a la gente. Mi sonido los levanta del puto suelo. Yo lo consigo. Entiéndanme. Yo lo consigo. Lo que me gustaría de verdad es herir a la gente con mi sonido. Tal vez llegar a matar a algunos. Vendrían siendo conscientes de eso. Nosotros nos pondríamos a tocar y a cantar y el público se quedaría paralizado de dolor o temblando

de dolor y algunos llegarían a morir por culpa del efecto de nuestras palabras y nuestra música. No es fácil crear algo así, el sonido adecuado al volumen suficiente. La gente se desmaya de dolor. Llegarán allí siendo plenamente conscientes. Morirá gente por culpa de los efectos de tanta belleza y tanta potencia. Eso es arte, cariño. Yo lo consigo.

Sr. Niles: Llegado este punto, sospecho que solamente estás hablando en serio a medias.

B. W.: ¿A qué mitad se refiere?

Sr. Bakey: Supongo que no estarás diciendo que lo único que haces es emitir ruidos fuertes y que eso ya explica la formulación o el *ethos* de Wunderlick.

B. W.: Toda mi vida está teñida de melancolía. Cuanto más hago moverse a la gente, más me acerco personalmente a un estado inerte. Cuando todo el mundo salta como salta y se agarra la cabeza de esa manera en que se suele agarrar la cabeza, a mí me entra una especie de estado de melancolía, porque yo también ando medio cansado de tanto movimiento y lo que me gustaría es pegarme a una pared y volverme inerte.

Srta. Hall: No me extraña.

Sr. Bradley: Me pregunto si le apetece a usted discutir el origen y el significado de la expresión «pipimomo». Sé que tiene su origen en usted y últimamente parece estar barriendo el país. A todas partes donde voy, y yo viajo mucho, veo gente vestida con camisetas y pantalones que tienen estampadas esas sílabas, por no mencionar el hecho de que leo «pipimomo» en bolsas de la compra, chapas, calcomanías, adhesivos de coche, y hasta he oído muñecas que lo dicen una y otra vez, muñecas de cinco dólares que hablan y repiten esa expresión sin parar. Sé que tiene su origen en usted y simplemente me preguntaba qué significa, si es que significa algo.

B. W.: Es un conjuro infantil.

Sr. Bakey: Ah.

Sra. Olmstead: Tal vez querría usted explicarlo.

B. W.: De niño se lo oía decir por la calle a los chicos mayores. Es uno de los primeros recuerdos de mi vida. Los niños mayores tocaban ese tema de noche por las calles. Yo estaba en los escalones de entrada de mi casa, o bien mirando desde una ventana. Era demasiado pequeño para jugar con los chicos mayores. Noches de verano en las calles de Nueva York. Recuerdos muy tempranos. Esos chicos comunicándose con cantos. Pipimomo. No creo que nadie supiera qué significaba ni de dónde venía. Probablemente de la Inglaterra del siglo XII o de los vikingos o los moriscos. Aquellos chavales lo cantaban por las calles. Pipimomo. Pipimomo. Esa clase de cantos se remontan a los albores de la civilización. Como esos juegos infantiles que se remontan a los niños de la India de hace mil años. Pues lo mismo pasa con los conjuros. Es un tema interesante. Deberían programarlo ustedes en su ciclo.

Sr. Fielder: Para ir cerrando, y les prometo que haré mi comentario final lo más breve que me sea humanamente posible, dada la pronunciada tendencia a la oratoria que tiene este orador y presidente, me gustaría decir simplemente que ésta ha sido una mesa redonda muy dinámica, ciertamente a mí me ha resultado muy instructiva, igual que creo que se lo ha resultado a todos los presentes, aunque sin duda cada uno de nosotros tendrá su opinión personal en materia de niveles de mérito, recordando a nuestro Turner Bakey y su muy citada réplica cuando Eddings parafraseó a Larue durante el almuerzo sobre genocidio del Comité de Artes y Liderazgo. En cualquier caso, gracias a todos. Y ahora, un chapuzón en la piscina.

Tres temas de
DIAMOND STYLUS

Grabado en Anspar Records & Tapes
Copyright internacional adquirido

Amante de guerra fría

Le repasé el cuerpo con un soplete
Aprendido de la mano de un anciano ciego
Viviendo en un dúplex de una sola habitación
En el Chinatown de Nashville

Fue el más fiel de los amores
A punta de pistola
Uno a uno
Ella era la machorra de Nueva Orleans
Yo era su novio ocasional

En aquellos lechos asesinos de proxenetas y clientes
Todas aquellas noches de peroratas
Cogimos lo que había y dejamos el resto
Y enviamos los pelitos por correo al este y al oeste

Oh, ciudad carnal
Ciudad carnal, oh

Nos amamos con una pasión
Aprendida de la lengua de un buscón nervioso
De ocupas en un lavabo de dos habitaciones
En la Flor y la Nata de Tulsa

Fue amor animal amor
Bajo llave
Roca a roca

Ella era la machorra de Nueva Orleans
Yo era su novio ocasional

En aquellos lechos asesinos de reinas y marcas

Tardes seductoras
Dijimos una oración y dimos una calada de la pipa
Y fuimos a la iglesia a dormir un rato

Oh, ciudad carnal
Ciudad carnal, oh

Ella me lavaba el cuerpo con una elegancia
Aprendida del quid de un tipo quemado
Encerrado en una bañera acolchada
En los Baños sin Vapor de Memphis

Fue amor animal amor
Bajo llave
Tres a tres
Ella era la machorra de Nueva Orleans
Yo era su novio ocasional

En aquellos lechos asesinos de contras y de pros
Todos aquellos días de verano
Alcanzamos el final y doblamos la mecha
Y pusimos un anuncio para lamer sellos

Oh, ciudad carnal
Ciudad carnal, oh

Nos rompimos el uno al otro con una habilidad
Aprendida de la mente de una amable bollera
Atrapados en un pozo sin aire
En el Corazón Solitario de Harlem

Fue el más fiel de los amores
Guerra caníbal

Más y más
Ella era la machorra de Nueva Orleans
Yo era su novio ocasional

En aquellos lechos asesinos de hombres y esposas
Viaje relámpago final

Ella cogió una pistola del treinta y uno
Pegó la lengua a la punta más azul

Oh, ciudades carnales

Fábricas de papel de Mobile
Yo nado en la bahía
Y tengo sexo de día
Y me paso la noche llorando por mi amor

Blues de la ética protestante del trabajo

Te levantas por la mañana
Y te miras a ti mismo en la cama
Oh, te levantas por la mañana
Ves tu cuerpo viejo y pálido muerto con naturalidad
Oh, tristeza
Nunca se es demasiado blanco para cantar el blues

Salir del bache
Separar día y noche
Oh, salir del bache
Mirar fijamente tu carta astral plastificada
Oh, tristeza
Nunca se es demasiado blanco para cantar el blues

Sentado en tu silla de plástico
Tragar una tostada congelada
Oh, coger esa vieja ventanilla rota de tren
Que te lleva al lugar
Al lugar
Al lugar
Te lleva al lugar que más odias

Oh, sí

Blues de la ética del trabajo protestante
Tienes el blues del trabajador de oficina

Desplomarte detrás de tu escritorio
Encogido y hecho un charco
Oh, desplomarte detrás de tu escritorio
Esperar la fuerza para dar ese salto existencial
Oh, tristeza
Nunca se es demasiado blanco para cantar el blues

Desplomarte a dormir y llorar
En tu cama de tres postes
Oh, hundirte en el sueño profundo y oscuro
Te descubres llevando máscara sobre tu cabeza original
Oh, tristeza
Nunca se es demasiado blanco para cantar el blues
Blues de la ética del trabajo protestante
Cuesta sacarte esas tristezas de encima

Aguja de diamante

Sonidos que veo
Atravesando la dura luz
Notas de navaja
Cerca de una garganta
Mar-gi-na-do
Es la marca que recorre el brazo

La larga duración
Es el enemigo

Canciones que toco
Rodando por la suave noche
Fuerza motriz
Es mi forma de morir

Me ha rayado líneas de la cara
Momento de impresión de prueba
Me dolió tanto me dolió tanto
Secar el vinilo

El sonido es difícil de gestar
Piel teñida de negro
Convirtiéndose en algo en llamas
Girando hacia el tiempo de las palabras

Palabras que pruebo
Cayendo por la mordedura del cuchillo
Huellas de pinchazos
Delimitando la nieve

Re-voluciones
Es el tiempo que tengo de vida
Ma-trices
Es la pista madre

Notas que toco
Centelleando por el vuelo del pájaro
Fuerza motriz
Es mi forma de morir

Me dan quinientas horas
Un millar de caras
Numerando los sonidos rotos
Rayando una vida

El sonido es difícil de gestar
Piel teñida de negro
Convirtiéndose en algo en llamas
Adentrándose en círculos en el tiempo de las palabras

Sonidos que veo
Atravesando la dura luz
Notas de navaja
Cerca de una garganta
Mar-gi-na-do
Es la marca que recorre el brazo
La larga duración
Es el enemigo

Amante de guerra fría

Letra y música Bucky Wunderlick

Copyright © 1969 Teepee Music

Todos los derechos administrados por Transparanoia, S. A.

Blues de la ética protestante del trabajo

Letra y música Wunderlick-Azarian

Copyright © 1970 Teepee Music

Todos los derechos administrados por Transparanoia, S. A.

Aguja de diamante

Letra y música Bucky Wunderlick

Copyright © 1970 Teepee Music

Todos los derechos administrados por Transparanoia, S. A.

Transcripción completa de la entrevista llevada a cabo por Steven Grey, editor en jefe de *Ibex*, revista de rock de vanguardia.

Grey: Eh, tío, me alegro de que hayas podido venir. Me gustaría empezar con un par o tres de preguntas sobre las cintas de la montaña. ¿Tienes intención de guardarte ese material durante una temporada, o tienes ya fecha de publicación, o qué? Ha pasado mucho tiempo desde que sacaste disco y la gente se está empezando a extrañar, y en una industria como la nuestra se dice toda clase de cosas y yo quería empezar preguntándote directamente...

Wunderlick: (*incomprensible*)

Grey: ¿Podrías intentar dirigir lo que dices hacia ese chisme de ahí? Eh, colega, ¿adónde vas?

Wunderlick: (*incomprensible*)

Grey: Eh, colega. Oh, venga. Oh, vuelve, colega. Oh, no... Oh, eh. Pero si acabamos..., pero si... Oh, joder, no...

Reportaje, reimpresso en su totalidad, publicado originalmente en *Celebrity Teen*, volumen 19, número 8, copyright © 1971 de Star System, S. A., todos los derechos reservados, reimpresso con permiso.

¡¡ESTRELLA DEL ROCK REVELA FETICHISMO CON LOS JERSÉIS!!

Por Carmela Bevilacqua

Después de entrevistar al tan difícil de entrevistar Bucky Wunderlick en su espectacular refugio de montaña con vistas a un lago reverberante en las escarpadas y pintorescas montañas Adirondack, salí una pizca aturdida por su amabilidad y encanto callado. Al fin y al cabo, el mundo sobrecargado del *rock and roll* no es mi terreno habitual, y además todo el mundo sabe lo difícil y temperamental que se supone que es Bucky, de manera que imaginad la sorpresa maravillosa que me causó aquel temperamento delicado como una pluma.

Pero regresando al principio, tal vez «entrevista» no sea la palabra adecuada. En realidad Bucky no contestó a ninguna de mis preguntas. No a las preguntas formales. ¡Pero ya lo creo que habló conmigo! Asintiendo lentamente con la cabeza cuando yo le preguntaba sobre su vida personal y profesional, Bucky se dedicó a charlar lentamente y con una especie de encanto soñoliento sobre sus sueños y sus miedos, sobre música, amor y poesía, sobre gente, océanos, calles y árboles. Su voz tenía una cualidad tan hipnótica que a veces era difícil captar lo que estaba diciendo. A veces su voz se convertía en un susurro y otras veces simplemente parecía divagar, encadenando palabras sin rumbo alguno. Mientras Bucky hablaba, su señorita de turno entraba y salía y se unía de vez en cuando a la conversación. Como probablemente os estaréis muriendo de curiosidad, no demoraré más contaros que es flaca y rubia cenicienta, y que se llama Mazola June («Me pusieron el nombre por el aceite de maíz», me dijo con una vocecilla suave y arrastrada). Después de que se alejara de esta guisa, le pedí a Bucky que me contara los detalles de aquella amistad femenina en edad de merecer.

—Estamos haciendo carreras mortales —dijo en tono misterioso, y aunque intenté sondearle sobre la cuestión del matrimonio en un futuro próximo y la posibilidad de tener hijos e iniciar una vida alejada del oropel, él no regresó para nada al tema de aquella guapa (y secreta) compañera.

Fue más o menos en aquel momento cuando uno de los omnipresentes ayudantes de Bucky, sus lacayos o lo que sean, entró desgadamente para informar de que un «chiflado» acababa de traspasar el control de seguridad y estaba en el vestíbulo, esperando a que le concedieran una audiencia con la estrella. Bucky respondió con un encogimiento de hombros y le trajeron al intruso. Era un hombrecillo pequeño y pálido que se quedó mirando a Bucky a los ojos, dijo cuatro frases y se marchó sin esperar respuesta.

—Lo que tienes que decir es más grande que nuestra capacidad para aprender. Tienes que parar para que podamos entender lo que has estado haciendo. He recorrido mil seiscientos kilómetros para verte. Ahora empieza la larga espera hasta que vengas tú a mí.

Más tarde Bucky y yo contemplamos cómo el sol se hundía en el lago en medio de un estallido de colores. Le pregunté por su obviamente inmerecida reputación de tipo controvertido y problemático, y él no me contestó más que con una sonrisa triste de payaso; eso me hizo preguntarme en voz alta cuánto debía de costarle ocupar las alturas tormentosas de su profesión, cuánto debía de costarle soportar el estrés constante de ser el número uno en una industria donde la cuneta está cubierta de cadáveres.

—Llevo jerséis —me dijo Bucky en voz baja, bajo el resplandor cada vez más tenue del crepúsculo, sentado a un metro de mí en el espacioso patio trasero en la casa, donde cada vez hacía más frío—. Los jerséis absorben el impacto más fuerte. Allá donde voy, llevo puestos tres o hasta cuatro jerséis, si lo permite el clima. En el escenario no. No hablo de encima del escenario. En el escenario hay que estar desnudo en el momento del impacto. Es el momento de la verdad suprema y la falsedad suprema, y la única forma de ir es desnudo. Fuera del escenario llevo jerséis. Uno encima de otro. De todas clases. Tres, cuatro y a veces hasta cinco jerséis.

Entonces salió Mazola June, envuelta en la bufanda más larga que he visto en mi vida, y poco después los dos se quedaron adormilados, delante de mí, como una pareja de bebés en el bosque septentrional.

Canción que da su título a

PIPIMOMO

Grabado en Anspar Records & Tapes

Copyright internacional adquirido

Pipimomo

Balido farfullar vacío
Canción de balbuceo de balbuceo
Con espuma en la boca
Sopita won ton

Escupitajo gárgara arcada
Vómito indómito de conejo de Pascua
Zoo familiar tú y yo
Mu mu mu

La bestia anda suelta
Menos es más
Pipimomo

La bestia anda suelta
Menos es más
Pipimomo

Vacío total de la nada
Mordisqueando pañuelos
¿Dónde está el final de ese recodo?
Grita sueña nena

Grito alarido berrido
Tañendo la cuerda del oído
Corta un trozo de steel guitar
Spang bang clang

La bestia anda suelta
Menos es más
Pipimomo

La bestia anda suelta
Menos es más

Pipimomo
Pipimomo

Pipimomo
Letra y música Bucky Wunderlick
Copyright © 1971 Teepee Music
Todos los derechos administrados por Transparanoia, S. A.

Material no disponible para reventa.

Ninguno de estos materiales protegidos por *copyright* se pueden publicar de ninguna forma sin autorización escrita de Transparanoia, S. A., 30 Rockefeller Plaza, Nueva York, 10020.

Copyright adquirido bajo las convenciones de Port Moresby, panamericanas, internacionales, mundiales y universales.

Los derechos de actuaciones públicas en Estados Unidos y Canadá son propiedad de Teepee Music, empresa afiliada a Transparanoia, S. A.

Todos los demás derechos mundiales son propiedad de Chumley Productions, empresa afiliada a Transparanoia, S. A.

Hecho en Estados Unidos.

Todos los derechos reservados.

Registrado oficialmente y con restricción legal.

12

Cuando vivía en las montañas me hice construir una habitación especial en la parte de mi casa que albergaba el estudio. Era una cámara anecoica, absolutamente insonorizada y libre de vibraciones. La habitación entera estaba montada sobre muelles y recubierta de baffles de fibra de vidrio que absorbían todos los ecos. Allí escuchaba cintas de mi material, tanto en las fases de transición como en su forma final. La música era una presencia líquida en aquella cámara, un vino invisible para ser catado por el oído. Usaba la habitación a menudo pero no siempre para poner las cintas. A veces me limitaba a sentarme allí, encajado en un bloque de silencio, intentando evitar la sensación de que el tiempo es flexible. La habitación diminuta parecía un desierto glacial, ligada únicamente por materiales sólidos, no sometida a ninguna tesis central, mucho más aterradoramente immaculada que cuando de las cintas salía patinando música en estado puro. Si se pudiera estirar un minuto, ¿qué se encontraría entre sus componentes sueltos? Probablemente una especie de locura ancestral. Una comprensión lúgubre del tamaño final de las cosas. La habitación no contenía ningún secreto, claro, ni tampoco ofrecía indicio alguno de la naturaleza en sí del silencio. Siempre había algo que oír, hasta en aquel aire afeitado, el ruido de la tierra arremolinándose para girar, las células de mi cuerpo respondiendo a la guerra.

Azarian vino desde Los Ángeles para darme el pésame. Subió las escaleras, me estrechó la mano y se quedó en la otra punta de la habitación. Por el camino le habían dado la versión oficial; la muerte de Opel había sido natural y le había sobrevenido como resultado de su constante abandono. Una infección de páncreas aguda, neumonía vírica, obstrucción intestinal y una enfermedad renal no infecciosa que se centraba en los vasos sanguíneos de ese órgano. Me pregunté cuánto dolor habría soportado a fin de cumplir con los crueles rudimentos de conducta que ella misma se había impuesto. Atrición. Que el estrés de intentar vivir decida cómo mueres. Quédate escondido y confía en que no duela demasiado. La intransigencia de una niña encantada. Y mientras yo amaba a aquella niña, le había tenido cierto miedo a la mujer, consciente de que ella iba en serio, de que una línea ininterrumpida

definía lo que fuera que ella confiaba en ganar o perder. Alguien que usar como vara para medirme a mí mismo. Azarian me dijo a continuación que Globke se había puesto en contacto con la familia de Opel y que había dispuesto que les mandaran el cuerpo, por transporte aéreo exprés.

—¿Y qué haces en Los Ángeles? —dije.

—Cosas tremendas. Probablemente no te lo debería contar. De hecho, estoy decidido a no hacerlo.

—¿Qué es?

—Negrura.

—¿Música negra?

—Todo lo negro —dijo Azarian—. Negrura como tal.

—¿Cómo es estar en la negrura?

—Todavía no me he metido mucho en ella. Pero voy avanzando, poco a poco. La verdad es que no debería hablar de ello. Es muy profunda, Bucky. Profunda y oscura. Se está apoyando en mí con un peso tremendo, prácticamente aplastándome el pecho. Hay un montón de miedo en juego. Miedo de todas clases. Cuesta encontrar un solo momento en que no tenga miedo.

—¿Cómo se mete uno en algo como la negrura? ¿Te tienes que desprender primero de la blancura? ¿O simplemente te lanzas de cabeza, pum, y te arriesgas a toda clase de heridas, mentales y corporales?

—¿Cómo me meto en la negrura? ¿Es eso lo que me estás preguntando?

—¿Lo puedes explicar con palabras? —le dije.

—Es un rollo callejero. La negrura es un rollo callejero. Es la forma en que la gente de la calle se identifica a sí misma. Watts es un puñado enorme de calles. Lo mismo Bed-Stuy. Harlem no es tanto las calles de Harlem, sin embargo; es más bien la historia de la maldad de las vibraciones. La negrura es lo más malo en el mejor sentido. Me refiero a que es donde hay que ir para entender la magia de la existencia. Si atravesas todas esas calles y todo ese peso y terror, sales por el otro lado convertido en una persona más dimensional.

—Pero ¿cómo se mete uno en la negrura si no es negro?

—No lo puedo explicar con palabras —dijo él.

Le señalé una silla, pero él me dijo que prefería quedarse de pie. Parecía que estaba evitando mirarme directamente. La maldición de la mirada de la gente que acaba de perder a un ser querido. Miré cómo se le formaban charquitos bajo las botas a medida que ocurría una serie de corrimientos diminutos de hielo.

—¿Cómo está la banda?

—Estamos abandonando las voces —dijo él—. Sigue habiendo muchos problemas de contrato. En estos momentos no sé para quién estamos grabando. Entra gente y se pone a gritarnos. ¿Tú cuándo piensas volver al mundo?

—Todavía no. Me he retrasado. Necesito recomponerme.

—Bucky, esa gente a la que represento... Están muy interesados en hacerse con el producto del que hablamos la última vez que vine a verte.

—Habla con el Valle Feliz.

—Me da miedo, Bucky. No solamente miedo a que me hagan daño físico o me dejen lisiado de por vida. Es la idea misma de quiénes son lo que me da miedo.

—¿Quiénes son?

—Tú lo sabes mejor que yo. Has estado en contacto con ellos. Han contratado a Opel para que negocie en su nombre. A estas alturas del partido tú sabes más de ellos que yo. En otras palabras, eres tú el que debería hablar con ellos. Sé que estás de duelo, o lo que sea que es el equivalente enrollado del duelo. De manera que obviamente tienes otras cosas en mente, y soy consciente de que si ahora mismo no quieres hacer negocios, ya habrá otro momento. Pero si yo voy allí y hablo a solas con el Valle Feliz, puede pasar cualquier cosa y de hecho pasará cualquier cosa, sobre todo teniendo en cuenta que ha habido una escisión en sus filas.

—Eso lo hace más interesante —le dije yo—. Puedes enfrentarte a una facción con la otra.

—¿Estás loco? No pienso involucrarme en nada parecido. ¿Estás loco?

—¿Pues por qué no te limitas a hacer música?

—Ya me limito a hacer música, Bucky. Estando como estoy metido en la negrura, me empiezan a interesar las formas primitivas del *rock and roll*. Estoy empezando a meterme muy a fondo en ese tema. Pero también tengo otra parte de mi vida a la que estoy intentando encontrarle un lugar. Estoy estableciendo una relación permanente con esa gente de la costa de la que te hablé, a fin, entre otras cosas, de examinar y encontrar las fuentes de mi miedo. Hemos elaborado juntos un plan en el que tú, gracias a tu influencia y tu mística, puedes hacerle una oferta a la Comuna Agrícola del Valle Feliz, a la facción que sea, tira una moneda para decidirlo, a quien sea que tiene el control del producto, y tú puedes hacerlo sin que se sepa que estoy metido yo ni mis contactos de la costa ni que hay nadie más involucrado que la gente que tú digas que está involucrada. ¿Quieres oír los detalles?

Negué con la cabeza y volví a señalar una silla. Azarian quería estar de pie, quedarse en un rincón apartado, parecía que estaba evitando el centro de la habitación, que la consideraba zona de peligro, o incluso totalmente inalcanzable. Con los vapores letales de Opel todavía pegados a los muebles y a sus pertenencias, él siguió hablando de los viejos tiempos, de la falta de complicación de su fama, de las chicas que entraban y salían de su cama, varias por noche, entrando y saliendo como vendedores de palomitas de un circo. Nos volvimos a estrechar la mano. Y luego él se fue al Uptown a que lo entrevistaran en una emisora de FM.

13

Nada cambió, se alteró ni varió. En la habitación no había plantas que trepan ni murieran. Tampoco vi insectos. El aguanieve golpeaba la ventana con unos impactos frágiles y escasos y el mal tiempo tenía paradas todas las obras de la zona. El tiempo no parecía transcurrir sino más bien acumularse, ganar peso lentamente. Era el único crecimiento que se producía en la habitación, y el silencio flotaba apoyado en él, retrayéndose para dar cabida a las pesadillas blancas que cobraban voz en el piso de abajo. Intenté recordar lugares y cosas. La lluvia en la pista del aeropuerto internacional. La lluvia en el villorrio simulado. La lluvia en la provincia última. La lluvia en las veladas del helipuerto cercano al río. La lluvia en el jardín abstracto. La lluvia en las botas de la zorra de Múnich. La lluvia en el páramo sin nombre.

Regresé a la radio, a vigilar el cuartel de bomberos, a quedarme inmóvil donde estaba. El artista se queda finalmente quieto porque los materiales con los que trabaja empiezan a darle forma a su vida, en lugar de ser ellos quienes reciben forma, y en la quietud busca un modo de autodefensa, que culmine en la putrefacción o bien en la quietud atrapada en el lapso temporal. Pero yo todavía no había llegado a aquel punto de mi carrera. Soñaba con regresar a los viejos palacios, a los enormes bloques hastiados del *rock and roll*, clausurados pero todavía en pie, por lo que yo sabía, en esta ciudad y en la otra, siempre a punto de convertirse en barrios bajos comatosos.

Vino a verme un hombre. Iba enfundado en un traje cruzado y llevaba un cuello de camisa alto y cerrado. Tenía un peinado personalizado, tupido y rígido, fijado con laca y minuciosamente recortado sobre la frente; parecía una obra de mampostería renacentista. Se quedó en la puerta, con el abrigo bajo el brazo y una mano esperando formalmente a ser estrechada.

—¿Quién es usted?

—De la ABC —dijo él.

—Olvídese, pues.

—Nada grande ni elaborado. Una entrevista abreviada. Tus comentarios televisados sobre unos cuantos temas de interés. No te ocupará ni diez

minutos. Lo tenemos todo listo abajo. Diez minutos. Tienes mi palabra, Bucky. La palabra de un admirador.

—Jamás de los jamases.

—Tengo un espacio en las noticias de media mañana. Por si acaso no me reconoces. Me ocupo de los acontecimientos para jóvenes y de las personalidades del mundo juvenil. Sí, es el mismo lavado de cerebro comercial de toda la vida contra el que todos luchamos, pero, por otro lado, la única forma que tenemos de darles cobertura a ciertas voces es encajarlas en pequeños huecos de la programación que van quedando aquí y allá. Es cuestión de rebajar la presión que las distintas franjas de programación ejercen entre ellas y luego colarse en los espacios resultantes en compañía de los visionarios, de los profetas, si quieres, de las auténticas voces sin falsedad. Diez minutos de preguntas y respuestas televisadas. Francamente, te he estado investigando a saco.

—No.

—No llevaba a cabo una investigación tan extensa desde que estuve en el lado glamuroso de la industria. Antes estaba en el lado de la carne. Pero el mercado se ha ido ablandando a medida que las caras viejas se hundían y se abrían huecos nuevos. Ahora estoy intentando llenar unos cuantos de esos huecos con conceptos orientados a los jóvenes. Bucky, solamente te pido tus comentarios espontáneos sobre los rumores, sobre tu paradero y tus planes de futuro, si los tienes. Lo que te estoy planteando en realidad es una petición muy pequeña de tu tiempo. Francamente, apenas se puede llamar petición, comparada con las peticiones que estoy acostumbrado a hacer.

—Tal vez a finales de esta década.

—Tu poder está creciendo, Bucky. Cuanto más tiempo pasas aislado, más demandas aparecen en los distintos medios de comunicación de que se transmitan palabras e imágenes relevantes. Te hacemos peticiones no porque seamos sanguijuelas mediáticas de este medio o de aquél, sino, francamente, porque nosotros recibimos una cantidad equivalente de peticiones. La gente quiere palabras e imágenes. Quieren imágenes. Tu poder crece. Cuanto menos dices, más eres. Pero éste es un lugar común obvio de la industria, y yo no he venido para presentarte mis credenciales en calidad de teórico o cambista de las ideas. Soy una entidad televisiva. Hago mi trabajo y fundo a negro. Es un estilo de vida complicado. Déjame que te cuente en diez palabras o menos lo que tengo abajo en la calle.

—¿Puede esperar?

—Tengo una cámara y tengo sonido —dijo él—. Están abajo, en la calle. Un cámara y un técnico de sonido, los dos magníficos, artistas, si quieres. Nos gustaría hacer la entrevista justo delante del edificio. Haríamos una panorámica vertical de todo el edificio que terminara contigo y conmigo. Los dos ahí de pie bajo el aguanieve. Y yo aguantaría un paraguas por encima de los dos mientras hablamos.

Me miró las manos y luego la cara, como si me estuviera comprobando los tonos y texturas de la piel para calibrarlos en relación con la pasión de su cámara, con la habilidad para morder de sus mandíbulas enormes.

—Vuelva usted cuando yo no esté —le dije—. Será más fácil. Entonces podrá hacer lo que quiera.

—Estoy ansioso por llenar esos huecos, Bucky. Tu poder está creciendo. Odio pensar que todos esos huecos están vacíos. ¿Qué vamos a poner en ellos? Ya hemos usado filmaciones de festivales de rock de absolutamente todos lados, salvo del pantano de Okefenokee, y estoy seguro de que el siguiente será ahí y todo el mundo cogerá el tifus o se los comerán los cocodrilos.

—Lleva usted una camisa de lo más interesante.

—¿La camisa que llevo? Esta camisa es un concepto textil. Tiene el cuello más alto de lo que dicta el promedio. Puños de botón triple. Coloración fuerte. Bien entallada. Es una importación de Escandinavia y cuesta una suma total de veintidós con noventa y cinco. Mírame a la cara.

—¿Por qué?

—Mírame a la cara. Adelante, mírala de cerca. ¿Qué ves?

—No lo sé —le dije.

—Ves unos poros saludables. Unos poros que no están obstruidos. ¿Que cómo lo hago? Pues tengo una máquina dérmica de asistencia facial. Se trata de un aparato que limpia los poros de todos los contaminantes que lleva el aire. Te arranca todos los contaminantes de los agujeros de la cara. ¿Que por qué me molesto? Pues mira, me paso ante las cámaras un promedio total de tres minutos diarios, seis días a la semana. Eso te lo dice todo. El calor. Las luces. La tensión. El sudor. Los primeros planos cortos. Ahora empieza a cobrar sentido, ¿verdad? Lo de la máquina dérmica. El cepillo accesorio para los poros. La mascarilla exfoliante de gel transparente. El jabón hipoalérgico de absorción profunda. Asumo la tarea de transmitir una imagen pulcra. ¿Quieres que te diga cómo he sabido que estabas aquí?

—No.

—Alguien se ha ido de la lengua —me dijo—. Alguien está presionando. Alguien te está intentando sacar de aquí. Pero ya es hora de que me vuelva al Uptown. Qué lástima echar a perder ese hueco. Que Dios te bendiga, pese a todo. Venga, hasta otra. Nos vemos. Paz.

—Guerra —le dije.

Escuché la radio. Los locutores se turnaban para recitar los mismos informativos. Cada uno daba paso al siguiente de la serie, y así hasta completar un ciclo. El texto solamente experimentaba alteraciones muy ligeras y el tono vocal permanecía uniforme durante la hora entera. Del nido de estática salió ahora una voz nueva, fantástica y salvaje, hermosa a mis oídos, bullendo de poder gástrico.

«Oye lo que te digo, Rodrigo, esto sí que es DooWop, Doo-Wop del bueno para chuparse los dedos, oye, oye, oye, oye lo que te digo pero no creas que no te sigo, mueve el esqueleto, no seas paleta, ay chihuahua, música de fiestorro, *pa'* que hagas el zorro, saliendo de mis controles, Doo-Wop, chata, no pongas cara de rata, Bad Jasper Brown con Mama Mama Mama, te lo digo tres veces, Doo-Wop para menear el ombligo, oye lo que te digo, oye, oye, oye, saliendo de mis controles, saliendo de mis bemoles, ay Bad Jasper, no me lo raspes...».

Entonces vino Hanes. Su fatiga ejemplar lo hacía parecer todavía más joven de lo que era, el chico con estilo de los bulevares, inteligente y frágil, siempre dispuesto a renunciar hasta a sus propios placeres espectrales, un amante del lujo que se permitía a sí mismo la idea de la contención. Llevaba una bolsa de la compra de los almacenes Macy's.

—Mis respetos y etcétera —dijo él—. Justamente ella me estaba empezando a aceptar como persona. Hasta dijo que tal vez un día llegaría a caerle bien. No tengo razones para creer que con el tiempo no habría acabado funcionando; el que Opel y yo trabajáramos juntos.

—¿Has venido a por el paquete?

—Hay un cuerpo en la escalera exterior.

—Debe de ser reciente —le dije.

—Le han machacado la cabeza.

—Necesitamos que vuelva Florence Nightingale y nos diga qué hacer en estos casos.

—Es posible que me compre una grabadora estéreo de cartuchos de ocho pistas. ¿De qué clase me recomiendas que me la compre? Es lo único que le falta a mi equipo de sonido. No dejes que el dinero interfiera con tu línea de

pensamiento. Es posible que muy pronto esté en posición de permitirme lo mejor.

—No estoy al día —le dije.

—Pues te pierdes mucho. Están pasando muchas cosas. Todo está bajo la superficie, claro. Los acontecimientos superficiales son prácticamente inexistentes. Pero eso no quiere decir que no esté pasando nada. Por cierto, anteayer te vieron en tres ciudades distintas de Inglaterra. Y estás enterrado en una tumba sin nombre en la zona rural de Montana. Para no confundirse con la zona urbana de Montana, supongo.

—Los rumores se están volviendo un poco cutres.

—Poéticos, es como los llama Globke. Pero todo sigue. Nada ha remitido en absoluto. La prensa sigue teniendo espasmos por tu desaparición. La prensa *underground*. La prensa radical. La prensa del ramo. La prensa normal. La prensa revolucionaria.

—Muy desaparecido no parece que esté. Esta mañana ha venido la ABC. ¿Quieres el paquete o no?

—¿Si quiero el paquete o no? Pues no me parece la pregunta más fácil del mundo. Sí que quiero el paquete. Pero ¿qué quiero hacer con él? Ésa es otra cuestión. Me han dado un billete de avión y ciertas instrucciones. La gente conocida como el Valle Feliz no está necesariamente preparada para entender los pequeños matices de la situación. O sea, presumiblemente la cosa está a subasta. Es un mercado libre, ¿verdad? Pero no todo es blanco o negro. Tal vez haya alguien preparado para pujar por el producto. Pero hay matices. Hay ambigüedades. La vida misma es pura ambigüedad. Y si alguien no lo ve, es que es gilipollas o fascista.

—Pero te vas a llevar el paquete.

—Por supuesto —dijo él—. Por supuesto que me lo llevo. De hecho, me voy de vacaciones en cuestión de horas. Lugar o lugares desconocidos. Globke va a tener que pasar sin mí durante las próximas semanas. La verdad es que todavía no he tomado mi gran decisión. Quiero esperar al último momento. A ver qué vuelo cojo. Puede que decida sentarme a la mesa de negociaciones con el doctor Pepper. O puede que decida negociar yo solo. Tener un simple salario acaba aburriendo, tal como están las estructuras fiscales. De manera que, ¿quién sabe? Puede que lo arriesgue todo.

—Florence Nightingale y un montón de vendas.

Levantó la bolsa de la compra.

—Ten, coge esto —me dijo.

—¿Qué es?

—Es «el producto».

El paquete que sacó de la bolsa parecía idéntico al del baúl. Papel de envolver marrón. Cinta adhesiva marrón. El mismo tamaño. El mismo peso aproximado. Hanes se llevó la mano a la cara con gesto burlón y se puso a mirar a media distancia.

—Opel —le dije.

—Muy bien. Excelente. Pensé que no lo sabías. Me lo dio la última vez que estuve aquí. Tú estabas durmiendo el sueño de los inocentes. Me dijo que lo llamara «el producto». Normalmente no apruebo las bromas privadas, pero en este caso, tratándose de dos personas a las que yo admiraba... ¿por qué no? Al parecer ella te lo iba a dejar aquí para que lo encontraras mientras nosotros íbamos de camino a Pepperlandia. Ella no tenía intención de volver aquí, puede que lo sepas o puede que no. Cuando termináramos con el doctor Pepper pensaba irse directamente a España. Al final tú te encontrarías el paquete y ahí se acabaría la bromita. Pero al ver que el correo era un viejo conocido, o sea, yo mismo, le pareció buena idea embellecer la broma haciendo que fuera yo quien te entregara el material. No tengo ni idea de qué hay ahí dentro y tampoco intención de preguntarlo. Para abrirlo cuando Glob empiece a amenazar. Palabras de ella. Cuando Glob empiece a amenazar.

—Sea lo que sea, es mi regalo de cumpleaños.

—Feliz cumpleaños —dijo él—. Pero quiero que sepas que me decepciona que no me puedas aconsejar nada sobre lo de la grabadora de cartuchos. Me encanta que me aconseje la gente que está en lo alto de cualquier sector profesional. Considero digno de ser escuchado cualquier consejo de esa gente.

—¿Cualquiera?

—Absolutamente —dijo él.

—Acepta morir por tus creencias, o bien por impresiones informáticas de tus creencias.

—Es un comentario casi interesante —dijo Hanes.

Abrí el baúl, le di el paquete original y puse el regalo de Opel en su lugar. Al bajar la escalera aquella noche me encontré a una mujer por el pasillo. Estaba abriendo la puerta del apartamento del primer piso. Tenía los chanclos, con los zapatos dentro, apoyados en la pared, goteando nieve, y estaba descalza y rebuscando entre las llaves que llevaba en el bolso. Era una mujer bajita y maciza cuyos tobillos parecían provistos de una densidad especial. La saludé con la cabeza, con esa clase de saludo que intercambian los hombres que se pasan periodos largos encerrados en submarinos.

—Soy la mujer de abajo —dijo ella—. El del tercero me dijo que había un inquilino nuevo. Ruido no hace usted, eso está claro. Si tiene frío, golpee las tuberías. Me llamo Micklewhite. Vivo debajo de usted.

—Sí.

—Me da la impresión de que llevo cien años viviendo aquí. Mi marido era el portero del edificio, pero lo mataron las complicaciones. Yo soy quien se encarga de la calefacción de los pisos. Si tiene usted frío, dé dos golpes en las tuberías. El hijo que tengo ahí dentro no es normal. Si oye ruidos, no se preocupe.

—Tampoco hace mucho ruido.

—Mi marido tenía toda clase de ideas absurdas. Primero quiso vender al chico a un circo. Pero ¿quién lo iba a comprar? No podrían vender las suficientes entradas como para compensar las molestias que entraña cuidar de él. Luego lo quiso alquilar a esas universidades donde estudian los médicos y las enfermeras. Yo le dije: ni hablar. Le dije: tú estás soñando. Le dije: a ese chaval no lo quiere ver nadie. Le dije: lo único que se puede hacer es dejarlo ahí con la puerta cerrada.

—¿Cómo se llama? —le dije.

—¿Cómo se llama? No tiene nombre. Jamás imaginamos que viviría más de cuatro meses con esa cabeza que tiene. Pero anda que no caímos en la trampa. Anda que no nos la pegaron bien. Mi marido dijo: pues saquémosle el partido que podamos. Encontremos a alguien interesado y o bien lo vendemos, o lo alquilamos por meses. Los circos trabajan por temporadas. Se lo llevan y lo traen de vuelta, se lo llevan y lo traen de vuelta. Tendría que haber visto usted a ese cabrón. No paraba de tramar y de hacer planes a diestro y siniestro. Yo le dije: tonterías. Le dije: tú estás soñando. Le dije: para encontrar a alguien interesado tendrás que ir al loquero. Mi marido quería poner anuncios. Los circos tienen sus periódicos especiales. Él no paró de hacer planes y más planes y más planes, hasta el día en que se cayó muerto. Tendría que haberle visto usted caerse muerto. Fue justo después de la segunda operación. Tessie estaba presente, la hija del tipo de la tienda de golosinas. Las dos lo vimos caerse redondo. Le dije a Tessie: seguro que han sido las complicaciones. Pero él tenía grandes planes. Tendría que haberlo oído hablar usted. Solamente era así de alto pero tenía una boca que parecía una ametralladora. Yo le diré lo que era mi marido, porque usted no lo adivinaría ni aunque lo viera. Era un obseso de los caballos. Lloviera o hiciera sol, se iba a las carreras. Él y aquel chino amigo suyo del Bronx iban a las carreras aunque estuviera cayendo una tormenta de nieve, con los gorros

calados hasta las orejas. Y cada vez que iban, perdía un promedio de treinta o cuarenta pavos. El chino ganaba a diestro y siniestro. El chino dominaba el tarjetón, reconocía las buenas inversiones, conocía la pista, sabía qué tiempo iba a hacer y conocía a los caballos. Mi marido, en cambio, no tenía ni pajolera idea. Se moría de hambre para ahorrar y darle el dinero a un caballo. Pero no me haga usted ni caso. Yo hablo y hablo y nunca se sabe lo que voy a decir. Es la soledad, así de simple. Es el vivir con alguien que no puede formar ni una palabra.

Intenté acordarme de qué estaba haciendo yo en la escalera. Llevaba puesto el chaquetón de leñador pero no sabía adónde estaba yendo. Me quedé un rato frente al edificio. En el callejón que iba de Lafayette a Broadway había plantado un hombre con abrigo largo. Cuando volví a subir las escaleras, reinaba el silencio por todas partes. Las tuberías no gorgoteaban como tripas y apenas se oía a Fenig trazar su camino a la productividad. El hombre de la ABC había dejado su tarjeta en la mesilla. Aunque yo nunca lo había visto por televisión, ahora conseguí acordarme de hasta el último detalle de su aspecto. Poseía ese lustre intenso que comparten los famosos indistinguibles, los secretarios de mujeres ejecutivas y los abogados con contactos en el mundo del espectáculo. Se le veía la ropa extremadamente ajustada, equipada con correas secretas, y en toda su visita no le había cambiado la expresión. La televisión. Tal vez todo fuera un ejercicio en el arte de la momificación. El efecto del medio es tan evanescente que quienes trabajan en su aparato temporal sienten la necesidad de conservarse a sí mismos, de entregar sus cuerpos para que se los barnicen y se los apuntalen, para que se los rocíen del más selecto de los geles a presión, y todo para un único fin, la liberación del peligroso contexto del tiempo. Ésa es su única vanidad: la aspiración a morar para siempre en subpasillos herméticos, libres de todo estrago, tan a salvo como viejos reyes dormidos en sodio.

Me desvestí por primera vez en dos días y me metí en la cama desnudo y débil, sin reconocer mi propio cuerpo. Entonces Fenig arrancó a dar zancadas largas y desesperadas, y el chaval blando de abajo, la carne de circo de Micklewhite, lloró cuatro veces mientras elaboraba un sueño.

14

El hachís que uno fumaba en moteles siempre parecía malo. Me acuerdo de la sensación de tener en medio de la cabeza algo que intentaba expandirse, avanzar hacia delante, causando una presión temible. Nos alojábamos en moteles entre vuelos o actuaciones, o bien entre un vuelo y una actuación, o al revés. El motel casi nunca era el mismo pero el tiempo en los moteles era idéntico allá donde fuéramos. Las tensiones de nuestra espera carecían de bordes; todo era un mismo plano vacío de tiempo sin segmentar. Solíamos establecernos en las afueras de los centros enormes de población (no necesariamente ciudades) y nos sentábamos o en la cama o en el suelo, nunca en las sillas, fumando hachís del malo, esperando que la eternamente rumoreada limusina apareciera procedente de los claros de plástico, un coche fúnebre cómicamente elegante en el que se pudieran acabar metiendo siete u ocho cuerpos, músicos, empleados de la gira, chicas rubias larguiruchas de piernas perfectas, la mayoría de nosotros vestidos con ropa vieja y sucia, tela vaquera de mendigo y botas destrozadas, todos apestando a hierba, intentando abarcar todo el espectro de incoherencias y descubriendo que era una tarea que no valía la pena. Pero lo que más recuerdo son las habitaciones en las que esperábamos. Su fealdad tenía un centro, un secreto remoto, algo que uno solamente podía aspirar a encontrar por medio de las energías sin desviar de ciertas drogas. Era una de las cosas extrañas que tenía consumir hachís en aquel entorno; el hecho de que parecía ser una droga marioneta de la tecnología, hecha y vendida bajo supervisión del Gobierno, un arma de emergencia diseñada por algún entusiasta de los peores niveles industriales. Nada era seguro y tampoco había ningún camino seguro para ir al centro. Yo me quedaba aterrado y al mismo tiempo totalmente inmóvil, desconfiando de todos los presentes en la habitación y ganando gravidez por momentos. Un lúgubre motor orgánico me latía contra las paredes de la cabeza. A menudo intentaba salir razonando de aquella conjunción de miedo y gravidez rocosa. Pero había demasiadas zonas de presión concentrada, había demasiada gravedad en el universo, y aunque nunca me reconcilié con el horror supremo, tampoco podía resistir la verdad sistemática de estar siendo subsumido en una

categoría todavía más inmóvil: la de la silla, la cama, la habitación o el mismo motel. (Fue después de una de esas medias horas de locura pensativa cuando se me ocurrió el nombre Transparanoia para nuestra mancha de tinta en expansión de empresas conglomeradas, fundaciones, adquisiciones y conciliábulos). En la más fea de las habitaciones no había nada comprensible. Nos limitábamos a esperar a que nos llevaran a un recinto deportivo, a un centro de convenciones, a un teatro o a un estadio, a fin de enchufarnos, de mandar el zumbido de la suerte por nuestra sangre, de darles carne maligna para comer, las doncellas ciegas desnudas sobre pedestales de poliestireno, a los vendedores de medicinas arcanas, a los maestros del trance, a los estoicos negros mostrando sus marcas de pinchazos, a los apuñaladores y los envenenadores, todos con las cabezas fundiéndose en la urdimbre de nuestro sonido, en su aullido eléctrico desviado, mujeres chillando en sillas de ruedas, niños travestidos, banqueros débiles mentales, comerciantes de vino y violadores de bebés, místicos en celo, muchachos traslúcidos manoseando las tetas de mujeres de misioneros. Todos apiñados los unos contra los otros, encadenados a su historia invisible; los más jóvenes conscientes de que, de todas las necesidades, una se imponía a las demás: la necesidad de ser analfabeto en la tierra de la palabra que se borra a sí misma.

Por primera vez en semanas, Fenig estaba sentado en lo alto del rellano. Me detuve ante mi puerta, seguro de que quería decirme algo.

—Toda obra pornográfica nos acerca un poco más al fascismo.

Entré en mi casa, sin molestarme en cerrar con pestillo. Al cabo de un momento entró él. Hacía una tarde oscura y encendí una vela. Fenig se sentó en el borde de una silla de respaldo recto, muy inclinado hacia delante, fácilmente capaz de tocar con los dedos las puntas de sus zapatillas de tenis.

—Muchas gracias —me dijo él.

—¿Por qué?

—Por escucharme.

—De todas maneras tenía que pararme para abrir la puerta. Así que no me ha sido muy difícil. No te he visto últimamente, Eddie. ¿Qué has estado haciendo, aporrear la vieja máquina?

—Me has llamado Eddie. Es un gesto cortés y te lo agradezco. Viniendo de ti, Bucky, que eres el número uno en lo tuyo, seguramente no lo voy a olvidar. ¿Me puedes dar un café?

—No he podido encontrar café.

—Me conformo con consumir los posos de alguna taza vieja que tengas sin lavar.

—Lo siento.

—Estoy atravesando un periodo oscuro, prácticamente negro. Uno de esos momentos de la vida de un escritor o escritora en que solamente quieres tirarte en la cama y taparte la cabeza con las mantas. Estoy abandonando todos mis géneros y entrando en uno completamente nuevo. Las guarradas infantiles no han funcionado. No he vendido nada. No consigo que pase nada. Todo se está torciendo y yo estoy empezando a sospechar la razón. Tal vez sabré más para la próxima vez que nos veamos. Pero de momento basta con decir que estoy muy metido en líos.

—¿Cómo de metido?

—¿Cómo de metido voy a estar, Bucky? Pues hasta el fondo mismo. Hasta donde no llega la luz del sol. Hasta la fosa a presión de la gran zanja oceánica. Estoy rodeado de peces ciegos que nadan a mi alrededor. Hace más frío que en las montañas.

—O sea que caminar no te ha ayudado...

—Ha llegado un punto, y no debería admitir esto ni siquiera ante ti, Bucky, ha llegado un punto en que hasta he probado a correr y saltar. Me decía a mí mismo que era ejercicio, simple ejercicio. Pero en el fondo sabía que era una forma extrema de caminar, un intento de devolverle vigor al formato de siempre. Ahora he regresado al caminar convencional, de manera que tal vez la negrura total todavía no lo haya invadido todo. He escrito en muchos estilos y en grandes cantidades. Antes vendía cantidades industriales de material y también cobraba cantidades industriales. No sé qué ha pasado. Sé que no es que mi precio me haya expulsado del mercado. Sé que no he perdido la voluntad de trabajar. Pero aun así últimamente no hay manera de vender nada. Me rechazan por todos lados. Debe de ser un fracaso interior. El problema inicial lo causó la pornografía. Eso lo sé. Me perdí en P-landia y no he conseguido salir de ella sin daños para mi profesionalidad. Solamente ahora empiezo a entender los factores y motivaciones de mi falta de inspiración, a falta de una expresión mejor, pero eso es otra historia y pertenece a otro momento. Si hay algo que yo he sido siempre, es un profesional. Si me quitas eso, me convierto en una masa amorfa de materia indistinta. El mercado tiene una modalidad cruel de poesía. La enorme rueda gira y da vueltas y petardea, acelerándose y lanzando por los aires a todo el que no consiga agarrarse bien a ella. El mercado es espectacular, es tan luminoso como un centenar de ciudades, da vueltas y más vueltas y por todas partes hay figuritas que intentan agarrarse a él con una mano pero que acaban lanzados a la noche circundante, al silencio, al vacío, a la oscuridad, a la

cuenca, al cráter, al foso. Pero el hijo de puta no se va a librar tan fácilmente de mí. Para ser tan pequeño, soy un bruto de lo más tenaz. Soy un luchador que sabe valerse por sí mismo, para el peso que tengo. Conozco las vicisitudes de esta industria como pocos hombres de mi época. Pese a todo, te agradezco que me llames Eddie. Es un gesto muy importante para una persona emocional como yo, que es básicamente lo que soy, y quiero que sepas que me acordaré. Todos los demás se olvidan pero yo me acuerdo.

—Yo no puedo darte consejo para tu regreso.

—Yo te diré lo que puedes hacer —dijo él—. Puedes encontrar la cafetera que usaste la última vez que hiciste café y mirar si quedan posos en el filtro y luego me puedes dar una servilleta de papel y yo puedo empapar la servilleta de posos húmedos y aguantármela debajo de la nariz y olisquearla un rato.

—Aparte de todo lo demás, creo que no tengo servilletas de papel.

—Pues las que necesito son las de papel.

—Y aunque hubiera, llevo tiempo sin ver posos de café.

—Fama, riquezas, grandeza e inmortalidad.

Nos pasamos un rato largo sentados en silencio. Fenig se tiraba de los cordones que ajustaban la capucha de su sudadera. Se tomó el pulso a él mismo, con el pulgar derecho sobre la muñeca izquierda. Se pasó la lengua por el pelo del dorso de la mano. Luego hizo un ruido raro. Garp. Me acerqué a él.

—¿Qué te pasa?

—Que estoy revuelto —me dijo—. Es característico de todos los periodos oscuros por los que paso. Y ahora estoy justo en medio de uno. En la fría zanja oceánica. Sin capacidad alguna de empezar nada nuevo. Garp. Me había pasado antes pero nunca tanto. Peces genéticamente ciegos.

—¿Quieres un poco de agua?

—Se me pasará en un momento.

—Tienes mala cara.

—Garp.

—Bebe algo, Eddie.

—Será mejor que suba a casa. Me ha parecido que me estaba volviendo al estómago, pero tal vez no. Estaré mejor arriba. Garp. No quiero imponerles mis tensiones creativas a los demás. Será mejor que me vuelva arriba.

—Sí —le dije.

La cama era un enorme organismo acogedor, un cultivo marino o una planta sintética, embelesada por el objeto al que absorbía. A medida que me iba adentrando en nieblas e historias antiguas, en imágenes ventosas

apostadas en el borde del sueño, empecé a tener la sensación de que la cama estaba teniendo un sueño y de que ese sueño era yo. Ardía una vela, con una luz que no eludía del todo mi conciencia. Yo apenas era consciente de nada, me estaba soñando una entidad preternatural, me estaba llevando de viaje mental por el misterio de las cosas. Era todo una cuestión de control. Estaba siendo soñado-fumado-creado. El sueño cobró la forma de un hombre dormido en una cama situada en medio de una habitación en la que ardía una sola vela. No era real, era un sueño, y yo no era más que el aliento químico y rancio del soñador. La cuestión esencial tenía que ver con el control. Me hundí más todavía, luchando por generar un sueño propio, por regresar a aquellas tenues tierras intermedias donde los fuegos de la leyenda y del sexo estaban contenidos en un dedal, para ser usados de forma segura. Estaba suspendido en un momento doble, intentando liberarme, cuando de pronto un ruido furioso estalló sobre la cama, un timbrazo salvaje que me elevó a través de los niveles de conciencia y me sacó al frío espacio abierto de la habitación. El teléfono. Parecía increíble, me limité a quedarme mirando aquella forma negra y absorbente. Cada nota parecía más fuerte y estridente que la anterior, el grito de protesta de una cosa que prefería su estado latente. El teléfono. Crucé la habitación y levanté el auricular.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres?

—Bucky, ¿cómo estás, Bucky?

—Cabrón, Globke. Rata de mierda.

—Bucky, Bucky, Bucky.

—¿Quién iba a ser, más que tú? Máquina de hacer dinero. Sentado detrás de tu pedazo de escritorio.

—Bucky, Bucky.

—¿Por qué me has conectado este chisme? Yo no quiero teléfono aquí.

—Bucky, Bucky, Bucky.

—Máquina de mierda. Puto cabrón globke. Hijo de puta globke. Eres un puto adjetivo incalificable, ¿lo sabes?

—Los teléfonos los pueden arreglar desde la oficina. Lo han hecho desde la oficina. Los de la compañía telefónica. No estaba averiado, ¿lo entiendes? Solamente estaba dado de baja. O sea que lo hemos vuelto a dar de alta.

—Mánager.

—Has sufrido una agonía atroz. Estás devastado, estás lleno de dolor, tu estómago está extraácido. Es natural que te pongas a tirar cosas en todas direcciones. Yo lo entiendo. No aceptaría otra cosa. Grítame. Agota tu vocabulario de palabrotas. Antes de meterme en el coche y coger el teléfono

para llamarte, le he dicho a Lepp: prefiero que Bucky se desfogue verbalmente conmigo, que soy su mánager personal, y no que se lo suelte todo a los medios de comunicación, donde nos podría perjudicar un poco. Pero la cuestión es que estoy aquí sentado en este automóvil mío y estoy mirando las luces del puente George Washington mientras me aproximo por la autopista del West Side y estoy pensando que a él todo esto le trae sin cuidado. Estoy pensando que ahí está él, sentado en el apartamento de una muerta, pasando por una agonía atroz, ¿y para qué? Al otro lado de este puente está América. ¿Oyes lo que te digo, Bucky, por encima del runrún de los coches que pasan en sentido contrario? América está ahí mismo, al otro lado de este puente, y está llena de gente esperando que les digan lo que tienen que hacer. Aquí estoy yo, de camino a una cena importantísima de trabajo en el Irv Koslow's Steak Fantasia de Metuchen, y ahí estás tú sufriendo una agonía atroz, ¿y para qué? Ahí fuera quieren tu sonido. Quieren tus palabras. Quieren tus brazos y tus piernas y tus partes pudendas. Eso estoy pensando yo, aquí sentado en esta barcaza bananera de veintidós mil dólares que tengo. Y también estoy pensando en otras cosas. Lo admito sin problemas. Estoy pensando en el volumen de dólares. Estoy pensando en los ingresos brutos. Estoy pensando en ventas de unidades. Tú no puedes pasarte la vida ahí sentado. Lo mejor para ti es trabajar. La gira. La carretera. La gira representa una supervivencia en sí misma, Bucky, y yo sé que tú percibes esa verdad. Te están esperando ahí fuera, al otro lado mismo de este puente. Ahí está América. Cuan grande es. Palomitas y drogas asesinas. No te puedes quedar ahí sentado.

—Llevas tiempo sin mandarme a Hanes con dinero.

—Por lo menos con este discursito te he hecho pensar en dinero. El problema es que cuesta llegar a él. Tenemos tantas operaciones interconectadas que cuesta saber de dónde coger y a quién dárselo. No es fácil acceder a ese dinero, Bucky. Lo estoy intentando. Pero de momento son todo trabas legales. El dinero está retenido. Se está usando para hacer más dinero. Pero estoy hablando con la planta siete y he puesto a los abogados a trabajar en ello. A nuestros cargos superiores. De manera que es posible que las cosas se flexibilicen un poco y te podamos volver a administrar liquidez. O tal vez no. Cuesta acceder a ese dinero. Allí donde miro me encuentro una traba legal de alguna clase. Entretanto Lepp se está recorriendo la ciudad entera plantando árboles para tener a la gente contenta por todas las demoliciones que ha planeado. Hay inmuebles y exmuebles. A todo el que se enfada, Lepp le planta árboles. Les dice: mira qué bonito, un árbol, una mata, mira cómo

compensa el ruido y la monstruosidad de tirar abajo un edificio y levantar otro. Ahí está el secreto de las estructuras corporativas, amigo. En decirle al enemigo que vas a plantar árboles.

—¿Qué quieres? —le dije.

—Da igual lo que yo quiera, Bucky. Importa lo que quieran ellos. La gente que compra lo que nosotros vendemos. Eso que haces de quedarte sentado en la habitación de una muerta no es vida, y te lo digo mientras cruzo el puente en este momento crucial y me preparo para pasar el peaje que me dejará en el primer acre de suelo americano verdadero, en donde todo el mundo está a la espera de que o bien vuelvas a ser el de antes, o bien aparezca algo nuevo que reviente las listas de éxitos.

—Ya me he cansado de escuchar.

—Porque éste es un momento crucial de la industria musical y del futuro del país en general.

—No vuelvas a llamar.

—Maltrátame, me encanta. Escúpeme en la ropa, no la llevaré nunca a la tintorería. Nadie está más feliz que yo cenando en restaurantes de cuatro estrellas con la saliva de un genio en mi chaqueta de poliéster hecha a medida. Pero hay algo que tendrías que saber, Bucky.

—¿Qué? —dije yo.

—Que te han visto robando una lata de piña en almíbar en un supermercado de Fresno.

15

El paquete contenía las cintas de la montaña. Así era como Opel había decidido celebrar mi cumpleaños.

En las cintas había veintitrés canciones, todas escritas y cantadas por mí, todas tocadas por mí (sin acompañamiento) con una vieja guitarra acústica, la primera que había tenido. Las había grabado hacía unos catorce meses, a solas en la montaña, sentado con la guitarra y la grabadora e improvisando las letras sobre la marcha. Acababa de volver de una gira mundial, con la voz cansada y machacada, y el sonido que tenía más en mente era el gañido de los asesinatos de bebés en villorrios patriarcales. Al cabo de un tiempo, una visita se encontró las cintas y las puso. La noticia se propagó, distorsionada, claro, deformada por los rumores y las especulaciones. Yo me negué a hablar de las cintas con nadie. Rechacé publicarlas, regrabar las canciones o aceptar oferta alguna en relación con aquel material. No entendía la naturaleza de mi propia labor. El trabajo con la guitarra era reconocible pero la voz no parecía mía. Poseía una extraordinaria insulsez infantil, algo descarnada en ocasiones cuando homenajeara al dolor, pero principalmente solitaria, sin casa y apagada, carente de verdadera crudeza así como de cualquier otra cualidad distintiva. Más allá de esto estaban las letras en sí, pequeños y extraños delirios autistas. Tal vez porque aquellas letras nunca se habían puesto sobre el papel, o ni siquiera habían recibido un breve momento de reflexión, aquellas canciones transmitían una desolación especial, una especie de naturalidad anormal. En el pasado había existido una mente detrás de cada balbuceo y gemido que yo emitía. Pero las cintas de la montaña eran genuinamente infantiles. Yo no sabía si aquellas canciones tenían que ser redentoras, sardónicas o algo completamente distinto. Tributos a la mudez de mis seguidores. Trucos baratos de plástico. Sonetos irónicos a los enloquecidos estadistas del país. Ruidos de desfiles de calle mayor. Anuncios de comida infantil. Súplicas y pipas indias. Secuelas a las baladas de la revolución muerta. Fueran lo que fueran, las canciones habían salido rezumando, una tras otra, durante un periodo de dos o tres días de insomnio. No tenía un recuerdo claro de aquel periodo. Las cintas en sí servían de

confirmación de lo que había tenido lugar. En todos los rollos había repeticiones, equivocaciones y palabras mal pronunciadas. Había pasajes vocales largos e incoherentes intercalados con los ruidos de comer, beber y hablarle a la tele. Puse las cintas varias veces, pero seguía sin captar su esencia, de manera que me limité a guardarlas, prefiriendo olvidar lo que a fin de cuentas no habían sido más que unos días de esfuerzo olvidado, una colección de canciones cuya publicación estaba claro que causaría una confusión enorme. Después de aquello, los únicos que mencionaron las cintas fueron amigos íntimos o académicos fetichistas del rock vestidos de Superman.

En aquella época yo era más joven y sentía una obligación hacia mi público. No era del todo consciente de los usos que se le puede dar a la confusión. La fama se compone de bajos y agudos, y muy pocos hombres pueden manejar los controles de ese punto intermedio en el que ambos tonos le pertenecen de forma simultánea. Ahora Opel me había metido un murmullo en la cabeza. Yo no sabía cuándo se había llevado las cintas de mi casa de las montañas y al principio pensé que solamente me las estaba devolviendo para hacer una travesura. Para conjurar mis confusiones pasadas. Pero, por supuesto, era más que eso. Me acordé de varias cosas que o bien me había dicho ella en persona, o le había mandado a Hanes que me dijera.

(1) El regalo es un puto toque de genialidad.

(2) Hay que llamarlo «el producto».

(3) No hay que abrirlo hasta que Globke empiece a hacer maniobras para el regreso de su estrella.

Opel veía las cintas como mi vía de regreso al mundo. Ella había sabido exactamente lo que a mí me hacía falta. Yo le había dicho que mis planes eran demasiado malignos para que los entendiera una simple traficante. Ahora ella me estaba desafiando a que se lo demostrara, hasta me estaba dando los medios. La traca final de Wunderlick. Era la oportunidad para rehacerme a mí mismo, ese hombre esbelto y misterioso, regresando con las legendarias cintas para que las oyera todo el mundo, haciendo callar de nuevo a mis multitudes, con su miedo guardado en biberones bajo los asientos. Ni siquiera me hacía falta crear material nuevo. De eso se trataba precisamente.

Me llamó Watney desde el aeropuerto. Venía de camino a verme. El antirrey de Inglaterra y obispo duplicado de la alucinación. Watney ya iba por el quinto o sexto año de su semirretiro. Durante ese tiempo había dado muy pocos conciertos y había grabado muy poco, prefiriendo estudiar, meditar y embolsarse millones. Sus fuentes de ingresos eran poco claras y al parecer

diversas. El dinero le llegaba en forma de torrentes inadvertidos del norte de Inglaterra, del sur de Francia y de lugares secretos de las ciénagas bajas y chapoteantes de Europa. Cuando le pregunté por qué quería verme, me dijo que lo tendríamos que hablar en persona. De hombre a hombre. Cara a cara. Con las manos sobre la mesa, por así decirlo.

Volví a guardar las cintas y las volví a meter en el baúl. La mente de Opel parecía presente en la habitación. («El mal es el desplazamiento hacia el vacío»). Me quité los zapatos y los calcetines, a continuación me senté en la cama y me conté los dedos de los pies. En poco tiempo estaría listo para descubrir de primera mano las furias que me aguardaban, chicos y chicas mordisqueándome las entrañas, una temporada de espacio gris y palabras incomprensibles. Primero había cosas que aclarar, pequeños retales, y había que pasar tiempo componiéndolo todo. Entré en el cuarto de baño para mirarme al espejo y me puse a contar ojos, orejas, orificios nasales y dientes.

16

El criado de Watney, Blessington, era un chico corpulento de manos rosadas y con esos modales inquietos de la gente que trabaja en el metro. Lo vi subir la escalera, con cuatro maletas en las manos y una bolsa de asas colgada del cuello. Watney subió detrás, con zapatos de ante azul. Me estrechó la mano, examinó la habitación y ocupó la silla de al lado de la ventana, olisqueando una vez con cada orificio nasal. Blessington se sentó en el suelo, entre las maletas.

—Cierto, tenemos una limusina —dijo Watney—. Está aparcada justo abajo. Con tres habitaciones y un hueco para comer. Pero al mismo tiempo es bastante discreta. Es un bloque negro. Negra por dentro y por fuera. Es que yo quería algo discreto. Así es como me gusta viajar. No tiene sentido ir ostentando. Dadas ambas opciones, la discreción o la ostentación, yo jamás dudaría más allá del tiempo natural que se tarda en tomar una decisión a bocajarro. Pero te estás preguntando por qué he hecho subir el equipaje hasta aquí. Porque es cierto, tenemos una limusina, pero no quiero que me manguen el equipaje. Por eso. No quiero que ningún yonqui desenfrenado de Nueva York me afane el equipaje que he ido amasando. Al coche no le puede pasar nada, fíjate. El coche tiene un chófer dentro. No hemos confiado en el chófer para que cuide el equipaje, pero sí confiamos en que cuide el coche. Porque es su trabajo, ¿verdad? El equipaje es mío. El coche es de él. Confiamos en que el coche sí lo va a cuidar.

—¿Cómo está la cosa en Inglaterra? —le dije.

—Llevo tiempo sin pasar por allí. Voy ahora. Vengo del otro lado, fíjate. Me abalanzo sobre el famoso Bucky Wunderlick desde una dirección inesperada. Tu mánager me dio los detalles de tu paradero y hasta el último dígito de tu número de teléfono. De manera que me dije a mí mismo que tenía que llamarte desde el aeropuerto *ipso facto*. Es un tipo decente, ese Globke tuyo. Calla, memo.

—¿Quién, yo? —dijo Blessington—. Pero si llevo todo este rato supercallado.

—Me anticipo a tus digresiones.

—Pero si estoy sentado aquí en silencio, cuidando del equipaje. Estoy aquí sentado igual que me sentaba en la sala de estar de mi madre. Siempre estábamos sentados. Los dos. Ella con su pinta de cerveza. Y yo enseñándole las partes pudendas a la tele. Los dos. Sentados en la sala de estar.

—Podría haber vuelto directamente —dijo Watney—. Pero lo que he hecho ha sido volar a Toronto para visitar a mi hermano músico. No es que le dé a la vieja Gretsch muy a menudo. Ahora me dedico a las ventas, las adquisiciones y las operaciones. Represento a un grupo angloeuropéo bastante grande. Es mi área de interés predominante. De ahí obtengo mi influencia. Todavía doy algún concierto que otro, ya sabes, para que no se olviden de mí y tal. Pero ya no es como en los viejos tiempos, cuando nos llevaban en camión de ciudad en ciudad como si fuéramos putas reses. Fueron unos tiempos locos, ¿verdad?

—Todavía lo son —dije yo.

—Me acuerdo de América. De ir de gira por América. Fue tremendo. Fue la cúspide de la locura. Todo el mundo estaba loco. Estaban todos locos.

—No ha cambiado demasiado.

—Todos los días nos veíamos atrapados en cotas más altas de locura. En todo el país no había nada más que locura. América fue la cúspide absoluta. Todos estaban locos de una forma u otra. Todo eran pistolas, sexo y política. Todo era droga y color de la piel. Todo eran motocicletas, basura y peleas a puñetazo limpio. Lo único que no soportaba era contaminar el medio ambiente. En Inglaterra tenemos a un tipo que se encarga de eso.

—¿Has llegado a California en este viaje?

—En este viaje he hecho Canadá. Ha sido una operación estrictamente canadiense. Hemos hecho trabajo preliminar. Tanteado el terreno. Es territorio más o menos nuevo. No, en este viaje me he perdido California. Y mira que tengo buenos amigos allí. Aquello es distinto. California me gustaba. Allí no hay este ritmo desquiciado.

—Beben sangre humana —dije.

—Y qué clima —dijo—. La última vez nos hizo un tiempo fantástico.

—Les sacan las entrañas a los perros y los gatos para hacerles ofrendas a las estrellas muertas del cine.

—Aquello lo que tiene es el clima. Me acuerdo del clima.

—Clima de California —le dije.

—Eso mismo, clima de California. Así es como lo describiría yo también. Tengo buenos amigos en Los Ángeles. Nordquist y esa gente. No paran de trincarlo. Vino a Londres, fíjate. Lo trincaron nada más llegar. Lo pusieron a

coser sacas de correo. Después se fue a Suecia. Y paf, lo metieron en una de esas cárceles experimentales que tienen allí. Donde se puede follar en el recinto y todo. Tengo buenos amigos en Los Ángeles.

—El sol disipa la misma noche.

—Ésa es la sensación que te da, ¿verdad? Ésa es la imagen mental que estar allí le suscita a uno.

—Cálido y luminoso y no llueve nunca.

—Eso mismo —dijo él.

—Se comen a sus hijos. Hacen sacrificios humanos multimedia. Discos, cintas, filmaciones, espectáculos de luz, espectáculos de marionetas, letreros de neón parpadeantes de farmacias, animales de granja copulando. Gente que devora a sus bebés.

En la época de su fama, Watney había sido capaz de infundir tendencias malignas en los centros nerviosos de ciudades enteras. Su banda se llamaba Schicklgruber, y allí adonde iban, los patriarcas consultaban las ordenanzas locales en busca de algún tecnicismo jurídico que les permitiera impedir que la banda tocara o por lo menos echarlos de la ciudad en cuanto terminara de sonar la última nota. Watney tocaba una guitarra gélida, hechizando a sus sonidos para que llevaran a cabo progresiones implacables. Él lo llamaba «zorrear». Pero el verdadero impacto de los Schicklgruber era extramusical. Watney se paseaba por el escenario, siempre hecho un cromo, con un atuendo consistente una noche en leotardos, la siguiente en pantalones estilo pirata, siempre diseñando unas parodias escandalosas. Aquél era su arte, coger un desgarrón diminuto y abrirlo mucho más, parpadeando mientras la sangre fluía y las partes sin reprimir de la sociedad se quedaban sin su parte. No es que la banda despertara los apetitos violentos de los jóvenes, sino que más bien mataba todo apetito y causaba una indiferencia aturrida ante prácticamente todo. Watney escribía sus letras en los asientos de atrás de las limusinas.

—Me dedico a comprar. Pero a veces vendo. Soy un comprador que a veces vende. Así es cómo obtengo mi influencia. Estamos metidos en un montón de sitios. Somos angloeuropeos en un sentido general. Realización personal. Eso es lo que busco, fíjate. Con la música no me sentía realizado. Es como que todo el mundo tiene una cuota de realización personal y la mía no estaba satisfecha. Yo carecía de poder real en la estructura de la música. Todo era un puro teatro. Lo de que yo tenía poder sobre los chavales, Watney el villano transatlántico, Schicklgruber el asesino del libre albedrío, no era más que palabrería, algo con que llenar los periódicos. Yo no tenía poder, Bucky.

Yo me limitaba a mariposar por el escenario con mis zapatitos de charol y mi sonrisa lasciva. Era una buena farsa, cierto. Pero no era más que una farsa, una tomadura de pelo, puro teatro. De manera que ahora me dedico a las ventas, las adquisiciones y las operaciones, y he venido a pujar por el producto que tú tienes.

—Haces más que simples operaciones —le dije—. Eres tú quien maneja el cotarro, ¿verdad?

—Pues mira, es una cuestión de territorios. Yo tengo el lado británico. Yo manejo la vertiente británica del asunto.

—¿Qué asunto?

—Ahora mismo lo más grande es el micropunto. Está claro que ahora el micropunto ocupa el primer puesto. Nuestro artículo favorito. Se vende tan deprisa que no tenemos tiempo de reponer existencias. Por supuesto, los micropuntos se cobran alguna que otra vida. De vez en cuando alguien se tira de un puente o debajo de las ruedas de un tren en marcha. Eso es lo que les da la mala fama a los micropuntos. El hecho de que te dan ganas de tirarte a la vía cuando viene un tren. Miedo y terror, terror y miedo. Unos elementos que se encuentran en el corazón mismo del drama humano. ¿Verdad, Blessington? Lee a Kafka. Lee al puñetero Orwell. El Estado crea miedo por medio de la fuerza. El Estado usa la fuerza a trece mil kilómetros de distancia para crear miedo en casa. ¿Sabes qué quiere decir NR?

—No.

—Blessy, ¿tú sabes qué quiere decir NR?

—Mi madre no me enseñó el abecedario.

—NR quiere decir no reanimar. Ciertos pacientes de ciertos hospitales de toda Inglaterra llevan la etiqueta NR. Entre esos pacientes están los ancianos, los que tienen tumores malignos y los enfermos crónicos. Si se da un paro cardíaco, a esos pacientes no se los re-a-ni-ma. ¿Qué opinión te merece esa práctica? Háblale al micrófono.

—¿Qué opino de esa práctica? —dijo Blessington—. ¿Eso me estás preguntando?

—Memo subimbécil.

—Yo amo Inglaterra. Nunca diré una palabra contra ella.

—¿Pero acaso el NR no marca el verdadero inicio del asesinato de Estado?

—Dime qué quieres oír y te lo diré.

—Eres un baboso cuando te hacen preguntas duras, ¿verdad? En cuanto te someten a una presión un poco fuerte, te arrugas y lloriqueas. Un tarugo,

Blessy, eso es lo que eres. Corto de luces. Demasiado cortito.

—Malnutrición prenatal —dijo Blessington.

—Ya hace tiempo que intentas decantar la balanza para el otro lado, ¿verdad, cerdito mío?

—No te pongas a insultarme otra vez.

—Estás hecho un cerdito sonrosadito. Listo para el asador.

—No te pongas a decir esas cosas. Voy a dejar de respirar. Y entonces te arrepentirás. Entonces verás que estabas equivocado.

—A girar, a girar y a girar. A asarte, asarte y asarte. Fundiéndote en la boca como mantequilla fresca de granja.

—Un día irás demasiado lejos. Igual que mi madre iba demasiado lejos con mi pobre padre cada vez que él se sentaba en la sala de estar a leer los anuncios. Un día me provocarás un derrame. ¿Te gustaría que yo tuviera un derrame que me dejara medio cuerpo paralizado? ¿Quién te haría entonces la comida y se haría cargo de tu equipaje y te limpiaría la casa y te ofrecería compañía sin límites?

—El otro lado de tu cuerpo —dijo Watney.

—Que te zurzan, colega.

—Regresando al asunto que tenemos entre manos. Si te dieran a elegir, Blessy, ¿qué preferirías ser? ¿Un anciano, alguien con tumor maligno o un enfermo crónico? Habla con el micrófono, si quieres.

—Mi abogado me ha mandado que no haga declaraciones.

—Pedazo de bruto granuja. Es un bruto y un granuja, este chaval. Tenemos nuestras pequeñas distracciones, Bucky. Tú has dejado de viajar pero nosotros seguimos siendo viajeros empedernidos. Y nos hacen falta distracciones. Necesitamos cosas para pasar el rato, los practicantes empedernidos del viaje. ¿Está el producto en esta habitación, Bucky? Y si no está, ¿por qué no está?

—¿De qué producto hablas?

—He venido a hacer una oferta en firme —dijo Watney—. Los angloeuropeos nos tomamos los negocios muy en serio. Nos aferramos a los viejos métodos, las viejas costumbres y las viejas tradiciones. Nada que ver con vuestra sofisticación comercial. Nosotros hacemos una oferta sólida y la mantenemos. Tenemos intereses muy diversos y una serie muy diversa de operaciones. No somos chavales juerguistas que andan en busca de un poco de bronca. Nosotros buscamos dinero, no emociones. Nuestras operaciones son sólidas. No usamos métodos poco ortodoxos y no damos trabajo a

maníacos, sádicos ni adictos. Así trabajamos. De forma ortodoxa. A la angloeuropea.

—Cuéntale lo del acuerdo de Malta —dijo Blessington.

Por la noche estuve paseando entre la gente que enfilaba hacia sus casas con sus periódicos a cuestas, portadores de un peso que iba más allá de los simples kilos y gramos. Caminaban por una calle todavía aquejada de neón y otras llagas acuáticas, hombres y mujeres casi en fila india, inclinados para vencer el viento en contra, como guías de montaña entrenados contra las quejas, contratados para llevarse a casa aquel bulto considerable y desnudarlos sección a sección hasta que no les quedara más que una ligera impresión de tinta en los dedos. Contraviniendo las obligaciones morales de su sábado por la noche, a escasos metros del quiosco, se veían obligados a dar un rodeo en torno a un hombre que estaba quemando cajones de madera, plantado casi dentro del fuego, sin mirar a nadie, un hombre vestido con un abrigo negro de bolsillos arrancados, reemplazados por sendas franjas de forro blanco en los costados. Acerqué las manos un momento a las llamas. El hombre tenía las suyas cogidas entre sí, levantadas frente al pecho, provistas de uñas de óxido y plata cincelada, cicatriz en forma de media luna, nudillos despellejados y corte exuberante a lo largo de todo el pulgar. No costaba nada imaginarse cien kilómetros de arrugas surcándole las palmas de las manos. Llevaba la cabeza cubierta con un casco de fútbol americano de los Dolphins de Miami, con mascarilla incluida.

—Bolígrafos retráctiles —me dijo—. A treinta y cinco centavos.

Bajando por la Segunda Avenida, más oscura aquí en su pesado letargo ucraniano, vi a una mujercilla que estaba a punto de cruzar la calle. La mujer señaló la esquina contraria, con un brazo derecho perfectamente recto y el índice extendido. A continuación bajó el brazo y cruzó rápidamente la calle en la dirección que acababa de señalar. Allí giró bruscamente a la izquierda, levantó el brazo, señaló hacia el cemento moteado del final de la manzana y echó a andar en aquella dirección. Girar, señalar, desfilar. La vi detenerse en la esquina opuesta, girarse a la derecha y volver a señalar. En un solar cercano a Bowery vi un camión de Good Humor saqueado y destripado. Caminé lentamente hacia el oeste. Durante un segundo nada se movió. No había nadie a la vista y el tráfico era inexistente. Me detuve en la esquina y miré a mi

alrededor. El viento levantó papeles y cajas. Luego, por fin, a un par de manzanas al sur, vi a unos hombres armados de trapos que se ponían en mitad de la calzada en espera del siguiente ciclo del tráfico, hombres armados de trapos para limpiar parabrisas, que salían lentamente de los portales y las callejuelas, para limpiar los parabrisas cobrando, una docena aproximada de ellos, y entonces apareció el primer coche, yendo en dirección norte procedente de uno de los puentes o bien de Chinatown o de Little Italy o de los edificios de bancos, y a aquel primer coche le siguieron otros, con las luces brincando sobre los baches de la calle, veintenas de coches acercándose por Bowery en dirección a los hombres salvajes de los trapos.

Micklewhite tenía la puerta abierta. Tanto el marco como los bordes de la puerta estaban astillados. Miré el interior de su habitación. Estaba sentada en un sofá mirando la televisión. Llamé al marco de la puerta y ella levantó la vista.

—Les he dicho que se fueran a rascarse el culo con una botella rota. Que se fueran a rascarse el coño, les he dicho. Que no me daban miedo. Ni ellos ni nadie. Mira que romperme la puerta así y entrar aquí a vapulearme... No lo pienso aguantar. No entréis aquí con esa intención. No me dais miedo, escoria, tirados. Les dije: oiga usted. A mí no me vapulea nadie. Si me quieren robar, eso es otra cosa. Pero vapulearme es otra muy distinta. Si mi marido estuviera aquí, iban a ver. Él les habría hecho ver las estrellas. Eso le digo a usted, señor. Tienen suerte de que esté muerto y enterrado.

—¿Cuántos eran? —le dije yo.

—Pues han entrado cuatro y había más en el pasillo que no han llegado a entrar. Patapum, se han cargado la puerta. Y al salir se han ido para arriba, toda la panda. Los he oído en la tercera planta, armando barullo con el hombre que vive ahí. Le han tirado la puerta abajo, patapum. Menudos chiflados. No han dicho nada, no han hecho nada y no se han llevado nada. Piojosos, les he dicho, id a rascaros el coño.

—¿Y le han hecho daño?

—Ha sido él quien los ha detenido —dijo ella—. Lo han visto ahí y eso los ha frenado en seco. El chaval estaba ahí en esa silla y cuando ellos lo han visto, se han ido en tromba para arriba, han asaltado el edificio entero. Han entrado aquí para vapulearme. Luego lo han visto ahí sentado y se han largado por piernas. Tienen suerte de que yo ya no tenga marido. Se le daban bien la peleas, peleaba con ingenio. Era un esmirriado pero lo compensaba con ingenio. Aunque era pequeño peleaba con ingenio contra hombres más grandes y los mandaba directamente a traumatología. Les pegaba cuando ellos

todavía no estaban listos. Iba a por las partes bajas. Era lo único que se le daba bien. Atizar a hombres más grandes cuando no se lo esperaban. Había dejado fuera de combate a más de uno. Era el cabrón más solapado que ha habido en el mundo.

Entré en la habitación. Su hijo estaba en la silla del rincón. Parecía tener una silla especial para él. Sin tapizado. Con el armazón de madera, muelles y dos almohadas de cama. No estaba ni sentado ni reclinado; estaba almacenado allí, con la cabeza meciéndose un poco de lado a lado y los brazos y las piernas atrofiados. Por culpa de lo desfigurado que estaba, todo en él era penetrantemente real, y me produjo un pánico que iba más allá de lo que mis ojos estaban registrando. Su cara parecía tener la misma consistencia que el barro apisonado. Tenía la cabeza llena de bultos y concavidades, sin apenas pelo; la cabeza entera era un objeto blando y curioso que parecía sacado de un frasco verdoso. Un par de manos deformes e inservibles. Unos brazos que llegaban a tres cuartas partes de la longitud normal. Las piernas quizá un poco menos. Lo que hacía inolvidable al chico era el puro poder orgánico de su presencia. Estar plantado delante de él era como presenciar el avance de una mutación imposible, de pájaro a gusano marrón, aunque por supuesto él simplemente estaba depositado allí, mojado, blanco e inmutable, completamente estancado, y empecé a tener la impresión de que el otro punto de la progresión era yo. La sensación de horror y de pánico no se me iba, y entendí por qué los merodeadores no habían querido seguir buscando en aquella habitación. Aquel vislumbre de transposición estructural lo hacía sentirse a uno casi desplazado; él era lo que siempre habíamos temido: nosotros mismos radicalmente despojados, garabateados a oscuras. En lugar de marcharme me acerqué más, atraído hacia lo que yo sentía que era su potestad, la fuerza impotente de su encierro en aquella carne tibia, en las reducciones del ser. Me apoyé en una rodilla y traté de encontrar alguna línea de visión o eje en aquella mirada pálida. Con la mano izquierda le levanté la cabeza y no le encontré en los ojos nada más que un parpadeo rítmico. Yo debía de parecerle una sombra, un líquido aguado, un mero incidente en el bloque de luz donde él vivía. Por primera vez empecé a reparar en su belleza embrionaria. Los ojos vacíos se le movieron un poco. La boca se le abrió ligeramente y se le cerró sobre un telar de mocos. De entrada yo creía que mi pánico, aquel asombro que me había detenido el flujo sanguíneo, me lo había causado el miedo a verme reducido a aquella circunstancia inerte. Pero tal vez hubiera algo más: la posibilidad de que semejante circunstancia pudiera acabar resultando hermosa. El chaval tenía cierto atractivo, una inquietante

atracción lunar, y yo llevé la mano hasta la superficie húmeda de su cara. En las épocas estrechas de miras la belleza es peligrosa, es un cuchillo en el fino cuello del hombre racional, y solamente quienes viven entre los estratos de esas extrañas épocas pueden conocer su nombre y su forma. Cuando le aparté la mano de la cara, la cabeza reanudó su bamboleo de metrónomo. Me seguía dando miedo, de hecho más que nunca, pero ahora me sentía dispuesto a respirar su aire, a oler los gases insulsos que emanaban de él, a introducirme en su conciencia, en lo que hubiera de ella. Habría sido mejor (y hasta alentador) pensar en él como en una especie de supercrustáceo o verdura hervida diabólica. Pero era demasiado humano para eso, se me adhería como si tuviera ventosas o filamentos pegajosos. La boca se le abría y se le cerraba. Los ojos le parpadeaban a intervalos precisos. La cabeza se le meneaba de lado a lado. Micklewhite ajustó el volumen de su televisor.

—Cuidado, que muerde —me dijo.

Subí las escaleras para ir a ver a Fenig. La puerta estaba casi arrancada, colgando de la bisagra de abajo. Él estaba sentado ante su máquina de escribir, mirando las teclas. Había vendas, esparadrapo y gasas por todo el suelo. Fenig tecléo unos cuantos caracteres, luego se volvió hacia la puerta y me saludó tímidamente con la mano. Tenía la cara llena de moretones. Tenía toda la ropa manchada de sangre. Tenía las dos cejas infladas, el labio superior partido y cubierto de sangre apelmazada. No se había puesto ni vendas ni gasas en las heridas, por lo menos en las zonas que quedaban a la vista. Me quedé allí plantado, mirando cómo mecanografiaba un par de líneas, muy despacio, picoteando débilmente cada tecla con los dedos antes de asaltarla de forma definitiva, antes del momento en que las palabras le salían por las manos y encontraban la página. Volvió a mirar hacia mí.

—No paran de cerrar revistas. La cosa no va bien. Llevo bastante tiempo preguntándome si acaso no habré perdido la chispa esencial. No debería haber estado preocupándome por mí, sino por el mercado. El mercado se está reduciendo cada día. Las luces brillantes se están apagando. Los ruidos y los ecos se están apagando. El enorme arco elíptico cada día gira más despacio.

—¿Se han llevado algo?

—Solamente me han dado unos cuantos coscorrones y me han pisoteado un poco. He tenido suerte. Se deben de haber pasado un total de dieciséis segundos en la habitación. Han hecho un montón de ruido al subir las escaleras y un montón de ruido al bajarlas. Creo que ésa ha sido la parte central de su operación. La idea de asaltar un edificio. La idea de entrar por la fuerza. La idea de la dominación. Podría haber sido mucho peor. He tenido

suerte. No deja de alucinarme la suerte que he tenido. Conozco a gente que daría lo que fuera por tener la suerte que yo he tenido.

—¿Quieres que te ayude a limpiar este desmadre?

—¿Te refieres a las vendas y esas cosas? Soy yo quien ha tirado las vendas y esas cosas. No han sido ellos. He sido yo. Después de que se marcharan he sacado todo esto de mi botiquín. Las tiritas de plástico. La gasa de seguridad. Las toallitas estériles no adhesivas. El esparadrapo de primeros auxilios. El algodón absorbente. Lo he sacado todo. Lo he puesto sobre la mesa y me lo he quedado mirando. ¿De qué sirven la gasa y el algodón contra la idea de la dominación? ¿De qué sirve una compresa estéril contra la idea de dominación? Así que he decidido sangrar. He decidido experimentar incomodidad durante unos días. Pero ya no pienso en eso porque ahora mismo, mientras estoy sentado en esta silla hablando contigo, estoy enfrascado en crear un género nuevo. Las fi-nan-zas. Escritura financiera. Libros y artículos para millonarios y para millonarios en potencia. Las compuertas se han abierto y las palabras están saliendo en tromba. Literatura financiera. Si se maneja bien, puede ser una puñetera mina de oro, hablando en términos relativos.

Mi puerta estaba intacta. Entré y encendí la radio. En la habitación hacía frío. Cerca de la puerta había una bolsa de asas que el criado de Watney se había dejado allí por accidente. Sonó el teléfono. Era Azarian desde Los Ángeles, diciendo que su gente estaba ansiosa por entrar en la puja. Le colgué el teléfono. Por la radio varios hombres conversaban en un idioma desconocido. Busqué una manta extra dentro del baúl. El paquete que contenía las cintas de la montaña había desaparecido. Me vi obligado a desandar y repetir mentalmente varios pasos antes de llegar a aquella conclusión. Supe inmediatamente que en el baúl faltaba algo. Me di cuenta de que era el paquete marrón. El paquete que contenía la droga. Por fin me acordé de que el paquete con la droga lo tenía Hanes. En el segundo paquete estaban las cintas. Y el segundo paquete había desaparecido. Me quedé en un rincón de la habitación, cerca de la ventana, cruzando y descruzando los brazos, y por fin me metí las manos en los sobacos para entrar en calor. Sabía que nunca sería capaz de reproducir un contenido emocional tan complejo como el de aquellas cintas, ni de recordar ni una sola letra.

Al cabo de un rato me fui a la puerta, cogí la bolsa de asas de Watney y abrí la cremallera. Dentro había varios centenares de cromos de chicles. Todos tenían la foto de Watney. Una estampa bastante graciosa. Pero no era lo que yo necesitaba en aquel momento.

No había manta extra. Me eché el abrigo de Opel sobre los hombros, me puse la única manta disponible encima del abrigo y luego me apoltroné en una silla y esperé a que apareciera la primera línea de luz al otro lado de la ventana, trayendo un letargo sin sueños.

18

Descolgué el teléfono y escuché el tono de marcado, la música de un universo muerto. Aquel sonido me fascinaba. Desde que me habían arreglado el teléfono, había cogido la costumbre de levantar el auricular de vez en cuando y limitarme a escuchar. Una fuente de placer y de miedo que jamás había explorado. El resultado era siempre el mismo: un silencio dotado de propiedades acústicas.

Marqué el número de la oficina de Globke, el de su casa y el de su coche. Nadie sabía dónde estaba. Su mujer me habló de esa quietud que reina en el centro de las cosas que están en movimiento. De fondo, mientras ella hablaba, yo oía mi voz, girando a treinta y tres revoluciones y un tercio, el segundo tema de la cara A del tercer álbum.

En la puerta apareció un hombre vestido con capa de gendarme. Era un tipo pequeño y pálido, casi perdido en la capa y las botas altas, y en la mirada se le veía un frenesí que parecía estar intentando disfrazar de vigilancia atenta. Hizo un gesto hacia el cuarto de baño.

—¿Qué hay ahí?

—Todo lo que no está aquí.

—Mi nombre no es importante. Menefee. Se da el caso de que me llamo Menefee pero eso no es importante. Lo importante es la persona para la que estoy dando el visto bueno. Estoy aquí para dar el visto bueno. Estoy aquí para asegurar la zona antes de que usted y la persona en cuestión lleven a cabo sus negocios secretos. Tenemos procedimientos que hemos desarrollado a lo largo de los años. ¿Puedo usar su teléfono?

Mientras marcaba un número se interpuso entre el teléfono y yo. Encogió la cabeza bajo la capa para hablar con la persona del otro lado de la línea. Cada pocos segundos se quedaba escuchando y se daba la vuelta ligeramente para echar vistazos en mi dirección, como si estuviera verificando mi descripción.

—Cambio de planes —me dijo—. No vamos a ir nosotros allí. Va a venir él aquí.

—¿Quién va a venir? —le dije.

—El doctor Pepper.

—Pues se va quedar decepcionado.

—A mí no me diga nada —dijo Menefee—. Yo solamente he venido a dar el visto bueno. Yo me limito a eliminar riesgos. Trabajo con los detalles, no con las sumas totales. No quiero que nadie comparta conmigo ninguna información en la que entren sumas totales. Y le aseguro que es un trabajo duro. No hay nada que le destroce a uno los nervios como gestionarle los detalles a alguien como el doctor Pepper. Nos pasamos el tiempo recorriendo el país, entrando y saliendo de hoteles, de moteles, aviones y taxis. Viendo a gente y huyendo de gente. Haciendo tratos y moviendo hilos. El doctor Pepper es un maestro de muchas cosas. La gente cree que limita su genialidad a la droga y las cuestiones relacionadas con la droga. A los asuntos de drogas. Pero no es así. Él demuestra su genialidad de un número indeterminado de maneras, todos los días, de norte a sur, en tierras de lagos o en terrenos montañosos, hablando con los que cortan el bacalao o simplemente paseando por un camino rural y charlando amablemente con algún mochilero con tendencia a la penitencia y la mortificación. El problema es que es un obseso de los detalles y eso hace que mi trabajo sea difícilísimo. En cuanto tenemos algo organizado, se pone en contacto conmigo con alguna artimaña y me cambia ocho detalles de un total de once. Se puede decir que es un tipo hipersecretista. Podría usar usted adjetivos como extraño e irreal y estaría acertando. Tiene disfraces y tiene sorpresas. No confía en nadie en absoluto, y en mí menos que en nadie. Todo el tiempo está diseñando pruebas para determinar mi lealtad. Domina como nadie los acentos regionales, jamás se olvida de nada y es un maestro de la ocultación. Cada vez que conozco a alguien, doy por sentado automáticamente que es el doctor Pepper disfrazado para poner a prueba mi lealtad. Pero el hombre es un auténtico genio. Le estoy agradecido. Estudié dos años de sociología de crisis en la Universidad de California en Santa Bárbara, en Santa Bárbara, California. La experiencia estuvo a punto de estropearme la cabeza. El doctor Pepper me sacó del mundo de la terminología y los números y las clasificaciones y me dio acceso a toda una serie de modalidades nuevas de conciencia. El centrifugalismo y las sobrecargas. Los parches cerebrales. Las zonas de actuación con electrodos.

Dejó de hablar de golpe y fui consciente de un martillo neumático que golpeaba la calle a una media manzana de distancia en dirección oeste. Menefee estaba junto a la puerta, con el cuerpo sujeto a algún ligero espasmo y reflejando con la cara una concentración mental tan intensa que temí que los ojos se le fueran a hundir de golpe en las cuencas a fin de contemplar las

profundidades de su mente, dejándole a mi mirada el único espectáculo de un lodo cuajado y unos goterones rosados. A continuación se colocó lentamente frente a la puerta, la abrió un par de dedos y se asomó al pasillo. Por fin regresó flotando al centro de la habitación, seguido por el gran hombre en persona: el doctor Pepper, una figura de tamaño ordinario, vestido con ropa ordinaria y algo anticuada, no menos común en líneas generales que una almeja sobre un plato de plástico. Menefee hizo gestos de aprobación con las manos y en cuanto la puerta estuvo cerrada con pestillo, la persiana bajada y las presentaciones hechas, nos sentamos los tres a la mesa, muy juntos, Pepper y yo en sillas idénticas de respaldo recto y uno enfrente del otro, y Menefee entre ambos en la butaca baja de lona, inclinado hacia delante, con la cara al nivel de la mesa.

—El producto no está aquí —dije yo.

—Me han informado de eso —dijo el doctor Pepper—. Ese correo al que han contratado está en alguna parte intentando negociar por su cuenta. Predecible. O por lo menos semipredicable. Esa panda del Valle Feliz no es lo que yo llamaría un grupo espabilado de gente. Les sobra iniciativa pero les falta agudeza. Primero me dicen que espere a que vengan dos personas con el producto. Después hay un retraso imprevisible. En mi vocabulario solamente existe una clase de retraso. El retraso estratégico. Pero yo lo dejo pasar sin hacer comentario alguno, aunque interiormente estoy convencido, fíjese, de que a esa panda le falta la agudeza necesaria. Hay que afinarse a uno mismo. Yo me he pasado años afinándome. He tratado con las mentes más rápidas y con los intelectos más rápidos. Así es como he adquirido mi propia rapidez. He tratado con gente que sabe qué baraja es la que está marcada. A esa gente yo los llamo los que cortan el bacalao. Hay que afinarse a uno mismo. Hay que cortar las partes sobrantes. Y entonces, ¿qué van y me dicen ellos? Pues me dicen que ahora el mensajero es el agente negociador con plenos poderes de negociación. Yo cuelgo el teléfono con una sonrisa. Se me escapa una sonrisa. Falta de criterio, concluyo. Falta de experiencia. En otras palabras, no hay que confiar en el Valle Feliz. No hay que confiar en sus líderes. No hay que confiar en sus empleados y subalternos. Al resto de las agencias del submundo hay que verlas con cierta dosis de cinismo a la luz de sus actuaciones en el pasado. Al Gobierno de Estados Unidos hay que verlo con una dosis doble de cinismo teniendo en cuenta que son las víctimas de esta estafa. Al Gobierno de Estados Unidos solamente tengo una cosa que decirle: payasos. Eso es lo que tengo que decirle. ¿Qué es el Gobierno de Estados Unidos? Una panda de ricos que juegan al golf. Son empresas grandes, un

ejército grande y un gobierno grande que se pasan el día visitándose entre ellos a bordo de aviones de empresa con el único propósito de jugar al golf y hablar de dinero. Así pues, ¿a quién deja eso en posición de confianza? Amigo, nos deja a usted y a mí.

El doctor Pepper llevaba un sombrero de fieltro con el ala vuelta hacia abajo. El traje le venía un par de tallas grande, un traje gris y antiguo encima de una corbata estrecha gris y blanca y de una camisa blanca y sucia con el cuello deshilachado. Aparentaba cuarenta y muchos años. Su cara era inexpresiva, tirando a estrecha, y sus ojos eran oscuros y no se movían. Aunque al principio no conseguí verle ningún rasgo distintivo, pronto empecé a notarle detalles de profesionalidad. Su cara de póquer era clásicamente inmutable, compuesta a base de una tira de película muda, fotograma a fotograma. Hablaba con voz inexpresiva y desgastada, esforzada en su insulsez, la voz de un actor que monologaba desde una mecedora. Por supuesto, yo tenía la ventaja de saber quién era. También estaba bastante seguro de haberlo visto antes y de haber oído o bien aquella voz, o bien una aproximación a ella. Tal vez lo más extraño del doctor Pepper fuera el hecho de que no llevara gafas. Tenía esa clase de cara que necesita gafas para estar completa, unas viejas gafas sin montura apoyadas en la punta de la nariz, pero la ausencia de aquel detalle final únicamente confirmaba su naturaleza esquiva y su talento; era una cara que le daba a uno ganas de rellenarla, de rematar aquella proposición cómica. Solamente había una cosa que conectara todo lo demás —los manierismos invisibles, el oficio, el humor tacaño—, y ese elemento que lo enhebraba todo era el peligro. El doctor Pepper había vivido entre hombres peligrosos, había trabajado en circunstancias arriesgadas, y su excentricidad, su distancia del eje, tenía sus orígenes en las presiones básicas y maquinales que experimenta un hombre incapaz de pensar o vivir de acuerdo con los temas centrales de la ley. Incluso su apariencia, pese a ser ordinaria, sugería que había tenido contactos con la ilegalidad. De lo que más tenía aspecto era de hombre al que acababan de soltar de la cárcel en 1947 en Joliet, Illinois. No habría sido fácil decir por qué crimen había estado encerrado. Tenía el don de poner distancia entre sí mismo y quienes lo aplaudían. Mis vagas conjeturas habrían incluido abusos sexuales a menores, defalco y estafas a viudas.

—Escúchame bien, Buck. Esa cosa que han sacado a la luz es la clase de producto que un hombre como yo nunca dejaría pasar. Les reconozco la iniciativa. Tengo mis fuentes y esas fuentes confirman lo que llevo tiempo sospechando. Que esto no es ninguna clase de travesura insignificante de

niños. De ninguna manera y en ningún sentido. Esto que tenemos entre manos es un asunto de mucho peso. Esta droga es alguna clase de sustancia extrema. Es un asunto que apremia y merece toda nuestra atención.

—Ya me había dado cuenta —le dije—. No queda nadie en el mundo libre que no quiera hacer una oferta. Hay un grupo en la costa que quiere pujar. Están ansiosos por pujar. Hay un grupo en Europa que también, y también están ansiosos. Está el grupo de Watney. Británicos y europeos. De los japoneses todavía no he oído nada. Por supuesto, es posible que Hanes sí que haya oído de ellos. Él es quien está por ahí con el producto.

—Watney apareció por primera vez en mi radar en Boston —dijo el doctor Pepper—. Ya lo creo, Watney y esa panda suya. Por entonces yo no paraba de toparme con gente excéntrica. Había un hombre capaz de imitar a una máquina de coser. Había un par de chicas, Lenore y Doreen, sacadas de la misma calle y que no paraban de hablar, hermanas, Lenore era la más gorda, y me estaban intentando vender una radio que llegaba a Perth, Australia. Yo acababa de manufacturar y vender Dios sabe qué cantidad de cápsulas negras relucientes al por mayor, haciéndome pasar por mi propio director de ventas. Aquella noche se llevaron a cabo toda clase de maniobras. Al tío de la máquina de coser lo estaba hipnotizando un primo de Watney que era la primera vez que venía de viaje aquí y se negaba a salir del hotel por miedo a que lo ataran al guardabarros de un coche y se lo llevaran al norte para revenderlo a una planta maderera. Por aquella época, Boston iba lleno de historias de secuestros nocturnos. Recuerdo que allí había un tipo, Montaldo, promotor y mánager, que además controlaba todo el negocio de las orquídeas desde el norte de Braintree hasta la frontera, al parecer. El mismo Watney estaba colocado de una forma extremadamente interesante. En la *suite* había una cocineta, con lo básico, y Watney cogió un huevo y lo colocó entero y sin cascar en una sartén, sin fuego, sin calor por debajo, y se quedó allí plantado esperando a que apareciera un huevo frito, y no entendía por qué no aparecía. Nadie sabía quién era yo. Yo deambulaba por la *suite*, presenciando toda clase de situaciones. El encargado del equipo de una banda de música local, un tipo llamado Mulderick, si no recuerdo mal, estaba vendiendo tarjetas de crédito, permisos de conducir, documentos de baja del ejército y transcripciones de la Harvard Business School. Un chaval con el brazo escayolado me contó que la escayola tenía un compartimento secreto para transportar droga y me ofreció los planos por veinte dólares. Yo estaba distraído con todas aquellas señales de iniciativa empresarial. Me estaba pareciendo una velada vagamente divertida, con la excepción del número de

hipnotismo, que me daba cuenta de que se estaba llevando a cabo sin sensibilidad alguna hacia el procedimiento, y es que resulta que yo entiendo del tema, puesto que soy poseedor de uno de los pocos títulos legítimos de hipnotismo que ha concedido alguna vez una universidad acreditada de este país. Poco después, Watney hizo una llamada a su casa de las afueras de Londres y se encontró con la lamentable situación de no estar en casa para contestar el teléfono. Estaba intentando llamarse a sí mismo, ring ring, y nadie le cogía el teléfono. El resultado fue miedo y temor. Se sentó en el suelo llorando con lágrimas de verdad y el teléfono en la mano. Oh, fue una crisis de proporciones considerables. El tipo cayó víctima de la más negra de las ansiedades. Se le veía un terror absoluto en la mirada. Era presa del terror, no cabía duda, no paraba de sonarle aquel ring ring ring en el oído. Así era Watney la primera vez que apareció en mi radar, mucho antes de que esgrimiera el escudo de hombre de negocios.

—Dígame si tengo razón —le dije—. Usted estuvo aquí la noche en que hubo una fiesta. En que el apartamento se llenó de gente. Fumaba usted en pipa. Era usted el profesor de Historia Latente. Se pasó un rato hablando de eso. Dígame si tengo razón.

—Te voy a decir para qué vine, Buck. Vine para comprobar las credenciales de la señorita. Por entonces yo no sabía que el producto estaba en tus manos. Pero sí conocía la identidad de la agente en jefe del Valle Feliz. Así pues, como estaba en la ciudad y me había enterado de la fiestecilla por varias fuentes locales, se me ocurrió pasarme. Quería conocer en persona a la señorita y ser el primero en poner un pie en el proceso negociado. Por desgracia, no llegué a hablar con ella. Se retiró temprano, se apagó en medio de todo aquel humo.

—Me acuerdo.

—Solamente estaba inspeccionando el terreno. Es algo que me gusta hacer en cuanto se me presenta la oportunidad. Es lo que estaba haciendo cuando tú y yo nos conocimos.

—Nos conocimos aquella misma noche en que usted vino a conocer a Opel.

—Antes —me dijo él—. Yo sabía que tú habías estado en contacto con el Valle Feliz. Quería inspeccionar el vecindario entero, incluyendo tu apartamento. Echar solamente un vistazo rápido, plis plas, entrar y salir, para orientarme.

—¿Y eso cuándo fue?

—Yo era el vendedor de cepillos. Vine con una maleta de muestras y os solté un discursito sobre las mutilaciones y las tasas de cambio.

—Carajo.

—Es un número mío muy muy antiguo. Se me ocurrió desempolvarlo y probarlo, ya que estaba en la ciudad.

—A mí me dijeron que usted ya no viajaba.

—Te diré cómo ha corrido ese rumor. Ese rumor lo he hecho correr yo. Hay que tener a la gente desorientada. Si dejas que la gente se oriente, te arriesgas a que pasen muchas cosas, y la más probable es que pierdas la ventaja. Y esta clase de operaciones dependen completamente de la orientación y de la ventaja. Sigo viajando. Me gusta hacer incursiones rápidas. Como por ejemplo venir a Nueva York cuatro o cinco veces al año.

—A mí no —dijo Menefee—. Cada vez que venimos a Nueva York me tengo que inflar a drogas. Me tengo que atiborrar como si fuera una máquina que funciona con carbón. Nueva York es demasiado real. Es una de las cosas más reales que hay en el universo observable.

—Aquí estamos criando a una raza de gigantes —dije yo—. Todavía no está claro pero lo va a estar muy pronto. Hombres, mujeres y niños. Todos gigantes. Preparados para comer cristal y romper el cemento a puñetazos.

—Me tengo que atiborrar de drogas. Me preparo unos brebajes rarísimos. Es la única forma que tengo de sobrevivir a tanta realidad.

—Me gusta viajar con los pies en la tierra —dijo el doctor Pepper—. Para conocer a la gente de la carretera. A los vagabundos. A los productos puros. Me acuerdo de Roy Best, un legendario intérprete de banjo que trabajaba para una compañía perforadora cuando yo me lo encontré. Perforaciones Bushwick, Roy Best. Otra leyenda de aquella época era Vincent T. Skinner, asiduo de los salones de billares y toda una cultura antropológica en sí mismo, Vinny Skinny, vendía mesas de billar puerta a puerta porque le encantaba aquel juego, Vincent T. Skinner, murió de congelación una noche en que se fue a dormir a una planta de envasado refrigerada entre turno y turno. Mylon Ware, el cantante folk loco de atar, casi una leyenda. James Radley, nutricionista, una leyenda de cabo a rabo. El semilegendario pinchadiscos Horward Mud Stump Meegan, que llevó calcetines blancos todos los días de su vida porque tenía alergia en los pies a los tintes de colores. Bobby Boy Todd, un espíritu libre que trabajaba de emisario para una empresa de autobuses, llevando autobuses de un lado a otro hasta que lo dejó para viajar, viajar sin más, nada más que viajar, para pasarse los días y las noches viajando, un espíritu libre, una leyenda de los viajes, se casó con una chica

mestiza y el mismo día de su boda se rompió las dos piernas bajando por un barranco en un triciclo infantil. ¿Por qué son tan tontos los espíritus libres? Rosalee Dowdy, la reina de los tebeos, una leyenda y media. Tristan Bramble, folclorista y musicólogo, detenido nueve veces por posesión de drogas, muy importante en mi formación. Earlene Griffin, la arreglista de *rhythm and blues*, una figura muy influyente. Anoche mismo, en la estación de autobuses de la Autoridad Portuaria, donde me gusta pasar el rato cuando estoy en Nueva York, me encontré con Vernon Kliegl y Mary Kliegl, el matrimonio de enanos que se hicieron legendarios a finales de los cincuenta por robar en grandes almacenes. Ahora están más o menos retirados y viven de las rentas. Cuando los vi anoche iban borrachos como una cuba. Colgados el uno del otro. Los llamé pero iban tan borrachos que no me oyeron. De manera que los seguí hacia la escalera mecánica de bajada. Resultaba que la escalera mecánica de bajada no funcionaba, estaba averiada, parada. Los Kliegl se quedaron allí, en el escalón superior, demasiado borrachos para darse cuenta de que no se estaban moviendo. La escalera mecánica de subida funcionaba bien y pasó un centenar de personas al lado de los Kliegl antes de que Mary Kliegl se diera cuenta de que llevaban todo aquel rato parados y se pusiera a darle puñetazos a Vernon Kliegl en el brazo y en el pecho, preguntándole en tono imperioso qué coño estaba pasando. A mí se me escapó una sonrisa. Aproveché aquel momento para sacarlos de la escalera mecánica. Vernon me reconoció al instante y nos dimos la mano y nos pusimos a hablar de esto y de aquello. Mientras hablábamos me di cuenta de que Mary Kliegl no paraba de mirarme con el ceño fruncido, demasiado borracha para saber quién era yo. Se puso otra vez a aporrearle el brazo y el pecho a Vernon, sin dejar de chillarle: «¿Quién es éste, quién es, lo conocemos?». Al final tuve que abortar la conversación en aras de la integridad física de Vernon Kliegl. Ella ni siquiera me dejó explicar quién era yo. Los enanos tienen mentalidad de clan.

Pepper tenía las manos pegadas a la mesa. Durante toda la narración su expresión había permanecido inmutable. Yo sabía que aquellas personas existían. Aquellos supuestos productos puros. Los encontraban medio muertos cerca de las vías del tren o bien los mandaban en tropel a los almacenes de locos diagnosticados. Sin embargo, Pepper parecía estar recitando por puro ejercicio. Tal vez estuviera ejercitando aquella identidad en concreto, trabajándole los músculos, añadiéndole una legua a su kilometraje. Yo no le podía oír defecto alguno a la entonación laxa de su voz.

—¿Y bien? —le dije.

—Mi intención es presentar la droga en cápsulas verdes de veinticinco miligramos. Alubias malignas. Es demasiado pronto para calcular el precio.

—Pero no tiene usted la muestra. La tiene Hanes.

—Por eso estoy aquí, Buck. Hanes no va a poder deshacerse del producto fácilmente. Hanes no sabe lo de la orientación y la ventaja. El chaval es un pipiolo y un novato, un niño meón en medio de los lobos. No tiene contactos en las altas instancias y no sabe cómo funcionan las cosas ahí fuera, aunque a estas alturas tal vez ya lo esté averiguando. Yo sospecho que volverá. No puedo estar ahí fuera de forma indefinida sin exponerse a un peligro grave. Todo este asunto entraña un riesgo muy alto. Si sobrevive, éste será el primer sitio al que vuelva. Estoy completamente convencido. Devolverá el producto al mismo sitio del que lo sacó. Es el primer instinto de un hombre atrapado. Entretanto yo andaré cerca. Lo tendré todo vigilado. Me mantendré en contacto.

—Es posible que yo no esté aquí —dije.

—Buck, quiero ese producto de verdad. Es posible que ésta sea mi última empresa en el terreno de las drogas y el abuso de las drogas. Ansío encontrar nuevas fronteras. En mi seno hay un ansia de los espacios y territorios sin explorar de la mente humana. De energía. Quiero probar campos inéditos de energía. La droga está bien. La droga es el poder de la tierra, es el uso de los productos de la tierra orientado a hurgar en las profundidades de las partes terrestres de la mente. Pero la energía es el poder del universo. Y yo quiero probar ese poder. Veo masas de gente que cambia sus patrones de energía por medio del control de los biorritmos procedentes de las frecuencias básicas del universo. Electrodo estéreo. Control de los cambios internos. Preveo abusos, claro. Preveo anuncios de venta por correo en la parte trasera de las revistas para hombres. ¡Le curará el cáncer en cuestión de segundos! ¡Le añadirá centímetros a su polla! Pero esa clase de memeces son inevitables y yo no puedo perder tiempo preocupándome por ellas, por mucho que me aflijan desde un punto de vista profesional. Ya estoy medio involucrado en un proceso que yo llamo el proceso de centrifugalismo. Electrodo estéreo. Cápsulas de impacto sobre la presión sanguínea. Lo que yo llamo el autodomínio de la mente interior.

—Ahora mismo tengo problemas que no tienen nada que ver con usted ni con Hanes ni con el universo.

—Quiero terminar esta fase de mi carrera con una gesta técnica y de mercado que vaya más allá de lo legendario. Tú y yo, amigo mío, somos las únicas dos personas que ocupan posiciones de confianza. En cuanto el

producto sea devuelto, entraremos en consultas intensivas. Allí donde se puede hacer dinero y se pueden crear leyendas, yo no dejo nada al azar, y me parece buena señal para el futuro de nuestra asociación el hecho de que te hayan cortejado otras agencias del submundo y tú no les hayas entregado el producto. Pero acepta un consejo. Esta operación está cargada de peligros. Bohack no es un hombre con el que se pueda jugar. Es un caballero que tiene los nervios a flor de piel y que responde de toda clase de maneras. Algunas razonables. Y otras no tanto.

—¿Quién coño es Bohack?

—Pfffff.

—¿Cómo? —dije yo.

—Se ha reído —dijo Menefee—. Él se ríe así. Pffff. Pfff, pffff. Yo tardé meses en darme cuenta. Me pasé meses pensando que me estaba intentando quitar hilos sueltos de la camisa a soplidos.

El entusiasmo tóxico de Menefee lo llevó a golpearse varias veces la barbilla con el borde de la mesa. Al final me contó que Bohack era el nombre del tipo que lideraba una de las facciones del Valle Feliz. Mientras los dos hombres se levantaban de la mesa, oí que el martillo neumático taladraba roca. Luego el doctor Pepper se sacó unas gafas del bolsillo interior de la chaqueta del traje. Frotó las lentes con una toallita de usar y tirar, las sostuvo bajo la luz y se las colocó con cautela sobre las orejas y la nariz. Eran unas gafas oscuras de montura negra y gruesa. Un toque de paranoia cómica, pensé yo. Un disfraz que cubría otro. El payaso itinerante doblemente camuflado.

19

Una vez Opel y yo habíamos hecho el amor dentro de la cámara anecoica de las montañas. Me acordé ahora que estaba tumbado en la cama, sin poder dormir. ¿Cómo habíamos sido entonces, en aquel momento y en aquel lugar, libres de la pesada carga del sonido exterior? Habíamos sido como ángeles que se dan refugio el uno al otro en la noción de la ausencia de deseo, aturcidos por nuestra aceptación de aquella deriva por la materia subatómica. El amor de las mentes debería durar más que las vidas. Y tal vez sea así, tal vez cada mente sea una tirada de dados de las estrellas de neutrones, invisible salvo para la teoría, removiendo el frío espacio en busca de su amante. Opel jamás regresó a la cámara porque los baffles en forma de cuña le habían recordado a murciélagos colgando en una cueva.

Di los pasos justos para ir de la cama a la puerta. Al otro lado no había nadie. Cogí una revista y traté de leer una columna de texto impreso, pero tuve que dejarlo en la segunda línea por culpa de la presión que se me acumulaba detrás de los ojos. De la tubería conectada al radiador goteaba agua condensada que iba blanqueando el suelo de madera. Ya casi estaba amaneciendo, se avecinaba nevada, el teléfono estaba agazapado sobre la pila de listines telefónicos y los bomberos respiraban en su cuartel. En el pasillo había una joven negra, plantada con las piernas muy separadas y los brazos en jarras. Iba engalanada con pedrería y drapeados y toda ella emitía un destello de elegancia, una gracia comercial, evidenciada en la naturalidad con que cambiaba de postura para orquestar una especie de violencia corporal llena de estilo. Me quedé allí plantado con mis viejos pantalones cortos y las uñas de los pies sucias. A continuación subió las escaleras Azarian. Entramos, él cogió una silla y yo me metí en la cama. La mujer se quedó en el umbral de la puerta abierta. Por primera vez en tres días me pareció que podría dormir.

—El grupo se ha separado —dijo Azarian—. Ya no existimos como grupo. Nos hemos separado oficialmente.

—¿Quién es la encantadora señorita?

—Seguridad —me dijo—. Se llama Epiphany Powell. Tal vez hayas oído hablar de ella. Ha sido cantante, ha sido modelo y ha sido actriz. Ahora se

dedica a la seguridad. El grupo se ha separado. Ya no existimos como grupo. Por supuesto, cuando te marchaste tú se acabó toda esperanza real. Aun así, da mucho miedo. Nadie estaba preparado. Pero ha pasado. Ya no existimos en el sentido tradicional.

—¿Desde cuándo?

—Lo he oído por la radio viniendo del aeropuerto. Cuando salí de Los Ángeles, el tema cambiaba continuamente. No había nada decidido hasta el punto de que pudiéramos salir y decir que habíamos llegado a una decisión. Pero supongo que nos hemos separado porque lo he oído por la radio. Sonaba bastante oficial. ¿Quién tiene la última palabra en estos casos?

—La radio.

—En gran medida ha sido cosa mía —dijo—. Me he metido mucho en música negra. No como intérprete ni productor. Sólo como oyente. Aquellos rollos antiguos y vistosos en que todo el mundo llevaba ropa brillante y el pelo engominado. Batería tocada con escobillas, piano, interludios de saxo. «*Baby don't you know that I love you so*». Ése es el sonido que me mola, Bucky, no puedo evitarlo. Después de todos estos años me doy cuenta de que es el único sonido que me gusta de verdad. De manera que he ido dejando de lado al grupo y ahora ya no existimos como tal. Esos numeritos de baile que hacen. Agitando las manos, arrastrando los pies, haciendo girar el cuerpo con soltura. Los Tailfins. Los Splendifics. «*It's a hurtin' pain you give me, babe, but I'm fightin' for my love*». Es todo amor y tristeza, Bucky, y me está destruyendo emocionalmente. Esas emociones toscas y estúpidas resultan increíblemente hermosas. Esas baladas tristonas con pasajes esporádicos en falsete. Y hasta cuando escucho los discos me los imagino moviéndose por el escenario, haciendo esos meneítos y arrastrando los pies y agitando las manos. Con el pelo reluciente. Con los esmóquines a medida. Con las dentaduras y las uñas fantásticas. Y las emociones baratas que transmiten las letras me dejan hecho polvo. Las Motelles. Las Vanities. Las Willows. Los Renditions. Los Flairs. Nate Pearce y los Hydromatics. «*Baby can't you see how you're upsettin' me, shoo-eee, shoo-eee?*». Todo está ahí, Bucky. Ni quiero ni necesito nada más.

—¿Dónde está Globke? ¿Alguna idea?

—No hemos estado en contacto para nada. ¿Con Globke? Para nada.

—¿Dónde está Hanes? —dije yo.

—Con Hanes no hablo nunca. ¿El oficinista de Globke? Nunca hablo con él.

—Estoy casi listo para entrar en acción. Pero me hace falta cierto artículo.

—Bucky, la gente a la que represento son un grupo empresarial. Saben cómo manejar el artículo en cuestión. No son una panda de drogatas navajeros. No se dedican a acumular explosivos. Son un pilar de la comunidad. Se los conoce en las calles y se los conoce en los salones llenos de humo y en los rincones de las oficinas.

—¿Pero se los conoce en los lavabos de señoras? ¿Se los conoce en los desvanes de iglesia y en las cavernas prehistóricas?

—Has dicho que estabas dispuesto a entrar en acción. ¿Qué acción?

—La claustrofobia de los espacios enormes. Ruido, ecos, ruido. No saber cuál es cuál. Gente inflamándose en los asientos de cuatro dólares.

—¿Tienes miedo?

—No hay otra vía —dije yo—. Es absolutamente necesario entrar en acción. Estoy traicionando una idea que solamente entiendo a medias. Pero es necesario. Estoy traicionando esta habitación y estos objetos. Pero hay que hacerlo. En ese sentido me da miedo. Me siento un fardo enorme. Tengo la sensación de que me están remolcando para sacarme de un hangar.

—No hay nada que dé más miedo que la inmensidad y el peso de la negrura —dijo Azarian—. Es increíble. Meterte en ella es como hundirte en toneladas de cemento maloliente para llegar a un momento histórico en que puedas ver quién eres tú y quiénes son ellos y cómo el viaje os ha historizado. La negrura tiene un olor propio que es duro y firme. Es como entrar en una habitación de un país árabe y encontrarse a un montón de tipos en la penumbra con albornoces y sandalias todos fumando hachís y diciendo cosas que tú no entiendes y que todo huele a hachís y a pies de desconocido y al tremendo e intenso peso de los siglos desconocidos. Unos siglos que nunca experimentamos. No sé cómo puedo transmitirte ese peso y esa gravidez. Ese olor que es al mismo tiempo metálico y orgánico. La lentitud de todo. La indiferencia de la experiencia negra hacia la persona que está intentando obtenerla. Es el más pesado de todos los viajes. Te lo garantizo. Es increíblemente intenso. Es más duro que las drogas más duras.

—El producto no está aquí. No sé dónde está. El Valle Feliz tampoco sabe dónde está. No hay negocio posible.

—Primero de todo te darán una bonificación. Luego un porcentaje. Y al final la opción de invertir. Te darán el bono sin importar cómo de vendible resulte ser el producto. Me están presionando, Bucky. Me gustaría resolver este asunto.

Cuando me desperté, Azarian estaba contemplando la nieve desde la ventana. Yo no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba durmiendo. Había

ruidos en la calle, hombres descargando un camión. La mujer seguía apoyada en el marco de la puerta, con el abrigo abierto. Me incorporé hasta sentarme en la cama y me la quedé mirando, consciente de que estaba velando por la seguridad de Azarian, no por la mía. Me dio la impresión de que la mujer formaba parte de la presión que estaban ejerciendo sobre él. El pelo corto. La cara hundida. Un cuello esbelto e imperial. Ese cuerpo en forma de huso característico de los corredores de vallas. En conjunto, una pieza bien fabricada de cristal ahumado y metal. Azarian abrió la ventana, cogió con la mano un poco de nieve de la cornisa y la probó.

—Necesita aderezo —me dijo—. ¿Quieres un poco?

—Cierra la ventana.

—Antes Epiphany cantaba en restaurantes para socios, de acuerdo con su ficha. ¿Te lo he contado? Restaurantes para socios. Yo no sabía que seguían existiendo. Debió de ser un rollo extraño. También se pasó seis o siete meses actuando en películas de serie Z. Una profesional como la copa de un pino. Estuvo haciendo de modelo aquí y allá. Ha recorrido un camino duro. Tanta profesionalidad cambia a la gente. La endurece.

—A Piffany le da igual —dijo ella—. A Piffany le da igual tó.

Azarian se la quedó mirando un rato más y luego se giró hacia mí.

—O sea que nadie sabe dónde está el producto.

—Cierto.

—Incluyendo a la gente que lo tenía antes.

—Cierto también.

—Te creo, Bucky. Tú no me vas a engañar en una situación así. Por lo menos puedo volver con un informe definitivo. Se acabó el saltarse esto y esperar a lo otro. Ya me estaba hartando. Se acabó.

—¿Tienes miedo? —le dije.

—De todo. Más que nunca. Constantemente.

Dejé caer en agua hirviendo la bolsita de plástico llena de trocitos de ternera y fideos congelados. Vi cómo se hundía por un costado de la olla y cómo el agua se quedaba un momento quieta antes de reanudar su furor. Ningún reloj funcionaba, o sea que no había forma de medir los catorce minutos necesarios para la descongelación y la regeneración del sabor. Conté hasta sesenta siete veces, luego lo multipliqué por dos, a continuación extraje la bolsita y la abrí con un par de tijeras para el pelo oxidadas y sin filo que me encontré asomando de una lata de cerveza, clavando una de las hojas en cada incisión triangular. Esperé a que me llegara a la nariz el olor largo tiempo dormido del *gulash*, un olor a carne de pastor, pero el aire apenas me trajo un

vago olorcillo a zanahoria. Dejé caer el contenido en un cuenco de cereales para el desayuno y me puse a comer, sin mirar la comida, con los dientes trabajando de forma mecánica. De hecho, intenté desconectar todos mis sentidos de aquella lúgubre experiencia. Vacas maltratadas embutidas en bolsitas. Carne ceremonial a la que le habían inyectado conservantes malditos. Comerme a mí mismo: lecciones sobre los efectos del canibalismo. Intenté borrarle de los labios el recuerdo de los sabores con una servilleta de papel de doble pliego y bordes floreados. Luego me levanté a contestar el teléfono, helado por el contacto del auricular.

—Soy tu mánager, que te quiere. No me preguntes dónde estoy. Me han dicho que me has estado siguiendo la pista, en términos telefónicos. A eso lo llamo yo un giro inesperado de los acontecimientos. Me estabas buscando.

—¿Dónde están las cintas?

—¿Qué cintas?

—Has mandado que registraran este apartamento. Transparanoia tiene llave. De eso me acuerdo. Y sé que tienes las cintas.

—¿Qué cintas? —dijo—. Quiero oír cómo me lo dices todo. ¿Qué cintas? Dímelo al oído.

—Las cintas de la montaña.

—Ah, esas cintas. O sea que te referías a esas cintas cuando me has dicho que yo tenía las cintas.

—¿Dónde están, Glob?

—Yo no las tengo.

—Por supuesto que las tienes.

—Por supuesto que las tengo. Llevo más de un año pensando en ellas. En cuanto abandonaste la gira, dejé de pensar y empecé a ansiarlas. Me empezaron a picar los dedos. Me desenfrené. Te largaste de la puta gira, Bucky. Me quitaste lo que era mío. Nosotros necesitábamos producto. Y tú no estabas produciendo nada. El producto es algo profundamente importante. Tú nos debías producto. Los contratos de nuestros archivos especificaban qué clase de producto nos debías, cuándo nos lo tenías que entregar y cómo se tenía que presentar. No fue un simple caso de unos cuantos miles de dólares que se van al garete. Somos una empresa matriz. Tenemos filiales y compañías afiliadas por todas partes. ¿Y sabes qué se dedican a hacer esas filiales todo el tiempo? Pues pedir comida a gritos. ¡Comida, comida! Tu desaparición entrañaba unas pérdidas cuantiosísimas. Todas esas empresas con las bocas abiertas al máximo para tragar el gusano del desayuno, el gusano del almuerzo y el gusano de la cena. Las cintas me hacían falta para

poder mantener la cosa viva. Crear demanda de un producto exótico. Hacer que el público siguiera salivando. De manera que puse a un tipo a rondar tu casa todo el tiempo. Cada vez que salías del edificio él me llamaba y yo me iba pitando para allí y me ponía a husmear a ver si encontraba contra todo pronóstico las famosas cintas. También nos pasamos dos días registrando hasta el último palmo de tu casa en la montaña. Pero yo pensé que las tendrías contigo. Pensé que las tendrías allí mismo, en el apartamento de Opel. El problema era que nunca estabas mucho rato fuera. No le podía dar al lugar un repaso profesional en plan película de Bogart. Me dedicaba a entrar de puntillas y mirar allí dentro, con delicadeza de periquito, borrar mis propias huellas antes incluso de dejarlas. La noche en que por fin encontré el paquete fue maravillosa porque no sé cuánta gente se puso a subir y bajar las escaleras en tromba, soltando ruidos animales y haciendo retumbar el suelo. Primero fueron al piso de abajo y luego al de arriba, tirando abajo puertas y montando un estruendo de narices, y allí estaba yo de puntillas en medio de la habitación, con un paquete en las manos que yo sabía que contenía las cintas de la montaña, y aquella horda mongol subiendo y bajando las escaleras a la carrera y haciendo ruidos de invasión. Vi claramente que iban a tirar la puerta abajo, sorprenderme allí y confiscarme el objeto. Cuando se marcharon dejé escapar tres suspiros largos y me santigué al estilo ruso, empezando por el hombro derecho, tal como hacía casi todo el tiempo mi primera mujer antes de que se cabreara con Dios y empezara a beber *gimlets* de vodka. Tres suspiros de alivio. Gracias, Jesucristo, por ayudarme a encontrar las cintas de la montaña y por no dejar que esos chiflados entren aquí y me destripen, que destripen a este pobre alto ejecutivo que solamente está haciendo su humilde trabajo.

—Eso es lo que me asombra —dije yo—. El hecho de que te hayas tomado tantas molestias. Con tu dinero, tu posición, tu reputación. Pero si se puede decir que eres el propietario de este edificio, Globke.

—No lo entiendes, Bucky. Tú nunca has llevado la detestabilidad hasta su conclusión lógica. Para mí no hay nada que sea lo bastante desagradable como para no involucrarme en ello, siempre y cuando me ayude a crear un producto nuevo o alargar la vida de uno ya existente. Además, no quiero perder el apego. La mediana edad y el sobrepeso..., son enemigos a los que no se puede combatir desde una silla de oficina. ¿Por qué te crees que no tengo chófer, cuando no hay ni uno solo de mis homólogos de toda la industria en ambas costas que no lo tenga? Pues porque no quiero perder el apego. Quiero el desafío del tráfico. Quiero ponerme a cuatro patas y hacer

chocar los cuernos con los rivales. Acción, acción y acción. Y ha compensado, ¿verdad? He conseguido las cintas, ¿verdad? Han valido la pena las molestias, ¿verdad?

—Yo estaba a punto de dártelas —le dije—. Estaba a punto de volver al mundo.

—Eso me complace y me deleita, Bucky. El saber que volvemos a tener la caja de cambios sincronizada.

—Tenía que resolver unas dudas antes de entregarlas. Sabía que las cintas eran una respuesta perfecta en cierto sentido. Eran inesperadas, inimaginables, toda una nueva dirección. Pero no puedo salir frente a un público e interpretar esas mismas canciones. El efecto de las cintas es que son cintas. Hechas en un momento determinado y bajo el peso de unas emociones determinadas. Hechas de forma improvisada y llenas de imperfecciones. Son un material que no se puede replicar en una situación de concierto. De manera que sí, las cintas se pueden hacer públicas, por supuesto. Pero ¿cómo me hago público yo? ¿Cómo vuelvo a salir frente a una multitud? Ése es un truco que no sé cómo hacer.

Noté un movimiento a mi derecha y desvié la vista rápidamente hacia allí. Algo blanco. Un papel por debajo de la puerta. Una hoja pulcramente doblada. Le dije a Globke que se esperara y fui a ver quién me hacía aquella nueva oferta por mi tiempo, mi influencia y los objetos en mi haber. En la hoja pautada había un mensaje muy breve en letra diminuta de imprenta. Tardé un momento largo en leerlo y juntar todas sus partes. Era Bohack, del Valle Feliz. Volví al teléfono.

—Alguien quiere verme. Por algo que me gustaría quitarme de encima. Te volveré a llamar.

—No me vuelvas a llamar. Voy a estar inaccesible. Estoy con las cintas y no quiero revelar nada más por teléfono. No pienso dar mi nombre ni mi paradero. Volveré a mi despacho mañana. Y entonces hablaremos. Tú no te preocupes por nada. No solamente conozco la respuesta a tu pregunta, incluso conozco la pregunta que sigue a la respuesta.

—Bien. Muy bien. Magnífico.

Fui a la ventana tal como me había especificado el mensaje. Tres hombres cruzaron la calle y se acercaron al edificio. Abrí la puerta y esperé. Dos de ellos se apoyaron en la pared de detrás de la bañera. El tercero era Bohack, un hombre enorme de cara redonda y barba rala. Se apoyó en la bañera, sonriendo y asintiendo con la cabeza. Bajo sus modales espontáneos discurría un mínimo asomo de esfuerzo. La carne de alrededor de los ojos se le

arrugaba como papel de arroz, y tenía los labios embalsamados en esa sonrisa carente de inhibiciones característica de las razas más educadas del mundo. Parecía posible abstraer a un poeta chino del siglo xv del centro de su cara.

—Tremendas disculpas —me dijo—. Jamás pensé que tendríamos que venir a molestar así a Bucky Wunderlick. Y, sin embargo, aquí estamos. Vivir para ver. Éste es Longboy y ése es Maje. Al principio lo único que queríamos era rendirle tributo a un hombre que se distanciaba de la leyenda de su leyenda y se recluía. Pero el tributo se ha salido de madre, causando una cantidad equis de problemas. Hemos venido a rellenar los espacios en blanco, porque cuando antes lo hagamos antes liberaremos a Bucky Wunderlick de toda conexión con el producto. ¿Sabes dónde está Hanes?

—No.

—No podemos localizar a Hanes. No hay ni rastro de él. Está ahí fuera intentando vender. Intentando contactar. Será cuestión de quién llegue primero y adónde. ¿Sabes dónde está el doctor Pepper?

—No —dije yo.

—Primero no podíamos localizar a Pepper. Luego lo encontramos y organizamos las cosas. Ahora volvemos a no poder encontrarlo. ¿Sabes dónde está Watney?

—Ni idea.

—No podemos localizar a Watney para establecer con seguridad si ha podido echarle el guante al producto. Sabemos que estaba interesado, pero creemos que o bien no ha hecho oferta alguna, o bien su oferta ha sido insuficiente. Muy bien... Azarian. ¿Sabes dónde está Azarian?

—Ni idea.

—No podemos localizar exactamente a Azarian. Sabemos que ha estado aquí y sabemos que ha cogido un avión a Los Ángeles. Nos imaginamos que ha vuelto con ese colectivo en el que está involucrado, que quiere inyectar dinero nuevo en el gueto para reconstruirlo desde cero o para arrasarlo hasta los cimientos. Pero no lo podemos localizar exactamente. No sabemos ni la calle ni el número de su casa.

—¿Alguien sabe qué es el producto? Exactamente, quiero decir.

—Pues exactamente no lo sabremos hasta que Pepper le eche el guante y se lo lleve al laboratorio.

—¿Quiénes eran esos que asaltaron este edificio la otra noche? Tirando puertas abajo y pisoteando a la gente... O sea, ¿quiénes eran exactamente? Éste es el único apartamento que no tocaron. Creo que eso quiere decir que

fue alguna clase de operación del Valle Feliz. Pero ¿quién lo organizó exactamente?

—Tenemos un contingente fugitivo, Bucky. Su especialidad es la violencia. La violencia irracional. Se pasan todo el tiempo hablando de ella. Y cuando no están hablando de ella, la están poniendo en práctica. Violencia completamente irracional. De forma indirecta, es lo que les hizo interesarse en la venta de droga al por mayor. La violencia irracional les está empezando a salir cara. Necesitan dinero para seguir adelante.

—Me pregunto cómo definen ellos «irracional» —le dije.

—Es un concepto que se define a sí mismo. Irracional. En cierta manera yo entiendo lo que están haciendo. La violencia irracional es la única violencia verdaderamente filosófica. Ellos siempre evitan escrupulosamente cualquier implicación, política o de otra clase. No tienen ningún programa verdadero ni base, más allá de lo que ya te he dicho. Irracional. Supongo que están intentando vaciarlo todo. Algunos hasta se han cambiado de nombre. Bruno, Rex, Corky, Spot y King. Les hace falta dinero para su violencia irracional. Y a nosotros nos hace falta para mantener nuestra privacidad.

—Estáis viviendo todos juntos, ¿verdad?

—Somos la Comuna Agrícola del Valle Feliz —dijo él—. Todavía creemos que la idea tiene posibilidades de funcionar. Todavía nos hablamos entre nosotros, de grupo a grupo. Todavía vivimos en la misma planta de la misma casa de vecinos. Pero ahora tenemos dos apartamentos distintos y estamos en pleno proceso de levantar barricadas, para no correr riesgos. No es que nos llevemos mal con ellos. La ruptura es puramente ideológica. Pero como estamos tratando con irracionalidad, nos parece buena idea ir con pies de plomo, de manera que estamos levantando barricadas en el pasillo que une su sede con la nuestra. La privacidad entraña sus riesgos. Los monos criados en aislamiento se vuelven violentos.

—Los macacos rhesus —dijo Maje.

—Los macacos rhesus aislados en cierta fase de su desarrollo se vuelven anormalmente agresivos cuando por fin esa fase se termina y se ven expuestos a otros monos. Les gusta atacar a crías indefensas de mono. El primate humano pasa por fases parecidas. Es posible que el estilo de vida del Valle Feliz, basado en la privacidad, el aislamiento y esas cosas, haya generado este brote de violencia en la mitad de sus miembros. Lo que lo inició fue el pensamiento abstracto. Cuando el hombre empezó a pensar en abstracto pasó de matar para conseguir comida a matar por las palabras y por las ideas. Tal vez con la violencia irracional estemos entrando en un ciclo nuevo. Se acabó

el pensamiento abstracto y se acabó el pensamiento concreto. Violencia sin propósito.

—No violencia —dije yo.

—Personalmente la considero violencia maricona —dijo Bohack—. Dejando de lado la connotación sexual, algo se amaricona cuando le extraes todo el sentido. Si una cosa aprendí de los seis meses que desperdiicé en primero de carrera mientras me entrenaba para jugar al fútbol americano en la USC es que la violencia desprovista de peso histórico es básicamente violencia maricona y ridícula, y que básicamente resulta mucho más fácil no hacerle caso que a esa modalidad intensamente programática de violencia que deriva del hecho de tener una idea que defender o alguna clase de impulso histórico que apoyar, como por ejemplo la idea de la privacidad o el impulso de la privacidad o el programa de la privacidad. Rex, Spot y los demás se dedican a asaltar edificios, dar tumbos contra las paredes y chillar a víctimas inocentes, y eso ilustra uno de los resultados posibles de la clase de vida intensa y orientada al interior que hemos estado llevando, aunque de ninguna manera es su resultado único o exclusivo. Yo jugaba de placador izquierdo en la defensa hasta que me di cuenta de que mi violencia estaba amariconada.

—Amariconada —dijo Maje.

Yo asentía con la cabeza, intentando encontrar un equivalente al mecimiento incesante de Bohack. Su voz ligeramente tímida, que nunca se elevaba más de lo justo, parecía pertenecer a una entidad alternativa, a un hombrecillo alojado en su caja torácica, la raíz cuadrada de Bohack, un tipo que llevaba trajes raídos de tres piezas y se peinaba el pelo de lado. De la oscuridad de fuera venía un ruido, la lluvia, un tumulto repentino sobre la ciudad, extraño, descendiendo como furia desatada, con esa pasión de los chaparrones de verano. Longboy se rascó la cabeza pajiza y se hurgó en los bolsillos abultados antes de sacar una colilla de cigarrillo doblada. Tenía ese aspecto sucio y flaco de la gente que conduce coches ajenos de costa a costa. Llevaba botas de paracaidista y chaqueta militar. Maje llevaba un chaquetón de leñador idéntico al mío.

—¿Qué hay en esa bolsa de asas? —dijo Bohack—. Por curiosidad.

—Cromos de chicles.

—Te diré en qué contexto nos situamos —dijo él—. Todo el mundo malinterpreta lo que es el Valle Feliz y dónde se posiciona. Sobre estas cuestiones no recibimos más que interpretaciones defectuosas. En primer lugar, ¿qué es el Valle Feliz? El Valle Feliz es la Comuna Agrícola del Valle Feliz. Nos definimos a nosotros mismos sobre la marcha. Buscamos nuestra

identidad. Por eso hemos venido a la ciudad. Hemos venido a encontrarnos a nosotros mismos. En segundo lugar, ¿en qué contexto nos situamos? Vale, tengo una cosa que decir: a la mierda el medio ambiente. A la mierda las verduras frescas. A la mierda el Tercer Mundo. A la mierda toda idea de religión, Dios y el universo. Creemos en la idea de devolverle la idea de privacidad a la idea de la vida americana. El hombre primate ha dado paso al hombre vehículo de tránsito de masas. El hombre-masa no es libre. Cualquiera que tenga una pizca de sentido común lo sabe. El Valle Feliz sí que es libre. Es libre y se está volviendo más libre todavía. Ya no queda tierra. Ya no se puede viajar al Oeste en busca de privacidad. Hay que edificar hacia dentro. Es la única dirección que nos queda para edificar. Estamos edificando hacia dentro. Si queremos vender droga al por mayor es porque nos hace falta dinero para construir hacia dentro. Es un concepto que no resulta fácil de explicar, entender ni defender. Pero nosotros estamos convencidos de que tú eres la última persona con la que nos tenemos que defender. Somos tu imagen colectiva, Bucky. Tú has entrado para quedarte. Siempre has estado un paso por delante de tu época y éste es el paso más grande de todos los que has dado. Desmitologizarte. Ponerte a cubierto. Levantar paredes. Despojarte de la fantasía y la leyenda. Reducirte a unos mínimos. Tu privacidad y tu aislamiento son lo que nos otorga la fuerza para ser nosotros mismos. Antes éramos víctimas gustosas de tu sonido. Ahora somos acólitos de tu silencio.

—¿Qué planes tenéis para Hanes? —dije yo.

—Lo vamos a encontrar —dijo Maje.

—Y luego lo encontrarán ellos —dijo Longboy.

—Tumbado boca arriba en el arroyo —dijo Maje.

Longboy no paraba de soplarle a la colilla retorcida para que no se le apagara. Ni una sola vez se la puso en la boca para fumar. Se limitaba a soplarle a la punta, arrancando algún que otro destello, como un primate humano encendiendo fuego, y cada vez que el calor prendía aparecía en el papel un reborde marrón.

—¿De quién es la foto de esos cromos? —dijo Bohack.

—De Watney.

—¿Te importa si le echo un vistazo? Es pura curiosidad. Maje, ve a mirar.

—Veo cromos de chicles.

—¿Con la foto de quién?

—De Watney —dijo Maje.

—Rompe con cuidado uno de los cromos separando la parte de delante de la de atrás.

—No sé si son lo bastante gruesos como para romperlos de esa manera.

—Rómpelo —dijo Bohack—. Finge que estás partiendo un bollo. Suavemente. Poco a poco.

—Ya está.

—¿Qué hay dentro?

—Nada.

—Saca cinco cromos más y rómpelos de la misma manera. Separando la parte de delante y la de atrás. Bollos. Con cuidado.

—¿Qué estás buscando? —le dije yo.

—No estoy seguro —dijo Bohack—. Pero Watney es Watney, un hombre con reputación de impredecible. Siento haber venido a molestar así a Bucky Wunderlick. Pero por lo menos ya casi se ha acabado. Estamos a punto de liberar a Bucky Wunderlick de toda conexión con el producto y ya no tendremos que molestarlo más.

Longboy lamió la punta de la colilla y se la volvió a guardar en el bolsillo. En su chaqueta militar había un parche de la 82.^a División Aerotransportada. Maje miró a Bohack.

—Saca cinco cromos más y rómpelos de delante hacia atrás —dijo Bohack—. Solamente cinco más. Por pura curiosidad. Cinco más y luego otros cinco. De delante a atrás. Suavemente. Bollos.

20

—El efecto de las cintas es que son cintas.

—Sí, sí, sí. Por supuesto. Estoy contigo. Estamos juntos en esto. Por supuesto. Compañeros de equipo. Ra, ra, ra.

Globke era un motorcito de juguete en mi oído, una evidencia de la agobiante pasión por los teléfonos, una voz llena de lealtad febril. Era un soberano pródigo, que dispensaba bendiciones allí donde iba, sanador y maestro, dispuesto a reanimar mis partes moribundas, a amarrar lo que se resistía a ser amarrado, a reavivar y alimentar los diminutos fuegos de mi mente.

—Habla, te escucho. Cuéntame con libertad qué le preocupa a esa cabecita de genio tuya. Yo estoy aquí sentado con tantas respuestas que se me caen de los bolsillos. Asegúrate solamente de no preguntarme dónde estaba yo anoche con las cintas, porque eso solamente lo puedo contestar en persona, cara a cara, y aun así te lo tendría que susurrar al oído para asegurarme de que no se produce ninguna filtración. En ese terreno no tolero laxitud alguna. Mi gente lo sabe. Y también la gente de mi gente.

—¿Cómo me enfrento a las multitudes? —le dije—. No quiero tocar el material de las cintas. Tampoco quiero tocar material antiguo. Y no tengo material nuevo. Así pues, ¿cómo lo hago para volver? No sé cómo hacerlo.

—No lo sabes porque saberlo no es la tarea que te incumbe. No es tu identidad profesional. No es lo que te corre por las venas. Pero yo sí sé cómo, Bucky. Yo lo sé exactamente.

—Vale.

—Apariciones como invitado —me dijo—. Tenemos bandas de gira por todo el país. Apareces con una banda en un sitio y con otra distinta dos noches más tarde y a mil kilómetros de distancia. Apariciones por sorpresa. No le anunciamos nada a nadie. De esta manera vamos generando un interés tremendo. No solamente por tu regreso al ruedo. No solamente por una aparición secreta. Será una serie entera de apariciones, en sitios distintos, en momentos distintos, semana tras semana, sin dar ninguna pista de dónde vas a aparecer a continuación, ni cuándo, ni con qué grupo. Nadie lo sabe, ni

siquiera las bandas con las que apareces. Te limitas a aparecer, decir hola y marcharte. De esa forma generamos un interés y una intriga tremendos. Un grado tremendo de especulación sobre tus movimientos y tu paradero. Una noche estás en Seattle y la siguiente en Nueva Orleans. Las multitudes enloquecen intentando adivinar dónde vas a aparecer a continuación. Todas las bandas con las que tocas tienen contrato con Transparanoia, pero ésa es la única pista que tiene la gente, y tenemos suficientes bandas armando jaleo ahí fuera como para que nadie pueda adivinar tu itinerario. De esa manera generamos una publicidad increíble para las cintas. Todas esas actuaciones llevan a la publicación de las cintas de la montaña en forma de álbum doble. Así que todo ese tiempo que te pasas ahí fuera lo que estás haciendo es generar un interés sin precedentes por las cintas. Primero te vas de gira. Después sacamos el álbum. Y por fin vuelves a salir de gira. Sé qué es lo que estás a punto de preguntarme.

—¿Y qué material toco?

—Estás a punto de preguntarme qué material tocas durante todas esas semanas de conciertos con grupos completamente distintos. Pero Bucky, da completamente igual. Puedes hacer una *jam*, puedes silbar, puedes tararear, puedes tocar bazofia de las listas de éxitos de la radio, puedes plantarte ahí y gritar al público. Da completamente igual lo que hagas. La idea es sacarte ahí, volver a poner en marcha toda la mística, hacer que se mojen los pantalones, hacerles que chillen y vociferen. Una *jam*. Yo te propongo eso. Enchufas el micro y te pones a tocar. Haces veinte minutos de guitareo y te largas. Haces ruido bien fuerte, eso es todo. Y si mueves los labios, pues todavía mejor. Te quedas ahí plantado y mueves los labios. No lo consideres una actuación. Considéralo una aparición. Estás de vuelta en el ruedo, eso es lo único que nos interesa. Veinte minutos y te vas corriendo al aeropuerto. Eliges un grupo en una ciudad, luego te cambias de ciudad y coges a otro grupo, luego a otra ciudad y otro grupo, luego saltas a una cuarta ciudad y allí vuelves a pillar al primer grupo. De esa manera generamos un interés increíble.

—Y el día después de mi funeral publicas las cintas.

—Pero si te mueres de ganas de volver. Admítelo, Bucky. Tú sabes la verdad sobre las giras. Sabes que necesitas ir de gira. No será mucho tiempo. Seis u ocho semanas, más o menos. A continuación publicamos el material de las cintas. Y luego te vas de gira otras seis u ocho semanas. Un álbum doble. Lo sacamos a principios de la primavera. El título es obvio: *Las cintas de la montaña*. Estaríamos locos si lo llamáramos de otra manera porque todo el mundo lo conoce por ese nombre. Ahora estamos en pleno proceso de criba.

Lo estamos dejando en veinte temas. Deshaciéndonos del ruido de fondo de las cintas y de otros ruidos. Recortando y pegando. Moviendo las cosas. Levantando olas. Añadiéndole trabajo instrumental a la mezcla de unas tres cuartas partes de los temas. Va a ser un disco tremendamente primitivo. Pero creo que eso es lo que necesitamos ahora mismo. Ya estamos todos hartos de *phasings* instantáneos y de dieciséis pistas y de sintetizadores. La gente quiere algo sencillo. Sencillo pero complicado. La clase de material que tú y solamente tú puedes darles. No me interesan los niveles en la música popular y ni siquiera sé si este material tiene niveles o no. Tal vez por eso es tan potente. ¿Tiene un nivel o dos, o ninguno? ¿Y son niveles simples o profundos? Ése es el poder de las cintas de la montaña, tal como yo lo veo desde mi perspectiva personal. No es mi sonido. No es el sonido que yo escucho cuando miro desde la ventana de mi dormitorio en la otra orilla del río una noche de verano y mi mujer está sentada en la cama leyendo a los maestros orientales y la luz de la luna se refleja en el río y las grandes torres putrefactas de Manhattan se despliegan a lo largo de la noche y yo apago el aire acondicionado y abro una ventana e introduzco un cartucho en mi equipo de música. Con franqueza, tu sonido no es el sonido que yo escucho en esos momentos. Pero es un sonido válido y se tendría que vender a carretadas. De manera que ahora mismo estamos cribando, mezclando y refinando. Las lumbreras técnicas están completamente enfrascadas. Tenemos como meta el principio de la primavera. Está claro que será un disco doble. Está claro que se titulará *Las cintas de la montaña*.

—Con una primera tirada de cien mil millones de millones.

—Estoy en pleno proceso de organización de la gira. Tengo a todo el mundo trabajando en ello. Quedándose hasta tarde por las noches, trabajando los fines de semana y almorzando a toda pastilla. Será algo sin precedentes, Bucky. Tú dame unos días para montarte la segunda gira, y entonces volveremos a hablar. Ya casi tengo organizada la primera gira. Luego tendremos que hacer algo de coordinación. Tendremos que ver cuáles son ciudades de lista de éxitos y cuáles son ciudades de prueba. Es un sonido válido. De eso no hay duda. Te voy a decir adónde vas a viajar en la primera gira. ¿Quieres oírlo? Tengo aquí mismo la lista, marcada con la palabra «confidencial» en letras rojas.

—Ahora no —le dije.

—El día 3, que es miércoles, a Atlanta. El 4 a Memphis. El 5 San Antonio. El 6 Dallas. El 7 Nueva Orleans. El 8 Albuquerque. El 9 Los Ángeles. El 10 Portland. El 12 Seattle. El 13 Portland. El 14 Tampa. A

Jacksonville el 15. A Miami el 16. Milwaukee el 17. A Flint el 18. A Grand Rapids el 19. Grand Rapids el 20. A Longbeach el 21. Phoenix el 22. Emporia el 23. Oneonta el 24. Cortland el 25. Brockton el 26. Toronto el 27. London el 28. Salt Lake City el 31. A Lubbock el 1, que es jueves. A Houston el 2. Galveston el 3. Baton Rouge el 4. Nashville el 5. Memphis el 6. Chattanooga el 7. Knoxville el 8. Alliance el 10. Millersburg el 11. A Ripley el 12. Bradford el 13. Wellsboro el 14. Hazelton el 16. Woodland el 17. A Calistoga el 18. Cloverdale el 19. A San Francisco el 20, que es jueves, con la niebla viniendo del mar y las gaviotas posadas sobre los pilones.

LAS CINTAS DE LA
MONTAÑA

Anticipo para prensa y orientación discográfica
Transcripción editada de las letras: Cinta 4

Dossier preparado por
ESME TAYLOR ASOCIADOS
En colaboración con Pulse Redactor Co.
DIVISIONES DE TRANSPARANOIA

15:

Cerca y lejos
Noche tan alta
Cae el agua
Cae el agua

Noche tan alta
Cae el agua
Noche tan alta
Cae el agua

Cae el agua
Cae el agua
Cerca y lejos
Cae el agua

Cerca y lejos
Noche tan alta
Cae el agua
Cae el agua

16:

Papa-mama-tata
En el coche negro
Papa-mama-tata
Mirando la línea blanca

Algo que vino
En una luz cegadora
Algo que se fue
En una luz cegadora

Muertos todos muertos
Ooh, todos muertos

Pie ensangrentado
Cabeza ensangrentada

Cómete la nariz por Navidad
Cómete los dedos de los pies por Cuaresma

Cómete el coche por Cómete-el-coche
Y manda los huesos a Kent

17:

Rosas rosas nunca rojas
Canta el dulce moscardón

Dime dime dime
Tiempo, clima y estaciones
Contar cuentos
Dar lecciones
Palabras vírgenes que aprender

Ser joven restaura al dios
Que se come a sí mismo
Que se come a sí mismo
Mejor que el festín que termina
Cuando se nos sacan de la dentadura

Dime dime dime
Nube que está
Reduciendo el cielo
Que más y más
Vuelo quiere armar

Por el viento viene
Algo viene volando en el viento

Tiempo, clima y estaciones
Palabras vírgenes que aprender

De pie sentado
Tira a tira
Me arranco la piel de la cara
Me vuelvo Dios
Empiezo a brillar
Decapito la rosa

Mejor que el festín que termina
Cuando se nos sacan de la dentadura

Dime dime dime

Rosas rosas nunca rojas
Canturrea el buitre

18:

Nací con todos los idiomas en la boca

Baba

Baba

Baba

Esto y aquello

Egramina y dolor

Palabras de arena en el barro

Alto taljonismo

Todo lo que alguna vez se ha dicho
me brilla en los dientes

Baba

Baba

Baba

Halda Ny Wadji

Hilda Krywicki

Mildred Hayes

Bionogenismo

Magia de mambo

Oh oh oh oh

Locura de mambo

Oh oh oh oh

Bailar en un balcón latino

Mecerse al son de una sinfonía de estrellas

Mambomanía

Oh oh oh oh

En la saliva me flotan gramáticas nunca soñadas

Baba

Baba

Baba

Gadung gadung gadung

Uma childa nobo

Distípticos en vino

Locura hoy

Nací con todos los idiomas en la boca

Baba

Baba

Baba

Nada forma

Sólo farfullar

Sólo cantar

Dios bebé beber

19:

Llega la noche

Montaña a oscuras

Viento en las copas

Ladra el perro loco

20:

Me conozco los dedos de los pies

Del uno al diez

Éste es el grande

Éste no es

El grande no

No es no

Me conozco los dedos de los pies

Del uno al diez

Me toco la mano

Una toca a una

Una toca

Una es tocada

Tocar tocar

Mano toca a mano

Me toco la mano
Mi mano me toca

Me huelo la nariz
Me huelo la nariz

Me conozco los dedos de los pies
Me toco la mano
Me huelo la nariz
Cierro la boca

PROHIBIDO CITAR SIN AUTORIZACIÓN

21

Dentro de un milenio o dos, lo que ahora parece una paradoja de nuestra civilización la entenderán mejor los hombres versados en los métodos de la contraarqueología. Ya no nos estudiarán excavando en el suelo, sino escalando las dunas gigantescas de escombros industriales y acero mutilado, intentando alcanzar las cimas de nuestros edificios. Se dedicarán a arrancar amorosamente muestras de nuestros chapiteles, mansardas, torretas, parapetos, campanarios, tanques de agua, macetas, palomares y chimeneas.

Giré al sur por Broadway.

Escalando nuestras obras de mampostería identificarán las distintas capas de arte y cultura del siglo xx, cada una de ellas lo bastante simple como para compararla con los detritos del nivel del suelo: las ruinas de nuestras cámaras acorazadas de bancos, máquinas registradoras, cajas fuertes, cerraduras, sistemas electrificados de alarma y vehículos blindados. De vuelta en sus universidades bajo tierra, los contraarqueólogos harán listas de conjeturas que expliquen nuestra desaparición, citando como una de las principales el hecho de que almacenábamos nuestra belleza en medio del aire, para que la vieran nuestras aves de presa, mientras que al nivel de los ojos no poníamos nada más edificante que herramientas, maquinaria e instrumentos de tortura.

Hanes estaba sentado en el vagón de cola de un tren que paraba en todas las estaciones del Downtown. El paquete le asomaba de una bolsa de asas que tenía entre los pies. Me senté a su lado y recibí unos golpecitos en la muñeca. El ruido era devastador, una serie de gritos que se alejaban por el río. Para poder conversar me vi obligado a acercar la cabeza y hablarle al oído. En el vagón había cuatro o cinco personas más. Hanes se veía débil y enfermo, una reproducción de mi imagen en el espejo cuando yo había llegado a Great Jones y me había cortado al afeitarme.

—¿Qué quieres? —le dije.

—Se rumorea que estás en Nueva York viviendo en un edificio antiguo de una calle anónima. En serio, es el rumor más intenso que corre sobre ti ahora mismo. Y últimamente me he movido lo suficiente como para saber qué

rumores tienen actualidad y son preferentes. He pasado por tantas zonas horarias que casi no tengo cuerpo.

—¿Por dónde te has movido?

—¿En sentido literal o figurado? —dijo él—. En sentido literal por unas quince ciudades de tres países distintos. En un momento dado me pareció que tenía una venta asegurada. Pero la cosa no llegó a cerrarse. Un problema ético, me dijeron. Las distintas zonas horarias casi terminan conmigo. Ya no podía ni escribir mi nombre en un cheque de viaje. Ya no podía ni hacer sumas sencillas. Ése es el viaje literal que he estado haciendo. En sentido figurado he vivido en un lamasterio del Tíbet y he sido guiado por los misterios del nivel más elevado de la muerte. Ése ha sido todo el sentido de mis vacaciones. Una cadena de fantasías. Me he movido por sucesiones de trenes pasivos de pensamiento. Nadie ha querido usarme. Yo estaba preparado para que me usaran. He hecho todo menos poner anuncios en la prensa. Todo ha sido una equivocación. Yo estoy hecho para ir en ascensores de planta en planta. Ir más allá de eso requiere el temple de semidioses como tú. Yo estoy hecho para agacharme en las escaleras y ponerme a leer correo interno entre oficinas. Perder tu cuerpo es una experiencia tremendamente seductora. Me doy cuenta, pero me da miedo. Es como la muerte de un yonqui. La muerte de un yonqui es hermosa porque no requiere esfuerzo alguno.

Cada pocas paradas, Hanes insistía en cambiar de tren. Nos pasamos la tarde entera así, gritándonos al oído, plantados en andenes, alejándonos a toda prisa por túneles desiertos, alterando nuestro nivel de descenso de tren a tren. En otro vagón de cola, en algún lugar por debajo del barullo de Red Hook, vimos que un chico y dos chicas le robaban los zapatos a un vagabundo dormido. El hombre cambió de postura y se encogió todavía más en aquel asiento traqueteante. Los tres chavales abrieron la puerta que conectaba los vagones y se alejaron hacia el corazón del tren.

—Demasiado jóvenes para entender la dignidad de los zapatos —dijo Hanes.

—¿Por qué me has llamado?

—No me quedo quieto. No he parado ni un momento desde mi regreso. Esa gente no está contenta conmigo. Vas a tener que intervenir, Bucky. Vas a tener que devolverle el producto al Valle Feliz, junto con mis más sinceras disculpas por el retraso que he causado. Mis vacaciones se terminan mañana por la mañana. Tengo que volver a la oficina. Está claro que no puedo aparecer en un sitio tan obvio con Bohack echando humo, que es como debe

de estar. ¿Qué hago, pues? A mi apartamento no puedo ir. Tampoco puedo seguir viajando en el metro. No puedo subirme a otro avión y alejarme volando. Vas a tener que intervenir.

—No servirá de nada —dije yo.

—Vas a tener que contarles que tienes el producto y que es suyo si lo quieren, que aquí no ha pasado nada y decirles: mostrad un poco de compasión hacia Hanes, muchachos, se ha olvidado de quién es y ha intentado ponerse a traficar. Su amor fatídico por el vil metal. Pero aquí no ha pasado nada, ¿verdad, chicos?

—No me necesitas a mí. Hazlo tú en persona. Devuélvelo y di que lo sientes. Yo ya estoy cansado de ese paquete. Ya no quiero verlo más.

—Mis vacaciones se terminan mañana —dijo él.

Volvimos a cambiar de trenes. Había una mujer con la ropa rota y mascarilla de quirófano agarrada con las dos manos a uno de los postes. Subió una docena aproximada de estudiantes jóvenes, vestidos de negro, asintiendo con el cuerpo entero al compás de la palpitación demoníaca del tren, serenos muchachos rabínicos, con el pelo solemnemente ensortijado, con unas orejas que parecían higos chumbos. Un hombre emitió ruidos de batalla con la garganta arrasada. Por los vagones engarzados circulaban criaturas del subsuelo. Al otro lado del pasillo, una mujer con quince o veinte bolsas de la compra metidas unas dentro de las otras se agachó un poco para hablar con nosotros.

—¿Qué se ha hecho de los jóvenes que están de permiso de la fuerza aérea? Ya no se los ve por ninguna parte. ¿Qué se ha hecho de ellos? Aquí hay gato encerrado. La gente lo intuye pero no se atreve a decirlo en voz alta. Todo el mundo está desaparecido. Poco a poco todo el mundo se está esfumando. Lo intuimos.

Nos bajamos del tren y recorrimos una serie de pasillos fríos. Hanes llevaba la bolsa de asas pegada al pecho. En los túneles reinaba una especie de viento extraño. Las paredes de piedra parecían tener un efecto frigorífico, yo me sumergía en mi abrigo. El ruido de los trenes reverberaba por encima de nuestras cabezas y más allá de las paredes vacías. Había un hombrecillo colocado delante de una papelera encapuchada y monolítica, con una pila de periódicos en los brazos esperando a ser añadida. Doblé una esquina y caminé hacia la escalera.

—Tienes que hablar con ellos, Bucky. Hacer chistes. Decirles que soy un niñoato repelente. Y en cuanto los tengas desorientados, los atacas con la compasión teatral de toda la vida.

—No servirá de nada.

—La dignidad de los zapatos —dijo Hanes—. La dignidad de un tocadiscos automático con una base maciza de madera de nogal. La dignidad de los ecualizadores de sala. La dignidad de un grupo de componentes de altavoces personalizado.

Lo dejé en el metro. Todavía quedaba una hora aproximada de luz y en la calle no hacía tanto frío ni mucho menos como el que hacía abajo. Una mujer y dos hombres se me quedaron mirando fijamente, haciéndose gestos casi imperceptibles entre ellos mientras yo pasaba a su lado. Me quedé de pie en la acera de enfrente del edificio de Great Jones, dándome cuenta de que era la primera vez que lo veía como una unidad completa, dado que hasta entonces me había circunscrito, de acuerdo con el lenguaje visual de la zona, a las partes bajas de las casas pequeñas de vecinos y a las partes intermedias y altas de los titanes de hierro forjado. No había gran cosa que ver, no había claraboyas inclinadas ni esbeltos minaretes, no había nada más que Fenig encorvado detrás de su ventana. La suficiente belleza para los excavadores ascendentes. Los nobles huesos del poeta enterrados junto con sus manuscritos.

Después de Hanes, los acontecimientos se sucedieron con velocidad virgen. Se acercaba el momento en que yo iba a tener que devolver mi cuerpo a las regiones térmicas, de manera que me puse a hacer incursiones menores en la noche, una especie de procedimiento de entrenamiento, a aventurarme en una serie de trayectos circulares, extendiendo el radio de acción cada vez un poco más. Velocidad virgen. Las regiones térmicas. Cada vez un poco más. El primer acontecimiento después de Hanes fue una llamada telefónica que recibí desde California. Era Dodge. Llevaba sin hablar con él desde que había abandonado la gira en Houston y ahora tardé varios segundos en ubicar aquella voz. Dodge era el bajista de los dos últimos grupos que yo había liderado, un chaval larguirucho y desmañado, que nunca estaba más cómodo que cuando le hacían un lavado de estómago. Teníamos una conexión excelente.

—Han degollado a Azarian. Lo han encontrado en la parte de atrás de un decorado destrozado de televisión que estaba tirado en un solar de Watts.

—Qué extraño —dije.

—Era una consola Magnavox enorme. Él estaba embutido en la parte de atrás. Llevaba unas diez horas muerto cuando lo han encontrado. Mi madre se ha pasado todo el día intentando contactar con él.

—Extraño. Muy extraño.

—Mi madre es espiritista. No sé si lo sabías, Bucky. Se le está empezando a dar bien de verdad. Pero se teme que Azarian tal vez ya esté demasiado lejos. No consigue establecer contacto vocal. Las vibraciones están ahí. Sucede simplemente que Azarian está demasiado lejos como para hablar con él.

—Raro —le dije—. Pero qué raro.

Cerca de la medianoche, Menefee me llevó bajo la lluvia a reunirme con el doctor Pepper. Me resguardó de la lluvia con un paraguas grande y negro, de esos que usan los porteros, casi doble del tamaño normal. Seguimos una ruta extremadamente tortuosa, llena de rodeos, desvíos y momentos en que desanduvimos nuestros pasos. De debajo de una plataforma de carga salió un hombre que vino hacia nosotros, ladrando palabras extrañas, con el pelo engominado y repeinado hacia atrás en chorretones desiguales, como el pelo de un boxeador cubano. El tipo se echó encima de Menefee, que tiró el paraguas y retrocedió rápidamente hasta el medio de la calle, donde se puso a dar saltos de pánico, anegado por su propia capa.

—¡Nueva York! —le gritó al hombre—. ¡Nueva York! ¡Nueva York! ¡Nueva York!

El hombre, que se había detenido el tiempo justo para embestirlo, pasó de largo. Yo recogí el paraguas y traté de calmar a Menefee. Doblamos un recodo, giramos en sentido contrario y cogimos Lafayette hacia el norte. No se veía ni un alma y la lluvia caía con fuerza. Pasó un coche y Menefee bajó el paraguas hasta que las varillas nos rozaron la cabeza. El agua estaba empezando a inundar las alcantarillas, de manera que cada vez que cruzábamos una calle teníamos que rodear los estuarios que se formaban en todas las esquinas.

—Han asesinado a Azarian.

—Alucinante.

En Astor Place me señaló un autobús urbano que estaba aparcado en el rincón oscuro donde empezaba la ruta y los conductores aprovechaban para descansar. La puerta delantera estaba abierta y entré, dejando a Menefee en la acera. El doctor Pepper estaba sentado en el largo asiento del fondo del autobús. Me senté con él. Esta vez no llevaba sombrero; iba vestido con una gabardina con cinturón equipada con botones, cremalleras, faldones, trabillas y por lo menos cuatro bolsillos. Aunque el autobús estaba a oscuras me di cuenta de que llevaba zapatos de rejilla.

—El conductor se está tomando un café en el Iggy's. Es un buen chaval, amigo mío. Tengo amigos en lugares humildes. Son amistades que cultivo. Tener amigos en puestos humildes vale la pena. A largo plazo me he dado cuenta de que hacen más por mí que la gente que corta el bacalao.

—Han asesinado a Azarian —le dije.

—Era buen chico —dijo Pepper—. Yo no llegué a conocerlo, pero la gente hablaba bien de él. Buen chico. He oído que le rebanaron el pescuezo.

—Eso mismo. La última vez que lo vi llevaba a una guardaespaldas tremenda. Una mujer negra. De unos veinticinco años. Vestida para el campeonato mundial de los pesos pesados. Epiphany Powell. Debía de medir metro setenta y cinco, parecía medio tonta al hablar, no tenía marcas ni cicatrices.

—Es una confidente de la policía. Se llama Ferry o Sperry o algo parecido. Trabaja para la Oficina Antinarcoóticos, etcétera, etcétera, el estado de California y no sé qué más.

—Esto se termina para mí. Tengo otras cosas en mente. ¿Por qué me quería ver usted?

—Por Hanes —dijo él—. Principalmente por Hanes. ¿Se ha intentado poner en contacto contigo? ¿Ha intentado deshacerse del paquete? Estas preguntas necesitan respuesta, Buck.

—Hanes se dedica a viajar por el metro. Si quiere usted el paquete, vaya y encuéntrelo.

—Tu tono de voz no me pasa inadvertido —dijo Pepper—. Supongo que si alguien tiene derecho a estar irritado por todas estas muestras de amateurismo, somos tú y yo. Todo este asunto está empezando a resultar doloroso. Se están haciendo demasiadas payasadas. Yo he mantenido un nivel elevado de profesionalidad durante muchos años y todo este cutrerío me está afectando al equilibrio. He establecido unos estándares muy altos para toda esta maldita profesión. Te podría hablar de las guerras de la droga de Brownsville. De Dave Grady y su microbús. De la monja de la cocaína.

—Ahora mismo no —le dije.

—Tomo nota de tu tono. Te voy a decir por qué te he pedido que vengas, Buck. Para que nos localices a Hanes. Mira, tenemos que desencallar esto. Los cachorros se están volviendo locos. Bohack se está poniendo nervioso. Las legiones negras de Azarian están listas. Los narcos están por todas partes. En conjunto, se prevé que los próximos días sean cruciales. Si no puedo acceder a Hanes en cuarenta y ocho horas, abandono la puñetera operación. Lo haré a mi pesar, pero no me quedará más remedio que hacerlo en aras de

mi propia seguridad. Aquí hay demasiados aficionados. Mira lo que le ha pasado a Azarian, con lo buen chico que era. Y piensa en lo que le puede pasar a Hanes, un chaval sin casa, un huérfano de la tormenta. Tiene toda la pinta de que le espera un futuro muy poco prometedor. Por eso tengo que liberar el producto. Conseguirlo y esfumarme. Dejar que la gente del Valle Feliz se apañe sola. Buck, tú y yo somos las únicas partes que ocupan posiciones de confianza mutua. Y sé que has estado en contacto con Hanes. Lo único que tienes que hacer es señálmelo dónde está. Será un acto del que no te arrepentirás nunca. Es una maldita vergüenza ver un producto tan de ensueño en manos de gente sin capacidad. Una oportunidad que no se repetirá en la vida. Hazlo, Buck. Señálame dónde está Hanes.

—Está en el metro. Es lo único que sé. Lleva el producto encima. Yo le dije que no estaba interesado en cogérselo de las manos. Que tengo otras cosas en mente. Le dije que se lo quedara.

—Me dejas asombrado, Buck. Estás hablando con un caballero que conoce las calles. Con un viejo estratega que se ha movido en el anonimato. ¿Eres consciente de lo que me estás contando? Me estás diciendo que has tenido el producto al alcance de la mano y no has intentado cogerlo. Esa historia no tiene sentido. Yo creía que éramos socios. Estaba seguro de que éramos capaces de funcionar en una atmósfera de confianza mutua. Supongo que estoy perdiendo el criterio. Supongo que me estoy ablandando. Esto me entristece, Buck. Los cachorros se están volviendo locos. El Gobierno de Estados Unidos me está olisqueando la ropa sucia. Yo estaba seguro de tener un solo aliado en medio de esta lamentable liga de inadaptados. Menuda papeleta. Qué decepción tan grande. Estar cara a cara con Hanes. Tener el producto al alcance de la mano. Doy por sentado que ése fue el caso. ¿Te parece que «al alcance de la mano» es una descripción precisa de la distancia que tú recuerdas?

—Compartimos un asiento del metro. Caminamos juntos por los túneles. A veces nuestras mangas se tocaban.

—¿Y tengo que creer que no intentaste convencerle para que te diera el producto? ¿Me tengo que creer que no tienes dicho producto? ¿Ni en posesión ni con acceso a él? ¿Tengo que creerme que tú y Hanes no hicisteis ningún trato? ¿Me tengo que creer todo esto? Oinc, oinc. Eso es todo, amigos.

—Lo siento.

—Bueno, pues —dijo él—. No me dejas margen, amigo. Ninguno. Me veo obligado a ejercer presión. No por decisión propia. No porque me apetezca. Es una cuestión de orientación y ventaja. Las circunstancias juegan

a mi favor. Las viejas alianzas han entrado en una fase maligna. No me quedan más cartas que jugar que la última y desagradable baza. De acuerdo con mis fuentes, vas a volver a salir de gira. Me han informado de ese dato hace menos de dos horas. Pues bien, llévate la siguiente propuesta a casa y rúmiala bien. Es muy sencillo, Buck. O me traes el producto o tomo medidas para prolongar tu periodo sabático. Lo que te estoy diciendo es que no saldrás de esa habitación. Que esa habitación se convertirá en tu pasado, presente y futuro. Cuatro paredes y un retrete con cadena. No dudes de que puedo tomar esas medidas. No me será fácil, lo admito. Hará falta emprender maniobras de lo más arriesgadas. Guau, guau. Tendré que echarme un chorrito de Wild Turkey en el agua que bebo. Oh, tendré que estar completamente alerta, perfectamente engrasado, frío como teta de bruja. La decisión es tuya. Cuarenta y ocho horas. Una oferta generosa lo mires por donde lo mires. Poco después me pondré en contacto contigo. Tráeme el producto, Buck. Por el bien de tu alma y de la mía. Necesito tenerlo, hijo. Es material para una leyenda.

Le tocó a Menefee acompañarme de vuelta a la calle Great Jones. Había dejado de llover pero él mantenía el paraguas pegado a nuestras cabezas y cada vez que pasaba un coche lo bajaba para cubrirme la cara. Esta vez nuestra excursión dio menos rodeos, una finta hacia el este, un pequeño desvío de prueba hacia el norte y luego ya recto entre los almacenes de Lafayette. Había dos mujeres con botes de aerosol rociando un montón de muebles abandonados con repelente de insectos. Cuando terminaron, le sacaron el armazón a un sofá viejo y se lo llevaron a rastras.

—Llevaba zapatos de rejilla.

—Lo sé —dijo Menefee—. He intentado disuadirlo, con lo de la lluvia y tal, pero supongo que ha pensado que la ocasión pedía zapatos de rejilla. Dice que los tiene desde hace veinte años. El hombre es increíble. Es un maestro de los atuendos, un maestro de las dinámicas locales, un maestro de los datos curiosos. Tiene estilo y es astuto. Lo único que puedo decir en términos de mi desarrollo como módulo de pensamiento humano es que me alegro de que viniera a mí. Yo estaba siendo despersonalizado de forma sistemática por todo el aparato educativo de la Universidad de California en Santa Bárbara, y lo único que mis padres me decían día tras día en forma de cartas, llamadas telefónicas y telegramas era que tenía que cambiarme a la Universidad de California en Santa Cruz, que era algo que ellos querían que yo hiciera por razones puramente egoístas y codiciosas, posiblemente teñidas de incesto. De manera que me hice aprendiz del doctor Pepper y desde entonces me he

desarrollado de forma increíble en el sentido de verme a mí mismo como un contenedor totalmente funcional con enchufes de acceso. De manera que estábamos los dos viajando de un lado para otro, y mis padres me preguntaron dónde estaba. Y yo les dije que había vuelto a la universidad. Que estaba en la Universidad de California en Pittsfield, Massachusetts.

Menefee cerró el paraguas enorme y subió las escaleras conmigo. Inspeccionó el apartamento antes de dejarme entrar. Luego se marchó como un ave mitológica que regresa a su nido enjoyado. No había calefacción. Abrí el grifo de la bañera y me desvestí. El agua se enfrió casi de inmediato pero la dejé correr hasta que la bañera estuvo llena. Luego me di un baño, frotándome el cuerpo con un cepillo para el pelo. Soportando las oleadas de profundos temblores que me invadieron. Cuando por fin salí estaba más frío que la habitación.

—Tengo una fantasía terminal —dijo Fenig—. Cada vez me asalta con más frecuencia, es como una obsesión recurrente, y cada vez le añado algún detallito. Tiene gracia que nunca me canse de esa fantasía. Nunca me canso y nunca siento la necesidad de purgarme de ella. Te lo cuento, palabra por palabra, tal como me llega, o bien tal como yo llego a ella, puede darse un caso o el otro. Escucha y dime lo que piensas. Es una fantasía terminal. Estoy viviendo solo en este edificio. Fuera, los cachorros están siendo fieles a su estilo de vida basado en el merodeo constante. Deambulan por las calles vacías, eligiendo edificios al azar y asaltándolos para repartir sus puñetazos y sus patadas, tirar puertas abajo, subir a la carga las escaleras y trotar por los pasillos. Y yo vivo solo en este edificio. De día escribo y pienso. Me hago sopa de tomate en mi hornillo. Unto las galletas saladas de mantequilla. Me sirvo un vaso de Budweiser, la reina de las cervezas. Ésa es la comida básica que me hago casi todos los días, entre mis dos sesiones habituales frente a la máquina de escribir, siempre y cuando la cosa fluya. Pero el corazón de la fantasía terminal es lo que pasa de noche. De noche yo también merodeo. Merodeo por este edificio. Conmigo van dos pastores alemanes bestiales, uno por delante y otro por detrás. Llevo una escopeta de recarga semiautomática pegada al vientre. De la cadera derecha me cuelga un machete, enfundado en un cinturón de munición personalizado. Me paso prácticamente la noche entera subiendo y bajando las escaleras, en compañía de los perros. Examino todos los rincones oscuros. Me asomo al final del pasillo más oscuro. Miro debajo de los escalones del primer piso. Llevo a cabo un registro exhaustivo de tu antiguo apartamento y del antiguo apartamento de Micklewhite. A mi alrededor los edificios están siendo invadidos y yo me limito a esperar a que los cachorros lleguen aquí, a que vengan dando sus zancadas desgarbadas. Me paso el día escribiendo una narrativa terminal fabulosa. De noche merodeo por el edificio. Hasta que por fin llegan, ocho en total, armados con cuchillos diminutos y con unos címbalos de madera parecidos a castañuelas que hacen sonar junto a los oídos de sus víctimas en un ritual de rencor infantil de aire zen. Cuando los veo no me entra el pánico para nada. Es la situación que llevo

todo el tiempo esperando. Me dedico a disparar cartucho tras cartucho sin inmutarme. La escopeta es mágica, no necesita recargarse nunca, hace un ruido gutural que sale a cámara lenta: buuuu-uuu-uum. Les suelto a los perros y cuento uno y dos antes de seguirlos, abalanzándome machete en ristre para repartir cuchilladas. Todo es como esa violencia coreográfica de las películas, con una sangre preciosa, que mana muy despacio, y los perros les lamen las gargantas a los cachorros, el filo gris va desgarrando, la sangre roja y turgente fluye por todas partes, encantadora, muy despacio, más despacio todavía que la leche que se derrama del seno de una madre. Pero la sangre y la violencia me complacen menos que el simple hecho de que todo sea tan terminal. Días y noches lóbregos. Las calles vacías. El edificio entero para mí. Perros y cachorros. Yo defendiendo una sola cosa. No estoy aquí para defender mi tierra ni mi arte. Estoy aquí para defender mi privacidad. A cualquiera que trastorne la calma de este edificio me lo cargo. Monto guardia toda la noche. Les doy carne cruda a mis perros. Bajo a rastras a los muertos y los heridos y los voy dejando en la calle a intervalos de diez metros. Luego les vierto gasolina encima. Por fin les pego fuego. Hogueras hechas de muertos y moribundos. Con franqueza, es una imagen preciosa. De día, sopa de tomate y narrativa. De noche, a montar guardia. Me pregunto por qué resultan tan agradables los acontecimientos terminales.

Fenig estaba sentado sobre el enorme baúl que contenía sus manuscritos. Se dedicaba a golpear con el tacón de sus zapatillas deportivas contra la parte delantera del baúl, al compás de un ritmo enigmático. Su ropa recién lavada era la misma que había llevado puesta durante todas nuestras conversaciones. Tal vez se compraba las prendas de cuatro en cuatro y de cinco en cinco. Parecía posible que no tuviera nada más que eso: cinco sudaderas, cinco pantalones de sarga y cinco pares de zapatillas de tenis. Fenig y yo nos cruzábamos en lugares curiosos situados por debajo del plano de lo resoluble. A mí me parecía que eso simplificaba las cosas. Siempre resulta más fácil vivir con los parecidos, puesto que suministran esos sombreados que uno necesita para esconderse. Al final los contrarios tienden a corroer la misma democracia de sentimientos que ellos mismos permitían de entrada. En el armario de Fenig había otros cuatro Fenig, anudados, con la capucha puesta y bien planchaditos.

—Con la pornografía fracasé —me dijo—, porque me colocó en una posición en la que mi yo escritor estaba siendo manipulado por lo que escribía. Ése es el quid de vivir en P-landia. Que hace que la gente sea fácil de manipular. Que coloca a la gente al final de las cosas. Lo más seguro es que

mi yo escritor fuera más consciente de esto que el lector en potencia, fuera éste quien fuera, puesto que yo notaba mis propios cambios internos, el endurecimiento de los mecanismos, el sometimiento a la formación de la lujuria y al despertar de la lujuria. Hay que estar medio loco para ser un gran pornógrafo y hay que ser medio sueco para exponerse repetidamente al porno sin perder una parte de eso que nos hace humanos. Toda obra pornográfica nos acerca al fascismo. Reduce el elemento humano. Promueve las reacciones de hormiga. Mi yo escritor sufrió estas cosas en sus carnes. Mientras mis personajes infantiles se pasaban el día entero azotándose y violándose entre ellos, se me empezaron a deshacer en los dedos, y yo mismo empecé también a fragmentarme. Los límites y los estereotipos de la pornografía me perjudicaron desde el primer momento, y sin embargo, al otro lado de una última frontera o límite, todavía puedo imaginarme una nueva clase de P-landia, llena de personajes que ni se tocan entre ellos. Pero ni siquiera pienso intentarlo. No estoy medio loco y no soy más que una octava parte sueco, de manera que es obvio que éste no es el género adecuado para mí. De todas formas, el mercado no daba mucho dinero. Mil quinientos dólares por un manuscrito con extensión de novela. Yo les dije que no era simple pornografía, que era pornografía infantil. Ellos me dijeron que un coño es un coño y que da igual quién lo lleve. Los genitales siempre anteceden a lo demás. Si se produce una mezcla de categorías y los genitales tienen un papel importante en una de las categorías, entonces ésa es la escala con la que estás trabajando. Escucha, estoy contento de quitarme este asunto de encima. Así puedo tener mi fantasía terminal con la conciencia limpia. Ya no soy un vendedor de lujuria ni tampoco un totalitarista incipiente del mundo de las letras. Tengo una fantasía que pasa por el derramamiento de la sangre ajena, es cierto, pero no es una fantasía que forme parte del argumento de mi vida. No es coherente con quien yo soy ni con lo que hago. No es más que una aberración aislada, gran parte de la cual tiene lugar a cámara lenta. Si siguiera involucrado en la pornografía infantil, entonces sí que me preocuparía por la existencia de ese argumento, por que hubiera un vínculo o una coherencia. Pero estoy libre de esa categoría y también de su triste escala. Finanzas. Después de los primeros cinco mil ejemplares vendidos me llevo el doce y medio por ciento. Las finanzas son algo enorme. Los mercados se estarán muriendo pero el de las finanzas no. Los culebrones matinales siguen funcionando bastante bien, pero personalmente evito la tele en la medida de lo posible. La tele es el espacio exterior, apenas tiene aire, no hay oxígeno. Allí mis palabras son vistas y no vistas, apenas rozan los oídos de los muertos

vivientes. No tengo ninguna intención de abandonar la literatura financiera. Las fi-nan-zas son sólidas. Siempre habrá millonarios y gente que quiera ser millonaria. Estoy alumbrando este asunto con mucha cautela. Es el momento más decisivo de mi carrera. Afrontémoslo: hasta ahora he estado produciendo una obra bastante desigual. Necesito una base permanente desde la cual expresarme. No más movimiento ni fluctuación. Necesito ver una larga línea que se extienda hacia lo lejos. Los giros del mercado se están ralentizando y las luces se están atenuando y todos los ruidos fuertes se están apagando. La enorme rueda se está parando, no cabe duda, pero yo me sorprendo a mí mismo siendo filosófico. Aunque el mercado financiero muera junto con el resto de los mercados, mantengo cierta esperanza frágil de acabar redimido como escritor funcional. Veo calles vacías. Veo un mercado muerto. Veo merodear a los cachorros. Y ahí estoy yo, frente a la máquina de escribir. Soy viejo pero todavía estoy en forma. Tengo la mente más lúcida que nunca. Estoy en el punto álgido de mis capacidades. Tengo un control firme sobre mi material. Estoy escribiendo narrativa terminal y no estoy escribiendo para el mercado ni para vender deprisa, ni tampoco por profesionalidad ni por ver mi nombre impreso. Estoy escribiendo para los supervivientes, para que sepan a qué han sobrevivido. Estoy escribiendo, si quieres, para la posteridad, para que la gente entienda qué es lo que salió mal y resista ese imperativo histórico de juzgarnos con demasiada dureza. Veo sopa de tomate y galletas saladas.

Al cabo de un rato se bajó del baúl y preparó café. Nos lo bebimos en silencio. Fenig sostenía su tazón con ambas manos. Para beber acercaba la cabeza al borde y convertía el acto en un pequeño sacramento. Debía de ser más o menos mediodía. Oí que me sonaba el teléfono por tercera vez en la última hora. Fenig sirvió más café. Esta vez se llevó la taza a la mesa de la máquina de escribir. Enseguida se puso a toquetear las teclas, primero solamente con dos dedos, luego con la mano izquierda, haciendo brincar el pulgar sobre la tecla de espacio, y después ya con las dos manos a la obra, aporreando las teclas con los diez dedos y acercando la cabeza cada vez más a aquella máquina negra, dando la impresión de seguir con la mirada la trayectoria parabólica de cada una de aquellas hondas de metal que lanzaban tinta por encima de la página.

Bajé a mi apartamento y me quedé dormido casi de inmediato. El teléfono sonó y me arrastré hacia él para levantar el auricular que silenciaba el ruido.

—¿Ya has vuelto?

—Aquí estoy —dije.

—Te he llamado antes, Bucky. Tres veces, para ser exactos. No ha contestado nadie. Me ha parecido raro. No está. ¿Dónde debe de estar?, he pensado. Me preguntaba adónde se habría ido la figura central de esta situación que está evolucionando tan deprisa. Raro, ¿verdad? Pues es lo que he pensado.

—Finalmente he vuelto.

—Bucky, me estoy poniendo en contacto contigo por nuestra conversación del día veinte del mes pasado.

—¿Qué conversación? —dije yo.

—Nos pusimos de acuerdo en que te llamaría a una hora concreta de tal y tal día. Y eso es lo que he estado intentando hacer durante la última hora. En otras palabras, he estado poniendo en práctica las estipulaciones de la propuesta conjunta que acordamos. La otra vez me dijiste que no tenías ninguna información geográfica sobre el paradero del producto. Ahora te pregunto oficialmente si el momento presente es más propicio para que mis socios angloeuropeos y yo te hagamos una oferta seria, en términos astrológicos y divinos.

—El producto está completamente fuera de mi alcance. No lo tengo y no sé cómo conseguirlo. Lo tiene un tipo llamado Hanes. Metro setenta. Unos sesenta kilos. Sin marcas ni cicatrices.

—Un tipo llamado Hanes —dijo él.

—Eso mismo.

—Joven. Esbelto. Frágil. Aburrido, se podría decir.

—El mismo.

—Piel de alabastro.

—El mismo —dije yo—. Buena descripción. Me gusta. Soberbia, vamos. Lástima que no tenga nariz aguileña. Sería una buena combinación. Pero sí, ya lo creo, es él, la descripción concuerda.

—Y lleva una buena temporada en posesión del producto, ¿verdad?

—En días o semanas no me acuerdo. Pero sé que ya tenía el producto antes de que vinieras tú.

—Mira por dónde —dijo Watney—. Resulta que me encontré con Hanes en Toronto. Él llevaba unos días acechando por allí. Siguiéndome los pasos. Vino en mi busca con esa pinta que tiene de angelito corrupto. Quería venderme algo. Algo que él denominó la droga suprema. Vendía directamente. Vendía participaciones. Vendía derechos en Europa. Era flexible, decía. Pero toda mi información apuntaba hacia ti, Bucky. Yo creía que tú eras el único que tenía el producto. Recorrí todo Canadá, haciendo

pequeños negocios aquí y allá, preparando el terreno, abriendo perspectivas. Y todo el tiempo con la intención de presentarme por sorpresa ante el famoso Bucky Wunderlick y llevar a cabo un poco de promoción frenética en Nueva York. Con la intención de hacerle una oferta contundente a mi viejo camarada de armas. Y entonces apareció ese tal Hanes, paseándose con esos andares remilgados y desesperados. La verdad es que no le hice mucho caso. Porque todos los rumores de mi *dossier* de rumores situaban la droga suprema en tus notorias manos.

—Hanes se escapó con ella. Se suponía que la tenía que entregar en alguna parte y luego negociar un trato. Pero se escapó para venderla por su cuenta.

—Menudo cabroncete caradura.

—Supongo que lo echaste.

—Ni hablar —dijo Watney—. Yo no me dedico a echar a la gente. La gente son seres humanos. Son criaturas dotadas de posibilidades infinitas. Provistas de almas inmortales. No, seguí el procedimiento habitual y mandé por correo una pequeña muestra de su mercancía a la zona cero para que la analizaran. Al laboratorio clandestino que tenemos en los muelles del centro de Birmingham. A nuestros técnicos de primera línea con sus batas blancas y sus zapatos de tacón. Hablo de forma enigmática, claro. Solamente revelo los hallazgos sobresalientes.

—¿Y cuáles fueron?

—Pues vamos a ver: un voluntario recibió un pinchazo en el brazo. Desde entonces lo único que ha hecho es babear y gimotear. De entrada, nuestros técnicos hicieron sus pruebas sesudas. Pero obtuvieron resultados imprecisos. De manera que llamaron a un voluntario de la fila y le dieron un pinchazo. Nuestro principal problema viene de los voluntarios que hacen cola en la acera a plena luz del día. De lo ansiosos que están por servir a la causa de la ciencia. Vamos a ver. La droga ataca una zona concreta del hemisferio izquierdo del cerebro, que al parecer es el hemisferio verbal, donde se guardan las palabras. Y el chaval ha quedado reducido a una máquina de babear. Como es natural, cuando me mandaron el informe le comuniqué a tu amigo Hanes que no queríamos tener nada que ver con aquel producto infernal. Dios mío, todavía hay ética. Les dije a los técnicos que tendrían que haber usado a un gato, coño. Ellos señalaron el hecho de que los gatos no hablan. Por tanto, de poco nos habría servido inyectarle la droga a un gato. Cuando entré en tu piso con la grandiosidad que me caracteriza no

sospechaba que, de hecho, el tan buscado producto ya me había pasado por las manos.

—¿Sabes dónde te dejaste los cromos de chicles? —dije yo.

—La bolsa de asas, ¿verdad? ¿Fue ahí donde mi empleado la dejó? ¿La dejó contigo? Blessy es tonto de remate, ¿sabes? No es un simple juego nuestro. Ése necesita que lo vigilen. Voy a tener que aplicarle los hierros al rojo por esto. Voy a tener que enseñarle a ese chaval lo que es un buen castigo. Él me aseguró que se la había llevado el chófer de la limusina. No pasa nada. Pero sienta un mal precedente.

—Si no te importa la pregunta, ¿por qué viajas con cromos de chicles?

—No es un mal retrato, ¿verdad? Me lo hicieron hace unos años. Yo iba todo de terciopelo azul. Un sueño de infancia hecho realidad. Tener mis propios cromos de chicles. Son cromos mágicos, Bucky. Es un secreto total. Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—Vale.

—Prométemelo de verdad. Prométemelo de corazón. Hazme un juramento de soldado. Un juramento de monja impoluta. Aunque mejor pensado, en esos sectores ya no queda mucha sensación de obligación. Hazme un juramento más negro, pues. De los que se hacen en los despachos internos más feos. Despachos de agentes de narcóticos. De inspectores postales. De agentes de aduanas. Hazme un juramento que tenga sangre.

—Hermanos —dije yo.

—Allí donde voy me llevo cientos de cromos de chicles. Cromos de chicles de Watney. Un artículo difícil de encontrar. Más escaso que un par de zapatos de ante azul en la Tierra del Fuego. Prácticamente he copado el mercado, fíjate. He creado un monopolio virtual. Pero a veces hay dos o tres cromos en mi bolsa que no son como los demás. Son cromos mágicos, descendientes directos de nuestra revolución industrial. Compra productos británicos, digo yo siempre. Los cromos mágicos están diseñados de tal manera que se pueden sellar una y otra vez con nuestro producto adhesivo exclusivo. Y es posible colocar muestras diminutas de tal o cual producto dentro de un envase miniaturizado de metal anodizado, que a su vez se encaja dentro de un cromo determinado y se lleva a donde sea. Cromo sin sellar. Producto probado. Hemos traído muestras de micropuntos de LSD desde Malta dentro de los cromos de chicles de Watney. Es todo un disfrute transportar estas cosas. Maravilloso en las fiestas. Tener tu propio cromo de chicle. Es divertidísimo enseñárselo a tus confiados compañeros de pasaje a bordo de un enorme avión comercial que surca los cielos. Embarco en el

punto A. Desembarco en el punto B. Soplando burbujas metafóricas por el camino. Simples cromos normales en esa bolsa que Blessy se dejó en tu apartamento. Aunque allí no había ninguno de los mágicos. Los mágicos estaban en el equipaje propiamente dicho. En el equipaje voluminoso. El de verdad. Las maletas. Aun así, ha sentado un mal precedente. Voy a tener que ponerme serio con ese chico.

—Me vuelvo a ir de gira. ¿Qué te parece? ¿Crees que estoy loco? Siento que tengo que hacerlo. Se acaba el tiempo. Tengo que ponerme en movimiento.

—De vuelta al mundo, ¿eh? De vuelta a los pozos y las zanjas de estiércol. Te conviene prepararte para lo que pueda pasar, viejo Bucky. Prepara una sobredosis para los minutos críticos. Tenla lista encima del tocador. El viejo horror de las giras. Hazlo, amigo. No conviene ir deshaciéndose de forma gradual. Es malo para la imagen. Hay que irse de golpe. El exceso. Ése es el número que te identifica. Yo nunca pude estar a la altura de la genialidad de tu exceso. Yo era demasiado artificial. Me veía obligado a fingirlo y exprimirlo del todo. Ése fue mi fallo crucial. Que no conseguí encarnar el exceso auténtico y sincero. Yo no era más que un chicle pisado en la suela de tu zapato. De manera que sé fiel a la imagen, viejo Bucky. Prepárate una sobredosis bien hecha y calcínate de golpe. Hazlo con deliberación. Sé tan exhaustivo como te sea humanamente posible. No te olvides de lamer la cuchara.

—Quiero convertirme en un sueño —dije yo—. Estoy cansado de mi cuerpo. Quiero ser un sueño, su sueño. Quiero fluir a través de ellos.

—Pues primero tienes que morir.

—Ya sabía yo que me dejaba algo.

—Tienes que morirte de golpe. Nada de ese consumirse gradual de las clases medias. Tienes que calcinarte. Es un gesto que carece por completo de valor, claro está. Siento ser yo quien te comunique ese dato tan deprimente. Pero es cierto, carece por completo de valor. La muerte de uno tiene que estar a la altura de su poder. La sobredosis o el asesinato resultan encantadores desde un punto de vista estético, pero de hecho significan muy poco a menos que transmitan las reverberaciones del poder. El hombre poderoso que logra una muerte hermosa se convierte automáticamente en héroe nacional y en santo de todas las iglesias. Sin poder, la cosa se queda en nada, Bucky, no hay poder. No tienes más que la ilusión del poder. Lo sé de primera mano. Lo aprendí lección tras lección y ciudad tras ciudad. Nada se mueve verdaderamente al compás de tu sonido. Nada se agita ni cambia. Eres un

puñetero artista y nada más. Menos de cien gramos en la balanza de la carne. No eres duro, sino blando. No estás bajo tierra, sino por encima de ella. El verdadero subsuelo es el lugar donde fluye el poder. Ahí radica el secreto mejor guardado de nuestra época. Tú no eres el subsuelo. Tu gente no es gente subterránea. Son los presidentes y los primeros ministros los que hacen los tratos subterráneos y hablan el verdadero lenguaje del subsuelo. Las corporaciones. El ejército. Los bancos. Ésa es la red subterránea. Ahí es donde sucede todo. El poder fluye bajo la superficie, muy por debajo del nivel donde vivimos tú y yo. Ahí es donde se violan las leyes, muy abajo, muy por debajo de los adictos a las anfetaminas y de los que cortan el caballo. Tú no estás blindado ni eres intocable como lo son las fuerzas corporativas. Tu público no es el público relevante. No genera nada. No se vende a los demás. Tu vida se consume a sí misma. Ñam, ñam. Yo conozco las ilusiones, ya lo creo. Las ilusiones me obligaron a cambiar de vida. Me acuerdo del final de mi última gira convencional dentro del negocio musical. Yo era un hombre hundido. Una víctima de la ilusión. En todo el reino no había una figura más lamentable. ¿Quieres que te diga cómo intenté soportarlo? ¿Adónde fui y cómo llegué? Es una historia muy triste. Prométeme que no dirás ni una palabra. ¿Me lo juras con tu sangre?

—Claro —dije yo.

—Prométemelo como un amigo de verdad. Prométemelo en serio. ¿Te lo cuento, pues? ¿Te cuento lo que hice?

—Claro.

—Me fui por la calle de la Soledad hasta el hotel de los Corazones Rotos.

El nombre de ella me vino a la cabeza justo un momento antes de que él me lo dijera. Globke abrió una botella de champán caliente y los tres nos apiñamos, en posiciones oblicuas que caricaturizaban la intimidad, bajo la pizca de luz del día que entraba en la habitación. Sirvió la bebida en unos vasos de plástico que había traído consigo, sospechando que mi vajilla no cumpliría con los requisitos de higiene. Sentado en mi butaca con forma de tazón, con las rodillas por encima de la barriga, bebí a la salud de las cintas de la montaña.

—Bucky, ¿te acuerdas de Michelle?

—Por supuesto.

—Cenaste con nosotros en nuestra casa hace un año más o menos, justo después de que nos mudáramos.

—Me acuerdo.

—Comimos pierna de cordero asada y bebimos dos tipos de vino. Michelle preparó esas fantásticas cosas vegetales hindúes que prepara ella. Escuchamos una selección de *Madama Butterfly*. Nos bebimos el vino tranquilamente a la luz de las velas.

—Me acuerdo —dije yo.

—Luego nos sentamos en la terraza de arriba y hablamos del uso del dinero. Luego hablamos de la codicia. Luego hablamos del mal uso del dinero. Luego bebimos té y nos comimos esa porquería de postre que parece de goma y que odio. Luego llamé a una limusina para que te llevara al aeropuerto. Pero bueno, a fin de cuentas, aquí la tienes. Mi joven esposa. Esposa, madre, amante, colega, amiga. ¿Te acuerdas de Michelle?

—Claro —dije yo.

—No la toques —dijo Globke.

—Que no.

—Me pone nervioso que la gente la toque. Es lo que tiene ser viejo y gordo. ¿Lo ves? ¿Ves lo que provoca? Me convierte en una figura ridícula. Pero no pienso sucumbir sin presentar batalla. Voy a seguir luchando. Atravieso la madurez aferrándome con las dos manos. Tendrías que haberme visto cuando les eché el guante a las cintas. Yo era pura acción. La autoridad

me retumbaba en la voz. Reuní al personal, hice planes, di instrucciones. Luego metí las cintas en mi bolsa de la Pan Am y cogí un vuelo nocturno a Cincinnati, que es desde donde te llamé. Unas instalaciones que combinan estudio de grabación con almacén. No muy grandes pero lo suficiente. Las conoce poca gente. Hace años que en ellas graban orquestas callejeras y corales de instituto. Cincinnati. La ciudad reina del primer Oeste. Allí se está llevando todo el trabajo técnico sobre las cintas además del prensado final. Puedes considerarlo un miedo infundado, pero a mí me dio miedo llevarme el material a cualquier otra parte. Demasiado peligro de sabotajes. Un material que es imposible de duplicar no se puede manejar igual que una colección de saldos. Bebamos por las cintas de la montaña. Las cintas de la montaña. Mantenlas a salvo, Dios de mis ancestros, hasta que el disco llegue a las tiendas.

—¿Cuándo me marchó yo?

—Ahora bebamos por la gira. La gira. Pasado mañana, Bucky. Plaf, ya no estás. Bebamos todos. Todo está listo. Pasado mañana. Inauguramos la promoción discográfica más grande de la historia. De hecho, hoy mismo voy a filtrar la noticia de las cintas de la montaña. Mañana empezaré a adelantarme a los rumores que intenten explicar tu regreso. Que tienes una enfermedad incurable. Que te queda un año de vida. Que lo quieres pasar con tus fans.

—Puede que surjan otros rumores.

—¿Comparables a éstos?

—Supongo que no —dije yo.

—¿Comparables a éstos en materia de puro mal gusto? ¿Aunque sea remotamente? Me apropiaré de todos los demás rumores potenciales. Los exprimiré. Me pertenecen a mí por derecho divino de mal gusto. Yo provengo de una tradición, Bucky. No soy dinero nuevo, cultura nueva ni conciencia nueva. Yo surjo de una tradición clara. El mal gusto. Michelle me lo suaviza un poco pero nada lo puede matar del todo. Está ahí de forma permanente y a mí me enorgullece y me encanta. La dinámica del mal gusto es algo que deberían investigar con una beca especial. El mal gusto está en la base de todos los éxitos que he tenido. Soy un magnate hecho a sí mismo en una industria rebotante de mal gusto. Mírame. Mi aspecto dice a gritos «magnate». ¿Cómo he llegado ahí? Pues a base de agresividad. De hacer acuerdos dobles a punta de pala. De ser un bocazas. De insultar hasta extremos inverosímiles. De pequeñas mentiras piadosas. De pedos y eructos. De traicionar a un amigo y luego jactarse de ello. Ésas son las cosas que le

confieren a uno estatura en la industria. No solamente respeto o influencia o notabilidad. Estatura. No basta con traicionar a un amigo. Con eso ganas respeto como mucho. Hay que aportar un toque extra: traicionar a un amigo y luego jactarse de ello. Eso es tener naturaleza de estrella. Eso te da estatura. ¿Sabes qué tengo yo, además de mal gusto? Tengo instinto para las iniciativas empresariales. La combinación es invencible.

—Me gusta tu traje —dije yo.

—Es un traje de tres piezas de tela de espiguilla elástica. Comprado a precio de fábrica. En Clifton, Nueva Jersey. Veinte por ciento de descuento respecto al precio de mercado.

—Dice mucho con poco.

—He vendido los derechos de adaptación cinematográfica por doscientos mil dólares.

—¿De tu traje?

—Se rodará a finales de verano.

—Estás de buen humor —dije yo.

—¿Sabes qué tiene este traje que no tienen otros trajes? ¿Quieres que te lo diga?

—Adelante.

—Naturaleza de estrella —dijo—. Este traje tiene naturaleza de estrella.

—Estás realmente contento, ¿verdad? Estás que no cabes en ti. Acción. Te mueres de ganas de ponerme en órbita.

—Pero éste no es mi traje favorito. Ni de lejos. Mi traje favorito es el que compré en el Simon Ackerman del Bronx en 1954. Por entonces estaba arrancando el crédito renovable en condiciones variables. Y te cuento una cosa graciosa si te apetece. Por entonces aquel traje no era de mi talla, pero ahora sí. En 1954 no era de mi talla. Y tendrías que verlo ahora. Pero es que lo que tendrían que hacer es ponerles fecha a los trajes, igual que se la ponen a los automóviles o a los buenos vinos. Se puede decir que tengo un Simon Ackerman de 1954. Con hombreras y buenas costuras. Tengo un traje del sótano de ofertas de Klein's de 1968. Cuarenta y cuatro dólares, de confección, se pone morado cuando llueve. Pero tendrías que ver ese traje ahora. Cuéntaselo, Michelle. ¿Me queda bien o no? ¿Estoy exagerando o no? ¿Nos entendemos o no?

—¿Has visto a Hanes? —dije yo.

—Hanes ha vuelto al trabajo. ¿Hanes? Ha vuelto al trabajo. ¿Por qué lo preguntas, Bucky?

—Por nada.

—Escalamos a toda pastilla las listas de éxitos. Alcanzamos el umbral de rentabilidad. Determinamos nuestras asignaciones. Obtenemos beneficios brutos y los rebasamos. Dividimos las ciudades entre ciudades de prueba y ciudades de listas de éxitos. Reponemos los discos en las cubetas. Consultamos con nuestros expertos. Escalamos y agarramos. Gritamos por teléfono. Vendemos y rebasamos ventas. Y desplegamos un mal gusto perpetuo.

—La epopeya nos enseña que todo trabajo vale lo mismo que los demás trabajos —dijo Michelle—. En cuanto nos hemos liberado del miedo y el deseo, ningún acto que llevemos a cabo será más importante que el acto que lo precede o el acto que lo sigue. El desapego es el camino que nos lleva más allá de la realidad. Y más allá de la realidad es donde reside nuestra verdadera naturaleza. El cuerpo es una ilusión. La epopeya nos enseña que los hombres no pueden saltar por encima del tiempo hasta el centro del absoluto. Los hombres tienen que ir cruzando distintas fronteras por etapas. Al liberarnos del miedo y del deseo encontramos nuestra naturaleza verdadera. El bien. La bondad. Dios. La divinidad. El mal no es nada más que apego. La maldad es apego.

—El mal es el desplazamiento hacia el vacío —dije yo.

—Hablamos de lo mismo —dijo ella.

Antes de que se marcharan ella vino a mi silla y me puso los labios sobre la sien izquierda. Tenía una de esas caras que dejan salir de inmediato a la superficie al amor o al dolor, una de esas caras no veladas que normalmente se ven en ancianas, esas ancianas que han olvidado lo que hay que ocultar y lo que hay que revelar. Y lo que ella reveló ahora no fue un ansia de mí, sino más bien una necesidad de lo que ella interpretaba como mi sufrimiento. En sus ojos y en sus cálidos labios residía el deseo de asumir mi carga, de recoger todo lo que yo no pudiera llevar. Globke esperó en la puerta, mostrando una rara deferencia hacia la solemnidad del momento. Llevaba la botella vacía de champán debajo del brazo, un recuerdo (dijo) del día de mi segundo nacimiento.

Aquella noche me senté junto a la ventana, imaginándome que del cuartel de bomberos salían correteando hombrecillos con botitas negras, y que el cuartel mismo estaba ardiendo, entre llamas saltarinas y columnas de humo, y que los hombrecillos daban brincos de alegría, hombrecillos con botitas y cascos rojos deformes, con las cejas muy pobladas, hombrecillos diminutos en corro y cogidos de las manos.

Bajo abundante luz del sol, un hombre transportaba cuadros desde una furgoneta destartada hasta el edificio de almacenes de la acera de enfrente. Fue llevando lienzo tras lienzo, así hasta una docena, todos grises y con una raya blanca en medio. Me volví hacia Bohack, que estaba en el centro de la habitación, asintiendo con su barbita china, con un pie encima de una silla y el resto del cuerpo orientado hacia ese punto de apoyo. No estaba contento conmigo. Me lo demostraba con aquel cuerpo inflado de agotamiento. Él sabía que yo ya no iba a contentarme con quedarme en aquella habitación, liderando a su banda de jenízaros cada vez más hacia el interior, renunciando más y más al movimiento a cada hora que pasaba. Su cara alargada y franca pareció proyectar su decepción de punta a punta de la habitación. Llevábamos diez minutos de nuestro segundo silencio. Bohack sacó un pañuelo y emitió ruidos mucoidales en su interior. Mantuvo su inclinación hacia el pie, aquel pie derecho apoyado en el borde de la silla, con el codo apoyado en la rodilla derecha y su barba difusa oculta tras el pañuelo. No estaba nada contento conmigo. Yo había traicionado nuestros destinos convergentes, sucumbiendo a la lascivia de la mirada plateada de la primera criatura que me había hecho señas.

—Me preguntaba si llegarías a tiempo —le dije—. Tengo que irme en cuestión de horas. Va a venir un coche a buscarme.

—Si sabías que iba a venir, ¿por qué no te has marchado antes? ¿Por qué no se ha escapado Bucky Wunderlick cuando tenía oportunidad?

—Pregunta idiota —dije yo.

—Supongo que lo es. A veces soy idiota. Tú quieres a medias este enfrentamiento. Quieres a medias ir conmigo a la calle Essex.

—¿Quién ha degollado a Azarian? ¿Lo ha hecho su gente?

—Longboy.

—¿Por qué?

—Porque Longboy es nuestro especialista en gargantas. Cuando era médico de la fuerza aérea hizo bastantes traqueotomías sobre el terreno. Si había un tipo con la mandíbula rota, con el conducto respiratorio obstruido,

muriéndose de asfixia en la zona del lanzamiento, pues Longboy le hacía una tráqueo allí mismo. En total debió de hacer unas diez traqueotomías. Llegó a conocer bien la garganta. Y le ha cogido afición. De manera que mandamos a Longboy a por la garganta de Azarian. Nos costó mucho encontrar a Azarian. Sabíamos que iba detrás del producto pero no conseguíamos localizarlo.

—Solamente estaba pujando —dije yo—. No llegó a ponerle un dedo encima. No ha tenido ningún sentido matarlo.

—Lo hemos matado porque lo hemos encontrado —dijo Bohack—. Ha sido un trabajo fabuloso. Le hemos dedicado mucho tiempo y esfuerzo. Después de tanto tiempo y esfuerzo, era obvio que lo teníamos que matar. Si no lo matábamos, todo ese tiempo y esfuerzo se habrían desperdiciado. Sabíamos que estaba en California, en Los Ángeles, probablemente en Watts. Al final conseguimos el nombre de la calle y el número de la casa. Fue entonces cuando mandamos a Longboy. Nuestro especialista en gargantas.

—El doctor Pepper os ha dicho que me marchó, ¿verdad?

—Cierto, nos lo ha dicho Pepper. Pepper quería que yo organizara una reunión con Rex, Brandy, King, Bruno y los demás. Conocía el interés que tiene el Valle Feliz en tu retiro y quería usar a los cachorros para mantenerte todo el tiempo dentro de esta habitación. Le daba un miedo mortal el mero hecho de acercarse a los cachorros, pero estaba convencido de que tú lo ibas a sacar de la carrera por el producto y ésa era su manera de vengarse. Para serte sincero, a mí me ha sorprendido. No me imaginaba que Pepper fuera tan vengativo. Ha reaccionado como un niño rencoroso que un buen día se despierta y se encuentra con que tiene un par de colmillos venenosos y solamente es cuestión de ver quién se lleva el primer mordisco. Me di cuenta de que se esperaba montañas de problemas si se le ocurría acercarse a los cachorros. Miedo y escalofríos. Hasta puede que hubiera sido medio divertido ver a Pepper con esos lunáticos, pero al final le dije que no hacía falta. Le dije que no necesitábamos a los cachorros. ¿Y quieres saber por qué? Mírate, ahí plantado sin expresión alguna en la cara. ¿Es que a Bucky no le interesa? ¿No le importan estas cosas?

—Le importan mucho.

—Los cachorros no son una jauría independiente. Los controlo yo. Yo los hago correr de un lado para otro. No son una facción separada. Son un simple sector de lunáticos que usamos para nuestros fines. Están completamente subordinados. Solamente hay una Comuna Agrícola del Valle Feliz. Los cachorros son el sector lunático. Los usamos para sembrar el miedo y la confusión. La gente cree que el Valle Feliz es débil y está desorganizado, pero

es lo contrario. Qué buen detalle, ¿no te parece? Transmitir una imagen de disensión, ¿qué te parece? Sembrar el miedo. Sembrar la confusión. ¿Tú qué opinas?

—Necesito tiempo para pensar en ello.

—Les he dado los nombres —dijo él—. Bruno, Rex, Corky y demás. ¿A ti qué te parece? Qué buen detalle, ¿no te parece? Sentido del humor. Te hace falta.

—¿Cuánto pesas?

—Unos ciento diez kilos. ¿Te parece demasiado? Tengo los huesos grandes. Si tienes huesos grandes, necesitas un peso considerable. La cara la tengo más bien redonda, pero el resto está bastante duro.

—¿Tus padres también son grandes? —dije yo.

—Los dos son de envergadura normal, pero mi madre tiene los pulgares más grandes que he visto en mi vida.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Soy hijo único.

—¿Y dónde te compras la ropa?

—En la calle Orchard.

—¿Pagáis el alquiler con dinero en metálico, con cheque o por giro postal?

—Ahora mismo debemos cuatro meses.

—¿Qué planes tenéis para mí?

—Hace un día bonito —dijo él—. Vamos a la azotea.

Paseamos entre chimeneas de distintas formas y materiales, muros de ladrillo medio rotos, metales pesados pintados de negro y antenas de aluminio. El alquitrán era duro. A norte y al sur emergían torres de la primera línea de tejados torcidos. Bohack estaba apoyado en la cornisa, con los ojos cerrados y la cabeza orientada hacia el cielo, aunque tenía el sol a la espalda. Era uno de esos días de color azul eléctrico en los que parece que todos los edificios altos que se recortan contra el cielo gotean plata. Ahora Bohack me estaba mirando. Tenía los brazos cruzados. Llevaba una ropa arrugada y llena de bolsas que le daba pinta de estar fluyendo hacia arriba, como un surtidor de piezas de automóvil y expresiones insulsas.

—Tu suicidio debería tener lugar en una ciudad como Tánger o Port-au-Prince o Auckland, Nueva Zelanda. Para tu tipo de suicidio seguramente te convendría más uno de esos sitios semimisteriosos o remotos. De esa manera la noticia llega tarde, embrollada y llena de contradicciones. De esa manera siempre persiste una duda. Hasta cuando muestren tu cuerpo quedará una

duda o por lo menos la sombra de una duda. Tal vez no sea él. El suicidio perfecto es cuando en cierto sentido la gente sabe que estás muerto pero a un nivel más profundo se niegan a aceptarlo. Es la zambullida interior suprema, Bucky. Y tú nos lo debes. De verdad. Hemos modelado nuestras vidas enteras a partir de tu ejemplo. ¿Y ahora qué pasa? Pues que decides retirarte. Así, sin más. Decides regresar a la leyenda. No está bien, Bucky. No es aceptable. Está claro que nos dejas en la estacada. Nosotros estábamos en plena zambullida interior y de pronto tú decides escabullirte al exterior, así, sin más. Cero aceptabilidad. La mejor salida a todo esto es el suicidio. Creo que ya lo ves claro.

—Es una buena respuesta. Pero no es la mejor.

—Está claro que hay otra mejor. Pero el suicidio es la más adecuada. ¿Cómo te puedo tentar todavía más? ¿Puedo decirte que es lo que en última instancia todo el mundo espera de ti, hasta el último fan que te escribe cartas? ¿Hace falta que te diga que para alguien en tu posición es un gesto de afirmación de la vida? ¿Debo ponerlo todo en perspectiva argumentando que un acto de esa clase les conferirá un sentido adicional a tu vida y a tu trabajo? ¿Cómo te puedo tentar, Bucky? ¿A qué altura estamos? ¿A cuatro pisos? No es suficiente, ¿verdad? Tú quieres estar seguro y yo no te culpo para nada. Estambul sería un lugar ideal. Mejor que Auckland, Nueva Zelanda, donde lo más seguro es que lo hagan todo de forma pulcra y eficiente y nos dejen sin el misterio y la duda que necesitamos. Nuestro edificio de la calle Essex tiene cinco pisos de altura. Y el tejado cuenta como uno más. Eso hace seis, que probablemente sea una altura suficiente.

—Admito que me tienta.

—Es la mejor respuesta con diferencia.

—Pero no tirándose al vacío. Eso sí que no.

—Pues discutamos alternativas —dijo él.

—Hay muchos métodos mejores.

—Yo encantado de discutirlos contigo. Cualquier idea que quieras aportar me parece genial. Un arma de fuego no estaría mal. Es un rollo muy inmediato. Tiene una pureza brutal que no tienen otros métodos.

—No estás hablando en serio —dije yo—. Si de verdad estuvieras abordando esta cuestión abiertamente, no harías sugerencias tan idiotas. Tiene que ser algo más pasivo. Pero que no sean drogas y no sea gas. Tal vez un veneno exótico. Una serpiente dentro de una cesta. Algo que nos remita a los tiempos en que el exceso era el estilo en boga. Pero te voy a decir la verdad,

Bo. No estamos más que dándole a la lengua. Yo no tengo intención real de hacer esto. No soy lo bastante inocente como para suicidarme.

—Tienes que predicar con el ejemplo, Bucky. Si no, nunca serás más que un vendedor.

—He hecho cosas sin entenderlas del todo. Y ésta no sería más que una de ellas. Además, no soy inocente. He lamido culos en las periferias de algunos conceptos malvados. No te puedes suicidar cuando estás medio podrido por la peste. Solamente los inocentes serán recibidos. Ningún suicida llega al otro lado a menos que esté libre de lastres. Lo que ansío cometer es asesinato. Para el suicidio ya llego tarde.

—¿Y a quién estás planeando matar?

—Supongo que ahora ya a nadie. Ni siquiera de la forma imprecisa que yo tenía en mente. Cien gramos en la balanza de la carne. Eso es lo que me han dicho que peso. Precisamente estaba pensando en ello mientras esperaba a que tú llegaras. Me estaba planteando si debería molestarme en coger todas esas limusinas y aviones o bien coger lo que Bohack tiene para mí.

—Segunda mejor opción —dijo él—. Está claro que hay una segunda mejor opción.

Se llevó las palmas de las manos al vientre y las metió hasta los nudillos por dentro de la cintura del pantalón. Por debajo de la chaqueta, abierta para disfrutar de la tarde cálida, llevaba unos anchos tirantes rojos. Nos pasamos un bostezo entre nosotros. Al este, una cuadrilla de operarios de perforación estaba partiendo roca en una obra. Yo los oía pero no podía verlos. Cada detonación iba precedida de un ruido de silbatos y seguida por una elevación de palomas presa del pánico con destino a otros contrafuertes.

—Habéis encontrado a Azarian —le dije—. Habéis encontrado a Pepper o bien él os ha encontrado a vosotros. No habéis encontrado a Watney. ¿A Hanes lo habéis encontrado?

—Nos ha encontrado él a nosotros.

—Eso me parecía a mí.

—Al final al chaval le ha dado por usar ese intelecto que Dios le dio. Se ha ofrecido para hacer lo que nosotros quisiéramos con tal de que le garantizáramos que no le iba a pasar nada. Y no podría haber llegado en mejor momento. Había un servicio importante que nadie más estaba en posición de prestarnos. Hanes era el hombre adecuado en el momento adecuado. Te miro a la cara y no veo nada. ¿Es que Bucky Wunderlick no siente curiosidad alguna por estas cosas? ¿Es que no le importa cómo

funciona la maquinaria? Tal vez simplemente pasa que el sol lo está deslumbrando. Parece que esté en blanco, pero es por el sol.

—Yo creía que os tenía calados hasta el último detalle —dije—. Hasta me había permitido adelantarme un paso a vosotros. Pero tengo que admitir que no sé qué servicio podría estar Hanes en posición de prestar al Valle Feliz. Pasa que el sol me deslumbra. Si no, me verías la curiosidad en la cara.

—Queremos tu silencio. Eso ya lo sabes. Pero aunque te quitaras la vida ahora mismo, seguiríamos sin tener lo que queremos. ¿Por qué? Por culpa de las cintas de la montaña. Porque las cintas están a punto de publicarse. Leyendas nuevas, sonidos nuevos y confusiones nuevas. En los últimos días han circulado rumores de que se van a publicar las cintas. Luego Pepper nos ha contado que te ibas de gira. Todo encajaba. Lo único que no sabíamos era cómo conseguir las cintas. Dónde estaban. Quién las tenía. El silencio es el silencio, Bucky. Pero con las cintas en el mercado no hay silencio. Eso nos dañaría. Nos causaría un daño psicológico. De manera que Hanes era el hombre adecuado. Le hemos dado la garantía que él quería. Y a cambio él ha inspeccionado los expedientes confidenciales que tienen en Transparanoia. Según él, ha sido fácil. No ha tardado nada en encontrar la respuesta.

—Pittsburgh.

—Cincinnati.

—Te estaba poniendo a prueba —dije yo.

—Hanes parecía ansioso por apuñalarte al máximo. Por hundir la hoja quince centímetros, sacarla tres y luego hundirla ocho más. Hasta los veinte centímetros. El máximo nivel de apuñalamiento entre los primitivos cultos sanguinarios.

—Yo no le ayudé cuando él estaba en el metro.

—Y no se ha olvidado.

—Ya lo veo.

—De manera que ahora mismo Maje y dos tipos más están yendo en coche a las instalaciones de la discográfica en Cincinnati. Llevan encima unos diez kilos de explosivo C-4. No podemos correr riesgos. No sabemos en qué fase de producción se encuentra el disco. Así que vamos a volar las instalaciones enteras. Si lo vamos a llamar silencio, tiene que ser un silencio completo. ¿Tengo razón o no? Para ganarse el nombre de silencio, tiene que ser completo. Me gustaría oír tu opinión al respecto.

Di ocho pasos hacia delante y le pegué en el estómago, dirigiendo el golpe a un punto equidistante de sus pulgares, que él todavía tenía pegados al

vientre, separados por unos quince centímetros de distancia y paralelos a la línea de su cinturón. Volví a mi sitio junto a la chimenea de ladrillo.

—¿A qué ha venido eso? —dijo él.

—Impulso animal.

—¿Impulso de qué?

—Sé lo que se avecina. Un instinto idiota me ha hecho pegarte. Pero sin razón alguna. Te estoy siguiendo en todo, Bo. Ha sido un impulso animal. Sé lo que se avecina. Lo he aceptado. Pero a pesar de todo, el impulso animal me ha hecho pegarte.

—Eres presa de la violencia maricona. Con una maniobra así, es lo único que consigues. La vieja violencia maricona me sale a borbotones. Se me empañan los ojos. Golpeo todo lo que respira. Ésa es la mariconería interior absurda que tiene todo el mundo. Me has despertado el alma amariconada. Mala cosa, Bucky. Eso no se hace. Hay que ser amable. No se pega a la gente. Montones de problemas.

—Lo acepto todo.

—Hace un día bonito —dijo él—. Vamos a pasear.

Caminamos hacia el sur por Bowery sin decir palabra. Había gatos grises durmiendo al sol entre los hombres que se descongelaban apoyados en los costados de los edificios, allí sentados como si esperaran ver pasar un desfile de policías antidisturbios con cascos y sus putas con raquetas de nieve, o bien dormidos como si estuvieran dentro de cestas, con los cuerpos colocados para contrarrestar los huesos rebeldes. Me entró un ataque de bostezos. Yo sabía que el miedo era lo que lo causaba: ese mecanismo corporal que oculta el miedo de forma tan caprichosa, bostezo tras bostezo. El ataque me duró hasta llegar al Hotel Memorial del Ejército de Salvación, acompañado por los crujidos de mis pómulos. De pronto me entró hambre. Nos paramos en un tenderete de perritos calientes de la calle Chrystie y me comí tres perritos con chile y me bebí una coca-cola y un refresco de naranja. Me dieron náuseas, tiré la botella vacía de coca-cola por encima del hombro y oí cómo se rompía educadamente contra la alcantarilla. Bohack no me habló ni me tocó para nada. Allí la gente parecía conocerlo, aunque nadie intercambiaba palabra alguna. Caminamos en dirección este entre los mercados callejeros. Vomité encima de un coche aparcado. Bohack esperó a esa distancia que estipula el protocolo de los vómitos. El episodio no requería aclaración en forma de testimonios metafísicos. Yo estaba viajando en línea recta hacia el fin de una idea. Parecía aritmética simple. Llevaba años yendo en aquella dirección, momento a momento, siguiendo una línea perfectamente fiable. Llegamos a la

calle Essex y caminamos en dirección sur entre las fábricas de solideoas ubicadas en sótanos. Entramos en un edificio de apartamentos y me puse a subir escaleras. En el pasillo no había luz. Noté olor a bebés y a basura suntuosa. Las baldosas de los peldaños tenían los bordes gastados. Bohack se me colocó detrás, a unos tres pasos, respirando acompasadamente en la penumbra. La calle Great Jones, la calle Bond, la calle Chrystie, la calle Essex. Era el Londres del siglo XVI lo que acabábamos de atravesar desgadamente y con las manos en los bolsillos. Llegué al último rellano. Arcada. Vómito. Paf. Bohack pasó con cuidado a mi lado y abrió una de las cuatro puertas de metal que había en el piso superior, para lo cual necesitó tres llaves.

Una vez dentro me llevó por un pasillo estrecho hasta una cocina de gran tamaño. Había un hombre y dos mujeres pintando las paredes de un color metálico como de pistola, usando cacerolas y rodillos. Bohack me dio un vaso de agua y le dijo a una de las chicas que limpiara el vómito del rellano. A continuación lo seguí a través de otra sala donde había dos hombres tirando una pared abajo con mazos. Estaban de pie entre los escombros bañados por el sol, con la ropa y el cuerpo blanqueados por el yeso. La tercera y última sala daba al este. Era una salita pequeña, llena de plantas y del calor febril que daban tres focos. La única ventana no tenía ni cortinas ni persianas. Una nube de vapor se escapaba de un cuarto de baño adyacente en cuya ducha corría el agua caliente. Bohack me colocó en una silla sin pintar que parecía un bloque de algo y abandonó la habitación.

Había plantas por todo el suelo del perímetro de la sala y también apiñadas en los estantes y en unas macetas de plástico blanco que colgaban del techo y en unos tiestos de arcilla sujetos a las paredes con pinzas metálicas. Me fijé en que las había de muchas clases, desde plantas enormes, caídas y recogidas con palos largos, ocultando los resortes de su propia vigilancia, hasta otras soñolientas y encogidas, orquídeas nocturnas, enredaderas y hiedras, helechos exuberantes, palmeras enhiestas, pasando por otras turbias y aterciopeladas, o bien otras que evocaban la marchitez de veranos pasados, o bien otras que eran pálidas como lagartos. Entró en la sala un hombrecillo. Dijo que se llamaba Chess. Llevaba unos pantalones de franela, relucientes por el desgaste, y un chaleco a juego por encima de una camisa y una corbata a rayas. Al chaleco le faltaba un botón y la corbata no estaba centrada.

—Las plantas dan miedo —dijo.

Llevaba un maletín viejo. Tenía el pelo tirando a rubio, peinado de lado casi de oreja a oreja. Cerró la puerta detrás de él, haciendo muecas por el ruido de los mazos.

—Esto es como una cárcel —dijo—. No sé por qué se quedan aquí. La gente se marcha pero acaba volviendo. Algunos se marchan dos veces y vuelven las dos veces. Fíjate bien, me digo a mí mismo. La próxima vez tal y cual se marcharán de forma definitiva. Pero todos siguen aquí. Igual que yo. Yo estoy en esta habitación igual que tú. Te voy a decir una cosa de Bohack. No es ni listo ni tonto. No tiene ningún magnetismo especial. Sus ideas nunca terminan de llegar a ser interesantes. Me pasé mucho tiempo sin poder adivinar qué lo hacía tan indispensable. ¿Por qué él? ¿Qué tiene de especial? Y al final lo adiviné. Es porque es muy corpulento. Es el más corpulento de todos. La gente reacciona a su tamaño.

—¿Dónde está? —le dije.

—Está haciendo su inspección de las cuatro en punto. Tres veces al día inspecciona toda la planta. Le dice a la gente qué tiene que hacer y cómo lo tiene que hacer. Tiene que haber alguien que dé las órdenes y él es el más corpulento. Déjame que te pregunte una cosa. Ese puente de ahí, ¿es el de Brooklyn o el de Williamsburg? Nunca he conseguido reunir el coraje necesario para preguntárselo a nadie. Pero por alguna razón contigo me siento cómodo. Contigo hay química. Déjame que limpie este vapor que empaña la ventana y así podrás verlo mejor.

—Es el de Manhattan.

—Qué miedo —dijo él—. No sabía que había un puente que se llamara el puente de Manhattan. Llevaba todo este tiempo sin saberlo. Pero qué miedo. A las visitas les suelen sorprender las plantas. La gente se olvida de que esto empezó como una familia de hijos de la tierra, en un entorno completamente rural y rústico. La interdependencia de los hombres, las plantas y los animales. Para mí esa idea sigue siendo hermosa. Así pues, ¿qué te parecen mis plantas? Hoy hace un día seco y por eso tengo encendida el agua caliente de la ducha, para que esto se humedezca un poco. A las plantas les hace falta. Normalmente me limito a encender el humidificador, pero Spot no para de mearse en él, de manera que he tenido que guardarlo hasta que Bohack le vuelva a enseñar a hacer sus necesidades. Ése es el poder de los nombres. La gente actúa en consonancia con sus nombres. Hay un sector diminuto del cerebro humano donde está situado el mecanismo que pone los nombres. Spot se mea en mi humidificador y Rex juega con un pequeño Papá Noel de goma que suelta chilliditos a mil por hora. Conducta perruna y juegos perrunos.

Pero no te preocupes, esta habitación es sacrosanta. No tenemos que preocuparnos porque entre aquí alguien que no está autorizado. La orquídea es una planta con forma de coño. ¿No te parece? Tiene una belleza amenazadora. Hay plantas que están ahí sin hacer nada. Pero la orquídea atrae a las personas. Lleva a las personas hacia dentro. Esta habitación va muy bien para meditar y para pensar hacia dentro. Es la habitación más orientada hacia dentro que tenemos. Me parece una razón como cualquier otra para explicar que estés aquí.

Se abrió la puerta y Longboy apareció en el umbral, con la mano izquierda metida en el bolsillo de atrás, con todo su peso apoyado en una pierna, la izquierda, y el cuerpo apoyado desgarradamente en el marco de la puerta. Chess enarcó las cejas y Longboy contestó con una serie de gestos demasiado compleja para desentrañarla. Luego salió de la habitación y cerró la puerta. Chess se sacó unos recortes del maletín. La ventana estaba tan empañada que resultaba completamente opaca. Yo noté que el cuerpo entero me sudaba un poco.

—¿Dónde está Bohack? —dije yo—. ¿Tiene el paquete? Sé que esa porquería la tenéis vosotros.

—Pepper nos ha dicho que te ibas de gira. Hanes nos ha dicho dónde están las instalaciones de la discográfica.

—Hanes también os ha entregado el producto. Si no, no le habríais garantizado que no le haríais nada.

—Hanes nos ha entregado el producto y Pepper ha aceptado hacerle las pruebas por una tarifa convencional. Lo más seguro es que no llegue a cobrar nunca, pero no creo que le importe. A estas alturas ya estaba emocionado por el simple hecho de averiguar qué ha habido en ese paquete durante estas semanas que nos ha reducido a todos a una conducta tan desviada. Esa begonia necesita unos recortes. Qué raro que no me haya dado cuenta hasta ahora.

Cogí la planta que él indicaba y la tiré contra la pared, con un lanzamiento de molinete. Chess echó un vistazo breve a la maceta rota y a las hojas incrustadas dentro de los terrones. Luego se inclinó hacia delante en su silla y desplegó los recortes de prensa en el suelo, entre sus pies.

—Todo el mundo está buscando, ya sabes. Todo el mundo está intentando hacer el viaje. Pero lo están planteando mal. Están buscando la clase incorrecta de privacidad, la vieja privacidad, que ya no se volverá a dar nunca. Aquí hay un artículo sobre un hombre de setenta años que va a navegar desde el cabo Hatteras hasta Inglaterra a bordo de un esquife de tres

metros de eslora. Dice que tiene planeado hacer yoga en alta mar. Este otro habla de un ama de casa de Bloomington que va a volar desde Minnesota hasta Australia en globo. Al parecer tiene parientes en Australia. Ésa es la razón oficial del viaje. Los dos conocemos la razón verdadera. El mes que viene, un grupo de metodistas de Pittsburgh va a partir hacia el desierto del Sinaí, donde tienen intención de pasarse cuarenta días y cuarenta noches rezando y ayunando. El artículo dice que su obispo les está pidiendo que se lleven alguna clase de víveres aparte del agua, pero que de momento el grupo se resiste a la idea. Una mujer de sesenta y dos años que da la vuelta al mundo en un aeroplano de un solo motor. Y ahora un noruego que se ha pasado doscientas dos horas metido en un macetero de su terraza, batiendo el récord mundial por treinta y tantas horas de diferencia. Los dos sabemos que no son los récords lo que le interesa. Un hombre de Missouri se ha pasado ciento sesenta y un días en una caverna profunda. En Missouri abundan las cavernas. Comía comida enlatada, bebía agua y ha gastado más de novecientas velas. Según cuenta, ha sido la primera vez en su vida que no se ha aburrido. Sobrecarga sensorial. La gente está huyendo de la sobrecarga sensorial. De la tecnología. Siempre que hay un exceso de tecnología, la gente regresa a las gestas primitivas. Pero los dos sabemos que la verdadera privacidad es un estado interior. Es importante que haya un entorno reducido, sí. Pero no puedes irte volando en globo y esperar encontrar la respuesta. La voluntad tiene que obligarse a sí misma a emprender esa tarea. La mente se tiene que situar en medio de un plano de soledad. Estamos pintando toda esta planta del edificio de gris oscuro. Menos la sala de las plantas, ésta no. La sala de las plantas va a seguir siendo blanca. Todo lo demás lo vamos a pintar de color gris.

—Se me acaba de ocurrir una cosa.

—El concepto de tener un sector lunático cautivo en el seno de la organización es solamente mío, es mi concepto, pese a que te puedan haber dicho lo contrario. De la irracionalidad se pueden obtener unos efectos tremendos. Detrás de cada acontecimiento que obligamos a los cachorros a escenificar hay poder e intimidación.

—¿Es usted el doctor Pepper? —dije yo—. No lo es, ¿verdad?

—Soy Chess y éstas son mis plantas. Pepper mide por lo menos diez centímetros más que yo. Lo sabes muy bien. Aparte de la voz. Aparte del color de los ojos. Él mide por lo menos diez centímetros más que yo. Las gestas de Pepper en el ámbito de los disfraces son bien conocidas y están bien documentadas, pero lo que no puede hacer es esconder diez centímetros de

músculo, hueso y tejidos. Yo soy Fred Chess, un americano normal y corriente. Antes era productor teatral. Después me metí a trabajar en fotocomposición. Pero nada parecía funcionar. Mira, si yo fuera Pepper querría decir que habría sabido desde el principio qué clase de droga había en el paquete. Cualquier conexión estrecha y antigua que pudiera haber entre Pepper y el Valle Feliz significaría que yo, en tanto que Pepper, habría conocido la droga desde el primer momento. Eso te obligaría a revisar todo lo que ha pasado desde el principio. Significaría que yo no solamente habría estado dirigiendo a Bohack, sino también a Hanes y a Watney. Si yo fuera Pepper, eso significaría que todo lo que ha pasado hasta ahora era mentira. Significaría que yo lo estaba dirigiendo todo. Que yo guiaba el producto de mano en mano. Que yo he trazado el círculo, punto por punto, que he sacado el producto del Valle Feliz y lo he hecho volver. Querría decir que tú has sido víctima del miedo supremo del paranoico. El miedo a que todo lo que sucede solamente está sucediendo para engañarte a ti. Que tu realidad la dirigen otros. Que la lógica está del revés. Que los acontecimientos son ilusorios. Si yo fuera Pepper, eso querría decir que ya conocía la naturaleza del producto, que te lo hice llegar a ti, que lo planeé todo y luego seguí su curso, que me inventé un encuentro en Toronto entre Hanes y Watney, que le asigné la confidente a Azarian y que coloqué a Hanes en el metro, que hice que Watney se dejara los cromos de chicles y por fin he hecho que Bohack te trajera aquí: la línea recta que intersecta con el círculo. Quiere decir que a Opel la dirigí yo.

—Pero está la diferencia de estaturas —dije.

—Por supuesto —dijo él—. No hay forma realista de que alguien se pueda quitar diez centímetros, ¿verdad? Por no mencionar el color de los ojos, la voz, la pigmentación de la piel, el tamaño de los genitales y todo eso. Yo soy Fred Chess, nadie más y nadie menos. La verdad es que no siento ningún respeto especial por el doctor Pepper. Siempre ha estado a un pelo de coño de la pura charlatanería.

Entró en el cuarto de baño y cerró el agua de la ducha, diciendo «au» dos veces, al parecer porque el grifo estaba caliente. Luego abrió la puerta y salió al pasillo. Pronto se terminaron los golpes. Chess volvió a entrar, seguido de Bohack, Longboy y tres tipos más, todos a entera disposición del más fuerte, dos de ellos con chaquetones de leñador como el mío. Detrás de estos seis había más congregados en el pasillo, hombres y mujeres, en posiciones de descanso, perdonablemente desprovistos de señal alguna de melancolía. Al borde de todos los desastres, la gente siempre forma grupos afables para

aguantar cuchicheando la falta de noticias y esperar al mensajero del frente. De mis labios emergió un eructito húmedo, como de niño. La ventana empezó a despejarse, de forma gradual y por franjas verticales alargadas.

—Es una droga de la mente —dijo Chess—. Las drogas de la mente afectan a cada persona de forma distinta. Al principio, el doctor Pepper pensó que era atropina. La atropina disminuye el impulso asesino. No hay mercado para ella. Por lo menos en las calles. Pero para cuando terminó ya sabía que era otra cosa. Es una droga que afecta a una o más zonas del sector izquierdo del cerebro. El sector que regula el lenguaje. Para ese producto tampoco hay mercado. Ni en las calles ni en ninguna parte. Daña las neuronas de una o más zonas del sector izquierdo del cerebro humano. En otras palabras, hace perder el habla.

—Todo eso ya lo sé. Me aburro.

—Pepper tuvo la amabilidad de disolver los polvos químicos en una no-sé-qué estéril y prepararnos una ampolla. ¿Pero sabes qué es lo que cuesta entender? Por qué el Gobierno americano estaba trasteando con esta sustancia. Tal vez tengan un departamento de guerra lingüística. Tal vez crean que la mejor manera de silenciar a la gente que les causa problemas es silenciarlos de forma literal. De ser cierto, sería para troncharse. Glub, glub, glub. O tal vez Pepper tuviera razón al principio y es atropina. Un inhibidor del impulso de matar. Pero lo dudo. Ese hombre entiende de droga. Eso se lo reconozco. La droga es donde más cómodo se siente. Estoy seguro de que ha acertado con su segundo análisis.

—Más le vale acertar, al cabrón.

—Escúchame bien —dijo Chess—. Tú estás perfecto de salud. Simplemente no serás capaz de formar palabras. Simplemente no te vendrán a la cabeza tal como te vendrían normalmente y tal como todos damos por sentado que vienen. Sonidos, sí. Sonidos a patadas. Pero palabras, no. Ni canciones. Fíjate, me dije a mí mismo. Lo traeremos aquí y él se negará a cooperar. Pero de momento has cooperado magníficamente. Nos ha costado un montón de tiempo y esfuerzo volver a tener la droga en nuestras manos. Por tanto, estamos forzados a usarla. Tenemos la droga y por tanto estamos obligados a administrarla. ¿Algo que decir? ¿Tus últimas palabras? Ah, sí, confiamos en que sigas en la calle Great Jones. Nos gusta tenerte cerca, ya lo creo. ¿Quieres decir tus últimas palabras?

—Pipimomo —dije yo.

Chess soltó una aproximación de risa: un temblor minúsculo de los labios que lentamente se convirtió en un chirrido radical emitido con todo el cuerpo,

con todas las partes forzándose entre ellas al regocijo. Pronto estábamos todos riendo, hasta el último de nosotros, los de la habitación de las plantas y los del pasillo, todos menos Bohack, que estaba callado en medio de la vegetación, con una planta tocándole el hombro en la cúspide de su ascenso. Tenía la mirada enfocada y perfectamente lúcida, pero costaba ver adónde estaba mirando. Tenía una presencia tal que solamente la quietud podía acomodar del todo el poder cavernoso que generaba su cuerpo. La habitación parecía contraerse a su alrededor, nuestras risas se le infiltraban lastimeramente en la piel y el silencio empezó a regresar. En otra de las habitaciones sonó un teléfono. Cincinnati, pensé. Adiós a mis canciones de la montaña. Algo en Bohack se estremeció invisiblemente al oír el teléfono y yo empecé a darme cuenta de que su cautividad era todavía más estricta que la mía. La noticia de las cintas en llamas no le producía placer alguno. Mientras alguien contestaba el teléfono, de hecho, él decidió no quedarse ni siquiera para el silenciamiento final, y se alejó de repente hacia la puerta, golpeando a su paso a dos hombres, los dos tipos de los chaquetones de leñador, uno de los cuales bailó un pequeño *rondelet* al final del empujón de Bohack. Todos contemplaron de forma inconexa aquella destrucción de la plácida atmósfera que nos rodeaba. Se alejó entre la gente del pasillo y enseguida desapareció, y la puerta metálica se cerró con fuerza detrás de él mientras (en mi imaginación) pasaba remilgadamente por encima de la mancha de vómito que había en el pasillo de fuera. A continuación regresó el silencio, una calma apresurada que se acumuló siguiendo un patrón por zonas, empezando por el pasillo lejano, moviéndose hacia dentro en dirección al centro de la habitación de las plantas. Era joven, toda aquella gente reunida al otro lado de la puerta, pero demacrada y de movimientos lentos, manitas, carpinteros, costureras, todos aquejados de una atribulada nostalgia, tal vez de aquel útero de la pradera común a todos ellos, aquella tierra demasiado lúgubre para que subsistiera la canción. Chess examinó las uñas de Longboy en busca de suciedad y luego lo aconsejó sobre el ángulo adecuado de inserción de acuerdo con el doctor Pepper: entre cuarenta y cinco y sesenta grados. El puente de Manhattan, el más sobrio de todos, fue restituido a la ventana envuelto en una niebla cada vez más tenue, nunca menos feo, brazo y espadón del cielo. Longboy abrió su kit médico y levantó una jeringa hipodérmica bajo la luz pálida.

Los perros policía rondaban los aparcamientos de los tráileres de carga. En las dársenas encontré las plantas de envasado, mientras intentaba investigar aquellas perspectivas tan puras como teoremas, el autodomínio de aquellas estructuras de cemento, invulnerables a la melancolía. El clima volvió a cambiar, la primavera se retiró para dar paso a las distancias vidriosas del aguanieve, una cancelación del festín corporal de las estaciones, una oscura invitación al letargo. Me puse unos jerséis viejos, tres o cuatro, todos lo bastante rotos como para ofrecer vislumbres del que había debajo pero no lo bastante como para que todos fueran visibles de forma simultánea. Uno de los jerséis era de Opel, una prenda extravagante de esquí, desesperadamente fuera de lugar entre los caftanes estilo *rock and roll* del fondo del armario. Jamás me aventuraba al norte de la plaza Cooper. Dos hombres sordos discutían cerca de una caseta de construcción, usando las manos para insultarse y por fin armándose con tablones y turnándose para atacarse. Jamás me aventuraba al norte de la plaza Cooper sino que me limitaba a asomarme a los ríos del este y del oeste, *a-gua*, un sonido doble que era lo único que yo podía armar a partir de la imagen de aquellas corrientes de aguas mansas en tránsito hacia el mar.

Aquel día de lluvias tardías vi a un hombre sin dientes andar en círculos en torno a un carretón lleno hasta arriba de hortalizas relucientes. Se dedicaba a vociferarle al viento, convertido en uno de los guerreros descarnados de la naturaleza, andando desgarbadamente con unos chanclos desabrochados. Unas cuantas personas se apiñaban a poca distancia. De vez en cuando uno de ellos extendía la mano hacia el carretón, indicando precios con los dedos, mientras el hombre les aullaba a las ventanas vacías que tenía encima. Lo que le salía era un grito religioso, que recordaba a mezquitas y crepúsculos temblorosos.

BANZANAS ROJAS BANZANAS VERDES BANZANAS GOLDEN HAZ TARTA DE
BANZANA HAZ ESTRÚDEL DE BANZANA BANZANAS BANZANAS BANZANAS GRANDES
Y JUGOSAS DEL CORAZÓN DE LA TIERRA DE LAS BANZANAS

Doblé una esquina y alguien salió de un viejo hotel y correteó con pasitos chapoteantes hasta ponérseme al lado. Era aquella chica, Skippy, la emisaria del Valle Feliz, la portadora original del paquete marrón común y corriente. Yo seguí andando y ella caminó a mi lado. Pusimos rumbo al sur y al oeste por calles cada vez más estrechas, las antiguas zonas peatonales de la ciudad, con menos superficie, menos líneas amplias, las mujeres encajadas en ventanucos, cuarenta años fluyendo a través de un segundo aislado, mientras sus verdaderas vidas tenían lugar en una tierra de pasto europeo. Un dígito de neón, chisporroteando un poco, colgaba torcido de la fachada de una cafetería. Bajó la temperatura a medida que el viento arreciaba y la isla se estrechaba hacia la bahía. Yo me sentía seguro dentro de mis jerséis.

Los inmigrantes más antiguos vivían en bloques altos, muy lejos del pavimento fértil, en unas calles ahora gobernadas por las razas más oscuras de los llanos. Era media tarde y estaba a punto de llover, el aire iba cargado de contención y traía un olor químico del río. Los puentes resultaban cruelmente hermosos en medio de aquel clima, damas grises casi sordas a toda la poesía escrita en sus nombres. Del metro salió una tromba de chavales negros y altos con zapatillas deportivas, zigzagueando por una calle, ensayando un contraataque de baloncesto, tres a dos, hasta que uno de ellos giró en el aire para golpear una señal de aparcamiento con unos dedos viejos y hábiles. Un hombre exigía dinero, sentado en el brazo de un sillón abandonado y con los muelles a la vista. A mí se me olvidaba que Skippy estaba conmigo y de pronto me daba la vuelta y la veía con el cuerpo doblado hacia delante por espasmos de tos, apuntando con la cabeza, moviéndose como un perro en el agua. Pasamos por detrás de dos mujercillas resplandecientes que llevaban forros de plástico por encima de sus gorros, abrigos y zapatos, y una de las cuales se dedicaba a catalogar en voz bien alta diversos objetos desplegados por la acera.

PERIÓDICOS VÓMITO MIERDA CRISTAL CARTÓN BOTELLA MIERDA SALIVA
PERIÓDICOS CRISTAL MIERDA BASURA BOTELLA CARTÓN BOTELLA PAPEL CALCETÍN
MIERDA BASURA MIERDA BASURA MIERDA BASURA MIERDA

En las barberías había hombres hispanos conversando, vestidos con camisas de botones con el cuello abierto y las mangas dobladas un par de vueltas hasta la parte baja del antebrazo, atuendos de la Madison Avenue de otros tiempos, aquella calle antes sombría y ahora reglamentada de nuevo, panzuda y risueña con colores fosforescentes de fiesta y patillas de estilo español. De los distritos de los puentes nos fuimos hacia el este y llegamos a Chinatown, donde Skippy pareció confundida, pensando al parecer que

estábamos en San Francisco, y a fin de calmarse se vio obligada a parar un rato frente a la ventana de una pescadería y contemplar cómo un hombre guiaba un cuchillo mellado por el vientre de una trucha mientras caían grumos de entrañas de pescado sobre el hielo triturado. Nos metimos a toda prisa en el edificio de los juzgados penales en busca de calor y golosinas. El vestíbulo estaba abarrotado e inundado de ruido, un coro de acusados, de contraacusados, de gente convertida en víctimas, de abogados, familiares y amigos de todos los anteriores. Y por encima de todo, más airada que el resto, se oía esa queja especial de los pequeños infractores. Todo el mundo estaba fumando, parlotando, masticando chicles duros como la piedra, chupando caramelos para la tos, todos menos los proxenetas, regios y absolutistas, que se limitaban a otear el paisaje, en busca de sus propiedades. Detrás de su mostrador, el quiosquero ciego acechaba de esa manera en que acecha la justicia, un poco autoparódico, con pinta de estar captando hasta el último detalle del recinto. Vivía con los dedos, transmitiéndole su calor a todas las monedas, sirviéndoles el cambio a los condenados y a los cuñados de los condenados. Compramos unos caramelos y nos quedamos en un rincón. Hombres bajitos y llenos de determinación cruzaban el vestíbulo de camino a su trabajo y de regreso de él, todos con un ligero sobrepeso y con el *Daily News* doblado debajo del brazo, funcionarios, conserjes de alguna clase, pastoreando a los miembros de los jurados de una sala a otra. Yo me lamí el chocolate de la base de la mano. Una familia de gente negra rodeaba a un abogado con pústulas, atosigando su sonrisa de pánico.

Fuera vimos a un hombre que tenía las manos sobre los ojos como si fueran prismáticos, volviéndose lentamente hacia una esquina de la calle, con sus nubes, taxis, pájaros, detectives, todo ello náuticamente contemplado por aquel hombre giratorio, tal vez borracho en el pasado pero ahora ya situado en algún lugar más allá, perseverando, en pleno control de sus facultades, sintiendo que había encontrado una forma de tratar con el mundo. Bajamos andando hasta el Battery Park, dejando atrás todos los objetos de cuarenta plantas. El viento parecía bajar directamente por los flancos de los edificios antes de desatarse por las calles estrechas, y pasamos entre hombres que se sujetaban los sombreros negros y caminaban de costado a base de breves arranques de locomoción y que a veces incluso retrocedían, diez o doce hombres cada vez, con los maletines llenos de documentos de fusión empresarial, todos retrocediendo con el viento en contra. Al borde del parque, un hombre harapiento tuvo una arcada sobre su bufanda, a modo de preparación para un momento de retórica inmensa. La suya parecía una de

esas acusaciones dirigidas a la gente que tiene el espíritu tan constreñido que no ve la Tierra como un lugar donde crecen los dioses, como un escenario de encuentros furiosos entre los profetas de la calamidad y los simples peatones que intentan llegar a la luz.

MANO PIE BRAZO DIOS NARIZ DEDO DEL PIE CARA DIOS PIERNA BRAZO PIERNA
DIOS MÍRALO MÍRALO LLUVIA DOLOR OLOR COLOR HEDOR HERVOR FERVOR MÍRALO
MÍRALO BOCA OJO DIENTE DIOS CUELLO PECHO DIOS MÍRALO A OSCURAS Y A LA LUZ

Los puertos revelan el poder de una ciudad, su ansia de dinero y porquería, pero, por extraño que parezca, lo primero que yo distinguí a través de la neblina fue la promesa solitaria y apocada de una isla, un tierno refugio de las líneas rectas, un montículo marino a modo de respuesta. Era la ilusión de la niebla y la deuda ineludible del puerto. Skippy tiró de una barrita de regaliz con los dientes, expandiendo las hebras negras entre su mano y su mandíbula. Tenía la cara sumida en sombras y carecía de edad, era una vagabunda de las ciudades, una de esas criaturas que se encuentran después de todas las guerras, hurgando entre los escombros en busca de restos de comida que se les hayan pasado por alto a los perros demacrados. Se trata de mentes imposibles de reclamar, pero al mismo tiempo bastante inofensivas, y los gobiernos reconocen este hecho suministrándoles millones de acres de escombros de posguerra. Mientras buscábamos una parada de autobús vimos cómo las multitudes de usuarios del metro se introducían en oberturas del suelo, a fin de recorrer Manhattan a lo largo o bien de pasar bajo los ríos para ir a los arroyos y los huertos, para que los educaran en la falsa inocencia, en los ritos del aislamiento. Tal vez el único mineral de verdad que sus vidas poseían yaciera sepultado en aquella roca central. Más allá de sus fronteras se encontraba su única ruta de escape, un letargo sin sueños, donde no hacía falta temer el desafío para ser excepcionales. Alrededor de una mujer que tiraba migas de pan se agolpaban docenas de palomas. La mujer iba en una silla de ruedas, sujeta en posición de descanso por un joven, los dos anegados de pájaros, de palomas que daban brincos por el aire, resiguiendo la curva ascendente del brazo de la anciana. Vi cómo los ojos de ella ascendían junto con los pájaros, con todas sus desgracias convertidas en una bendición en forma de puñado de pan.

Palomas y meningitis. Chocolate y cagadas de ratón, Regaliz y pelos de cucaracha. Alimañas en el autobús que cogimos hacia el norte. Me pregunté cuánto tiempo iba yo a aguantar viviendo en aquella edad media de peste y usura, viviendo entre hombres y mujeres desdibujados, cuya única paz consistía en gritar todavía más fuerte. Nada les tentaba más que la ausencia de

voz. Y, sin embargo, gritaban. Una población flotante de bramadores y brujas. Se arrastraban por las calles mojadas hablando idiomas más antiguos que las piedras de las ciudades enterradas bajo la arena. Camas y chinches. Hombres y piojos. Gonococos encogidos en el regazo del amor.

Pasamos por delante de un proyecto de reurbanización. Las palas de dientes mecánicos hurgaban entre edificios inacabados y hundidos en el barro, con balcones diminutos sujetos con grapas. Todo ello engendrado por reyes del negocio inmobiliario que vivían en las cloacas. Skippy se tosió un esputo de sangre en el dorso de la mano. El autobús iba jadeando sobre los adoquines, y yo examiné las palabras inscritas con pintura descolorida en los costados de los edificios. Frenos y capós. Alineación de ruedas. Cintas transportadoras. Poleas, motores, marchas. Maquinaria laminadora. Marroquinería. Troquelado y mediciones de precisión. Restos y colecciones de saldos. Maquinaria de oficina. Hilos, lanas, encajes. Libros en español. Salimos por la puerta de atrás y Skippy regresó a lo que fuera que había estado haciendo (o vendiendo) en su hotel. La lluvia azotaba las viejas calles. El hombre sin dientes seguía junto a su carretón, un visitante de las regiones sepultadas, sin importarle quién escuchara o quién pasara, con unos gritos igual de provistos de cadencia que la lluvia natural.

TÚ COMPRAS YO VENDO BANZANAS BANZANAS BANZANAS

La cama sigue en el centro de la habitación. Ahora casi nunca vienen visitas y yo empiezo a sentir que me estoy hundiendo en la Historia. Después de lo que pasó en la calle Essex viví unas semanas de paz absoluta. Vivía como un auténtico eunuco, vigilando la cama, sin obligación de reaccionar a nada. El hecho de no tener palabras para las cosas que me rodeaban afectaba incluso a mis movimientos por la habitación. Caminaba más despacio, como si me dieran miedo los objetos, desconocedor de todas las cosas que tuvieran nombre. Algo de esa pasión descuidada que la gente siente hacia los niños imposibles de educar se empezó a comunicar entre una parte de mí y otra parte. Yo estaba feliz de forma injustificada, subsistía en el éxtasis de la circunstancia, considerándome a mí mismo una especie de cántico viviente. Me dedicaba a hacer ruidos interesantes y originales. Me asomaba a la ventana y les mugía (en voz baja) a los camiones madereros que pasaban por la calle y a los pintores y escultores que ahora ocupaban las ventanas de la acera de enfrente, caras plácidas suspendidas por encima de la calle Great Jones. Pero aunque no digo que no tuviera otras cosas, el efecto de la droga fue todo menos duradero. «Boca» fue la primera palabra que me llegó, cayendo de un mecanismo del habla al siguiente. Sucedió mientras me estaba

mirando la cara en el espejo, examinando sus extrañas partes, *hano, ous, lebo, ug, nakka*, y cuando abrí la boca me salió la palabra correspondiente a esa parte, no un simple ruido sino una palabra, «boca», sobresaltándome. Después me llegaron más palabras y cuando las dije en voz alta las ondas de sonido me llegaron al cerebro en forma de notas adecuadamente codificadas que me permitieron entender lo que acababa de pasar entre mi lengua y mi oído interno. Pronto todo volvió a la normalidad, un regreso a los modos anteriores. Fue mi derrota doble: primero perder la oportunidad de reaparecer en medio de la gente y de las fuerzas creadas por mi designio, y luego una segunda empresa negada, alternativa a la primera, la retirada permanente a ese nivel sin impronta donde todo sonido es de seda y las inclemencias locas del lenguaje no erosionan nada. Varias semanas de serenidad inmensa y luego todo se terminó. Pero no veo razón alguna para anunciar la noticia. Que la viscosidad de la Historia me sorba un poco. Cuando la época sea propicia regresaré a lo que sea que haya ahí fuera. Es una simple cuestión de qué sonido hacer o fingir. Y entretanto se acumulan los rumores. Secuestro, exilio, tortura, automutilación y muerte. El más cautivador de los rumores dice que vivo entre mendigos y sifilíticos, convertido en santo patrón de todos esos hombres que oyen cómo los silbatos fluviales cantan los misterios, y luego regresan a dormir con el vino en el cinturón meridional de la ciudad.